

belén fernández llanos

rodrigo ortega

bianca sanóval reyes

sebastián alvarado fuentes

daniela ulloa burgos

x. de la sotta

arturo molina burgos

alonso fernández

catalina s. caballero

camila sullivan saavedra

jorge d'íaz

jordan becerra hidalgo

maca vargas oyarzún

gabriela vega gutiérrez

belén salcedo benavente

matías g. arellano

álvaro calfucoy gutiérrez

catalina ríos muñoz

gabriela amigo

nicolás lópez awad

juan duarte aceto

raúl riquelme hernández

harold escobedo

adolfo rosas maldonado

emilia pequeño roessler

pablo farías letelier

fabían rocco maldonado

j. de la ribera

david marín vilches

santiago del valle dávila

césar labra

maría paz valdebenito gonzález

roberto brodsky

toto infante

cristian cisternas ampuero

margarita bustos castillo

marcelo leonart

david amfír guillitraro

rosabetty muñoz

mika arriagada

javier bello

alessandra de sica

carmen avendaño

alejandra costamagna

jorge coulon

oscar sanzana silva

juan pablo sutherland

ricardo martínez

elicura chhuailaf nahuelpan

lina meruane

julieta marchant

roxana miranda rupailaf

daniela catrileo

soledad fariña

raúl zurita

carmen berenguer

alejandra ziebrecht

américo reyes vera

glays gonzález

maleza

escritos literarios diversos

MALEZA
escritos literarios diversos

SANTIAGO DE CHILE
2021

Maleza. Escritos literarios diversos fue realizada gracias a la colaboración de todos los autores integrantes. A cada uno de ellos nuestro profundo aprecio por confiarnos sus obras.

Sebastián Alvarado Fuentes	Julieta Marchant
Gabriela Amigo	Ricardo Martínez
David Aníñir Guilitraro	Lina Meruane
Mirka Arriagada	Roxana Miranda Rupailaf
Carmen Avendaño	Arturo Molina Burgos
Jordan Becerra Hidalgo	Rosabetty Muñoz
Javier Bello	Rodrigo Ortega
Carmen Berenguer	Emilia Pequeño Roessler
Roberto Brodsky	Matías Q. Arellano
Margarita Bustos	Américo Reyes Vera
Catalina S. Caballero	J. de la Ribera
Álvaro Calfucoy Gutiérrez	Raúl Riquelme Hernández
Daniela Catrileo	Catalina Ríos
Elicura Chihuailaf Nahuelpan	Fabían Rocco Maldonado
Cristian Cisternas Ampuero	Adolfo Rosas Maldonado
Alejandra Costamagna	Belén Salcedo Benavente
Jorge Coulon	Bianca Sandoval Reyes
Jorge Díaz	Oscar Sanzana Silva
Juan Duarte Aceituno	Alessandra De Sica
Harold Escobedo	X. de la Sotta
Pablo Farías Letelier	Camila Sullivan Saavedra
Soledad Fariña	Juan Pablo Sutherland
Alonso Fernández	Daniela Ulloa Burgos
Belén Fernández Llanos	María Paz Valdebenito González
Gladys González	Santiago del Valle Dávila
Toto Infante	Maca Vargas Oyarzún
César Labra	Gabriela Vega Gutiérrez
Marcelo Leonart	Alejandra Ziebrecht
Nicolás López Awad	Raúl Zurita
David Marín Vilches	

Primera edición en formato electrónico: julio de 2021

ISBN: 978-956-404-258-9

COMITÉ EDITORIAL

Álvaro Calfucoy Gutiérrez · Pablo Farías Letelier · Nicolás López Awad
Arturo Molina Burgos · Matías Quezada Arellano · Belén Salcedo Benavente

EDICIÓN Y DISEÑO

Arturo Molina Burgos

El contenido de este libro puede ser difundido o reproducido por cualquier medio para todo tipo de uso sin fines de lucro, siempre que se mencione la autoría del texto utilizado y la información editorial de origen —si existe—, así como a la presente publicación.

MALEZA

escritos literarios diversos

Alvarado Marchant
Amigo Martínez
Aniñir Meruane
Arriagada Miranda
Avendaño Molina
Becerra Muñoz
Bello Ortega
Berenguer Pequeño
Brodsky Q. Arellano
Bustos Reyes
Caballero De la Ribera
Calfucoy Riquelme
Catrileo Ríos
Chihuailaf Rocco
Cisternas Rosas
Costamagna Salcedo
Coulon Sandoval
Díaz Sanzana
Duarte De Sica
Escobedo De la Sotta
Fariás Letelier Sullivan
Fariña Sutherland
Fernández Ulloa
Fernández Llanos Valdebenito
González Del Valle
Infante Vargas
Labra Vega
Leonart Vega
López Ziebrecht
Marín Zurita

Índice

Preámbulos	9
Sebastián Alvarado Fuentes	17
Gabriela Amigo	23
David Aníñir Guilitraro	33
Mirka Arriagada	45
Carmen Avendaño	53
Jordan Becerra Hidalgo	57
Javier Bello	65
Carmen Berenguer	73
Roberto Brodsky	81
Margarita Bustos Castillo	85
Catalina S. Caballero	91
Álvaro Calfucoy Gutiérrez	103
Daniela Catrileo	117
Elicura Chihuailaf Nahuelpan	121
Cristian Cisternas Ampuero	129
Alejandra Costamagna	135
Jorge Coulon	141
Jorge Díaz	151
Juan Duarte Aceituno	159
Harold Escobedo	167
Pablo Farías Letelier	175
Soledad Fariña	183
Alonso Fernández	189
Belén Fernández Llanos	201
Gladys González	207
Toto Infante	217
César Labra	223
Marcelo Leonart	235
Nicolás López Awad	243
Julieta Marchant	257
David Marín Vilches	261
Ricardo Martínez	283
Lina Meruane	289
Roxana Miranda Rupailaf	293
Arturo Molina Burgos	301

Rosabetty Muñoz.....	309
Rodrigo Ortega	313
Emilia Pequeño Roessler	321
Matías Q. Arellano	331
Américo Reyes Vera	339
J. de la Ribera	353
Catalina Ríos Muñoz.....	367
Raúl Riquelme Hernández.....	373
Fabián Rocco Maldonado.....	385
Adolfo Rosas Maldonado.....	391
Belén Salcedo Benavente.....	405
Bianca Sandoval Reyes.....	415
Oscar Sanzana Silva.....	427
Alessandra De Sica.....	435
X. de la Sotta	439
Camila Sullivan Saavedra	445
Juan Pablo Sutherland	455
Daniela Ulloa Burgos.....	461
María Paz Valdebenito González.....	469
Santiago del Valle Dávila.....	481
Maca Vargas Oyarzún.....	485
Gabriela Paz Vega Gutiérrez	493
Alejandra Ziebrecht	501
Raúl Zurita	513
Reseñas biográficas.....	519
Reseñas biográficas de autores mapuche.....	535

Preámbulos

Maleza fue un ansia vegetal. Comenzó como una invitación abierta a demostrarse allí, desparramada, creciendo en cada lugar, tal vez secreta para quienes no crecimos con tierra en nuestras manos.

Cada texto llenaba una inquietud y abría otra, brotando de improviso en todas las formas y lugares. El verdor nos llevó, entonces, a expandir el ansia, a ir en búsqueda de lo que sólo esperábamos encontrar humedeciendo el suelo.

Quisimos, entonces, todas las flores: las de jardín, las de patio, las de interior, las aleatorias que sin nombre aparecen por doquier.

Fue un tiempo extraño, sísmico, de seco verano y húmedo invierno, que cambió una y otra vez nuestra idea del verdor. Lo único claro es que no quisimos el jardín, aunque encontramos las semillas que podrían levantarlo. Sólo decidimos dejarlo crecer todo, sin podar ni entrecortar ramita alguna. Un huerto chascón, pero copioso, lleno de detallitos para dedicarle largas horas de observación.

Sus formas, colores, texturas, aromas, gustos, todo lo queremos compartir. Está abierto para todo quien venga aquí a leerle. Cuando lo haga usted, recuerde que todo esto se encuentra por allí. Sólo necesita el sol y la humedad correcta.

Á. C. G.

Si se me pidiese una palabra para definir el contenido de este casi medio millar de páginas elegiría, sin dudas, *diversidad*. Cada uno de los textos que componen este libro está escrito en una clave completamente distinta, y es esto lo que hace que todo tipo de etiqueta le resbale: *Maleza* nace como una antología de la diferencia, una oda a lo distinto. Los breves silencios que encontramos entre un texto y otro nos transportan, sin mucha advertencia, desde un universo a otro, desde un género a otro; anulando paradójicamente con la repetición de este juego de saltos la diferencia entre sus elementos, entre las singularidades. Se anula la etiqueta misma. El hilo da paso así al tejido, la gota cede ante el mar, el grano de arena ante el desierto. Brota la *Maleza*, surge la ilusión del todo, una unidad que se alcanza solo a través de la suma de sus multiplicidades, de la unión de lo diferente. Es como si las voces de lxs autrxs entonaran el mismo canto en dialectos accidentalmente distintos...

Pensar *Maleza* es pensar, entonces, una arpillera que condena al ojo a perderse entre la diversidad de sus colores, de sus formas; pensar *Maleza* es pensar una alfombra persa cuyo diseño laberíntico se ideó entre los vaivenes de una caravana en movimiento. Nada más que eso es este libro-muestra, este libro-exposición: una colección de hilo, algodón y seda; un tejido cuya aguja se hilvanó cincuenta y nueve veces; un gran mantel que irá a reposar sobre quién sabe qué mesa.

P. F. L.

Dicen los etimólogos que la palabra *antología* proviene del griego y significa literalmente *flores escogidas*. La metáfora recorre la historia: la poesía es semilla, raíz, flor y árbol. Cuando la ciudad hormigueante enferma los sueños, prosperan las flores del mal; cuando el poeta se engrandece, da su orden: no cantéis a la rosa, hacedla florecer en el poema. La flor se embellece allí donde ya no alimenta a nadie. El jardinero y el florista las ordenan y disponen de tal manera que puedan comprarse por un precio accesible: para podrirse en las tumbas o secarse en los veladores después del día de los enamorados. Necesitan de cuidado, agua fresca, susurros gentiles y un poco de luz: nada de eso puede ofrecerles esta tierra yerma.

De vez en cuando florece el desierto para el placer de turistas e inversionistas. *Chile, país de poetas*: y también de cobre, de litio, de vino y paltas. *Desierto florido* es un oxímoron terrible; Chile es un oxímoron terrible.

Crece, sin embargo, por la larga y angosta franja de tierra una planta que estorba en los jardines y en las hectáreas cultivables. Es la maleza que nadie pidió y que una vez eliminada nadie extrañará ¿Debe la maleza vanagloriarse de ser inservible? La flor también estaba orgullosa: ya vieron donde terminó. No puede considerarse heroica a la naturaleza por dar yuyos y no Parras, Cousiños o Macul. No estorba la maleza necesariamente por convicción ni por resistencia. Cuando se quiera limpiar la tierra, de nuevo la arrancarán por mucha oposición que ofrezca. Crecerá, sin embargo, nuevamente más por terquedad que por convicción; rodeará otra vez al árbol sembrado. Morirá y de ella solo sabremos, oscuro amigo, que oyó al ruiseñor una tarde.

N. L. A.

Así como la maraña, que enreda sus raíces bajo tierra antes de sacar los brotes, esta idea se intrincó en lo hondo durante mucho tiempo hasta medrar. Es probable que su aspecto a florilegio seduzca. Le comunico que, subrepticamente, pretende ser una discreta provocación a esa categoría. Podría decir que es un matorral selecto, por qué no, pero insisto en su carácter fragoso. Por cierto, la metáfora no es más que un sustrato forzado sobre el cual han de germinar nuevos y múltiples sentidos, a la luz de las lecturas que este libro espera con afán. Desde mi perspectiva, siento que aquí logramos congregar textos que avivan con propuestas complejas y desafiantes. Quizá toda maleza supone estos dos últimos adjetivos.

A. M. B.

esta antología habita mi memoria como una conversación sin final y sin comienzo. en algún momento de nuestros años de estudio surgió la idea de *hacer algo*. algo más allá de los análisis literarios, claro, más allá del *paper*. hubo varios planes, varios nombres para encajar todo lo que surgía de nuestras conversaciones. y mucho quedó fuera, descartado. pero permaneció la multiplicidad, lo indefinido. eso es lo que caracteriza, pienso, esta antología. el nombre *maleza* llegó después, como el intento de sintetizar lo que, pasado el tiempo, teníamos en nuestras manos: nombres conocidos en el escenario de la literatura. nombres de estudiantes, de licenciados. nombres de conocidos y desconocidos. nombres que nos llenaron y llenan de alegría porque cada poema, cada cuento volvía papel lo que eran solo palabras entre amigos. solo un bosquejo que nos hacía sonreír y disfrutar tanto más el café de las mañanas frías.

restó la multiplicidad la maleza. no la rosa, no el *bouquet* de flores de plástico. y urge decir, también, que permaneció el afecto. el cariño de leer y escribir algo *para*. y esa finalidad no es otra que la comunicación, el hacer común, el compartir con otros.

esta labor que emprendimos pretende apenas ser un vínculo entre personas diferentes, entre escrituras diferentes. no se trata de una vitrina cuidadosamente montada, instalado el sentido. se trata de una visión en tránsito y recorriendo lugares de pasaje, explanadas, bibliotecas, universidades. y las voces que nos dejaron habitan mi memoria como parte de esa conversación que se perdió en el tiempo.

M. Q. A.

Maleza es la convergencia de voces en un momento social en que la palabra nos apremia. Recluidos e higienizados en lo privado, normados por horarios y con salidas cronometradas, extrañamos el grito callejero, los encuentros y poder articularnos codo a codo. Aun así, la palabra subsiste con su propia huella, trepando y urdiendo nuestros territorios para dar luz a este libro.

Esta publicación surgió a partir de conversaciones entre estudiantes de Humanidades. En años en que gestábamos lecturas y aprendizajes, coincidimos en la urgencia de dejar un registro. Abrimos una convocatoria que nos pobló de textos como la maleza. Atesoramos en estas páginas la escritura de quienes transitaron por ella, también de los y las que persistieron y se asentaron en el balbucear creativo. Las voces de profesores, referentes, amigos y amigas danzan en este libro, mientras de fondo resuenan las palabras de Anais Nin «aunque todos nosotros muramos, seguiremos sonriendo, hablando y haciendo el amor en estas páginas».

Este enredo de hojas promete detonar asuntos distintos en los lectores, siendo un continuo de generaciones, crisis sociales y de la experiencia de la escritura como arma de resistencia. En este sentido, el acto de enunciar-nos ha convertido en compañeros de ruta y de oficio. En particular a las autoras de *Maleza*, quienes dieron vida en el papel a nuestras ancestas y a la polifonía de nuestro mundo interno. Sus textos son la constatación del diálogo que articulamos cotidianamente, un rumear de sentires e imágenes revoloteando, pero que aún debe rasgar puertas por su aparición en el espacio público. Salgamos al encuentro de «la que escribe los versos turbios» (Ziebrecht) y que la palabra nos halle con las lámparas cargadas de aceite.

B. S. B.

Sebastián Alvarado Fuentes

LUCES INTERMITENTES

Tenía la sensación de no haber nacido todavía,
de estar flotando en un limbo prenatal.

Robert Walser

debes concentrar la ansiedad
y crear un universo donde no se repudie
al hijo de los colores omitidos

no he dejado de nacer
no he dejado de provocar
dolor a mi madre terrenal

adhiriéndome lágrimas
me expandiré
hasta encontrar la luz del sol
y evaporarme

no diferencio el día de la noche
no me levanto junto a mi cuerpo
no me muevo
no es necesario
nadie puede verme

soy la niebla que medita
en la casa de humo

respiro
y acrecienta la distancia
entre el crepúsculo
y el amanecer

gotas susurrantes de frenesí
ciego, nocturno, desmedido, lacerante
nunca me abandonará el aullido
que brotó de mis ojos separados al nacer

debajo de la superficie
hay un murmullo de luz triste
fermentado por mis huesos
irregulares, inútiles,
próximos a la inexistencia

debes mentirte
para continuar
debes decirte
que puedes continuar

yo soy
el sufrimiento
que nace
cuando digo
yo soy

perdóname
mi conciencia nublada
simuló ser la inmensidad

yo grito
para recuperar mi nombre
ese que me robaron
al nacer

reducirse
para permanecer

para reducirse
permanecer

mis latidos quiebran mi corazón
una luz brota de las grietas y cae
se escucha un grito
yo no me muevo
tú pasas de largo

éramos
tribulaciones yuxtapuestas
confusiones sensibles
y nos convertimos
en nuestros ecos

mi piel siempre tiene hambre
mi piel es la distancia con mi piel
que siempre me engulle y me vomita
que así me constituye

nadie entendió que extendía sus brazos
no para imitar a los pájaros
sino la posibilidad de su caída

labios morados
martillan mi rostro
entre las ruinas
de lo que no pretendí ser

te humillarán
y te quitarán todo
y les agradecerás
por liberarte

vaga
esculpiendo
la superficie del planeta

hallar el eco de la primera palabra
hundiéndome en lágrimas amarillas
encontrar el eco para acurrucarme,
en su vientre, para alejarme
hundiéndome en su vientre
hasta desaparecer

Gabriela Amigo

Me subió entonces a la garganta
toda la inutilidad de lo que estaba haciendo en ese lugar,
y no tuve sino una urgencia: que terminaran cuanto antes
para volver a la celda a dormir.

Albert Camus

Paraíso oceánico*

Cuando el tiempo no existe
el espacio es celeste y cristalino,
me hace flotar despacito
y cual niñita me levanta,
susurrando en eco
la suavidad del no tiempo,
dulce como brisa,
liviano como recuerdo
que canta quedo

qu e d o

Q u e d i t o

B u e n a s n o n o c h e s

Esta es la preciosidad
de estar hecha de nostalgia
Mi existencia reposa,
flota entre el sol y la sombra
de los destellos luminosos
que entre el ramaje del árbol
se cuelan,
sutilmente brillantes
susurrando sosiego
que preciosamente nada espera

n a d a v i e n e

n i s i q u i e r a e l t i e m p o

Flotando celestina burbuja enamorada

* Los textos aquí publicados pertenecen al poemario inédito *Anticenestesia*.

tus ojos son gotas de rocío
redondas transparentes
gentiles

De tus labios se apean suaves misterios,
y señalan el aire suspirante
tus dedos andróginos de miel
Se ruborizan las burbujas,
nos besa el eco
susurrando risueña canción de cuna

la la la la

s h h h h h

abrazo de pétalos cristalinos

Flotan hacia la superficie lágrimas de miel

B u e n a s n o n o c h e s

Epílogo del sueño

Madrugada de invierno
De irreal se empañó la ventana
Mi alma está lejos de cama
Y yo ya no soy yo . . .

Anoche me fui de paseo,
salí por mis ojos y atravesé la ventana.
¿me perdí? Solo hay vacío empañado
¿desperté? Qué sueño tan extraño

Soy una silueta
Pero sé que no lo soy
Soy en otra parte
Tan solo hay cáscara
Silueta de lo que podría ser

La ventana que lleva a nada
Es muy blanca

y no dormiré.

¿Cenestesia?

Al abrir entra fresco y las calles me hablan
hablan en eco toquecito lluvioso
las casas lloran.

Quiero querer sentir,
salgo busco qué frío se mojó mi ropa,
silueta de esquina rota
rápidas ruedas lluviosas
fantasma mojado toximaniaco
billetes por cenestesia.

Tirito por cenestesia, frío por cenestesia
lluvia cenestesia, planta cenestesia.

La soledad bajo lluvia es patética.

Mis pasos tienen boca tapada,

La lluvia llora.

están mudos.

Volví a cama para armar acogedor sueño,
lanzo humo por el cuadro lluvioso,
desaparece mi aliento y siento

siento ternura
tristeza.

¿Qué hora es?

Hoy desperté con sabor a fracaso
la mañana huele limpia
qué decepcionante y segura
se siente mi cama

¿ qué hora es ? **no**
impor
ta
e
l
s
a
b
o
r
n
o
c
a
m
b
i
a

Quiero recordar a qué sabía mi sueño

Despertar artificial

Pared blanca.
He olvidado algo importante
humo de recuerdo sobre cabeza
al levantar mis ojos se dan vuelta

Ojos blancos.

Los recuerdos que tengo son falsos,
residuos de vida falsa que dice
vida dice tiempo tiempo tiempo
trabaja trabaja que v a s a m o r i r

Olvidé que soñé el tiempo no existía
Podía ir flotar pétalo a mis recuerdos
pero cómo alcanzar si el cuerpo es
t a n p e s a d o .

Cruel pared blanca
¿Por qué no cristalina?
Estoy borrosa, empañada,
me siento no sentir.

El despertar es un asqueroso poema con punto final.

Naufragio en cama

¿Cómo me levanto,
vista estancada cuerpo borroso?
El ritmo nunca empieza solo sé
P R O C R A S T I N A R

Ayer hoy mañana tengo que hacer
qué hacer para vivir vivir vivir
El tiempo es dinero estafa
ayer debo levantarme \$ Miedo
ayer debo despertar \$ Vivir
ayer debo vivir \$ Sentir
ayer debí soñar \$ Recordar

Ayer volé
Ayer nadé volé sirena burbuja lejos l e j o s

Y despertó esta cosa
no siente nadar volar sirena burbuja lejos l e j o s
tiempo pasa sobre esta cosa como collage blanco negro
pasa
pasa
pasa \$ Yo

David Aniñir Guiltraro

Face to Cara

Verse viejo es advertir pasar el tiempo por la cara.

El camino, la senda en el rostro dejando su huella. Las hendiduras son surcos que agrietan la mirada y las fricciones encubiertas del pómulos. En las ojeras se imprime el testimonio del rayo en esas terribles noches de tormenta electrónicas encandiladas y tropiezo cara al piso.

Verse entrar los años y enrostrarse el SuperHiperArchi Yo es ante todo un acto de amor propio. El amor ajeno no te acompañará a la tumba. Tenaces las mejillas nunca pusieron la una ni la otra. Los ojos, visor testimonial de espantos, guardan certeza verídica de haber avistado pájaros acerados azotar la tierra y temblar a punta de estruendos. No vieron parir, sí matar. Los ojos son el lago del ego que más de una vez mojaron la mirada de otro rostro. Dicen que en noches de lluvia y truenos los ojos cerrados orientan la geometría del pewma.

De esta nariz cayó ñiachi en temporadas magras y embutieron tanta cochiná pate'a. Flujo del último respiro. Cañería poderosa que evacua y abre la vida. Un universo de mucosidades cuelgan de sus cavidades como ideas no desarrolladas en la lubricación cerebral.

Cuando la cabellera va a cenicienta da cuenta de lo curtido del cuero bajo la cabeza. Recubre aquellas ideas siniestras y nobles imágenes para una audiencia ficticia en planicies inimaginables. El rostro, único e inmutable, isla fecunda al tiempo que va construyendo su geografía de carnet y huesos.

Cartografía de un inmigrante

Puerto Madero es la Acrópolis Bonaerense en plenitud
el despunte de la economía
No da brazo ni estocada torcida
Manhattan del tango,
glamur del modelo izando reluciente sus cristales
bien bonito
bien maquillado
el lado A de la moneda
el hijo bien criado del establishment.
Le recorren sus veredas una asepsia social grandilocuente
un barrio sin pelusas e indios indecentes
la cream de la cream
paisaje Neoyorkino con aires Venecianos
y canoas enfiladas sobre diques apestosos
la única anomalía
diríase en un juego infantil
donde hay que descubrir los errores de la ilustración bien diseñada
ese sería el único “pero” que rompe el paisaje acrílico del collage
[ultra matrix.

Lindo Puerto Madero,
solo esa agua mugrienta
escurrida de ratas
mierda
sarna marina y sus variantes
arrastrando al sol.

Edificios rascacielos
—dignos de películas tantas veces vistas en Tv Cable—,
canotaje
y un Gran Casino para el derroche
completan la plana de lindos aires.
Grúas que emplazan el patrimonio histórico
museos flotantes
anclados a las despavoridas aguas turbias.

Qué más quisiera
el feudo de Santiago de \$hile

que gozar
de un similar paisaje turístico
hacer navegable el río Mapocho

Un Proyecto de tal envergadura
sería de gran atractivo
para nuestros hermanos del Cono Sur
antes de llegar al litoral veraniego de las costas chilenas
Un río Navegable?
bakán!!!
la raja!!!
topísimo!!!
con mojones cristalinos
(en \$hile nos ahorraríamos las ratas y la sarna; este proshexto nos
saldría barato, visteeeeeeeeeee !!!)

Voy caminando por ese paisaje ilustre
las nubes impiden rascar el cielo
a la imponente edificación de Puerto Madero.

Buscar un trabajo en la Construcción
como mogoso y oxidado Enfierradorr
es un desafío que exige constancia,
paciencia
sobre todo confianza.
Puerto Madero apuesta su glam society
metrópolis ascendente con su economía malograda
quebrantada por apellidos facturados,
por allí voy
a tajo abierto
aplanando calles
en busca de mi esclavitud moderna.

Buenos Aires, 2012

En defensa de don Ocio: poeta y soñador

Mire señora... en primer lugar ningún trabajo es malo... lo malo es tener que
trabajar...
en segundo lugar no soy ropavejero...
soy agente especializado en compra y venta de artículos para el hogar...
y en tercer lugar... ¡A usted qué le importa!

Don Ramón

Es posible que estés viviendo a expensas de alguien

Es probable que te digan “cafiche”

Que en solidaridad con tu miserable estado y en la wena onda te larguen unas monedas pa’ las chelas, los cigarros y otros subvicios

Es muy probable que enrostreñan la holgazanería transitoria en la que te encuentras

Que eres más flojo que una sombra

Que no eres el gran sostenedor de ninguna familia

Pensándolo bien: Tú No Eres

Quizás te enfraques en discusiones humillantes para aterrizar el deplorable estado de existencia

Muy por encima de todo debes mantenerte sólido, enalteciendo la miserable dignidad que humaniza tu calidad no ciudadana de cesante

Es posible que tu suerte cambie algún día o “alguna noche”, mañana o pasado o a media noche

Sal, sal de esa anulación, gánate la vida que la muerte es gratis. Sal de esa postración vegetal y echa raíces —le dijeron, pero bien tarde

Aunque revuelquen tu conciencia con salmuera o enmomien tu alma, mantente firme, no abandones lo que más amas: tu propia libertad y derecho al ocio. No te abandones

Ocioso con anuncio publicitario, master en Ociosología reconocido internacionalmente en las grandes galerías desastrosas del arte. Estatua viviente del placer mundano. Patrimonio cultural de la buena vida, la buena comida, la chicha y la poca vergüenza

Que nadie en los circuitos de la literatura y falsos haraganes, deslegitimen el rubro del ocio. En los círculos literarios rondan puro weones cuadrados

Porque el 1% es inspiración y 99% trabajo, claro está
Que la inspiración te pille laburando, es decir, soñando
Así que sostente erguido frente al abismo, que para ti no alcanza
Resiste las turbulencias del huracán y trabaja esa máquina de sue-
ños.
Resiste....

I.N.E. (Indio No Estandarizado)

*Según el Censo de población y vivienda realizado en Chile
Usted se considera:*

Flojo
Hediondo
Borracho
Piojento
Malas pulgas
Aborígen
Cabeza de palo
Incivilizado
Canuto
Delincuente
Precolombino
Post Punx Rocker
Autóctono

Folklorico
Indígena (indigente)
Terrorista
Quema Bosques

Exótico
Ilícito Asociado
Camorrero
Muerto de Hambre
Originario
Desterrado
Natural
Salvaje (Sur bersivo)
Arcaico
Mono Sapiens
Mal vividor
Mal Moridor
Analfabeto
Bárbaro

Inculto
Minoría étnica
Primitivo
Nativo
No nato (siempre kisistes eso)
Polígamo
Guerrero
Indómito
Raza inferior, guerrera pero inferior
Indio kuliao
O
Araucano.

Acepciones nunca consultadas a boca mapuche,
Que otro descalificativo más te queda por nombrar
Racista Fuck Triñuke....
Que te quede claro,
Demórate un poco más y di Mapuche,
La boca te quedará ahí mismo.

Simulacro Pizarnik (RIP)

La sombra era tragada por la luz al final del túnel. Se veía alejar cara a la luz. Prontamente el extremo superior de la sombra a contraluz quedó a la altura del pecho como extensión a contrasombra, coraxón y cerebro despidiéndose. La vio irse.

Trajo esas imágenes con sonoridades ocultas incluidas, repitiendo ese cuadro de la muerte y el fin motivados por la siquiatra Verónica Rippers. Fue el primer encuentro con **una** científicus de la siqui. La imaginaba inmolándose en el fondo de esa luz del túnel tras la *primer* sesión. La creyó inquisidora cuando lo increpó en tono golpeaño, destacando el empoderamiento del oficio en el servicio o como quien refuta, “*Aer quien e’ el Dostor aqui?*” y sin asco le larga: “Oiga, señor, usted tiene una historia de adicciones. Lo primero que le voy a pedir es que no venga volado a las sesiones. Debe venir con tutor. Lo derivaré al Cosam de inmediato para ser cubierto dentro del Plan A.u.g.e. y lo vean en el tema, abandone el consumo de mari-huana. Cuando esté ‘limpio’ iniciaremos tratamiento (Pe)siquiátrico con medicamentos de variado cóctel u otros fármacos Homopeaticus”.

La tenía entre ceja y ceja en mitad de la sesión. Despacharla y salir de ahí cuando le preguntó si escuchaba voces o ... Bloquearla. Eliminarla de su sistema. La veía yendo a la luz del túnel en un ceremonial Mortis hacia donde sus antepasados lejanos.

Las expectativas suelen ser unas pero la realidad resulta ser otra se repetía de regreso sospechando de sí mismo cuando la doctora Rippers apuntaba a ciertas fibras íntimas de su historia clínica. Como que en algo le encontraba razón, pero era el mes de abril y no se perdería la primera cosecha de Marihuana de su propia mano. Tomó las herramientas precisas y dio corte a las matitas del mes de abril.

XXX

Masturbación de extraterrestres
Erección de ángeles
Fornicación del Diablo con la Pinkoya
Alta temperatura en las nubes
Éxtasis de kay kay filú
Sensualidad de la luna
Eyaculación del mar
Coito del Sol con Plutón
Homosexualmente estelares
Lamido de rayos
Polvo de estrellas desnudas
En la alcoba del Universo
Penetración en Marte todos los días
Hoteles Voladores No Identificados a media noche
Cucharitas en la vía láctea
Orgasmos universales
Acceso Vip a la creación del mundo
Dios es un sicópata?
Las diosas dónde están?
Sexo celestial de los astros
Partusa planetaria, orgia zodiacal
Las ostras abren su luz a la generación de la vida
Menstruación de sirenas en un mar de sangre
Gemidos del mar al choque de olas
Erotismo de newenes y nahuales en triple X
En cama de agua, sobre las nubes
Mari chi weu!!!
Diez más al filo
Constelación de sudores y fluidos en el cosmos
Wekufes infringiendo la ley de gravedad
Orgasmeando en el hoyo negro del firmamento
Pulsión de la libido terráquea en contracción fecunda
Alteración eréctil del sistema solar
Y entonces la creación del mundo fue nocturna.

Visteeee, pucha que es riko echar una cachita
Con la ventana abierta.

Mirka Arriagada

Casa natal XII*

Vengo de un lugar
donde la poesía no existe,
donde todo es exceso y consumación.

Un país de días largos
y predicadores, derramando su plegaria
en el pequeño territorio de los pies.

Burlé el hastío de las tardes de provincia
arrebataando los sueños más barrocos
y un puñado de juglares (esos animales mágicos)
incrustados como anillos
en el joyero abierto de la memoria.

Me llegó en cascadas el lenguaje
y la desmesura se aposentó en un lago
gemelo del cielo.
Flotaban esquirlas de un paraíso dinamitado
y en remolinos de hartazgo
las repatriaba a la vida.

Pero no había vida.
Sólo exceso y consumación.

Entonces,
todo aquello que flotaba:
tablas de la ley,
códigos filogenéticos
y becerros de oro,
precipitaban al fondo del lago
como objetos muertos,
desalojando volúmenes similares
de agua santificada.

* *Autobiogeografía*, autoedición, 2002.

Un día
todo devendría pantano,
cieno,
légamo,
limo
y un camino
en espiral
al otro lado del mundo.

Dejé mis sombras frescas
servidas en el plato
como alguien que ya vuelve.

Estatuilla*

He aquí el Amor
en la mesa de disección
entre el paraguas y la máquina.
Aburrido de la repetición y el exceso
pide morir, sin haber aprendido a amar.

He aquí los trozos del Amor
una pierna sola como un juguete roto
que la madre tira a la basura
y los niños recuperan una y otra vez
hasta la exasperación.

¡Cambia la cara, Amor!
La mueca ofendida,
el mohín humillado,
el amor propio no es Amor.

Crees morder a tu amante
pero te muerdes la cola
como el Uroboros.
Un espejo frente a otro espejo.

Recompuesta la Estatuilla
de la Diosa de la Felicidad,
el pegamento sostiene la mano mal pegada
con su mal augurio.

Estrella la Estatuilla contra el muro,
separa lo unido por fuerza,
la media naranja y el medio limón.

Te verás nacer en otra,
esa que lleva el Amor como un vestido
con naturalidad.

**Cuando el amor se echó a morir como un perro*, Mago Editores, 2014.

Pompeya*

¡Mi ciudad, mi amada, mi blanca. ¡Ah, esbelta,
Escucha! Escúchame, y yo soplaré dentro de ti un alma.

E. Pound

Inexplicablemente
las inmediaciones del Vesubio
continúan habitadas.
Hombres y mujeres
duermen y despiertan
abren sus negocios
con una serenidad escalofriante.

Pompeya
debajo de Hiroshima
encima de Sodoma.
Las tres capas exactas de la extinción
Sal
Lava
Hidrógeno
Muerte con muerte y muerte
Remoción de escombros
Desenterrar
Imaginar la copa rota del volcán
Beber el trago amargo al seco espanto
Reconstruir los mapas de la profundidad.

Yo no imagino la belleza de Pompeya
sin su exterminio
Toda ella enroscada en el perro
encadenado a su carbón
ladrando en llaga infinita.
Más allá el prostíbulo

* Inédito.

de la Via dell'Abbondanza
la bella Smyrna
cobrando las más inútiles monedas.

Escucho el ruido del alabastro
entrechocando al viento
con los gritos de los niños
atrapados en súbita ancianidad.

Babel, Sodoma, Alejandría,
Jerusalén, Hiroshima, Bagdad,
Manhattan, Jenin, Ramala,
nos arrancan de la muerte individual
Lo que tememos es la muerte de la tribu
La muerte que mata al gusano
que debió habitarnos.

Arqueólogos
Retroexcavadoras
Carbono catorce
Debimos dejarla donde estaba
Preñada del Fénix y sus cenizas
Acaso sea sagrado
el espacio inmemorial
donde se apagó la vida.

Carmen Avendaño

Reloj de Flores

En el Reloj de Flores las manecillas fueron retiradas por temor a los desmanes: ha recuperado su ritmo vegetal. Es sábado y los personajes de La Guerra de las Galaxias cambian fotos por monedas. El Darth Vader negro, el soldado blanco y el cazarecompensas crema me infunden un temor infantil que identifico de inmediato: es el casco de carabineros tras 50 días del estallido, el Big Bang de Chile.

50 días de represión, 50 de resistencia, han hecho nacer nuevas dimensiones. La escena de los días ha dado a luz personajes más asombrosos y cercanos en esta ciudadanía alienígena, con gobernantes que habitan su propio planeta.

Ejércitos de niñas vestidas de fiesta, seguidas de mujeres mayores vestidas de negro, bailan y cantan en perfecta coordinación sobre las flores un nuevo himno que rompe el hechizo de la guerra.

Le cantan al Darth Vader, patriarca oscuro, arcaico guerrero devenido general enquistado en el poder, macho violador juez presidente, con un muñeco ventrílocuo disfrazado de empresario.

El soldado raso blindado blanco morgue parece el paco que están por sacar los estudios de la CIA brothers, el que quisieran ser los pacos jóvenes con nueve meses de entrenamiento. Son títeres movidos desde el comando de control, la central de comunicaciones donde están todas las cámaras, por generales que dictan órdenes mientras comen galletas, órdenes concretas que vienen de órdenes abstractas desde más arriba. Títeres moviendo títeres armados contra encapuchados con el pecho desnudo.

Del otro lado de las cámaras de guerra están los celulares ciudadanos que transmiten por redes de amigos, conocidos, desconocidos y sapos. Pantallas contra pantallas. Y cámaras de televisión que van a los estudios donde se produce la obra teatral del noticiero nocturno, previamente editada y musicalizada por la misma cantinela que viene de arriba.

Abajo, en la calle, viejos himnos cobran nuevo sentido. Una palabra desgastada revive y desuelda a los soldados: solidaridad. Son los de abajo los que sostienen a los de arriba. Si los de abajo se dan la mano, los de arriba se caen.

Es el día 51. El calendario es otro. El tiempo se va haciendo día con día.

Yo fui una niña brillante.
De haber permanecido en la infancia
hubiera tenido un gran porvenir.

*

¿Por qué los niños saltan tanto?
¿Qué altura perdida quieren recuperar?

*

Todo fuera como quitarse la vida:
yo preferiría quitarme la muerte.

*

Cuando despertó
el Estado todavía estaba ahí.

*

¿Por qué la clase alta es alta?
Porque se para arriba de la baja.

*

¿Por qué Platón expulsó a los poetas de la República?
Porque no conocía a los cineastas.

*

A la manera de Sei Shonagon:
No hay placer más melancólico
que contemplar al amante vestirse
alejarse
prenda a prenda
hacia la urbanidad desde la cama
donde una ciudad acaba de ser fundada.

*

Una carta de amor se escribe
sobre el fracaso de la distancia.

*

—¿Qué hizo usted en su juventud?
—Fui bella.

*

Traté de escribir el mismo poema
pero me tropezaba con el tiempo.

Jordan Becerra Hidalgo

“Estudiando” “literatura” entre comillas
 he descubierto la juventud;
 erudición y capacidad: meras ilusiones creadas por mí

¡Las cosas que pensarán de mí!
 Amadeus¹ sobre todo, quien no se harta de escuchar trozos dantescos²
 Amadeus, quien supone nutrirse de energía intelectual en la medida
 que los versos que viajan por sus oídos resquebrajan de antigüedad

Yo, creo algo similar en términos humanos
 mi abuela cumple noventa y cuatro años en abril
 el mes más triste como diría Amadeus —plagiando a Eliot³—

Ella, es la responsable de que escurra mi vida en esta capa atmosférica
 denominada por los más imbéciles, pero paradójicamente brillantes
 como academia⁴; donde las papas queman
 donde nadie se ha percatado de mi astucia⁵

¹ Amadeus según la crítica especializada es el nombre de uno de los vecinos con quien compartía departamento Bengalí en su juventud, y además fue el principal interesado por los libros que coleccionaba nuestro autor. Cuenta él mismo en una entrevista que dio para la revista *El círculo de la poesía bajo tierra* que Amadeus fue la persona más insistente que conoció en su vida: todos los días bajaba del tercer piso del departamento al segundo —donde vivía Bengalí— para que éste le leyera una y otra vez el fragmento del *Quijote* de Cervantes correspondientes al diálogo entablado entre Sancho y Don Quijote a propósito de la divulgación de sus aventuras mediante la publicación de la primera parte del libro.

² Antes del *Quijote*, el libro más hermoso que había leído Amadeus era *La divina comedia* de Dante, con respecto a la cual nuestro vecino se desmayó un sinnfin de veces ante las imágenes que proyectaba su mente a causa de la descripción de los círculos infernales.

³ Amadeus intentó publicar un libro a los veinticinco años que era un sutil plagio de *La tierra baldía* de Eliot, sin embargo, modificó el título a *Jesús en el desierto*, aludiendo al segundo nombre de Bengalí, poeta que significó para él casi una idolatría intelectual, y por eso su protagonismo en la obra como figura central.

⁴ Según una crónica escrita por Cristian Warnken en el diario *La Tercera*, según Bengalí la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile (en la cual estudió 4 años) era un antro de vacas sagradas que se dedicaban a plastificar textos anteriores publicados en *La revista chilena de literatura* en los cráneos de los estudiantes. Ese habría sido el motivo medular por el cual Bengalí terminó la licenciatura y se dedicó a participar en concursos literarios, pudiendo de esta forma perpetuar su vagancia a costa de los millones que obtuvo: ganó aproximadamente trece premios de entre uno y trece millones de pesos.

⁵ Clara alusión al Chapulín Colorado, obra cómica de Roberto Gómez Bolaños.

II

Mi abuela es intelecto en el máximo punto de madurez
ha creado artefactos fuera de toda lógica y conocimiento humano:

a) el luche con trozos humanos⁶

nacido de la sed de venganza que significa la infidelidad amorosa
rumores sobre su condición de hombre de una sola mujer

María cercenó el cadáver y en cada patio de las supuestas mujeres de
[Enrique
dispuso un luche, y al costado, la carne partida en pedazos triangulares

me enteré de lo sanguinario de los sentimientos humanos a los doce años.

III

La escritura es esa apátrida porción de tierra
a la cual acudimos desesperadamente luego
de desistir al hecho de sobreponernos
a la conciencia de existir

como eje de acción de una entidad impropriamente necesaria
individualista y exclusivamente
egoísta y cerrada.

yo soy la voz que me protege de los demás caimanes llamados hombres
[y mujeres

yo soy la piel que se asemeja a algo parecido al nombre con que se llama
nadie más está en mis entrañas, sufriendo
y viendo el diminuto sufrimiento ajeno

yo soy lo único importante en tanto siento en compañía o en soledad
en la universidad o en mi cama siento lo mismo

y nadie puede sustraerme de este globo cinematográfico que produce
[sin quererlo

no deseo para nada seguir este guión doloroso

al mismo tiempo que agradezco una vida ni paupérrima

lo que sí deseo es evaporarme de este mundo con tal velocidad que nazca
[otra vez

pero esta vez en el cuerpo de uno de mis enemigos.

⁶ Para mayor profundización, leer *De lo gutural*, primera novela de Bengali.

IV

He tratado de relatar un mundo que no existe
para que existiese. Oquedad subvertida
en planicies litorales que ahuecan una conjunción de seres humanos en
comunidad.

Estoy acostumbrada a mantener el mundo a distancia. Soy forastera.
Como mejor me encuentro es siendo forastera. De esta manera me
olvido del mundo. Extranjero en este mundo sé perfectamente cómo
comportarme en cada escena, entrar en determinado momento, salir de
determinado enfoque de cámara.

He errado al querer unir influenciado y su influencia
El quehacer literario recoge para exterminar
y no para hacer engordar al método
la técnica consiste en volar cabezas
y apernar espadas curvas en la tráquea

desunir y unir objetos
que compartieron la misma raíz originaria
en el pasado
ese es el llamado que hago
desarticular y en pro de complejizar la anatomía de los muñecos paridos
lavarlos en la vagina de sus mamás tres veces
sacarlos
ponerlos al sol del invierno chileno
esperar su maduración sin esperarla
mirarlos sin mirarlos.

V

“nosotros ya no viviremos más en la palabra” “el lenguaje solo dice lo que no podemos ver” “¿a quién le importa lo anormal de este mundo?” “¿cuando pronuncio la palabra futuro el futuro cambiará? La realidad sigue su curso en Kosovo, Sierra Leona o Chile, y nosotros nos preocupamos del dolor del temor ante lo que vendrá y si viene lo que viene es porque así no lo quisimos, es porque no quedó [más alternativa que sucumbir al camino de vidrio, bajo el cual está lo que [sí deseamos nuestros rostros sonriendo al son del claxon del Fin, el [principio arrodillado pidiendo perdón por poseer todo pero nada cubierto, pidiendo perdón por la música que viaja por nuestros oídos acentuando que nada está en nuestras manos, ni la tierra, ni el agua, ni el aire ni tú ni él ni tu perro lamiéndose no no no

Ya lo asumí; ser el cerrojo que dios abre cuando le urge orinar
 ¿y si me mato?
 te empaparás en agua verde
 y arrepentido por haberme creado
 tendrás miedo

todos por mi boca lo sabrán
 que juegas con nosotros por placer
 y que por ello el copete ayuda a olvidarnos
 del camisón de fuerza que nos une a tus tobillos.

Dios nos entrena antes de nacer para la vida
 nos da los ánimos necesarios para aprender
 lo que vendrá
 pero también nos retrata en nuestros estómagos

la línea curva a la que sometidos
no podremos escapar.

Dejemos que nos ocurra lo bueno y lo no tan bueno
¿qué importa sentir si es inexplicable?
reconozcamos que eres Todo y que somos esa Nada
que
lejos de cambiarte
te asimila a nosotros.

Reconozcamos que eres ese todo que creemos parte de la naturaleza
naturaleza que a la vez es parte tuya solo un brazo
cansado por la agitación de la masturbación arbolística,
[le damos la mano
y en trance, por la inmensidad que escapa a nuestro cuerpo,
[huimos
llorando, deslizándonos por la acera cuadriculada, que nos parte
en cubitos de tierra, helados, insostenibles gajos de carne
nos hacen vomitar ojos de abuelos de abuelos de abuelos
[artistas
que hicieron retorcer el día ¿Quiénes?
poco importa saber quiénes, el meollo
es la pregunta en sí, abertura a más preguntas que expanden el cráneo
[como luz al cielo
partículas eléctricas que resuenan al ser tocadas por el viraje del viento
una voz que con dolor intenta hablar, escribir en la humanidad lo que
[fue, lo que
en verdad fue, no lo que se cree que está a nuestras espaldas, sometién-
[donos, sino,
aquello que hizo que la roca rompiera en mil abejas asesinas,
envidiosas entre sí, con miradas escrutadoras, matándose
para al rato amarse, abrazándose, y por sus ojitos, lágrimas de plata
[sólida
caen en mi cabeza
y me doy cuenta
de que el presente, al igual que el poema, no es abstracto.

Javier Bello

Breve historia natural*

en la oscuridad en el agua hay un pensamiento que brilla / la llama sin esclavo sofoca la pintura / se fuga de noche / los restos hacen relucir lo evidente / murmullos nudos implementos un rubio espectáculo para las gaviotas que espían desde el acantilado los ojos de los grumetes / nada que decir ni el enfermo ni el rey ni henry david thoreau abandonan la mirada / en el último cuenco el cuenco / el genital el arroz la sordera el opio de la desobediencia civil / las alimañas entran a clase / el filósofo cierra las puertas del bosque / dicen que en la oscuridad dicen que en el agua hay un pensamiento que brilla / dice que libera los elementos abstractos de lo negro y lo blanco / voy a dejar que respire por mis narices / voy a dejar que en el cuadrado negro descansen en oscuridad la paz de las aguas / sin mirarse las manos la arruga de los pies sin respirar siquiera el vestigio / salta con frenesí larvario / libera más allá el camino hacia las olas / la huella que lleva al camino / la huella que lleva al enfermo al traje del mar / los caminos de la tierra rayada por la primavera escoltada por grumetes / sauces sin nada que decir sin luz sin aposento dejaron este mundo / la vaca la lechuza el ciempiés el ángel el esclavo / sudan se doblegan se van a caballo / el tú está más cerca de lo que parece / o no dices tú / en la oscuridad en el agua la noche investiga la próxima carta de blanca varela

* Los textos aquí seleccionados pertenecen al poemario inédito *Flores para alimañas*.

Liberación de Élchiver

el milagroso élchiver venía con las manos llenas de tormenta / venían los cantantes gardenia y miel la entrepierna le llenaba la boca / yo pensaba que mi olor era el dolor de un perro / no para enfrentarme no tan sólo una pata tronchada que desentierra los huesos / una federación de ojos que no ladran mientras mis hermanas pensaban que el todo iba a dimitir de la unidad / que cualquiera de estos días los cantantes pensaban en la humedad silenciosos pensaban en élchiver toqueteaban las fístulas maceraban anémonas en los ocultos suspiros / allí el abencerraje allí lo que devora viene calladísimo a asustar al desdén / ellos ellas troqueladas humildes eufónicas como sorbos en la taza de té / alguien afirma alguien a lo mejor duda / tras el cráneo de élchiver encuentran la cura para cuerpos gloriosos / alimentan estruendos ensayan un epíteto / ninfas abejaorras una hipálage / éste no es un ejemplo de hipálage / las convenciones sociales les dan de beber gardenia miel / cantan los cantantes / lo que se dice en relación con élchiver va montado en un cisne en un burro gramático / no quieren más agua colorada quieren rocío miel quieren élchiver sarcoma yema de puerto insaciable / escribo lo que escucho a veces me oigo en lo que escribo me sucede me canso etcétera / para no enfrentarme dentro del bosque se escabullen entran en coma se atornillan a la pulpa son miel que no deja dormir / hay que darles unos botones de élchiver si élchiver menciona el harapo / las dos casas significan lo mismo al menos burro tal vez abejaorro

Muerte de inmigrantes

desmond y la epifanía de desmond al entrar al país donde afeitados
escualos afinaban las notas altas de los estafetas / se peinaba con un
arcabuz entre las lágrimas de la prehistoria / se necesita hambre para
tronchar alfabetos dice yeison / los entretelones se abren al turbador
laberinto / el flequillo de las piedras adobadas con tiempo / las fogatas
ruedan por la sed / cuesta abajo la casa la montaña / sus amigos femeniles
saltan con un desgarró en el pie / a mansalva por la cornisa de saliva
estrujan adulteran los colores / los tantas veces recién torneados por el
maestro sin sol / entonces entra el sol / entran sus mujeres adheridas
con las que desmond se peina / se peinará se peinaba / y las esfinges
entran en calor pues el bisturí se hereda como tantas veces se desviste /
es decir ha pasado lo mismo lo siguiente: sin sacarnos los ojos corrimos
de espaldas al mar recibimos una columna de sentidos invertebrados /
la bruma que perdimos / los vitrales donde yeison y desmond le hablan
a la luz / a la tan delgada luz que desmond no sabe cómo morirse por
tan poco

Bitácora del reino

filtraste a los hombres / en la luz filtraste la arena / el testimonio arrugado del gallo y el pie / no todos se quedaron allí / filtraste la mano perdida el grillo el alelo un solo rostro filtraste / bajo el turbio follaje las mujeres parecían animales parecían campanas crujían en la caja del príncipe en los alrededores equidistantes del reino del ser / filtraste el cadáver con todas sus maneras / cojas / ateridas / saluda a los ejércitos de terracota / desagua contra los implementos la polvareda / manchas en la pared la raíz ejecuta los dedos / la tierra no se hace esperar / la tierra a veces llora a solas a veces tras las tablas hay ahogado hay ceniza lo sé siéntate conmigo en la cabaña está vivo el reino de la tierra / la estatua no es hombre ni mujer la estatua es tierra / un centinela para las olas muertas / rueda el frío en el pez / hay luto en los listones / hay breves mitocondrias y candados / entonces hay esfinge y eco en las hermanas / vienen a decir no sé qué la comisura esa sustancia interna entre los hemistiquios del bosque / el envés ciego hinchado un demonio en pleno uso las facultades del espejo / tiene hambre el centurión como si el mundo la gula el hambre el centurión el espejo las notas en falso acabaran de existir

Partitura

el oído de schönberg alberga circunvalaciones doradas en la carretera / los hombres invisibles albergan esperanzas no saben que cantan por qué levantan olas hasta cozumel / adherencia de las golondrinas / sus íntimas manos disuasivas como botones salen de la boca / el almuerzo irrumpe en los hospitales arrastrando las piernas entre las cortinas los rostros sentados como mujeres sustituidos por una pálida multitud / en el viento hay caminos se doblan en la sal se albergan en los guantes las hijas sueltan las sábanas las intensas vides el oculto motivo / frente a mí entre los brazos de los sucedáneos el poema dedicado al padre dedicado al humo de dios / la quimera resguarda la náusea entre hojas duras la mueca al besar el algodón / la ruta pasa por la muerte / se hace viral en el oído de brodsky / los rostros tragan irrestrictas antorchas / quién crees que pudo arrastrar esas comillas hasta la mesa / quién sino alguien corrosivo en particular un hombre una mujer que haya vivido así aquí / que haya vivido y muerto aquí sin dejar de respirar entre los rosadales los cuarzos las gallinas / el olor del tiempo es un fruto aplastado debajo de la lengua / los hombres invisibles en las mujeres dormidas las mujeres despiertas en los niños con sed / el oro apagado de las antorchas las irrefutables doctrinas flota bocabajo en el oído del músico / la partitura del manicomio

Carmen Berenguer

Santiago punk*

1.

Punk, Punk

War, war. Der Krieg, Der Krieg

Bailecito color obispo

La libertad pechitos al aire

Jeans, sweaters de cachemira

Punk artesanal made in Chile

Punk de paz

La democracia de pelito corto

Punk, Punk; Der Krieg, Der Krieg

Beau monde. Jet-set rightists

Jet-set leftists

Pantaloncitos bomba

Pañuelito hindú

Chaquetitas negras, Carlotitos

Liberalismo Taiwán

Balitas trazadoras para mantenerte

Cafiche marihuano.

2.

FMI, la horca chilito en prietas

Tanguito revolucionario

Punk, Punk, paz Der Krieg

Whiskicito arrabalero

Un autito por cabeza

Y una cabeza por un autito

(BMW, Toyota, Corolla Japan)

Japonés en onda

La onda provi on the rocks

Rapaditos Hare Krishna Hare hare

Sudoroso mormón en bicicleta

Aleluya la paz

Palitos de chancho

Caldo de cabeza.

* *Huellas de siglo*, Ediciones Manieristas, 1986.

3.

Footing, footing a los cerros
Unemployment, 42^d street
La cultura viene de Occidente
La alameda Bernardo O'Higgins en el exilio
Alameda las delicias, caramelos candy
Nylon, nylon made in Hong-Kong
Parque Arauco
Lonconao
Top-less cuchufletos, silicona
Rapa-nui en botellas
Colchones de agua en la cúpula
Coito colectivo.

4.

Pacos macumberos, lumeros
Cucas, guanacos, loros soplones
Der Krieg, Der Krieg, Punk, Punk
La raza old england toffeee
Samponita lagrimera
Huayñito hard-rock
Police, police, Punk, Punk
Guitarrita beatle
Virgencita del Carmen
Patroncita del ejército.

* *A media asta*, Cuarto Propio, 1988.

Aún tiembla el labio la ruega a la fina*
Vísceras al trueno fuego lo juegan al cara o sello
As de corazones un río de sangre sangra
Látigo que araña el cuerpo la cuerpa fermento tierno
Aspas de carne su piel de la camada.
Vuelve la vulva del infierno

VULVA VUELVE DE LA ESPESURA

Día 14*

Los ojos Los ojos
De qué sirve el pasto
en los jardines
El humor vítreo
llena las cuencas vacías

* *Bobby Sands desfallece en el muro*, autoedición, 1983.

Hambre

Vigésimo primer día, noche * hambre

HAMBRE

HAMBRE hambre Hambre

ES EL HAMBRE

Es el hambre de las calles
el absoluto rigor del hambre

ES EL HAMBRE

Es el hambre de las calles

HAMBRE

Es el hambre de las calles

El absoluto rigor del hambre

hambre

H
A
M
B
R
E

HAMBRE

El absoluto rigor del hambre

ES EL HAMBRE DE LAS CALLES

Es el hambre

Es

ES EL RIGOR

absoluto

ABSOLUTO

Del hambre

Hambre

DE LAS CALLES

hambre

hambre

H
A
M
B
R
E

Hambre

HAMBRE

EL ABSOLUTO RIGOR DEL HAMBRE

* *Bobby Sands desfallece en el muro*, autoedición, 1983.

Roberto Brodsky

Encierro

Empezó a venir no sé cuándo ni por qué, después me dijo que por la historia que estaba escribiendo, y que le contara, decía, y la acompañara, porque yo tenía salida los sábados y domingos y quería aprovecharlas. Pero no me animaba, no había nada que hacer afuera. Los domingos sobre todo, era todo igual que allí dentro, un espejo cada domingo, así que daba lo mismo; daba lo mismo quedarse o salir, entonces yo me quedaba y la recibía y conversábamos largo o nos íbamos a caminar por entre las tumbas o los alrededores del cementerio hasta la hora de la despedida, cuando los enfermeros pasaban anunciando el término de la visita y los parientes se iban por el pasillo y ella se quedaba escondida, a veces, no siempre, una noche cada tanto y hasta el día siguiente, o volvía los miércoles y hasta el jueves se quedaba, se quedaba, y yo la escuchaba venir como una música que el médico traía escondida en el delantal, su voz tan clara, riéndose con los internos y preguntando por mí, acaso la había olvidado, cómo me había portado, estaba o no tomando mis dosis (300 mg. de cloropromazina al día, según el enfermero jefe, o 400 mg. de meleril si la cosa se ponía chúcara, si la crisis aumentaba; la crisis, la crisis, me cago en la crisis, yo le decía, y ella posaba una mano en mi mejilla, tranquilo, me consolaba: tranquilo guachito, su Reina está aquí, al lado suyo, yo lo voy a cuidar. Mi Reina, usted es mi Reina, le decía yo con el cuello medio doblado para atrapar su mano con el hombro levantado y así poder quedarme contento y tibio un rato más con su mano: mi Reina). Eso fue al principio, cuando pataleaba en las noches y me amarraban a la cama o me inyectaban a cualquier hora; los brazos como rejillas los tenía, como rejillas, pero después fue pasando y ella empezó a venir también los miércoles y hasta el jueves; tan loca que era, más loca que yo era, y me contaba cada cosa, me lo confiaba todo, mi amor, mi cielo, me decía: tú estás rayado así que puedo decírtelo todo, puedes saberlo todo porque ya lo sabes todo, me decía, y se acurrucaba conmigo en el catre hasta que apagaban las luces del pasillo y yo temblaba hecho un ovillo en sus brazos, ovillado como se dice: temblaba, pero sin frío, de puro gusto que ella estuviera conmigo y me contara lo que había pasado, todo lo que había pasado y estaba pasando afuera mientras me adormecía hasta que pasaba el miedo y ya podía tocar su pelo, jugar con algo que mis dedos reconocían como su pelo aunque quizá fuera otra cosa, mi amor, mi cielo, yo no sé, de ese tiempo me acuerdo de su pelo

que yo enredaba mientras pasaba el miedo. Eran tan dulce cada vez que ya no quería salir, pero ella me hizo prometerle que no le jugaría chueco, que trataría de sanar porque así podría cuidarme cuando estuviera fuera, fuera, al otro lado de la ventana que empecé a dibujar en la pared cuando ella dejó de venir sin aviso, de una noche a otra y quedé solo en la página donde ella me escribía.

Margarita Bustos Castillo

Ausentes

La palabra no concibe decir lo que los ojos han visto
la palabra se calla
miedo bajo la piel respira por boca de lobos
capturan la memoria y acontece una noche
los cuerpos ausentes.

Murió pronunciando su nombre
es el fin del mundo
y no me moriré contra nadie
más bien el humo
tus manos abiertas
con el mar dentro de la boca
pulsaciones de sal(muera)

y una mentira entrando por todas partes,
su espuma y los crujidos bajo la piel.

La palabra no concibe decir lo que los ojos han visto
a fin de cuentas maletas sombrías ovillan la tarde
a fin de cuentas los cuerpos nunca volvieron
y sus voces a fin de cuentas.
No sabemos de qué se trata esta historia
yo ya no existo
y el despojo a la espera del quinto mandamiento.

A Marta Ugarte

Ya no quedan palabras
balbuceos erizan la piel
roen ratas esta voz
el nido del pájaro arde
y le mentimos a la memoria
mientras pasa por la resonancia azulina de una tarde que muere.

Su cuerpo fracturado emergió del mar
de su cuello colgaban alambres,
brazo izquierdo, desgarrado por un corvo,
la columna quebrada
estallido del hígado y del bazo
luxación de ambos hombros y cadera
fractura doble en el antebrazo derecho
faltaba una parte de la lengua
una parte faltaba
y aún la buscamos.

El murmullo enmudece la posibilidad
¿Y si te damos una canción
un himno para resucitarte de las aguas, Marta?
Y si te restituimos ese atardecer negado a tus ojos y a los ojos de tantos
Y si lloramos 70 veces 7 océanos
para embarcarte a casa.

Ya no quedan palabras,
rocas roen esta boca y enmudecen su lengua
*nuestros cuerpos hinchados de ir
a la muerte, al odio, al borde del mar.*

Al fondo un bramido
ya no quedan palabras,
amarga lengua balbucea la otra mitad
que no alumbró jamás.
Garganta en porfía regurgitó la última sílaba
que reptaba en el laberinto al fondo de sí
se embriaga con la ausencia

Marta lanzada al mar

Santiago (des)memoria

Santiago escupe su nombre a bocinazos
once veces se persigna en nombre de las cuatro esquinas
para olvidar que los generales habitarán sus calles
y los muertos gritarán

Sobre los rieles del metro
en el Cementerio General
debajo de los adoquines de Londres 38
desde los jardines del Edificio Diego Portales
hasta los camarines del Estadio Nacional

Santiago escupe su nombre a bocinazos.
Once veces se persigna en nombre de las cuatro esquinas,
arrincona la desigualdad igualadora
pasada a fritura y sudor en medio de la amnesia local.
Podemos reptar en vertical sobre tanto escaparate
y terminar devorándonos la sílaba hueca.

Sobre los rieles del metro
en el Cementerio General
debajo de los adoquines de Londres 38
desde los jardines del Edificio Diego Portales
hasta los camarines del Estadio Nacional

descociendo una y otra vez la mordaza,
el imbunche social
a Santiago.

Catalina S. Caballero

voz, quejos

te bosqueo amigo
y en ningún bosque
te encuentro

ay mi queja anida
me resquebraja
e intento
hacer un bosquejo
de tu rostro sincero

y aunque con una aguja
rompa esta sonrisa chueca
y con besos en los ojos
tire el llanto de esta mueca

con dos trenzas machucadas
voy a atar diez mil luceros
y no pensaré en partir*me*
hasta decir*te* que te quiero

luz cernida

una parte de tu ser
da un abrazo en blanco
—el negativo de esas viejas fotos
me carcome por dentro—

y vuelas en ese punto
del sol el centro
con tus alas de gamuza
y propulsores de fieltro

llueven caramelos de dulce miel
que se quedan
pegajosos
en la lengua de la noche

y no los engulle el cometa de hielo
ni alcanza a verlos
mas los huele la ciega pampa oxidada
y me los da —gentilmente— en la boca

despedida-dádeloS

saboreándola
escupiéndola
pisoteándola
odiándola
amándola
olvidándola
encaminándola hacia algo más

acostumbrándome a ella
desechándola
extrañándola
considerándola una extraña
una falsa amistad
una vieja conocida
una torpe torturadora
una relación viciosa
una buena mecenas
una desgraciada
una maldición
de todos los hombres como yo,
una muestra de la estupidez humana
de mi ingenuidad
de mi astucia
de mi capacidad de olvidar...
de mi risa indomable
de mi deseo de crear
de mi castigo por creer
una erupción volcánica
de mi renuncia a querer
de la sangre que derramé por soñar

me deja incansables momentos muerta
deseándola...
me mata de hambre
y cuando vuelve y la abrazo
me llena de incomprensión

jamás cumpliré
con mi deber de aceptarte
porque no me conformo
y no estoy dispuesta a

¿haré algo al respecto?
dime tú
fuera de aquí, soy libre de ti

me queda poco para estar contigo,
poco tiempo en este lugar,
pero
¿querré volver a ti
con las alas de recuerdo?
¿o me acompañarás,
molesto cadillo,
adondequiera que vaya
y hasta el precipicio
de mi perenne perdición?
¿o me dejarás a mi suerte,
guardiana traidora,
mefistofélica tierra inhóspita de placer?
¿llorarás conmigo en la despedida,
putrefacta partícula de polvo?
atónita de tener que dejarme,
¿irás, engendro de mis entrañas,
a extrañarme alguna vez?

lo dudo,
actriz traicionera y malhablada:
tienes otras

siempre supe que has tenido,
desde el principio de los tiempos,
otras pobres mentes tristes que atormentar

mas en lo profundo
todas queremos ser tus únicas
tus favoritas
tus niñas mimadas

las realizadoras de todos tus sueños
de tus ansias salvajes
de tus deseos tabú
de tu sed de agua salada
como la suya
como la nuestra;
mariposas *acometadas*
y caleidoscópicas,
como oníricas cortesanas a tu servicio
habitantes de la punta de tu lengua
esclavas de tu ignominiosa palabra
de tu estratosférica imaginación descarnada
y de tu empedernido silencio

¿cuándo me regalarás tus últimos momentos,
bruta malsana,
elegante artífice de mi inconciencia,
luciferina almohada clara y asfixiante?
¿cuándo me mirarás a los ojos por última vez,
tú, transparente espejo de crueldad?
¿llegará el día en que para siempre me abandones,
inocente fiesta de cero,
maleficiente mamarracho de grandeza?
¿llegará la noche en que me olvides,
luna indolente,
que no a todas partes me sigues?

por mientras
sigo en la efervescente revolución del callar
pero llegará mi grito al Cielo
y a las profundidades abismales
llegará a tu desierto
y a tu páramo de hielo
en el ocaso en que te cante por última vez
el atardecer en que te grite hasta romperte
y morirás en tu castigo
cuando al fin
te olvide

estoy llena de corazones, de sonrisas y de ojos

despierto sin resaca
pero con arte
en las manos
en los brazos

¿quién me leyó? ¿quién me escuchó? ¿quién me dibujó?

regalo, me observas desde el escritorio
ven a desayunar conmigo
a esta vida llena de mantras
que no siempre sirven ni se llevan bien
a esta rutina que vivo sin gloria
y no sin pena
a esta realidad doble-alterna
la realidad real de la que pude huir
el color extraño del que escapamos
ese que se acepta tan catedráticamente como el filtro útil
la justa deformidad

ven a comenzar el día conmigo
como si mirarte no me hubiera dado suficientes ánimos
como si perderte no me fuera a dar suficiente llanto
suficiente vacío
suficiente de toda necesidad que pretenda evitar

estoy llena de corazones, de sonrisas y de ojos

atrepé

falsifiquemos rimas
bajo soles desgraciados

lloremos diamantes infinitos
del planeta d'al lado

hagamos una casa club
hecha de nidos
de ramitas y saliva

restauremos los retratos
de las caras de *el Otro*
en nuestra conciencia

olvidémonos de la gloria
de las grandes sinfonías por un rato
y confeccionemos la nuestra
pequeña efímera *gnoseabunda*
pero nuestra

dejemos de extrañar
los tiempos que nunca vivimos
y miremos mejor al que nos llama
que nos urge que no existe

hagamos una fortaleza
de cojines apilados
sobre la cumbre asolada del olvido
deshagamos nuestro discú
en la contemplació del espa etern [¡.!]

Álvaro Calfucoy Gutiérrez

Aywiñtuwün¹

Te digo:
el exilio se abate sobre mí
sobre nosotros, pues no me nombro
en mapudungun y
una parte de mí ya no está
en el espejo castellano.

Carta a don Alonso de Ercilla y Zúñiga
Marina Arrate

De un estruendo enorme
en medio de la Primavera en flor
estallido funesto y palabra
truncada en la imagen que se pierde
cristal que, roto, nombra
como tara, de año en año, de hijo en hijo
con una voz ya imperceptible entre el sonido.
Pedazos de un cristal que dice
que se abre ante mi rostro, fragmento
que recojo en el cemento interminable
entre sueltas palabras que no escucho
cayendo entre mis manos partidas
entre falanges rotas
dedos
sangrando
reconstruyendo la mirada opaca
bajo el cielo de cenizas que me cubren
que me ocultan
cada trozo, cada espacio, de la piel, del tacto
de la faz, de olfato, de gusto
de mis ojos
de mi lengua
que las sombras de la noche, de edificios, velan
para callarlos
en lo inmenso del bullicio y la penumbra.

Escucho

Escucho

Un nombre, mi nombre acaso, nombre
que me arrulla de Otoño en los otoños
promesa del abrigo en el invierno
de la palabra en torno al fuego
de sumergirse entre riveras
de bosque en que canto
y canto y canto,
y escucho

¿Iney pingeymi am?

Y me repito
me repito
me repito

¿Iney pingeymi am?ⁱⁱ

Taiñ mapuzunguam fillke püleⁱⁱⁱ

Caminé fuera del asfalto.
Busqué el barro en mis zapatos por mancharme,
por hacerme impuro a los más blancos ojos.
Hui de las calles, los nombres
la ennegrecida seda y estandarte.

Ex civibus amumen llemay
Kintumen kangelu rakizuum
kangelu aukiñ
quia imperium vivit
et pulsat nostram linguam.
Welu kom tañi mongen choyüy
tüfachi wingka waria,
Santiago del Nuevo Extremo pingelu^{iv}.

Me supe incompleto entre las luces de arteificio
me supe ajeno en el campo labrado,
y mirando mis manos
mi lengua
mi rostro
busqué algún silencio en la urbe trizada.

Pero nunca en sus bocas detiene el estruendo
las calles
los parques
las plazas
edificios
paseos
palacios
para imponerse en la tinta
sellada por timbre
dictada en las aulas
llamando al olvido.

Feymu pien
poyen L'aku,

pien, chacha Bautista yem,
pien, chacha Francisco yem
¿Feley ñi zungunon ti watrolechi waria mew?

Inche an'ay
küpa llitun ñi wirarüael
fillke
 fillke
 fillke püle^v.

Oktufüre küyen, epu warangka mari aylla tripantu^{vi}

Fue fértil ceniza Santiago
tras su silencio estallido
enorme
en que las voces gritaron su lengua, las lenguas
de hambre y miseria y enojo al fin.

Otras banderas levanta
otros colores
otra forma de mirar el territorio
en donde Chile no es cisura
sino
cicatriz terrible marca
del pasado
de milicia y cruz y
blancos rostros.

Müley kake che tufachi mapu mew
müley kake unifol,
trekañmaleiñ pu chileno inchiñ.
Witrapürayaiñ taiñ Wenufoye,
puwen,
tufachi wingka waria mew^{vii}.

En todas las plazas
en las avenidas
se levantó ya el canto sólo
más que las palabras entredichas.
Y nos sentimos nuestros,
distintos, otros,
pero nuestros al mirarnos frente a frente
entre el llanto de los gases
entre el llanto de los muertos
entre el llanto de las balas en el cuerpo del herido.

*Otra será la memoria que tendremos,
fue el clamor.*

Y miramos el pasado en los bronces más terribles
para callarlos luego de siglos
en que su silueta nos cubriera las pisadas en las calles:
abajo, Colón, portador de Cristo
abajo, Valdivia, blanca piedra y fundamento
abajo, Portales, padre oscuro del hoy Chile
abajo, Guzmán, raigambre infame del despojo.

Amulepe, kom pu che
tralalüpe feychi estatua an'ay
afley chi kuyfi país
chi re wingka país
turpu ngelayay.

Witrapürayay
fillke unifol, fillke zungu
witrapürayay taiñ estatua
Lautaro wüño Leftraru ngeay
Caupolicán wüño Kalfülíkan ngeay
Colo Colo Koz Koz ngeay ka, puwen
taiñ zungu wüño mongealay fillke waria mew.

Choyüngesaiñ aflu chi kütral
rüpü mew
kiñe fütra lemu reke.
Kangelu país ngeaiñ tati
kangelu pu che
ngeaiñ
puwen^{viii}.

Passiflora incarnata

L'aku, si usted viera
lo preciosa que es la planta
la planta entera, no la flor no más,
en todas sus partes tiene diversos colores.

Cuando venga se la muestro, necesita
una escalera para poder verla
desde la copa de la higuera
—porque trepó y trepó
haciendo formas, dando vueltas
hasta llegar arriba.
Es como un museo, l'aku
necesitaría una sala entera
para pintarla con toda su belleza.

Yo no sé cómo llegó
habrá salido sola,
alguna semilla quedaría acaso
en los abonos de la tierra.

¿Sabía usted que al paraíso
se le dice *achef mapu*^{ix}?

Wezake pun

L'aku pien nga
¿kütrankülen am ta?
Pu fūchache feypirkey
pun mu pewma niekey
ti tremolelu che.
Welu inche an'ay
pepi umawtulan
ñi allkutukeel ti awkiñ
niekey waria rüpi
kiñe
weluzungun
reke

Fotrü an'ay
fotrü an'ay
fotrü an'ay, L'aku.

¿Chumngelu am
zungukelaenew
taiñ kuyfike che yem?
¿Tañi welumapuzungual mew?
¿Kam pūchin feyentuken?
¿Re ñüfün küpa elunew
allfülelu pu Ngen'
mongefuy engu
tüfachi
mapu mu?

Kimnielan, L'aku
chumngechi umawtuel
mülele ñi piwke mew
ti waria ñi kütran^x.

TAMI LLAFINGE ÑI AZ

Las palabras todas
las digo
con una suavidad que no comprendo,
no conozco:
un ligero recorrer de voz acaso clara
para ti.
No quizás sonido del océano
no el tono profundo del insomnio
el frío desmedido, la sequedad
inmensa
no.

El sol
caricia leve canta
entre las sombras naranjas
en torno a tus ojos,
y logra una sonrisa
mostrarse acaso símil
a los brotes insinuados
por la tarde y su templanza.

Kom pu llampüzken ülkantuaeymew
müpüay engün tami ümi reke
feymew umawtuay engün
ñi kumeke
we pewma
mew^{xi}.

Me lo repito, tomando tu mano:
bajo toda luz de sol se escucha este murmullo.
Y me sonrió
entrelazando
tus dedos
y
los míos

al encontrar tu mirada como abril atardeciendo.

Epuchi chillka^{xii}

Tu voz un vasto mundo que recorro lentamente
a paso firme o con sigilo
de encontrarme en cada parte una secreta maravilla.
Me figuro en tu rostro, amor, mil notas
que se mezclan y se cruzan, dibujadas del rubor,
mecidas por la brisa juguetona entre los campos
cuidados por un tiempo que ha olvidado calendarios.

Lenta melodía que repito, amor
en las líneas que dibujo cual susurro
más que tacto.
Suspende la premura de las horas,
vastos siglos,
o el peso de la luna sobre pálidos trabajos.

Más que en la textura indefnida de los años,
me pierdo, amor, entre tus íntimas palabras
como en un bosque interminable cobijado
del color indescriptible de tus ojos al mirarme.

- ⁱ Mirarse en su sombra, reflejarse.
- ⁱⁱ ¿Cómo te llamas?
- ⁱⁱⁱ Para nuestro hablar mapuzungun en todas partes.
- ^{iv} Anduve fuera de las ciudades / fui buscando otro pensamiento / otro sonido / porque vive el imperio / y golpea nuestra lengua. / Pero toda mi vida brotó / en esta ciudad wingka / en Santiago del Nuevo Extremo.
- ^v Entonces dime / abuelo querido / dime, chacha Bautista / dime, chacha Francisco / ¿está bien que no hable en esta ciudad quebrada? // Yo quiero / comenzar a gritar.
- ^{vi} Mes de octubre, año dos mil diecinueve.
- ^{vii} Hay otra gente en esta tierra / hay otras banderas, / estamos marchando junto a los chilenos. / Levantaremos nuestra Wenufoyc, / amigxs, / en esta ciudad wingka.
- ^{viii} Que siga, gente / que caiga y suene esa estatua / se está terminando el país antiguo / ese país de puros wingka / ya no será nunca más. // Se levantarán / todas las banderas, todas las lenguas / se levantarán nuestras estatuas / Lautaro será de nuevo Leftraru / Cautopolicán será de nuevo Kallfúlikan / Colo Colo será Koz Koz también, amigxs / nuestra lengua estará viva de nuevo en todas las ciudades. // Brotaremos terminado el fuego / en la calle / como un enorme bosque. / Seremos otro país / seremos otras / personas / amigxs.
- ^{ix} Tierra abundante en flores.
- ^x Dime, L'aku / ¿Estoy acaso enfermo? / Dicen que los ancianos dicen / que de noche tiene pewma / la gente sana. / Pero yo / no puedo dormir / al escuchar el eco / que las calles tienen / como / un / mal hablar / Fotrū an'ay / fotrū an'ay / fotrū an'ay, L'aku. // ¿Cómo es que / no me hablan / nuestros ancestros? / ¿Es mi mal mapuzungun? / ¿Acaso poco fe-yentun? / ¿Sólo silencio quieren darme / heridos los Ngen' / que vivieron / en esta / tierra? // No sé, L'aku / cómo hacer para dormir / si tengo en mi piwke / el kútran de la ciudad.
- ^{xi} Todas las mariposas te cantarán / aletearán como tus pestañas / entonces dormirán / en mis buenos / nuevos / sueños.
- ^{xii} Segunda carta.

Daniela Catrileo

La hoja de suculenta que me regaló mi abuela
demoró un año en echar raíz
ella dijo que la plantara en cualquier pedazo de tierra

Pasaron los meses, pensé que estaba muerta
pero perseveraré en conservarla

La guardé confiando en la calma
o en la resurrección

Lo no-vivo ahora es una hoja
de tonos rojizos que crece en diagonal
buscando el sol
como las otras plantas que hay en casa

Quizás nosotros tampoco somos tan verticales
como creemos
pasamos varios años en posición horizontal
aguardando el sueño o aprendiendo a caminar

Estamos también en la pendiente
como un péndulo sobre la tierra

El tiempo en una suculenta
es un brote de un centímetro
un día de luz o una mañana de niebla

A nosotros, el tiempo nos devora
nos hace competir sin siquiera
tener otro brote

No sé, mido el tiempo y la paciencia
en mi cabello, por ejemplo.
He estado a punto de cortarlo y luego, he esperado.
Mi cabello es una enredadera enmarañada
cuyo único voto es la calma

Admiro la sencillez y el silencio
a quienes dicen con poco
y a quienes teniendo lo mínimo
construyen un hogar

Amo a las personas lentas
y su lenguaje contra el capital
Yo misma he traicionado
esta lengua por otras
me he dejado mecer en arroyos

pero vuelvo siempre
al primer brote de suculenta
a la raíz calma en la tierra
al sol tibio de su pendiente

como un ser
que recién comienza a caminar
alguien que da un paso a la vez
y se tambalea
como si le faltara un ala
para equilibrar la ruta.

Elicura Chihuailaf Nahuelpan

ITROFILL MOGEN

May, ¿iney feyentulayafuy?
pigeken: Ti Ko fey ta Mogen
¿Welu chem kam ta ko
mvlenole Kvrvf?
¿Welu chumkey ti Kvrvf
ka ti Ko mvlenole Mapu?
¿Welu chumkey ta Mapu
mvlenole ti Kytral?
¿Welu chumkey ta kvtral
mvlenole ta Antv?
¿Welu chumkey ta Antv
mvlenole Kvyen ñi trufken?
¿Welu chumkey ta Kvyen
mvlenole ta Ñikvf ñi vl?
¿Welu chumkey ti ñikvf
mvlenole chi Azkintun?
¿Welu chumkey ta azkintun
mvlenole ta Zugun?
¿Welu chumkey ta Zugun
mvlenole ta Mogen ñi neyen?
¿Welu chi Itrofill ñi neyen
mvlenole Mogen tañi Ko?*

EL AGUA DE LA VIDA (Biodiversidad, reciprocidad)

Sí, ¿quién puede dudarlo?
me dicen: El Agua es la Vida
¿Pero qué hace el Agua
sin el Aire?
¿Pero qué hacen el aire
y el agua sin la Tierra?
¿Pero qué hace la Tierra
sin el Fuego?

¿Pero qué hace el fuego
sin el Sol?
¿Pero qué hace el Sol
sin la ceniza de la Luna?
¿Pero qué hace la Luna
sin el canto del Silencio?
¿Pero qué hace el silencio
si no sucede la Contemplación?
¿Pero qué hace la contemplación
sin la Palabra?
¿Pero qué hace la Palabra
sin el aliento de la Naturaleza?
¿Pero qué hace la Naturaleza
sin el Agua de la Vida?*

* Freneaen, eyimi amulñifige tvfachi vlkantun:

Ragintu ta chi kileen chi mawiza mew
Chi liwen mvlfen mew
Inaltu ta ti kiñeke witrunko mew
lewfv, trayenko, lafken
Azkintulen chi fvtrake wampu konwe
antv mew ti fvtralafken mew
ka ti kvtran kvrvf chi antv mew...
Chi wente wigkul pun mew ka welun zugu
ta rakizuam mew ta peyepeyemvn mew.

* Por favor, continúe usted este poema:

En medio de los últimos bosques
En el rocío de la madrugada
A orillas de los menguados ríos
saltos, lagos
Mirando los barcos en el horizonte
del mar
y en el aire contaminado del día...
En la cumbre nocturna y más delirante
de la imaginación.

TA MAWIZA TUKULPAKEY

Iñche ta mawizantu ka feyta
tañi Kallfv piwke
¿allkvymi am ñi ko witan?
Ñawe, fotvm, lamgen, peñi
¿kintuen am?
Petu mogelen tati, iñche zomo
ka wentru ñi ruka gen
pu vñvm ka pu kulliñ
pu kura ka pu pvchike piru
pu ziweñ-loyo-pvke-kufvll ka pu trayenko
Iñche mew mogeley ti neyen ñi pvllv
Ragintu tapvl mew ka ñi nvmvn folil mew
tremi pelom foki
¿Peymi am chumgechi ñi rayvn taiñ nvtram
ayfiñ egu?
Ñi pu aliwen ñi vl tati —mafvlpaenew—
wilvfpalu pu tromv ka pu llampvzkeñ
ñi Pewma

Azkintuen, faw mvlen may petu trekalan
wagvlen egu
Mogelen tami kimtukual feyta chi Wallon
Mapu ñi kimvn
¿Zuamtuymi am taiñ afpungenochi Kallfv
ñi kvpalen inchiñ?
Azkintufe ñi peniyenofiel mvpvn kura
tami nwwkvnetew feytachi karu
Ñuke Mapu mew

¿Peymi? Iñche ñi pu che ñi tukulpan
fvtra mawizantu gen tañi pu Kuyfikeche
ñi ñochi zugun kvpalu ñi trekan mew
fey amulu ta Kallfv Pewma mew

Chiway reke, lvykv mulfen reke
mawvn ñi witrunko reke, Zugu reke

eluyu ti Ko
Ti kvrvf, kvrvf. Niy tami neyen
ti llafe ini rume ñamvn nolu
tañi ge azkintun pepi lelialu
Wall Mapu ñi afnuchi Poyen.

EL BOSQUE DE LA MEMORIA

Soy el bosque y este es el Azul
de mi corazón
¿escuchas su latido de agua?
Hija, hijo, hermana, hermano
¿me reconoces?
Aún vivo, porque soy la casa
de la mujer y del hombre
de los pájaros y de los animales
de las piedras y de los insectos
de los hongos y de las vertientes
En mí habita la brisa de vuestro espíritu
Entre las hojas y las raíces de mis aromas
crece la enredadera de la luz
¿Ves como florece su conversación
con las sombras?
Es el canto de mis árboles
en los que resplandecen los Sueños
de las nubes y de las mariposas

Mírame, estoy aquí porque todavía tú
no vuelves a caminar entre las estrellas
Existo para que reconozcas el misterio
del orden natural
¿Recuerdas que venimos desde el Azul
infinito?
Mira el invisible vuelo de las piedras
que te sostienen en el verdor
de nuestra Madre Tierra

¿Ves? Soy el gran bosque de la memoria
de nuestra Gente y de los Antepasados
que susurran desde mis huellas
y hacia lo venidero

Como neblina, como gotas de rocío
como caudal de lluvia, como Palabras

te ofrezco el Agua
El Aire, el aire. Tu respirar que posee
las llaves de las ventanas, de tus ojos
que anhelan contemplar
la Ternura insondable
del Universo.

Cristian Cisternas Ampuero

Sobre su partida*

En tiempos de angustia y carestía,
En horas amargas por el cumplimiento
De viejas profecías y augurios de pestilencia,
Endeudados hasta el cuello por tributos,
Amargados por cosechas incendiadas
Y extraños objetos devueltos por la tierra,
No queda otra cosa que armarse de tablones,
Alguna espada herrumbrosa, escopeta recortada
Y salir a buscar un caballero a quien servir.

* *Medievario*, Cuadernos de Casa Bermeja, 2017.

Saltarello

Tomo tu mano, fría como fuente fría
Avanzamos a tientas por el campo de batalla
Tú desconfiada, yo orgulloso de conducirte,
Por terrenos de piedra caliza y alambrados
Desorientada por extrañas drogas, afiebrada
Por picadura de tarántula, yo sudando sangre
De lanzazos, embestidas y cálculos biliares,
No dejabas de profetizar el fin de la pestilencia
En explosión silenciosa, en el tálamo de tu mente,
Enviada a todos los cerebros desde altivos satélites.
Entonces el veneno empieza a dilatar tus poros,
Su picadura se descuelga del techo de morabitos,
Te beso y siento sabor de ganglios duros:
Tiemblas, te me aferras, apenas tengo fuerzas para sujetar
Tu cintura. Empiezas a blasfemar en lenguas añejas
Como sólo una doncella moribunda puede hacerlo
Y yo te empujo y digo: baila, salta, gira y rebota
Como roca despeñada, como aspa de molino, déjate
Llevar por la gravitación de tu nueva muerte.

Ekfrasis de la dama

En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

La Celestina, Fernando de Rojas.

Visto de cerca, el pelo cubierto de líquido prostático. Caspa en la partidura. Frente ceñuda [sañuda]. Oídos alargados por pesados rodamientos [cantos rodados], negros de cerumen. Rostro manchado; pequeñas líneas de expresión, espinillas. Nariz con pelos y puntos negros. Pómulos hundidos. Bigote incipiente. Labios delgados y partidos, herpes bucal. Ojos asimétricos, sombreados por tizones de carbón. Óvalo de rostro anodino, perfil caído en desgracia. Cuello esquelético, piel suelta y pecososa, repliegues. Hombros estrechos y dislocados. Costillas al aire. Pechos planos como doblones, helipuertos arruinados. Cintura imperceptible, tabla cepillada, llena de nudos. Ombligo cenicero. Muslos largos como remos. Rodillas atascadas como bielas. Vientre hinchado como gaita; Monte de Venus rasurado con arpón o cuchillo cartonero. Pelvis cerrada por reparaciones. Gambas diminutas, uñas quebradizas. De toda ella, hasta el fondo, enamorados somos, y rendidos.

2020

Alejandra Costamagna

Daisy está contigo *

Tengo a tu perra, vas a decir. Has marcado el número que aparece en la medallita del collar junto con el nombre y un corazón de metal raspado, y has esperado cinco rings. ¿Aló? Cuando escuchas la voz al otro lado, sin embargo, no hablas. La primera palabra ajena que oyes en dos semanas. La misma voz insiste. Imaginas que detrás del tubo respira una boca. Una pura boca, sin cuerpo, sin huesos ya. Tengo a tu perra en mi casa, quieres avisarle a la desconocida. Y escuchar que la voz grite: “¡Oigan, apareció la Daisy!”. Una voz viva, de quince o dieciséis años, imaginas, una vocecita insolente removiendo el aire de unos pulmones todavía sanos. Como era Alia antes del diagnóstico, quieres pensar. Darías cualquier cosa por imaginarla con el pelo en un moño, sandalias, bolsón cruzado entre pecho y pecho hacia la espalda, expresión de una vida a salvo. Pero no, el cerebro te manda un dibujo gastado, otra cosa. ¿Aló? La desconocida quiere saber quién está ahí, aló, quién habla. Y tú no hallas nada mejor que machacarla con un silencio inhumano. Después cortas y escuchas el eco de un resoplido que supones tuyo.

No has salido de la cama para hacer favores a extraños. Si abriste la puerta fue solo porque los aullidos del animal casi rajaban el endeble tejido de tu discernimiento. La perra ahora husmea la planta que dejó Alia sin regar; el único resto viviente. Durante los últimos días la muchacha se limitó a respirar. Apenas arañar el aire. La perra emite un ladrido que te devuelve a la Tierra y sin darte cuenta discas el número dos, tres veces más para escuchar una sola voz, siempre la misma, con aterrada fascinación. Llamas y cortas. Cómo quisieras que esa voz no estuviera tan viva, te da tanta rabia el entusiasmo que arroja la desconocida. Daisy se ha echado sobre las rumas de papeles, los trabajos por corregir que ya no vas a corregir, porque tu futuro es de golpe una celda vacía.

Recién entonces puedes ver el cuadro completo al otro lado del teléfono, quizás dónde. La dueña de la misma voz, desesperada, terminando de escribir los carteles de “Se busca perrita perdida” y a continuación las señas de una quiltera con nombre de plan de emergencia o dibujo animado, ascendida a pastor alemán. La dueña ofreciendo una recompensa millonaria por Daisy, como si fuera un secuestro de Estado. Y de repente el teléfono. La dueña con los dedos cruzados: que sea la Daisy, Diosito,

* *Animales domésticos*, Random House Mondadori, 2011.

que sea la Daisy. El teléfono aullando, cinco rings y tú al otro lado. La dueña: ¡aló? Tú: aló, tengo a la perra, ¿cuánto ofreces? Tu oído recreando diálogos que te saquen del infierno clínico de las últimas semanas. La perra moviéndole la cola al teléfono, apostando a que su ama ya viene al rescate. La dueña dispuesta a pagar billones con el tubo en la mano, ¡aló! Tu oído escuchando esa voz imposible, de otro tiempo: Alia antes de las endoscopías, las cintigrafías... Los ladridos fulminantes que de golpe te delatan y te hacen discar por enésima vez el número de la medallita y por fin decir aló, tengo a tu perra. Y confirmar que sí, que Daisy está contigo.

Sin una pizca de razonamiento te entregas a la desconocida como un desertor y escuchas la euforia en la respuesta de la propietaria de la voz y de la perra cuando dice perrita de mierda, no como un insulto sino con un amor profundo, y te pide la dirección y en un pestañeo te escuchas soltando Seminario 427 como si no fueras tú sino tu eco quien habla, y el eco respondiera con su canto al aire que sí, niña, por supuesto que puede pasar por la perrita cuando se le antoje. Piensas que los susurros de Alia se han filtrado desde un más allá recóndito por el tubo del teléfono y ahora vienen directamente a tus oídos o a los oídos de quien escucha por ti a través del tendido eléctrico y nadie va a detener su correntosa vertiente. Que sí, niña, te dan ganas de lanzarle al oído, que tienes todo el tiempo del mundo para cuidar perros, plantas, canarios, para hablar con voces imposibles, con espectros, ¿que acaso no ve que eres un remolino, que ya no eres un hombre? Que sí, que venga por la perra de una vez por todas y por ti; sobre todo que venga por ti, cabrita, que te alimente, te vuelva a regar ahora que por fin has salido de la cama. Pero la dueña de la voz apunta la dirección en la palma de su mano, supones, sollozando de alegría o de nervios, apenas capaz de preguntar si la perrita está bien, señor, y acto seguido ofrece un millón de gracias, oiga, y ejecuta con su clic ese silencio pastoso que te deja solo otra vez con el animal aguachado entre las plantas de Alia porque sabe, supones, que esto es una visita y no dura toda la vida, bah, como si algo fuera a durar toda la vida.

La perra que encontraste hace diez o más horas en la puerta de tu casa, gimiendo para ti, confesándote quizás qué con toda su garganta, se acerca y te huele las sospechas y te dice olvídate, huevón. Sóbame el lomo y cambiemos el caracho. ¿Y qué más vas a hacer? Daisy se echa de espaldas en la alfombra del living, con las orejas aplastadas, y tú acaricias con más inercia que buena gana ese atado de pelos. Hasta que algo, la respiración pausada del animal, la monotonía de la palma peinando el

espinazo, el cansancio acumulado, las últimas cien noches de desvelo con Alia tratando de aliviar las punzadas, métale calmantes, la sola esta- ca de Alia en tu pecho, algo involuntario y acaso anterior a la civilización humana hace que te duermas en la alfombra. En el sueño estás frente a un pájaro gigante. El pájaro abre la boca y tú entras y te deslizas por el pasillo de su garganta, que es anaranjada y viscosa como la tela de una cortina antigua, pero de golpe dejas de ser tú y eres Alia que se encharca entre los fluidos del pájaro. Alia anaranjada y viscosa en el sueño que ahora suena y se te clava en los oídos. Un ruido punzante, el timbre. Abres los ojos y ves a Daisy despezándose a tu lado y moviendo la cola con el vaivén de un péndulo. Perrita de mierda, dices.

El timbre vuelve a sonar. Corres la cortina y te parece ver una som- bra detrás de la reja. Piensas que nunca debiste discar el número de la medalla, que no debiste decir aló, tengo a tu perra, que la inercia te trai- cionó otra vez. Sospechas que la dueña del animal está aquí para encen- derte una vela a la altura de los ojos. Te dirá lo siento, lo siento mucho, pero qué va a sentir una mocosa. Entonces le vas a describir los aullidos, te vas a sacar el corazón con una mano, y va a ser imposible imitar los rumores atorados de Alia que ya nadie escucha porque ese sonido se in- crustó demasiado adentro en tu cráneo mientras ella perdía el aliento. Y después las condolencias gangosas y los sentidos pésames. Y al final ese silencio que te aplastó entre las sábanas. Hasta que escuchaste los rasgu- ños en la puerta diez, doce, quizás cuántas horas atrás y te levantaste y encontraste a la perra moviéndote esa misma cola que ahora bate como el aspa de un ventilador y te ladra con eco, totalmente excitada.

Te asomas otra vez por la ventana. Buscas unas sandalias, un moño, un bolsón cruzado entre pecho y pecho hacia la espalda, la expresión de una vida a orillas de cualquier compostura. Pero lo que ves allá afuera es un espectro. Un cuerpo al que le han chupado la materia y le han dejado el puro cuero. Alia extinguiéndose o emergiendo de un lugar improbable, imaginas. Temes que sea una señal, pero no tienes idea de qué. La perra vuelve a ladrar con ese entusiasmo exasperante cuando siente el tercer timbrado, y parece compadecerte. Déjate de huevadas, te pide el animal. Es exactamente lo que haces. Miras por última vez la medalla con el corazón raspado, levantas el citófono y escuchas con aterrada fascinación. Una sola voz, siempre la misma. Pulsas el botón, dejas que entre.

Tienes tantas ganas de aullar.

Jorge Coulon

Ventiocho letras y doce
solo doce semitonos
con tan poquito yo entono
todo lo que se conoce
el tango que te destroce
y el discurso más fogoso
Pocos pero poderosos
son estos módulos básicos
en lo cómico y lo trágico
en lo feo y en lo hermoso

Todo es nada al fin y al cabo
somos solo movimiento
entropía de un evento
peso hecho de centavos
movimiento organizado
que genera más desorden
caminando sobre el borde
de un caos inenarrable
sujetos a lo probable
de un arpegio o un acorde

Cadenas y relaciones
atracciones y rechazos
segmentos puntos o trazos
señales y mediciones
Extrañas interacciones
de fuerzas tal vez diversas
orientadas o dispersas
las percibe nuestra mente
pero todas aparentes
las favorables y adversas

Se reduce a vibraciones
la esencia de la materia?
Si es así la cosa es seria

para mis cavilaciones
Serán solo sensaciones
polímeros, grasas y fibras
si todo al fin se equilibra
en las fuerzas de la nada?
Una realidad formada
sobre la nada que vibra.

Yo no sé si la poesía
diosa esquiva y misteriosa
hecha clavel o hecha rosa
vive en la décima mía
Cómo saber si el tranvía
añoso como academia
que una noche de bohemia
cruzó la vieja ciudad
me develó la verdad
de tu dulce sed abstemia?

Nunca encontré una palabra
como la que Sherezade
nos propuso como llave
para que el tesoro se abra
Ojalá un abracadabra
abriera la fantasía
o la palabra ambrosía
a Calíope invocara
pero la musa es avara
mezquina en su epifanía

Olvidar el diccionario
o el sinónimo más fino
al pan pan, al vino vino
sin requiebros literarios
ignorando al comisario
y a las huestes de Catón
dejo que la inspiración
le dicte a mi mano el gesto
que le agrega al palimpsesto
una nueva narración

Como el famoso adjetivo
del que Huidobro se cuida
el verso puede dar vida

solo en un lenguaje vivo
No sé para quién escribo
ni mi pluma está a contrata
Cuando de versear se trata
no oigo cantos de sirena
yo escucho al de Cartagena
cuando no da vida, mata.

Fue Rolak, mi bisabuelo
de la Lira Popular?
o fue de tanto cantar
que mi verso emprendió el vuelo?
Primero fue a ras de suelo
luego logró cierta altura
dibujando en su escritura
filigranas del oriente
que elaboraba mi mente
al procesar mis lecturas

La décima es esqueleto
estructura de soporte
un módulo de transporte
formulario del panfleto
Pero contiene un secreto
en su secreta porfía
Oculta en su geometría
de aparente rigidez
se encuentra de cuando en vez
la desnuda poesía

Tiene límite y frontera
la más profunda verdad
y la misma libertad
se construye en una esfera
No hay adentro sin afuera
no hay abajo sin arriba
toda forma es relativa
a una idea de la forma
e incluso romper la norma
mantiene a la norma viva

Hay quien se siente encerrado
por la rima y la cadencia
prefiere la independencia

del verso libre y alado
Yo me siento desafiado
por los molinos de viento
no está Sancho y su jumento
ni el soneto y su laurel
hago flores de papel
creciendo en el pavimento.

Noviembre

En el mapa de su piel
Noviembre despertó
Y trajo un río que se desbordó
Sobre el espacio azul
Y lo inundó

En el centro de su miel
Su ardor se estremeció
Y su pezón de flor, sutil gimió
Con tal profundo amor,
Que fecundó.

No volvió, su risa no volvió
Su modo de mirar, la brisa de su voz.
No volvió el paso de su andar,
No volvió su suspirar, su sueño no volvió.
Noviembre enmudeció...

No volvió su prisa, no volvió,
Su modo de esperar, su estilo de ser dios.
No volvió el beso de su hablar
No volvió su respirar, su asombro, no volvió.

En los surcos de su piel
Noviembre se durmió
Y fue una sombra que se derramó;
Sobre el paisaje gris amaneció.

Jorge Díaz

Microscopio invertido

Notas de un biólogo disidente

Soy biólogo y he trabajado durante más de 8 años en una facultad de medicina que está conectada a un hospital público y a un sector de laboratorios de investigación. En este lugar me he dedicado a estudiar los mecanismos celulares y moleculares por los cuales las células cancerosas emigran de su nicho primario, diseminándome en un fino proceso hacia otros espacios donde proliferan y promueven el crecimiento. Estudiando paso a paso qué es lo que te puede matar en un mes o en diez años, qué situaciones se alteran o cuáles mecanismos se descontrolan desde el punto de vista de la biología celular y molecular. También soy activista de disidencia sexual y escritor. A manera de un relato situado, quiero compartir algunas notas fragmentadas que recojo mientras estoy en el laboratorio, entre un experimento y otro. Estas notas son un intento para patentar el tiempo que se escapa, para organizar ciertas ideas, describir el cotidiano, compartir información, aligerarnos la pena. Las notas no son nunca definitivas, el pensamiento cambia, la escritura se edita constantemente, no hay texto definitivo, aprendemos de los borradores. Para no sobresaturar, se escribe, para exponer lo que se piensa solo, lo que se piensa acompañado. Escribir es organizar un silencio que se acumuló y resonó en conexiones que urgen pasarse a palabras.

ESTACIÓN METRO HOSPITALES

Un hombre duerme sobre un colchón sucio y maloliente, cuando despierta lee libros de literatura clásica a la intemperie, nada lo mueve durante el día entero. Duerme, lee y vuelve a dormir. A veces otro hombre le trae una caja de vino y beben juntos sobre el colchón. No sé cómo lo hace en las épocas frías del año. Frente al hombre del colchón una mujer bendice a las personas que salen del hospital y que no han podido ser atendidas. Ante sus dolencias, no les queda más que aceptar que esta mujer evangélica ponga sus manos sobre sus órganos y comience una oración en un lenguaje extraño. Pide al señor Jehová que sane a estos sus hijos caídos en desgracia. Pienso que su dios es injusto, despiadado diría. Sobre la calle y a la salida de la estación de metro que conecta con la facultad, venden deliciosos panes y dulces colombianos y peruanos, también arepas, *sushi* y chocolates. Las mujeres que venden hierbas

medicinales proliferan por esa misma vereda aunque tienen cada vez menos espacio porque se está construyendo un megaedificio que, con violencia, sacará a todos los ambulantes. Unos pequeños puestos venden ropa para bebés prematuros, peinetas, ropa interior, colonia inglesa y pijamas de todas tallas y colores para los que tuvieron que quedarse a la fuerza internados. Las familias tienen rostros tristes al salir del hospital, llevan a sus seres queridos en sillas de ruedas improvisadas por la estrecha calle. Los profesores, autoridades y algunos alumnos de la facultad de medicina que se encuentra junto al hospital, pasan raudos en sus autos buscando un estacionamiento en el interior de la facultad, casi no experimentan la calle. No pudieron cambiar el nombre de la estación de metro Hospitales al de la primera mujer médica de Chile, Eloísa Díaz, quien estudió aquí mismo y que en estos tiempos de feminismo es considerada, con toda justicia, una ídola. En cambio, construyeron una diminuta plazoleta con el rostro de la mujer que tenía que estudiar tras un biombo en la salas de clases. Nunca olvidaré que el día que se inauguró el Costanera Center, el *mall* más grande de Sudamérica, una persona murió de frío fuera del hospital. Quizás era un hombre como el del colchón, en esta misma calle Profesor Zañartu, salida campus norte de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile.

DISIDENCIA SEXUAL

Ser disidente sexual es una posición crítica frente a la heterosexualidad, no es una identidad. Es interesante porque genera interrogantes: ¿se refiere a diferentes tipos de homosexualidades? ¿De transexualidades? ¿De lesbianismos? Lo gay, que siempre se ha considerado como una irrupción, no parece hoy un lugar de resistencia porque ya está totalmente tomado por el mercado: hay una manera de ser homosexual, se va a ciertos lugares, se juntan en determinados barrios, consumen ciertas cosas, tienen determinadas costumbres según la cantidad de dinero que posean. No estamos de acuerdo con una identidad cerrada. Nos identifica más la posibilidad de devenir, de transitar en distintos territorios y moverse entre las diversas categorías. El psicoanálisis en los años ochenta influyó mucho en el feminismo y ayudó a revisar todas las estructuras. Hizo una reflexión en torno al inconsciente, a las pulsiones, a lo perverso, a una sexualidad no gobernable que puede ser habitada y que cuestiona la heterosexualidad punitiva, dominante. La heterosexualidad, más que una orientación o práctica, es una forma de vida, una

mentalidad que supone una manera cerrada y rígida de interpretar la realidad, tal como lo ha hecho la ciencia hasta hoy. Se nos ha dibujado la ficción de una realidad coherente, pero si no la cuestionamos y nos abrimos a otros lenguajes, vamos a estar en constante conflicto con nuestras propias incongruencias y pulsiones. Por eso la ironía y la parodia en el mundo trans y disidente son tan importantes, porque develan las tramas que vivimos, todo lo que se oculta, lo que no queremos ver, y nos muestra lo absurdo que puede llegar a ser esa negación. Nunca hemos sido un movimiento lineal y creo que esa es una cualidad que el feminismo y transfeminismo siempre deberían incorporar: abrirse a contemplar sus propias incoherencias porque no hay identidad inmune.

LA COLONIZACIÓN DE LAS BACTERIAS

Las bacterias causan infecciones, pero casi nunca cáncer porque esta enfermedad se ocasiona por otros factores, como la carga genética o los efectos del medio ambiente. El cáncer como lo conocíamos hasta ahora no era una enfermedad contagiosa. Pero esto ha ido cambiando. Se sabe que hay una bacteria, *helicobacter pylori*, que se encuentra en el estómago de muchas personas y que con los efectos de su infección puede causar cáncer. Esta bacteria se puede adquirir por vía oral o en otros casos puede activarse en el estómago, porque las bacterias a veces duermen largas temporadas hasta que algo las despierta y comienzan a crecer sin parar. Son como la memoria política de un país: tienen latencias y sobresaltos. El cáncer gástrico es una enfermedad que en Chile está creciendo de manera muy rápida y por lo mismo se está estudiando cada día más. En mi laboratorio hay varias personas investigando los efectos de esta bacteria sobre cultivos de células gástricas, dedicando mucho tiempo y entusiasmo. Una de las poblaciones que se ha visto más afectada es la indígena, particularmente la mapuche, en la que esta bacteria es tan agresiva que arrasa con la vida de muchas personas de manera rápida y dolorosa. El otro día en un seminario de biomedicina pregunté por qué ocurría esto y me respondieron que era porque los mapuche que también habían tenido esta bacteria, pero en otra variante, habían logrado “co-evolucionar” con ella, la habían incorporado y vivían tranquilos, pero que la bacteria de origen “caucásico” (así lo expresaron) sobre el estómago de los mapuche era mucho más agresiva porque llegaba a un lugar que al no conocer causaba efectos muy profundos y dañinos. —¡Sigue la colonización! —le dije al investigador, él se rio, creo que no

entendió lo que dije porque la palabra “colonización” no es una que se ocupe en el vocabulario científico. No se piensa los efectos colonización en la ciencia porque la mayoría de los científicos en cargos importantes en Chile son extranjeros, pero no migrantes, esto es, que vienen del primer mundo. Las bacterias “caucásicas” siguen matando a todas las comunidades indígenas de manera silenciosa y dolorosa. Carabineros chilenos también están matando a los mapuche con balas que disparan impunemente. Murió Camilo Catrillanca, joven dirigente mapuche que se movía por su tierra en el sur del país, con una bala colonizadora que atravesó su cabeza. Le disparó un policía chileno, un paco. Habían acusado a Camilo de ladrón, la justicia demostró que no era cierto, otro montaje más de estos gobiernos racistas que nos dominan. Las bacterias caucásicas y la policía chilena siguen matando a las comunidades mapuche. La colonización nunca termina. La colonización no ha terminado.

EL DELANTAL DE LABORATORIO

Soy una bióloga molecular que se niega al uso del delantal de laboratorio, aborrezco su estética, su blanco hospitalario, su ascética presencia, su uniformadora finalidad, su capacidad preventiva, su estatus científico y su obligatorio uso. La diferencia sexual en una pinza, en un pliegue, en un número de botones. Hay ahí una serialidad que me asfixia, una higiene que rechazo y un tamaño promedio que no se ajusta a nuestras cuerpos. Las vestimentas son tecnologías semióticas que están ahí para moldear relaciones, formas de habla y de pensamiento. El delantal blanco no es ingenuo, es una prenda cargada de ideología. Recuerdo que cuando niño ponía el chaleco sobre la cotona beige y sentía que portaba un vestido. Escribo en la memoria de todos aquellos niños raros que, como yo, comenzaron sus destellos travestis en los primeros días de clase alterando mínimamente la dinámica de la diferencia sexual y de clase que se encuentra en los uniformes escolares. Escribo por aquellos niños proletarios que ponían sus chalecos azul marino sobre la cotona beige y así lucíamos nuestros primeros vestidos expuestos socialmente, sólo así aquellos otros vestidos que utilizábamos en secreto en nuestras casas podían salir a la luz. Pequeñas subversiones travestis del niño afeminado que fui. Al menos podía evadir su obligación o reinventar su uso. Necesito pensar un delantal de laboratorio que me acomode, porque cada día es más obligatorio por la reglas de la ciencia utilizarlo.

CADAVERINA Y PUTRESCINA

Cadaverina ($C_5H_{14}N_2$) y Putrescina ($NH_2(CH_2)_4NH_2$) son dos de las moléculas que se liberan cuando un cuerpo ha muerto, es decir, cuando comienza el proceso de putrefacción porque las bombas eléctricas de iones, las bombas de sodio y potasio con las que nuestros músculos obtienen la energía para la contracción y excitación, ya cesan de trabajar. Son las responsables del olor fétido de la muerte. Porque cuando el *rigor mortis* de la carne se impone al cuerpo que ya no tiene moléculas energéticas para seguir, se liberan estos olores en abundancia. Es también una alerta, una llamada de atención, un halo que, desde la muerte, nos recuerda la vida. Cadaverina y Putrescina también me gusta pensarlas como dos hermanas travestis, atrevidas, malhabladas e insidiosas que siempre aparecen oportunistamente a arruinar los momentos de felicidad. Las pienso como hermanas inseparables y cómplices que se aman y odian. Ya van dos casos en el último tiempo en que los edificios antiguos del centro de Santiago se aromatizan con este olor de una manera insoportable y entonces, comienza la búsqueda de los cuerpos muertos dentro de los departamentos. Mucha gente de edad, enferma y cansada, muere sola en sus habitaciones sin que nadie se entere. En mi edificio pasó hace poco, en el de otra amiga también. El aroma de la muerte inunda los antiguos edificios del centro con su característico aroma a vejez y soledad. Vivimos entre ancianos y ancianas enfermas y abandonadas esperando el tiempo de su muerte, estas son nuestras vecinas. Mientras comemos, estudiamos, cocinamos o estamos teniendo sexo, Cadaverina y Putrescina están atentas a aparecer en cualquier momento para evidenciar la tristeza del desamparo, de una sociedad que siguió el patrón de la familia nuclear heterosexual como molde y que, lo que ha demostrado con los años, significa puro abandono. Las familias a la fuerza no sirven, las que se construyen les queda aún una posibilidad. Pero la liberación de estas moléculas ocurre cuando estamos vivos también, aunque a menor tasa. A medida que nos acercamos a la muerte nuestros cuerpos expelen su olor hasta el momento del final. Las vidas de mujeres, hombres y disidencias sexuales abandonadas, vidas silenciosas que transcurren en la ciudad, postrados en sus camas, en viejos edificios del centro sólo llaman la atención cuando Putrescina y Cadaverina, con su poder bioquímico de la despedida, aparecen en este vecindario de la comuna de Santiago para decirnos un adiós con su perfume característico.

Juan Duarte Aceituno

Pasión, legado y adicción inconclusa del segundo Kristo de América

¿Cuánto más necesito para ser Dios? ¡Dios, Dios!
¿Cuánto más necesito convencer?

Extremoduro

Lo alcanza el *nomine*
al corto paso humeante
de Kristo caluroso
que es madre triste
sepulcro seco lactante
que es salvación derrumbada
entre sus árboles
Nombre urgente
como razón solitaria
y piratería
curiosa en lugares inhabitables
en arpones que gritan secuenciales
en calles iracundas
montadas y alocadas
sobre la revelación de América

Antes de navegar
Un terrón de rebaños
Las ferroviarias ironías
De fecundar prestamistas
Y partículas saladas
Pauteando el piso
Antes de respirar retórica
Sobre toda la noche inédita
Añejando intemperies
Antes de desmoronarse
De diablitos extendidos
En cuarenta parroquias distintas
En argumentos y pobreza

Antes en algún momento
Previo y muy previo
Fue pecado y puro polvo

Porque siempre has de estar, quemándote, vidente,
En otros tristes mundos de guerras y sollozos,
Con la frente en el polvo, te ofrezco el cuerpo mío

Juana de Ibarbourou

El primer Kristo asignado
Fue más largo que la muerte
Se arañó tres mesetas
Las tres arterias extendidas
Clausurando niños y salares
Tecnificó un silencio de barro
Penitente por los tobillos
Comulgó tractores y techumbres
Llovió un país entero
Custodiando que el aluvión
De impresos rostros de piedra
Contara con permiso municipal

Partituras cojas hormonales
Rajadas con archipiélagos
Rotas en pedazos
De coronas y de pausas
Sumergiendo los vasos
en un cuero húmedo
en pájaros agrios
sumando fricciones largas
paralelo en la noche
jalando temblores en la dentadura
molida de las poblaciones

Hay un mesías que flota
en los pedazos de un cuerpo
se mueve como los rombos
hay un réquiem peligroso
que empieza los desiertos dilatados
luce como error gramatical
y aparece irrespetuoso
viral carente hondo y nublado
en los edificios comerciales
donde solo Kristo
es irresoluble y Antikristo

El segundo Kristo
Apareció en sus propios brazos
Empapelado de alfileres
Rebotando los vellos de la piel
Se vistió de arcilla
Clínico bolero ceremonioso
Atornilló las hortalizas
Vacunó la pampa de pasadizos
Empacó tres plagas
Abrió y cerró
Las flores en los cementerios
Alumbrado público de tiniebla
Abundó en su cuello las palomas
Rompió a llorar un litoral
Y en la frontera de un espejo
Levantó la fiebre y los estanques
En procesión por los pueblitos

Cristo, el de las carnes en gajos abiertas,
Cristo, el de las venas vaciadas en ríos

Gabriela Mistral

Kristo vive sangrante
De pena y de una pensión

Al sur de América
Duerme con la tele encendida
Escondida en el útero
Vuelta una cara del sol
Reclamada en su cuerpo
Por la noción del tiempo
Es crimen
Es crisis
Un conflicto moribundo
de cráteres por estallar
en idioma parlamentario
Es clamor callado
Inundado de oficinas

Patio telúrico
de Santa Roxa
manufactura nutricional
propio cautivo
de volumen involuntario
floreció del sudor suyo
el trasfondo escénico
la grave corporalidad improvisada
un papel de labores pesadas
La mujer
admirables de América
Kristo es uno
De los hombres habitables de América
Es país tercermundista
Con una todopoderosa
infección de ministerios

Hubo que colgar a Kristo
cajero retórico
en la sombra de una muralla
sacarlo de su sector económico
meterle viñas a golpes

hacerlo silueta violenta
y francotirador floral
acudir a él como cenicero
callejón de lenguas furtivas
le sacó callos al plano de la ciudad
se alimenta del tendido eléctrico
hizo justas las palabras
Kristo vive sin Kristo

Exponiendo sus pulmones
Afirmándose las cuerdas
Una persona le tiembla
Los talones panamericanos
Calculando el fondo del mundo
y las heridas huecas del cerro
que mancharon con vino
la negra piel quemada
de Kristo epidémico
protector de las adicciones
perdido en las luces
prendido en las luces
y en la reconstrucción media
de América toda

No hay Inconsciente, Dios, en nada

Armando Uribe

A la hora más cleptómana
del fin de la sobredosis mundial
Kristo invisible escribió
con lápiz labial barato
en sus huesos permanentes:

América era mi apokalipsis
de cielo nuevo
tierra nueva

y se levantó sobre
los muertos y juzgados

Ya sacándose del tórax
los pecados de la humanidad
se rompe con su propio peso
le arden siempre judiciales
los pasos grafitados
su cuerpo seco de madera
su sombra que parece jauría
gotea sangre cordillerana

“Padre
¿por qué me has tocado
los ojos de neblina
me hospitalizas la angustia
me finges el cuerpo?”

Pronosticado en llamas
no vuelve ni en tres días
ni en tres guerras mundiales
ni en tres recesiones
económicas de corte ocular
no vuelve ni bajo amenaza
se tira de la aureola
hasta la mendicidad
se esconde en los hombres
de los soldados romanos
se quiebra en llanto
se hunde en el piso
como cualquier hombre
concluye Kristo infértil:

Amérika será mi apokalipsis
de muertos y juzgados
y se levantará sobre
el cielo nuevo
tierra nueva

Harold Escobedo

La única flor que sobrevive al Verano

De las flores que había en mi jardín apenas queda una sola, todas las demás se las ha vuelto a llevar el Verano. La única sobreviviente, a pesar de su debilidad, se alza indemne una vez más en aquel triste patíbulo de tierra en que se ha convertido mi pobre jardín. Los cuidados que tengo con ella vuelven a ser extremos: apenas amanece salgo a verla, mis ojos introspectivos recorren delicadamente cada parte de su decaído cuerpo, mis manos suben por su tallo hasta los pétalos, mi ser siente su ser cuando reviso su vitalidad. Luego de cerciorarme de que está bien físicamente comienzo a hablarle, a preguntarle cómo está, cómo se siente, si algún pensamiento ha perturbado su vigilia nocturna. Con cada palabra que digo extraigo la vitalidad que ha recogido durante la noche y la intercambio con la mía, gracias a eso sus colores comienzan a encenderse, y el tono blanquecino y mortuorio que ha imprimido la Bestia del Verano sobre mi piel comienza a aminorarse. Luego de unas horas hablando con ella, yo también guardo silencio y la observo fijamente. Impasible y colorida, se mantiene con la cara al sol mientras pasa el tiempo, y yo me quedo allí, igual de firme que ella, hasta que llega mediodía.

Como es Otoño, las nubes vuelven a soplar desde más allá de las montañas, moviendo el pasto y las hojas de los pocos árboles que hay cerca, y obligando a mi flor a luchar para mantenerse firme en su guardia. Aquel soplo de nube que carga con el frío no solo anuncia la presencia del Otoño, sino también a los nuevos viajeros: algunos en carros tirados por animales, otros caminantes de mundo, siempre cansados, siempre decaídos, los veo a lo lejos desde mi pequeño hogar. Apenas los diviso comienzo a prepararme: voy con los árboles a pedirles frutas y alguna rama de la que puedan prescindir; recojo con delicadeza sus hojas caídas, selecciono las que ya han perdido toda su vitalidad y me las llevo, las demás las dejo con el árbol del cual brotaron; luego voy al camino que pasa por fuera de mi hogar y recojo algo de tierra y piedras sueltas, y cuando llega el viajero ya tengo un fuego encendido y frutas para ofrecerle. Junto a aquella calidez comienzan a hablarme de sus vidas, de dónde vienen y a dónde van, los problemas por los que han pasado y los que prevén tendrán a futuro, mientras mi flor y yo, silenciosos, escuchamos atentamente. Son aquellas conversaciones las que más nutren a mi flor y a la tierra de mi jardín, acelerando levemente su recomposición, preparándola para los nuevos brotes.

Antes de que los viajeros se vayan intercambiamos algo de vitalidad. Asombrados, dicen que la mía es tan fresca como el primer soplo de una nube recién formada, tan cristalina como el agua que nace del choque de dos piedras. Aquellas palabras siempre me han evocado lo que siento cuando intercambio vitalidad con mi flor. Feliz, pienso que soy para los viajeros, de alguna forma, la única flor que ha sobrevivido al Verano. Agradezco sus palabras con una sonrisa, y cuando los veo desapareciendo en el horizonte hago una oración para que puedan seguir viviendo con claridad.

Las semanas pasan y los viajeros van y vienen, mi hogar comienza a estar concurrido y mi flor parece saberlo, las conversaciones con ellos permiten que de a poco vayan brotando, una tras otra, vigorosas y coloridas flores.

Tal vez el Invierno sea la estación que menos problemas nos trae, pues las flores nacidas en Otoño me dan la vitalidad extra que necesito para mantener mi cuerpo en armonía con mi ser, y con aquella estabilidad puedo trabajar para cuidarlas a todas de la nieve que cae constantemente. Además, como son estos los meses en los que más abundan viajeros, la tierra de mis flores está constantemente siendo nutrida por una miríada de personas nuevas, preparándose para recibir hacia finales de la estación nuevos brotes, que llenarán los espacios que quedan vacíos en mi jardín.

Aquella gran cantidad de personas se debe a que el Invierno es tan crudo que los obliga a viajar en caravanas: embutidos en sus abrigadas ropas, cuando me ven tan pobremente vestido se acerca alguien a cubrirme con algo. Yo, agradecido, declino su ayuda, y les digo que la vitalidad que me proveen mis flores me ayuda a retener el calor en mi cuerpo. Aunque escépticos, aceptan mis palabras y comienzan a asentarse alrededor de mi hogar. Abarcar a tanta gente en donde vivo es complicado, los recursos escasean y la ubicua nieve dificulta el movimiento hacia cualquier lado del valle. Por lo general lo único que tengo para ofrecerles es una conversación, aparte, claro está, del intercambio de vitalidades que hago con cada una de las personas. Esta práctica de solamente sentarse a conversar con ellas, que se repite a lo largo de toda la estación, es lo que les da fuerza a las últimas flores para brotar, luchando contra la nieve que oprime la tierra, en los espacios que habían quedado vacíos en mi jardín. Cuando aquello ocurre mi ser alcanza su plenitud más completa, me siento en paz, tranquilo y reconfortado, como si todo lo que viene a futuro fuese acarreado, y que aunque no pasase ningún viajero nunca más, mis flores y yo podríamos sobrevivir.

Aquel sentimiento de plenitud va disminuyendo conforme va terminando la estación y el mal tiempo comienza a amainar: las caravanas dejan de ser tan recurrentes y vuelven los viajeros solitarios, la capa de nieve se va derritiendo y el pasto vuelve a alzarse fresco en el valle. Los rayos del sol se vuelven más cálidos cada día y el ambiente se torna más colorido. Mis flores se sacuden la poca nieve que les queda encima y absorben el agua que hay en su tierra. A pesar de alzarnos vencedores, sabemos que los siguientes meses son imposibles de sobrevivir sin perderlo casi todo.

Con la llegada de la Primavera comienzan mis preparativos para el Verano y, por consiguiente, para la Bestia. Hacemos sesiones de intercambio de vitalidad en conjunto, y las dirigimos mi flor y yo: ella entrega primero a la compañera que está a su lado, que deja un poco para sí y da algo de la suya, transmitiéndola de nuevo a la siguiente y repitiendo el proceso con cada una hasta volver a mi flor, que recibe la vitalidad de todas las demás y la mía. Gracias a esto, las flores pueden asimilar la existencia de sus compañeras, y parecen volverse una sola, pues sus movimientos son sincronizados, y al hablar con mi flor parece que todas las demás también recibiesen mis palabras. De esta forma, cuando me siento en silencio a observarlas, puedo conectarme con todas rápidamente, y cuando las veo extraer vitalidad del sol y de la tierra, ellas parecen ser como una extensión más de mi cuerpo, y mi querida flor el centro vital de mi ser.

Como el calor comienza a volver, los viajeros dejan de ser tan recurrentes, así que me esfuerzo por que los pocos que llegan a mi hogar tengan una estadía agradable, pero dado que son tan pocos, paso la mayoría de los días visitando a los demás habitantes del valle. Voy con los árboles y toco su tronco para ver cómo se sienten: cuando recorro su corteza y sus ramas puedo sentir la angustia y miedo que le tiene a la Bestia, que aunque nunca ha atacado a ninguno, el ambiente que crea se expande desde mi hogar hasta los confines del valle, envenenando la tierra y la luz del sol, volviendo turbia la vitalidad que pueden extraer las plantas que aquí viven. Luego de estar con cada uno de ellos regreso a mi casa, donde, cansado, me siento a observar a mis flores, que con cada día que pasa parecen más débiles, menos claras y su tallo inclinado levemente las hace parecer decaídas.

Así, el último mes de todas las Primaveras siempre ocurre lo mismo: los pétalos de mis flores comienzan a caerse, sus tallos terminan de perder el vigor y sus colores se opacan por completo. Las intento mantener con vitalidad todo el tiempo posible, no intercambiando sino que dando,

dando lo que más puedo para ver si logro salvarlas. Aquellos días son el comienzo de la flaqueza de mis fuerzas, que terminan de acabarse junto con los últimos ocasos de la estación.

Con el primer día del Verano se produce en el ambiente un cambio casi imperceptible: el aire comienza a sentirse más pesado, más denso, más húmedo, y pareciera asentarse sobre el valle un manto invisible, que genera pánico en las plantas que habitan aquí. Este es el comienzo de la formación de la Bestia del Verano, que en las semanas siguientes va solidificándose, sedimentándose capa a capa, hasta que durante el crepúsculo de algún día cualquiera su existencia se manifiesta íntegra. Desde mi hogar, siento cómo se levanta del suelo lentamente, elevando su corporalidad disconforme para desplazarse hacia mí. Escucho la puerta abrirse, y aunque no puedo ver a la Bestia, sé que reptar por el piso, buscándome. Cuando me encuentra siento su mano fría y esquelética agarrando mi corazón, que comienza a bombear un dolor profundo por mi pecho, dejándome sin aliento y llenándome los ojos de lágrimas. Aquel dolor fogoso y punzante se vuelve tan insoportable que me pliego sobre mí mismo, y apenas comienzo a llorar muere la primera flor.

Tras agarrar mi corazón ya nunca más me deja, me sigue para todos lados, bebiendo poco a poco toda la energía que tengo. Algunas mañanas me impide levantarme, se tiende encima mío y me oprime levemente contra el suelo. Mi pecho quema tanto que no puedo dar órdenes a mi cuerpo, es como si la Bestia con su ponzoña incrustara en mi mente una pegajosa y amorfa masa blanca, que no me permitiera conectar con la realidad. Así, todo el Verano me acosa la Bestia, posándose sobre mi cabeza como una nube rabiosa, cargada de llanto, y llevando mis ojos al suelo cuando le permite a mis párpados estarse abiertos. Mi cabeza duele casi todas las tardes, a veces tan fuerte que termino mareado, apenas pudiendo ver una confusa mancha negra que de a poco cubre todo mi campo de visión; la luz del sol llena de tanto dolor mis sensibles ojos que debo caminar a tientas, tropezándome y cayéndome constantemente; y mis manos se hielan tanto que pasan de un color blanquecino a uno más bien negro, lo que provoca que sienta un fuego terrible cuando debo sacarlas de su reposo.

Mientras yo agonizo en mi hogar, mis flores van muriendo, una tras otra, a lo largo de los meses. Lamentablemente no puedo hacer nada por ellas, pues la Bestia del Verano me mantiene débil, somnoliento, cansado, y enturbia tanto mi vitalidad que no puedo intercambiarla con la de mis flores, ya que si lo hiciera muchas de ellas terminarían de morir. Semejante carga solo es aceptada por mi flor, la única que puede

darle cara a los estragos que la Bestia provoca. Ella es quien me ayuda a sobrellevar aquel peso, me reconforta con el poco calor que puedo recoger de su vitalidad, y aclara levemente el revoltijo de sombras que viven en mi mente.

De todas, solo mi flor me ha acompañado en todos mis Veranos, aquella que lo ha soportado todo conmigo, que nació el mismo día en que yo nací, y que me salvó de la Bestia la primera vez que atacó. Aquella flor que me ayuda a sobrevivir a veces me recuerda mucho a mí, en especial en el Verano, cuando la veo y ella me ve, siento que comprende perfectamente a esta Bestia que me atormenta, que la recuerda de un cuerpo que tuvo antes de ser flor, que puede ver cómo su mano aprieta, débil pero constante, mi corazón, y cómo enturbia mis sentidos y mi vitalidad. Es ella una extensión de mi ser, la verdadera portadora de mi vitalidad, la única parte de mí que no está confinada en mi cuerpo, sino en la belleza y ternura de una triste, triste flor.

Pablo Farías Letelier

Ojos de golpe

—Ojo por ojo— decía el verdugo.
Mis ojos devolvían la mirada
mientras me iba poniendo
el capuchón y la tela emplástica
en los labios

Carmen Berenguer

Abrió los ojos de golpe y de la nada soltó un grito, un grito que al brotar sonó más a una tela rajada por dos manos que al aullido desesperado de una mujer. Cuando chica siempre se despertaba así, cuando chica siempre era el grito en la mitad de la noche, el codazo frío del viejo en las costillas de la vieja, el Rosa, anda a ver a la niña, Rosa, la niña está llorando, está gritando, Rosa, por la cresta y el ya voy, hombre, ya voy cansado de ese cuerpo que se enderezaba apenas y que tanteaba a ciegas los lentes en el velador. Después, el familiar clic del botoncito de la lámpara y el crujir de las escaleras, el lento arrastre de las pantuflas que subían a la pieza de la niña. ¿Qué le pasó, mi chanchita? y ella ahí que ya estaba muda pero que tiritaba y tiritaba, que todavía tenía miedo, que apenas la vio en la puerta le soltó un mamita, yo no me quiero morir, no, mamita, no me quiero morir, la Cristina me estaba haciendo una chinita y yo me estaba ahogando, mamita, me estaba ahogando y yo no me quiero morir. Los ojitos se le llenaron de lágrimas y apretujó su cara entre los pechos tibios de la madre que la abrazaba y que con una risita de virgen de medalla le decía que no sea tontita, que acaso no ve que fue un sueño feo, que la Cristina y su piscina estaban lejos, allá en el sur, que nosotras estamos acá en la casa y que mañana mismo, si quiere, vamos a llamar a la prima y a la tía para saber cómo han estado, ¿ya? Y ella se calmaba porque era cierto, porque estaban en Santiago y para ir donde la tía había que tomar uno de esos buses grandes que se demoraban tanto, así que tiene razón la mamita, la Cristina no está. Sus manos buscaron como dos cachorros hambrientos los pechos regordetes de la madre y se tranquilizaron al encontrarlos y al poder sentir en ellos ese olor primitivo de casa, casi de caverna que tienen los cajones de las cómodas llenos de botones y de cachivaches envueltos en papel. Ya, levántese un poquito que le voy a arreglar la cama que está toda deshecha, mire, así cómo va a

seguir durmiendo, y la niña que sale despacio de entre las sábanas con su pijamita de polar color caquí, como esos que hay en la casa de la Cristina porque a la tía le encantan los arbolitos y las plantas y cada vez que vamos nos da siempre caquis maduros y nísperos y, a veces, hasta higos nos da. No, no, pero bótele la pepa. Y mientras esperaba, se secaba las lágrimas y la nariz con la manga del pijama y la mamita, de espaldas, la vio y no la retó como las otras veces y no le dijo cochina mugrienta qué está haciendo sino que buscó tranquila el pañuelo descolorido que guardaba dentro de las mangas y la limpió con cuidado, como quien le pasara un trapo a un piluchito de porcelana, y la volvió a meter en la cama y la tapó bien tapadita y que no se preocupe, mi amor, que son sueños feos nomás, que la mamá y el papá van a estar siempre con usted, que ella era la princesita más valiente porque mírenla, si es tan chiquitita y ya duerme sola. Pero no, lo que esta vez la despertó no fue una pesadilla, fue el portazo que dio el último de los hombres al entrar en esa pieza húmeda y oscura, un portazo que amenazaba siempre con echar abajo el pesado portón de hierro oxidado. Ese rutinario golpe que el último al entrar se encargaba de dar para así despertarla y asustarla y hacer que salte del susto esta marxista de mierda, y quedaba siempre por unos instantes el chirrido metálico del portón flotando en el aire, un chirrido agudo que cortaba como la hoja de un corvo recién afilado, como ese que le habían puesto tantas veces en el cuello para asustarla y que ella habría querido le entrara en las carnes de una vez por todas y así poder bañar el tierral con su sangre, como un cordero pascual o como una vaca de matadero, daba lo mismo el animal con tal de morir, con tal de no sentir nada, de no sentir las piernas ensangrentadas, de no sentir los brazos cansados, de no sentir el hambre, el frío, de no sentir el sexo, de no sentir el sexo que ya no sentía. Pero a ellos no les bastaba con el ruido del portazo. Había uno que entraba siempre con un balde metálico que después del golpe de la puerta era el segundo despertador, el segundo toque de bronce, y le tiraban todito el balde de agua fría cordillerana y la pobre tiritaba como una bestia en el suelo, amarrada de pies y manos, con el pelo estilando, con los ojos ya ni si quiera vendados porque ellos ya no sentían pudor —si fue pudor eso que alguna vez sintieron. Así que ahora les gustaba mirarla a los ojos o que ella los mirara mientras reían y mientras se sacaban el uniforme y quedaban en pelotas. No, no la mees más te digo. ¡Para, mierda! No ven que queda fétida y uno no se la puede montar así. Montar. Montar como a un caballito, como a una yegua. Montar. La misma palabra siempre, esa que para ella era tan de campo, tan de día domingo, tan de azúcar para los caballos pero que en sus bocas se vacia-

ba completamente y tomaba un sabor a mierda, a sudor y a sangre. La misma palabra que usó el más viejo el día que se encontró con el paramédico que la mantenía viva: móntala, no seai maricón, móntala altirol, culéate a esta huevona que yo te deajo. Y ella ahí escuchando todo pero sin importarle nada, muerta, ella ya estaba muerta, pero de todas formas lo miraba a los ojos como esperando la reacción del hombre, del lolo, porque no era más que un jovencito, y lo miraba y él que no, que mejor no, que no, así que el coronel le pegó por porfiado y tan-tán en el potol y le dieron entre todos en la cabeza con el tubo de plástico con el que a ella le daban en las piernas y clack y clack y mira, maricón conchetumadre, qué te habís creíol, te dije que la montarai y la vai a montar. Y entre dos le bajaron los pantalones y de un empujón lo tiraron arriba de ese bulto oscuro que era ella, pero el flacucho se tropezó con los pantalones a medio poner y mi coronel, a este culiao no se le para y él pedía perdón, perdóneme, perdón, porque tenía miedo de que lo mataran ahí mismo, pero ella, en cambio, solo pedía agua, agua, agua, porque tenía sed. Lo que más le faltaba era el agua, esa que cuando se la daban se la ponían en un tiesto sucio de plástico, de la misma forma en la que se le da a los animales porque esta es una perra, porque no habla la muy maricona, es un animal, no habla, no suelta ningún nombre, nada, ya, ya, ya, chupa nomás, chupa, chupa, eso, eso, chupa, toma agua y ella que se acercaba como podía porque las piernas apenas le respondían y se acercaba con miedo y tomaba un poquito de agua y parecía un gatito de esos que, a veces, andaban perdidos en la población y que ella se llevaba a la casa en el bolsillo grande del delantal rosado, esos gatitos que tenían miedo y desconfiaban de todos pero menos de la abuelita que era tan buena y que les acercaba un tiestecito con leche tibia que les preparaba ella misma y que les hacía cuchito cuchito y el gatito ¡zaz! que se acercaba a tomar leche a su lado. Pero a ella no la dejaban dar más de tres sorbos y caía siempre, puntual, esa patada del bototo que brillaba como carbón piedra y que tiraba lejos el tiesto con agua y que también la tiraba lejos a ella y que la dejaba tendida en el piso con su mata de pelo negro azabache, todo sucio por el barrial que se armaba y mírenla, díganme si no parece una india alacalufe esta conchadesumadre. Y siempre era el mismo chiste, la misma coreografía: el agua y la patada y el tiesto que vuela y ella que gime adolorida y la india alacalufe, y ellos ríe que ríe, gozando cada vez como si se tratara de un grupo de viejos gordos aplaudiendo desde su palco dorado una ópera *buffa* en el Teatro Municipal. Es que, si hubieses visto, Carmen Gloria, por dios que se lució hoy día *il Maestro*. Y mientras aplaudían, ella aprovechaba de tomar agua del balde grande,

ese donde le entraba la cabeza entera, ese que no era más que la mitad de un bidón de los que tenía la tía en su casa para juntar agua lluvia, que dicen que es tan rebuena para las camelias, mire, llévese una de estas para que se la regale a la mamá, es doble, pero dígame que la ponga en un florerito con agua porque si no se le marchita y va a quedar como tú, ya sin hojas, ya sin pétalos, seca. Ah, acuérdate de mandar el cedrón pal mate, también. Y ahí podía tomar al menos un poco de agua aunque le hiciera daño, porque el tonto que cortó el bidón por la mitad lo hizo sin cuidado y quizás hasta con un cuchillo de cocina o con un serrucho, se nota por el plástico que en los bordes está vivo, mire aquí, todo mal cortado y ella así apenas podía tragar porque cuando le metían la cabeza en el agua eran tan bruscos, tan salvajes, tan habla, mierda, habla y ella intentaba tragar aunque sean dos gotitas porque me estoy muriendo de sed, pero los bordes del bidón se le encarnaban en el cuello y se lo dejaban rojo, rojo como la bandera del supuesto partido, rojo sangre, rojo como la tula de los perros que le traían las primeras semanas porque antes del bidón eran perros adiestrados, tres, cuatro perros, y ellos por dios que gozaban y reían viendo el espectáculo de la perra, de la perra roja, roja como el Chapulín colorado, y soltaban risas como las del papá cuando tomaba once y miraba al Chespirito y se reía a carcajada limpia y no contaban con mi astucia y ten cuidado, Julio, no te vayas a atorar con el pan. Pero algunos después de reírse se quedaban calladitos, serios, y la miraban a ella y a los perros en silencio, la miraban con otros ojos no ya tanto de risa, sino que con ojos de hombre grande. Y se tocaban abajo. Siempre que venían los perros se tocaban abajo, pero no cuando venían las ratas porque eso les daba asco y ni si quiera reían, no, esa ópera no les gustaba a los hombres. Asco. Asco o hasta quizás miedo. Por eso las ratas no las traían ellos, las traía una vieja chica con voz ronca de fumadora, esa voz de cementerio que ella escuchaba siempre cuchichear en los pasillos con el coronel, esa voz que también les daba de comer. Gorda y canosa, traía siempre una caja de herramientas de esas plásticas, igualita a la que el papá guardaba en el cuarto. Quizás por eso la primera vez que la vio no sintió el horror que debió haber sentido y se limitó a pensar en alicates y en uñas y en martillos, pero lo que había dentro de esa caja era un ratón pardo de cola gruesa, un ratón como esos que una vez vio al salir de la tienda de mascotas cuando le fueron a comprar comida a la Lala y ella se lo quería llevar a la casa pero la mamá que no y que no y ella hizo una pataleta ahí mismo frente a la tienda y asustó con el llanto a las catitas y a las ninfas que empezaron a volar y a chirriar en sus jaulas y la mamá que la intentaba hacer entrar en razón, ya, pero

mire, está asustando a los loritos, no, no, no, si no, lorito, ella no está llorando porque es una niña grande, ya, séquese los ojos, pero no llore, cómo vamos a traer a ese ratoncito a la casa si ya tenemos a la Lala y la Lala se lo va a comer pues, mi niña, porque a la Lala no le gustan los ratoncitos y ya, ya, pero no llore, mi amor, míreme, hábleme, no llore, hábleme, háblame, habla, habla te digo conchadetumadre, habla, di al menos un nombre, habla, mierda, habla. Y el plástico azul que se le incrustaba más y más en el cuello porque la mano era indolente y la hundía cada vez con más fuerza en ese azul que le parecía tan, pero tan profundo, tan de abismo marino. La misma mano peluda y musculosa que la presionaba la tomó del pelo y la sacó del agua, pero solo para que tomara un poco de aire, como las ballenitas que salen un segundo no más y ¡pam! para abajo de nuevo, al final del océano. Cerró los ojos de golpe para que no le entrara más agua. Ahora sí que ya no sentía nada, ni el peso de los miembros que le colgaban cansados ni el dolor del cuello que le producía la presión del bidón mal cortado incrustándosele en las carnes, en ese cuello blando que ya no estaba rojo por el roce, sino que por la sangre que le brotaba lentamente desde la herida que se le había abierto. Era como ver a una loica dándose un baño en una poza, con su pechito bien pero bien colorado, ay, a la abuelita le gustaban tanto las loiquitas, cuando se encontraba una siempre le hacía fiu-fiú, fiu-fiú y les cantaba y parecía que las loiquitas la entendían porque la miraban y no echaban el vuelo. Pero ella no quería un baño de poza, ella ya no tenía más sed y no tenía cómo avisarle a esa mano rígida, a ese brazo sordo frente a sus lamentos que no la sacaba del agua y que permanecía inmóvil como el mástil de una bandera, firme como los pasos de un pelotón. Aleteaba con los brazos, gritaba en esa profundidad silenciosa, pero nada: el azul no se iba, el azul se lo estaba llevando todo, su cabeza era la estrella solitaria flotando en ese puro cielo, en ese cielo azulado que poco a poco se teñía de rojo, del rojo sanguíneo de los héroes caídos. Y quiso abrir la boca para poder gritar y para decir basta, ¡basta, por favor!, mamita, no, auxilio, la Cristina me está haciendo de nuevo una chinita, mamita, la Cristina, esta tonta pesá de la Cristina, ¡mamita, por favor! ¡Por favor! Pero ella no sentía la voz de su papito Julio despertando a su mamita, ni las pantuflas subir la escalera, ni el familiar sonido de la puerta que se abría. Lo único que lograba sentir era el agua teñida de rojo que entraba con la potencia de un río en sus pulmones.

Soledad Fariña

Mariposa nocturna *

se ha metido en mi aliento

Apretados los labios

cómo voy a nombrarla

pregunta en espiral el aire de la boca

—sonriendo en un recodo está inventando
cómplices para vestir mis grietas—

dónde están dentro de este vacío

me pregunta sin aire buscando azules verdes

Contener esta busca

esparcirla (al oscuro) con unos trazos blancos

gruesos le pido desde el pecho

* Los cuatro poemas aquí seleccionados pertenecen al libro *En amarillo oscuro*, Surada, 1994.

No hay blancos Ni siquiera hay azules

en estas pinceladas

responde con el vértigo de diluirse

en el aire si no puedo nombrarla

siquiera con los ojos

(con ríos impregnándola

arroyos desbordándose por el gris

de la piedra

sueña vistiendo sus contornos

de cómplices oscuros)

colores

nunca vistos

guarda la cuenca del ojo

sabores

muy antiguos debajo de la lengua

me dice

separando los labios

¿en qué hueco en los dientes
se alojaba la lengua
cuando nombraba el rojo?

me pregunta impaciente

hendiendo la estocada de deseos

granates

púrpuras

escarlatas

Alonso Fernández

proversólogo

yo el hablante alonso fernández
que he nacido sin nombre como todos
los hombres y mujeres de este mundo
bautizáronme con el distinto seudónimo
que no correspondo y que no sólo por
alegoría sino por miedo e indiferencia
a los ancestros míos que tan enmarañado
nombre diéronme escribo estas palabras
en nombre de la patria de todos
que como dice el tan joven poeta
a modo de manifiesto sentencio
que no sólo por piedad sino por
condescendencia a nuestra sangre y estirpe
declaro y juro esta súplica en nombre
de todos aquellos infantes que no
supieron de infancias y que sólo en
momento de risa y jolgorio años después
venimos a entender lo que significa
llegar a casa y no reencontrarse con
la madre ni el padre ni el balancín
ni el columpio que juntos unos
cuantos años antes hicieron de su amor
por la risa una criatura engendra
con manos y pies de madera
a todos ellos y a modo de disculpa
un abrazo en la espalda
y un beso en la mejilla

la herida

enfermo llegué a la casa de la literatura
me abrió la puerta luego de hacer sonar la misa
la misa que le prometí bajo la lluvia
entonces cuando la vi me injurió
me pateó y me mordió bajo el umbral amarillo
sus alas me azotaron y su lengua me barrió por el suelo
sufriendo intenté levantarme
pero el peso de su aire me lo impidió
llorando intenté hablarle
sin embargo sus ojos me cubrieron de lodo
y la herida en su frente hizo sangrar mi pecho
conmovido por la imagen quise ponerme de pie
pero en el acto me vi dibujado en un libro
sin brazos ni piernas con mi pene colgando de la hoja
mientras ella fumaba la droga sobre el papel
y yo me nutría del sufrimiento de todos los hombres
gritando le pedí clemencia
desfalleciendo le pedí perdón
moribundo le arrojé un golpe
entonces pareció escucharme
miró la línea de mis ojos
vi que sostenía en sus manos una estrella
y una vagina adornada con cristales
le dije unas palabras nacidas de mi piel marchita
y ella por única respuesta
me lanzó una canción de sangre y de grito
la cual penetró por mi boca roja
y ahogó la vida que en mí vivía

poema de agua

I

en las pozas de agua hay ojos que aparecen y desaparecen
 cómo duele tener los ojos abiertos
 preferiría tenerlos cerrados para siempre
arrancármelos y pegarlos en el techo
 para mirar eternamente para mirar mi rostro
 sin ojos sin identidad
afuera llueve en las pozas de agua hay ojos que aparecen y desaparecen
 parecieran ser los míos hay veces en que estoy acá
 hay veces en que no estoy acá
es difícil ver a través de la ventana afuera llueve y acá es silencio
 de pronto alguien cruza el pasillo
de pronto alguien se asoma a la reja
 de pronto dan comida dan pastillas
afuera llueve y acá es silencio
 en las pozas de agua hay ojos que aparecen y desaparecen

II

hay veces en que los pasillos dicenme que la comida las pastillas
 se demorarán entonces siéntome en el suelo y miro mi cama
me cuento los dedos y los pelos las barras de la reja las gotas en la ventana
 y hay veces en que mi cama dícame que no la cargue
que duele que enferma que pesa que duelele
 y yo siéntome en el suelo y tócole la sábana la frazada la almohada
 ella nunca me dice nada

la sombra de un espejo negro

me dejaron apagar mil veces la sombra de un espejo negro
donde la cicatriz traslúcida de mi rostro
era pura sangre coagulada
y no pude sino obedecer a mis captores
entregarles toda mi vida
sabiendo que no les había hecho nada
que fui víctima de la cobardía ajena
pero me dejaron apagar la sombra de un espejo negro
donde la cicatriz que vi en sus frentes
me hizo sangrar el pecho
y las burbujas que reventaban rojas
bajo mi vestido de colegial
hicieron sonar una campana detrás de mis orejas
haciéndome trastabillar una caída
de modo que no sé lo que fui
quizás sólo el triste muñeco que apagó
su sombra detrás del espejo
donde se esconde su corazón negro
aquel que no late sino que aúlla y respira
como si estuviera enfermo
como si sus cicatrices fueran muy evidentes
pues me voy cayendo como una pluma
detenida en el tiempo
y no sé si volveré a elevarme
o si mi sombra recogida caminará conmigo
o llevándome a cuestras sobre el lodo
me deposite en un establo
donde pueda apagar mi luz

el movimiento

el papel del cigarrillo quemándose
quemándose quemándose
mientras mi mano viaja entre tu piel y tu vestimenta
dibujando serpientes infinitas que se cruzan sin tocarse
y tú en silencio fumas mientras el papel
de tu cigarrillo se quema se quema se quema
y se vuelve a quemar mientras mi mano en silencio
se desliza cosquilleante
entre tu piel húmeda y tu vestimenta
al igual que el humo viaja tambaleante
entre el tabaco quemado
y el papel que se quema

origami

puedo doblar la hoja y esconder el poema en ella
salvándolo así de una muerte segura

plegaria de un borracho a una orquesta de cristal trizado

un poco de música maestro
 los niños se van durmiendo
 los manteles de plástico quemado
 chorrean burbujas de agua morada
y los brazos de los niños
 sueñan que inertes cuelgan desde los asientos
un globo de crema medio comido
 es limitado por la oscura madera del techo
 y va formando lunas de merengue
 en el cielo apagado

me voy convirtiendo en una especie
 de capitán borracho que se hunde con su barco
 en un océano de vino

y no hay música
 por qué no hay música maestro
ya no puedo ni levantar los ojos
 quisiera sumergirme en este océano morado
y que moradas se vuelvan mis manos
 de tanta uva reventada con mis falanges
que una mata de parra inmensa
 atraviese el continente
 para ir por todo el mundo
 recolectando esos ojos morados
 de tanto vino virgen que contienen
y hacer pastel de vino y sopa y helado
 y carne de vino para vivir cien años más
 en esta tierra morada

pero aún no hay música
 y ya casi no tengo fuerzas
 ni para levantarme y tragar un poco más de uva
quiero mi cama de hojas de parra
 y dormir con esas diminutas arañas
 que bajan a la tierra en cuerdas de saliva

convidarles un poco de mi sangre
y que aullemos a la luz del sol
que caliente como la llama de un fósforo
refugiada del viento invisible
cautiva en la palma de mis dos manos

me voy levantando y a duras penas
atterrizo mis piernas sobre el suelo
para no despertar el sueño de los durmientes
diríjome sigiloso como un gato en casa ajena
hacia la orquesta de cristal trizado
que igual duerme con sus copas en la mano
y alcanzo una guitarra de tres cuerdas
y toco tres sonidos sufrientes
antes de alcanzar la botella última
y en un vaso pegajoso derramar
el último cuarto de este vino amargo
que de morado me tiñe los ojos

me voy sujetando con una pierna
y con la otra me sostengo también
creyendo que en un minuto
la fuerza de gravedad me traicionará
derramándose el vino sobre la guitarra y el polvo
para que sean más sufrientes las tres notas
los tres sonidos morados
que se revuelven en la boca de mi estómago

pero me voy bebiendo la tierra
el océano de uvas que se esconde bajo su corteza
y soy invencible cuando estoy borracho de vino
y pienso ensimismado
que por qué no hay música maestro
los niños se van durmiendo
y yo aquí entre los músicos
me voy quedando sordo de silencio
escuchando sólo el trabajo de mi garganta
y el compás de mis zapatos
que siguen una marcha fúnebre inaudible

me voy durmiendo en esta inmovilidad
y quisiera ponerme de rodillas

para abrir con mis manos moradas la tierra
y beber del vino virgen
que se abre paso entre las raíces de la parra
que nos cubren de la lluvia

y ya parece que no habrá música
me voy poniendo de pie
enfocando forzosos los ojos
despertando a los niños y a la orquesta
limpiando los manteles quemados de tanta fiesta
las lunas de merengue incrustadas
en la madera negra del techo

me voy convirtiendo en una especie
de capitán borracho que emerge indolente
con su barco desde un océano de vino

y los músicos despiertos me preguntan con la mirada
que qué es lo que ha ocurrido por dios
y yo les digo también con la mirada
que sólo hemos bebido un poco de vino

ellos sonrían y sus hijos obedientes van
con hombro y pala a buscar más vino de la tierra
mientras se afinan los violines
y yo me aclaro la garganta
antes de volver a dar vida a esta reunión
derramando mi copa en el suelo que me sostiene
para que nunca nos falte una orquesta borracha de cristal
que se despierte alegre y con ganas
de un poco más de vino en nuestros labios

Belén Fernández Llanos

El próximo funeral

Antes de enterarme que un camión se pasó la luz roja y mató a Gabriel, sabía poco de él y casi todo por redes sociales. Orianne, su mujer, es mi amiga. Nos conocimos el 2014. Durante ese año yo vivía en Argentina y cursaba un taller de crónicas en el que fuimos compañeras. Orianne es francesa y lamento alimentar el mito eurocéntrico de la belleza francesa, pero Ori es de otro planeta. No solo porque sea relativamente alta, delgada, y porque no importa qué se ponga para que se le marquen la cintura y las caderas, ni porque tenga un par de gomas perfectas, ni unas piernas formadas que me desconcentraban en clases... Ori es de esa gente que uno escucha o lee y dice «conchesumadre, esta mujer es bacán».

Escribíamos sobre Argentina. Ella había logrado esa mezcla perfecta de mantener el extrañamiento propio de una extranjera, pero a la vez describir las cosas de una manera profunda, cercana, como si hubiera nacido en el país latinoamericano en el que decidió quedarse y casarse. Casarse con Gabriel.

El año pasado vi las fotos de su matrimonio por Facebook. Ori usó un vestido blanco, sencillo, con algunos calados verticales en el escote. Gaby vistió un traje azul y corbata color plata. En todas las imágenes Ori se ríe como si le estuvieran contando un chiste, el mejor de su vida. Nunca posa como la novia cándida que al fin cumplió su sueño. No. Se ríe con la cabeza hacia atrás, con la boca abierta, como si se estuviera tragando el momento. Ver sus fotos —lo recuerdo ahora— me hizo pensar que mi aversión al matrimonio era injustificada y que si a alguien le causaba tanta risa casarse, entonces no podía ser tan malo. Poco después partieron en un viaje que duró varios meses. Recorrieron Asia no en el típico viaje de playa paradisíaca del sudeste, lo de ellos fue un viaje real porque lo de ellos era real. Ambos periodistas, escribían y tomaban unas fotos que me dejaban con la boca abierta y me hacían mirar a mi alrededor hasta pensar: qué es esto, qué es este escritorio, qué es esta domesticidad vulgar en la que vivo. Aunque ellos nunca lo hubieran querido, a mí me producían eso: envidiar esa vida, ese amor.

Este 8 de marzo, veinte días antes de morir, Gaby le posteó a Ori una foto en Facebook. En la imagen aparece asomada por una ventana, despeinada, riendo como siempre. La fotografía iba acompañada por el siguiente texto:

«Todo antes de vos fue el camino para encontrarte. Por trabadora, por luchadora, por amorosa, por justa. Sos necesaria en todas las luchas. Me da orgullo caminar al lado tuyo. No te calmes nunca».

Cada lector puede elegir lo que más le guste del pie de foto. Algunos creerán que la primera parte es el sueño romántico hecho línea, que alguien piense que las tres décadas previas fueron el trayecto para quedarse juntos. Puede ser una forma retórica del amor o puede ser que ese hombre, de verdad, haya revisado su vida y haya decidido algo como eso.

Pero yo me quedo con la parte en que Gaby invita a Ori al desasosiego. Las relaciones de pareja demasiadas veces son exactamente lo opuesto. El momento en que la gente se calma, de la noche, del trabajo, de la pasión por otros, de las luchas. Pero ellos, en cambio, se invitaban a la intranquilidad, a no caer en esa calma.

Supe de la muerte de Gaby porque Tom, mi mejor amigo de Buenos Aires, me lo contó por Whatsapp. No hablábamos hace semanas pero desde ese momento con él y Mariana, mi otra amiga, comenzamos largas cadenas de audios y links, buscándonos, leyendo los mismos artículos sobre el amor y la muerte. Esa fue nuestra forma de estar juntos y de darnos el abrazo virtual que se dan las personas cuando alguien se muere. Lo hicimos para demostrarnos cariño, pero también para acercarnos y saber que estamos vivos, a salvo.

Hay otra cosa que me pasó por esos días y que me hizo pensar que estaba experimentando un amor real, real como el que tuvieron ellos. Cada ciertas horas hacía una actividad cotidiana, poner dos tazas en la mesa, sacar nuestra ropa seca del colgador, acostarme en un lado de la cama, y me metía en el cuerpo de Ori. La gente está en los velorios, en los funerales, en los mensajes de celular, pero llega un momento en que una llega a su casa sola, a hacer las cosas que antes se hacían con el otro, pero el otro está muerto. Yo sé de eso. Entonces pasa que una se sienta en una silla, mira por la ventana, o mira el muro, o mira sus pies, y se dice en la cabeza: esta no es mi vida, esta no soy yo, nada de esto es cierto. Y sí lo es.

Yo estaba en mi vida tranquila, con todas sus partes, en las labores domésticas de una relación que no ha tenido grandes velorios, aunque hermanaba los calcetines de ambos y pensaba en Ori y en los calcetines que estarían en su cesto de ropa pero que Gaby no iba a usar más. Y me tenía que sentar del dolor porque de pronto era ella. Todos los indicios de su vida sola.

Dos constataciones se me vinieron a la mente después de esos espasmos. La primera es bonita: cada vez que me pasó, estuvimos juntas,

ella en su casa vacía, yo en la mía semi llena. Eso es otra forma del amor, un amor de amigas, uno que se desprende de lo suyo con Gaby. La segunda es menos hermosa: me vi hermanando los calcetines y pensé qué es esta vida, la ropa limpia que a mí siempre me toca guardar, esta vida vulgar, la ficción de que estamos bien. Y no, no lo estamos, nosotros también nos estamos muriendo y pronto asistiremos a nuestro propio funeral. Y entonces de nuevo mirar la ventana, el muro, los pies, y decir: esta no es mi vida, esta no soy yo, nada de esto es cierto, no voy a quedar sola otra vez. Pero sí. Va a pasar de nuevo. Ya se escucha el camión. El semáforo puso la luz roja. Nosotros estamos al medio. El chofer no nos verá.

Gladys González

Blindado*

aprendí
a robar
a mentir
a esperar
el momento adecuado
a observar
los gestos de desencanto
para reconocerse y extraviarse

conseguir
algunas horas de calma
dejar que los extraños
me protejan
como si fuera una pieza de museo
como si fuera
parte del equipaje

sin dinero
sin grandes promesas
solo la imagen
de un escombros
apoyado en otro.

* *Hospicio*, Pez Espiral, 2011.

vidrio molido*

el aire de esta casa
se vuelve repulsivo

soy un trozo de carbón
ovillado y ardiendo

solo logro
perder el equilibrio
y caer hecha cenizas
tiznando esta cama
esperando más dolor
envuelta en analgésicos
y botellas
de agua mineral

solo puedo
levantar la cabeza
para ver esta escalera
angosta y pequeña
en la que todas las tardes
la luz se extingue
oscureciéndolo
aún más
todo

quisiera desaparecer
en lo negro
adherirme a la pared
perder los sentidos
sentir la noche
en sábanas limpias

meter la mano
dentro de mi cabeza

* *Hospicio*, Pez Espiral, 2011.

y cubrir
con los ruidos de la calle
los túneles de esta memoria

quiero que el tiempo pase
que la sangre de mi brazo
ya no sea
un hervidero mutilado

quiero abandonar
este colchón
en el suelo
esta habitación
esta miseria

cuando cruce
la puerta de escape
nadie
volverá a comprarme
por un baño caliente
papelinas
y alcohol

nadie
volverá a levantarme la voz
ni tocarme
como si fuera un cadáver

nadie
puede enseñarme
lo que es caminar
sobre vidrio molido
lijando
las aceras
con la palabra
sobrevivencia
lentamente
desapareciendo.

Pequeños espacios*

Los caminos de la bahía
llevan a pequeños espacios del dolor
que permanecen silenciosos

un hombre
está tirado en el suelo
como un animal destripado
los pantalones abajo
sus genitales congelándose en la lluvia
un perro sostiene su cabeza
como si de ese hombre alcoholizado
dependiera su mundo.

* *Calamina*, Libros La Calabaza del Diablo, 2014.

Habitaciones*

cuando las puertas de las habitaciones
se cierran
y todos comparten
ese pequeño mundo cálido
del amor
de la fidelidad
me encierro en mi cuarto
y pienso
si alguna vez
me tocará algo
de esa luz anaranjada
bajo la puerta

observo las rendijas
y medito
de qué sirve este oficio
de marcar el paso en los terminales
con el frío destazando los huesos
de refugiarse
en las citas de los poemas
que te hacen llorar
cuando te encuentras solo

de encontrar
pequeños bosquejos
de sonrisas eternas
que quedan grabadas
en la cabeza
durante años
entre la muchedumbre de un mercado
o las vitrinas de un café

suspiro hondo
y lo que escribo

* *Calamina*, Libros La Calabaza del Diablo, 2014.

parecen retazos de algo desconocido
que pretendo intuir
dibujando en el vaho de mi reflejo
que va atravesando
en medio de la noche

los túneles iluminados
de la ciudad.

Memorias*

un viaje inesperado
un océano que no conoces
ni añoras
excepto por tener un poco de viento frío
en el rostro
y un regreso incierto

una fiesta de cumpleaños
en el lado norte de la ciudad
a la que nadie llegó
y donde debiste sonreír
para no decepcionar a la familia

el árbol genealógico
que causó el estrago de las clínicas
las curas de sueño
y las paredes emblanquecidas con saliva

admitir lo que significan diez años perdidos
la traducción del dolor
la impotencia
la versión de la alegría en imágenes
y recuerdos borrosos

un nuevo camino
por el cual llegar
a lo que podrías llamar *casa*
grandes ilusiones
camufladas en el paisaje

la palabra confianza
y el mal sabor que deja
cuando la masticas
mientras tus cosas
caen por la ventana

* *Calamina*, Libros La Calabaza del Diablo, 2014.

otros diez años
el cambio de turno de la ironía
una enredadera robusta
que crece
según la ortopedia de una reja,
lo más silenciosamente posible.

Toto Infante

1) Vómito*

Vapórea longitud
te esgrimes toda la marea
vacando tu ataúd con rabia
rasca el plomo sobre la sangre
será inaudita una mirada certera
será cristalina la ceguera
donde verás un chanchito retorcido
será el vino que te cure
de tu muerte severa.

Raudo los vientos
manejo siempre sordo
huye con sed
remedio del orto
raconto sin precisión de lo inquebrantable
sudando lagos de escapes
recoge las frutas otro día
ahora nacen las fauces de otro milagro
mañana las encinas
otro día los partos

ay que beso del ojo
vamos fríamente de pie en la colina más alta
para verlo todo
sin siquiera mirar.

Luego al conducto frágil
pa quedar claros en lo que vamos a decir.

* Los textos aquí seleccionados pertenecen al poemario inédito *Desabogos*.

II) Llanto

Qué valgo sin residuos
si no hallo fórmula para pensar
y menos valgo si la busco
pues no me da para lidiar
con la vida
y me ofusco.

Me nacen palabras injustas
de blanca pasividad
frente a lo que pienso brusco
y me contradigo con maldad
cual lobo atrapado en un corral
que añora en lugar de odiar.

Me veo navegar sobre un lago sin olas
y batallo
batallo contra la tranquilidad
¿qué sentido tiene calmar a quien solo grita
si no sabemos qué padece
y por lo que su remo agita?

Diviso árboles cerrados por sombras
cómo verlos si mis ojos no alumbran
qué pasa con su luz propia
supuesta muerte funesta
me arroja a la otra esquina
dividida entre el mar y un vientre.

Pero si una sombra esgrime el tronco
con abiertos ojos esperaré la noche
donde la lumbre sea la propia oscuridad
cual felino le sonrío a la maldad.

III) Arlequín

Qué manera de barajar las cartas
rotundo pasaje al loquero tengo yo
con lo que soy podría estar tras las rejas
de un zoológico
junto al mono
o a la iguana.

Perforando la tierra
miraría
quizás con ojos de tornado
¿imposible tu sonrisa?

Años de pie
dando frío al viento
y altura a los cerros.

Baraja, baraja

Santiago, 2017

Él, microbús

Velocidad
Detención
Pérdida
Evasión

Mas un paisaje
de bebés sonrientes
y un motor gruñón
desdibujan la tierra.

También cemento,
guano gris
extraño desencaje.

¿Se sienten igual,
quieren llegar
los pingüinos en su marcha?
No quieren estar aquí.

También el rebaño
sale feliz del corral
que le acorrala
infeliz.

Una mirada intensa
una frenada exagerada
nos trae de vuelta.

Nos parecemos en algo,
después de todo.

Santiago, 2019

César Labra

Ya los cantos

Ya los cantos que ensordecían el mundo
son acallados por la médula ignorante
en la tierra se murió de pena el barro
y doce regimientos entran triunfantes a la cena navideña de una familia.

Ya los pasos que ensordecían al mundo
dejaron de sonar como impactos
se oyen como bombas con piernas
rodando a toda velocidad desde la cruz de malta.
¡Todos triunfamos cuando enterramos los párpados en la solera!
Pero ha de aquel que se pasee con dardos por su casa
que si no llega la sirena
son los vecinos los que echarán a patadas
todo rastro de teclas en el ambiente.

Ya son hoyos los que forman los eclipses
y las sombras esperando a ser reina
dejan los pasos de baile sonando
para dar a luz un estruendo
naciente del vientre nocturno
siendo recibido por la entepierna de un volcán.

Ya ni los llantos se escuchan
entre tanta lágrima.

Ya ni los amigos viven
ya ni los planetas giran
ya ni los globos chirrean
ya ni las odas celebran.
Vivimos en el fin de la mesa
y tras un par de dados
nuestro sueño puede volver a soñarse.

Tengo envidia

Tengo envidia de sus cuerpos
mamá
tengo envidia de sus pétalos airosos.
Tras sus pestañas
papá
mueren de pena lágrimas como sollozos de niña dejándose escuchar por
[la puerta abierta.

Papá
sácame de aquí
levántate de madrugada
cuando el sol tiene puesto tu pijama.

Tengo envidia de sus cuerpos
¿Por qué no puedo tocar el cielo con la punta de mis costillas?
Murió de frío un cometa
y mis manos no pueden recibir su estela.

Tengo envidia de lo que comen
hacen canciones con el aire
y yo no puedo hacer rebotar mis manos
a un ritmo constante.

Mamá
vi como tomaron a un niño
y lo lanzaron a un roquerío.
¡Mamá!
¡Mamá!
Vi como hicieron sangre con una espada de madera.
¡Mamá!
Sálvame de mis adentros.
Vi como susurraban entre las risas.
Vi como descuartizaban a unos gemelos
y me lanzaban sus cerebros.
¡Mamá!
Yo soy inocente.
¡Mamá yo soy inocente!

Vi como torturaban mis piernas.
Vi como me sacaban todos los dientes.

¡Papá!

Oí como golpeaban tu espalda

¡Papá!

No pude salvarte

¡Papá!

Tomé sus brazos y los destrocé:

sé que te mataron frente a un pelotón.

¡Pero papá!

Les arranqué los brazos

yo los oía, papá,

destrozarnos el cráneo.

Los oía tras las puertas

planeando nuestra muerte.

¡Mamá!

¡Papá!

Yo puedo sentir como me cortaban

crujía como un árbol ausente cayendo en el bosque de un viejo pueblo.

Sentí sus manos en mis adentros

sentí como sus anillos rozaban cada centímetro de mi columna vertebral.

Sentí mis órganos caer desde un año bisiesto.

¡Atención!

¡Qué voy a nacer muerto!

¡Atención!

Sírvase tomar mis restos

que yo ya soy parte de ellos.

¡Atención!

¡No dejaré que me dejen vivir!

Tras mis últimas palabras

encontrarán arena

en todas las costas del universo.

Faro

He usado el mismo baño desde mis primeros rocíos,
nunca sospeché que las aguas, que adentro me habitaban,
podrían saberse hijas de las olas,
rumor de peces aleteando al unísono.

Díganme ustedes si no morirían de sed ante una flor
aunque la sola imagen les cause repulsión:
creo que seríamos los primeros
en preferir un jardín incendiado a los azotes del infierno.

Los héroes lentos serán lentos en el mañana.
Se oyen sonidos emitidos por el cerro fronterizo,
si osamos posar la vista sobre sus cumbres
verán las jaulas donde fuimos todos masacrados.

Toda vida pasada fue mejor, dicen que es verdad,
pero cierran las puertas: alguien los está mirando.
Tapicen las ventanas, protejan con sus cuerpos las balas,
cantan, ríen, bostezan, muertos corren despavoridos.

Coloco mis piernas a su disposición
pero los esfuerzos no son suficientes.
Entre los humos de la risa
caen hombre y mujeres atorados por las balas en sus gargantas.

¡Advertencia! No correremos la misma suerte.
¡Todos hacia el abismo!
La caída será sobre las ruinas de alguna civilización perdida
entre el fondo de cinco mil leguas caminadas.

Soy su padre, a veces me da miedo pensarlo,
pero por sobre todo soy su *único hijo*
tras de mí el futuro se comienza a desmoronar
y no hace falta tiempo para hacer caer una lágrima.

Seré su padre, cuando logre hacer que vivan
pero no puedo tan siquiera enseñarle a leer a los más niños.

Después de las seis comenzarán a sonar las campanas
desde el convento vienen a mostrarme un túnel hasta el suelo.

Canten, ríen, protejan sus cabezas, balas recorren el pasto,
si logramos cruzar el río
un contingente andino nos podría construir una frontera
con cemento fresco y venti-algo botellas de licor.

Nacimiento doloroso de sus hijos al caer
son como elefantes caminando con sus genitales.
Desde el mar un cangrejo nos construirá un barco
y cada cinco especies sacrificaremos a un prisionero.

Cantemos, riamos, coloquen un farol en cada puerto
las canciones marinas conocen el camino.
Abran todos los rincones del océano
que vienen entrando en milenio todas las vidas en silencio.

A Federico García Lorca

La ciudad, libre de miedo, multiplicaba sus puertas
Cuarenta guardias civiles
entran a saca por ellas.
Los relojes se pararon,
y el coñac de las botellas
se disfrazó de noviembre
para no infundir sospechas

“Romance de la Guardia Civil Española”, Federico García Lorca.

¡Arriba! ¡Arriba!
Vienen llegando los nidos con sus aires
sus falsas alas que despluman la ciudad.

¡Arriba! ¡Arriba!
Nadie huele las heces de los ángeles
en el palacio de Buchinjamón
vive la mayor cantidad de excremento angelical:
hasta guardias le pusieron para que nadie sintiera el olor.

¡Arriba! ¡Arriba!
Sobre los planetas cubiertos de lunas
se ven danzando algunos dioses obsoletos
los que se gastaron a punta de palabras
reglas y acertijos.

¡Arriba! ¡Arriba!
Que las canciones no se componen solas
las bicicletas llevan toros y cangrejos
cuando la tormenta mueve los mares.

¡Arriba! ¡Arriba!
Que la tierra del cementerio ya me ensució los zapatos
con tanta cosa no es posible conseguir el aire necesario
y los pulmones terminan por respirar las mitades que dejaron
las soledades de amores pasados.

¡Arriba! ¡Arriba!
Se acercan con tanques a sacarnos los sesos
los botarán por la Alameda
haciendo una tercera vía exclusiva para cadáveres,
si queda espacio
harán un túnel para botar a las mujeres violadas
(llenarían toda una montaña).

¡Abajo! ¡Abajo!
Que Federico García Lorca
ha muerto a mano de los franquistas
todo el pueblo está esperando las tres lunas
para que vuelva con todos los soldados valientes
¡Proclamaremos la Tercera República
con sede en la nueva Catalunya!

¡Abajo! ¡Abajo!
Los continentes vuelven a la pangea
la línea del Ecuador corta las cabezas de la población negra.

¡Abajo! ¡Abajo!
¡Arriba! ¡Arriba!
Preparen
Apunten
Fuego

Toda la humanidad cabe en una sola tumba.

Mortuus ero

Ellas vienen a visitarme en el ocaso de mis octubres
dejan por recado huellas de sus canciones
que al viento suenan por tres milenios.

Advierto que dentro tenemos un eco
de todas las batallas libradas
de todas las conquistas
de todos los años
acumulándose por nuestros pieces
como si fueran cajas con nieve.

Dos mil diez y siete
año de los post-muertos
año de mi nacimiento
y el fin de la era semanal.

Extraño con mi ser
aquellas sombras que me cubrían el pecho
así como periódicos
que cobren a un cadáver en la carretera
ya no volveremos a mirar a las ballenas
ni los moluscos que bota la playa.

Tras la muerte
los mares ya no tienen perlas
ni sus sales son molestas para el humano,
al contrario
las venenosas medusas son sacadas a pasear por el Paseo Ahumada.

En la muerte las calles conservan su nombre
pero no son esqueletos ni zombies los transeúntes
van felices cantando canciones de cuna
porque en la muerte
nadie tiene miedo a la muerte.

Pero yo aún no he muerto
la luz no desaparece

quiero morir de noche
cuando sea más fácil robar mi cadáver
llevarlo a un hotel y abusar de él
quiero morir de noche
y transformarme en mi propia noche
bailando al son de los planetas
quiero morir de noche
para que el día muera conmigo
y los inviernos
y los veranos
y los puntos cardinales
y los barcos que llegan al puerto
y los bailes que dejan sin aire
y los amantes cansados de amar
y las luces de los postes sin mantención
y las llaves de los mausoleos
y las tintas de toda la literatura
y los monstruos de roperos infantiles
y los trajes de los surrealistas
y los éxitos de los ochenta
y las vacunas
y los árboles con sus molestas hojas
y los patos que hacen cuack-cuack
y los pasillos que llevan a la pena
y los pájaros que encantan con su cantar
y las retinas de un globo aerostático
y los amigos de todos los amigos
y las obras de teatro
y los cuernos de casi todos los rinocerontes
y los peinados fuera de moda
y las manos que tocaron mi mente
y *omnia*
porque cuando la muerte venga
todo el universo morirá conmigo
como si un agujero negro
viniera a darme el perdón.

Marcelo Leonart

Noche mapuche*

Tercera Parte *Un final caliente, caliente*

ESCENA I

En escena se encuentra Ayelén y Pedro Lautaro.

AYELÉN: Esto no es un sueño. Es verdad.

La noche del tres de enero de 2008, un grupo de comuneros mapuches invadieron los límites del fundo Santa Margarita, propiedad del conocido agricultor de la zona Jorge Luchsinger, con el objetivo de hacer escuchar sus demandas, las que incluían peticiones del todo radicales, como la autonomía total del territorio original de lo que se denomina Wallmapu y la devolución —de parte del estado chileno y los winkas o invasores— de las tierras usurpadas desde hace más de ciento cincuenta años.

PEDRO LAUTARO: Esto no es un sueño. Es verdad.

Según los primeros relatos de lo sucedido esa noche, el grupo de peñis llegó al lugar cerca de las cuatro de la mañana para efectuar su protesta, a partir de gritos y consignas que tenían como objetivo marcar presencia y hacerle saber al winka que los hijos de Wallmapu no lo habrían de dejar tranquilo hasta la devolución total de su territorio. Para que el discurso quedara meridianamente claro, el grupo de peñis incendiaron un granero.

AYELÉN: Las fuentes de este relato indican que en sólo minutos, desde el sur, apareció una camioneta del Grupo Operativo de Fuerzas Especiales de Carabineros de Chile (GOPE).

PEDRO LAUTARO: Los peñis comuneros torearon un poco a las fuerzas especiales durante un rato. Con gritos como de película del oeste.

* El presente texto dramático es un extracto de la obra estrenada en el Centro GAM el 30 de septiembre de 2017.

Como si fueran apaches o pieles rojas atacando las fuerzas del séptimo de caballería. Pero en cuanto vieron que los carabineros del GOPE preparaban armamento más pesado, los comuneros mapuches —valientes, pero no huevones— decidieron escapar en el medio de esa noche oscura.

AYELÉN: Se escucharon varios disparos. Y entremedio de ellos se oyó un *Ay. Me dieron, peñis*, que los estremeció a todos. La voz que se escuchó pertenecía a Matías Catrileo Quezada, veintidós años, estudiante de agronomía, quien había abandonado su vida urbana en Santiago, para estudiar en la Universidad de La Frontera de Temuco y participar en el movimiento mapuche por la recuperación de tierras, objetivos todos heridos de muerte, al menos para él, con el disparo recibido mientras huía en la oscuridad de la violenta noche mapuche. *Un disparo recibido en la espalda.*

Entra Guacolda.

GUACOLDA: Esto no es un sueño. Es verdad:

La madrugada del cuatro de enero de 2013, luego de una tensa jornada debido a la conmemoración de los cinco años de la muerte del comunero mapuche Matías Catrileo a manos de las Fuerzas Especiales de Carabineros de Chile (GOPE), el matrimonio descendiente de colonos chileno-alemanes conformado por Werner Luchsinger, de setenta y dos años, y Vivian Mackay, de sesenta y ocho, se encontraba solo en su casa ubicada en el fundo Granja Lumahue, en la comuna de Vilcún, mismo sector donde la muerte del joven había encendido los ánimos ya caldeados dentro del denominado “conflicto mapuche”.

PEDRO LAUTARO: Según las fuentes de este relato, los Luchsinger ya dormían tipo una de la mañana cuando un grupo indeterminado de presuntos comuneros mapuches con ganas de joder a algún miembro del clan Luchsinger en esos días emblemáticos, hizo ingreso a la propiedad. Luego de romper los cercos, presumiblemente hicieron ingreso a la cocina. Probablemente no lo hicieron por las buenas. Probablemente hicieron ruido. Probablemente, Werner y Vivian despertaron muertos de susto. Tal vez Werner dijo:

AYELÉN: Quédate aquí, vieja. Yo voy a ver qué es lo que pasa.

PEDRO LAUTARO: Y el viejo tomó su calibre .22 del velador, revisó

si tenía balas y, quitándole el seguro para no perder segundos preciosos si la situación así lo requería, salió de la habitación matrimonial rumbo a la escalera.

GUACOLDA: Hay un agujero negro en el relato. Debido a los terribles hechos sucedidos después sólo podemos elucubrar lo que sucedió: Werner al parecer bajó al primer piso de su vivienda. Al encontrarse cara a cara con los invasores de su propiedad, pistola en mano, los conminó a retirarse inmediatamente de ahí.

AYELÉN: ¡Salgan de mi propiedad, carajo!, debió haber dicho. ¡Salgan de mi propiedad o disparo! Pero los invasores, probablemente comuneros mapuches, no estaban ahí para hacerle caso a un anciano en pijama. Ni siquiera con una pistola calibre .22 en la mano.

PEDRO LAUTARO: ¡Dispara, winka huevón!, puede que haya dicho un peñi. ¡A que no tienes el newén para enfrentarnos como un hombre! ¡No vamos a darte la oportunidad de dispararnos por la espalda como alguna vez lo hizo el estado chileno en contra de nuestro peñi, el weichafe Matías Catrileo!

GUACOLDA: No podemos saberlo. Este es el punto ciego del relato. Tal vez hubo advertencias. O tal vez no.

PEDRO LAUTARO: Todos los relatos posibles indican que en este punto ciego del relato empezó un tiroteo. Todos los relatos indican que en este punto ciego del relato Werner Luchsinger quedó herido.

GUACOLDA: Lo siguiente no es parte del relato ciego. Está consignado en la central del 133 de Carabineros de Chile de la zona, con la llamada de una mujer, a la una con quince minutos, en absoluto pánico, que correspondía a Vivian Mackay y que, según consta en las grabaciones, se comunicó con el carabinero de guardia en los siguientes términos:

(Ayelén y Pedro Lautaro escenifican la siguiente escena. Ayelén como el Carabinero. Pedro Lautaro como Vivian Mackay.)

VIVIAN MACKAY: Nos atacaron, por favor... Vivian Mackay y Werner Luchsinger... Está herido.

CARABINERO: ¿En qué fundo, señora?

VIVIAN MACKAY: En el fundo Granja Lumahue.

CARABINERO: (*afirmando*) La granja fue atacada.

VIVIAN MACKAY: (*afirmando a su vez*) La granja fue atacada.

CARABINERO: (*afirmando*) El señor Luchsinger se encuentra lesionado.

VIVIAN MACKAY: (*informando otra vez*) ¡Werner Luchsinger!

CARABINERO: Sí. ¿Y por dónde es que llegamos, señora?

VIVIAN MACKAY: General López, cinco kilómetros.

CARABINERO: General López, cinco kilómetros.

VIVIAN MACKAY: Lo matóoooo... (*Llanto.*)

CARABINERO: Ya, señora, ¿y usted está lesionada?

VIVIAN MACKAY: Noooooo...

CARABINERO: ¿Cuántas personas eran, más-menos?

VIVIAN MACKAY: Yo no vi más que a uno. Pero él gritaba: ¡Mátalos, hueón! ¡Mátalos!

CARABINERO: (*inseguro*) Cerca de Palermo me dijo. ¿No es cierto esto?

VIVIAN MACKAY: (*impaciente, desesperada*) ¡No, no, no! ¡La Granja Lumahue! Yo llamé a mi hijo ahora. Quedó de venir ahora. ¡Mi marido está herido! (*Se queja*) ¡Aaaaaaaah! ¡Siguen disparando! ¡Por favor vengan luego!

GUACOLDA: Lo que ha pasado o está pasando en la casa de los Luchsinger es o pudo haber sido la siguiente: Werner Luchsinger, haciendo

uso de su arma de fuego en absoluta defensa propia, ha herido a uno de los peñis encapuchados que han llegado a su casa al son de consignas como ¡Winka, culiao! y ¡Marrichiweu! con un certero balazo. Porque tiene claro que no se va a entregar así no más.

AYELÉN: Hay un segundo de silencio entre los gritos. Los posibles comuneros mapuches se dan cuenta de que el winka, con la pistola calibre .22 en la mano, le ha disparado a un peñi por la espalda. Repito: por la espalda. Esto no es invención. Esto consta en diversas versiones periodísticas y/o judiciales.

GUACOLDA: *Me dieron, cabros*, se escucha en el medio de ese silencio inmóvil. Y todos los que están en esa casa piensan al unísono, como si su espíritu los soplara, en el weichafe Matías Catrileo.

PEDRO LAUTARO: Lo que se viene es la ira de un weichafe. Y el sentimiento es que, luego de siglos de cansancio e invasión y lucha, ya nada importa. El sentimiento es que hay que incendiarlo todo. Que hay que purificarlo todo. Como si todo fuera un sueño. Porque sólo el fuego y los sueños nos puede iluminar.

GUACOLDA: ¡Traigan los bidones!, se escucha una voz. ¡Traigan los bidones!

* * *

Santiago. Wallmapu. Verano de 2016.

Nicolás López Awad

Uno, dos, seis

Estar parado solo frente a una inmensa pared de piedra lívida
en el centro de un baldío desplegado sobre un plano igual de vacío.
Mirar la piedra con sospecha, primero
con sorpresa, segundo
y con total aburrimento, tercero.
Darle al tiempo un cuerpo
una carne menuda y fría que se endurece.
Bendecir la criatura de rodillas frente a la piedra,
posar la palma humedecida en señal de rendición,
formar parte de la roca;
Esto es amor, quien lo probó lo sabe.

Marzo 2020

El viaje

Me liberé de los mares, los bosques y los viejos castillos abandonados.
Ya no atravieso descalzo ningún pedregal, ni soporto tempestades por
[mi cuenta.

Al viejo árbol y a mi viejo rebaño los dejé a su suerte
secándose en un desierto repleto de carpas vacías.
Del desierto, por cierto, me despedí sin atravesarlo
y de su arena solo aprendí lo que pude apretar con el puño.
Abandoné a Dios al medio del camino para ver si alguien lo recogía
y al heroísmo lo olvidé junto al uniforme.

Me quedó entonces una moneda de oro que cambié por un poco de sopa
en la última posada, en el último pueblo, en el último día.

Marzo 2020

mañana/entonces

Viste al astro sagrado hundirse en una lágrima
y humedecer la tierra sin un beso.
Esperaste entre ruidos poblados de noche:
ni siquiera el árbol durmió tranquilo guardando
el regreso prometido.

Después olvidaste su andar lento, implacable,
y lo hiciste arena y agua y le diste dos brazos
con los que apretar cuando hacía frío.
Y como peñasco de carretera giraba,
campanada por una torre soñada.

Pero el astro volvió a aparecer,
y el abrazo fue un regalo en la nieve
y la clepsidra dijo otra vez
y la arena se adueñó del desierto
y la campana cantó doscientas cuarenta mil
pero entonces el agua se me estancó en las venas y
la arena me cegó la boca y
yo fui la campana que nadie quiso tocar

En mi médula se enterró la aguja del reloj
Que el frío nos había quitado.

Mayo, 2019

Cama vacía

Enterrado entre sábanas mudas
consumamos el tiempo
mi cabeza hirviendo con nervio coagulado
la sangre haciendo su carrera entre los órganos
hasta llegar la cabeza hirviendo apoyada
en la almohada dura
y afebrado como niño te quise arrancar del colchón quemado,

entre la espuma amarilla besé la madera
triste estructura nocturna
palpé tu geometría cruda y abrí una herida
allí donde la tela se aferraba, huyéndote
te hiciste permeable mientras desesperado
apretaba la piel que anoche nada más
me abrigaba y
a la piedra bruñida en sudor regalé
un beso de llovizna helada que en exactamente
tiempo
consumió la noche entre dos.

Pero sal y hierro no hacen un amor
ni el vacío que queda es eterno
como la sábana empapada del frío
que por la ventana se anuncia.

Mayo, 2019

Correspondencia, Santiago de Chile

Un edificio es un templo sólido en cuyas paredes persisten viejas
[hagiografías
de las que ya no se oye sino el contorno de su eco;
El hombre pasa por allí como la mirada del dictador:
todo lo ve en una sola composición, cada rincón es un punto de fuga.

En una tenebrosa y profunda unidad, como la noche y la claridad,
basta el sonido de un teléfono
que alguien levanta
y nadie contesta

Hay perfumes frescos como el de un estacionamiento subterráneo
donde pueden olerse llantas, monóxidos, combustiones varias;
duchas químicas, negras termas lácticas y un poco de velocidad.

Nada es allí eterno
como el ámbar, el almizcle o el benjuí.
Más bien como un tierno incienso que se apaga, lentamente, para
[siempre.

Long distance call

No conozco sino el rastro de tu carne,
—tu carne que se entristece como las plantas nocturnas
y que muda todos los días para saludar al sol—
la huella que me conduce, pixel a pixel,
por una calle secreta a través
de mi carne
que también al sol sonrío
y a la noche abraza.
La mirada no toca, pero se deja tocar
allí donde no puede mirar;
Mi mirada no te puede tocar
ni aunque mis manos quieran.
Y de solo tu imagen, fantasma, me embriago
aunque desee la sobriedad de tu carne,
la dureza de los cuerpos
el olor de un río sobre el que no se han levantado puentes
todavía.
Allí estoy;
una línea trazada en la arena frente a un oasis ante el que
el último sobreviviente al desierto
se detiene.
Y allí estás;
en lo sólido del oasis que no se hace hielo aún
en la tonalidad destemplada del trabajo
más allá del silencio que espío
de lejos.

Junio, 2020

En memoria de Alí Awad Cerda

Yo no estuve allí,
frente al velo de tierra
en el rigor del sol de las temporadas en que nada crece.
No escuché el amanecer del río en tus hombros,
tus hombros que cargaban al día entero.

Ya he caminado por Barrancas sin encontrarte
quizá porque jugamos a las escondidas y yo
ya estaba grande para jugar y tu
te quedaste sentado en la Piedra Morada contando estrellas.

¿Cuántas estrellas habrías podido contar si te hubieses quedado allí?
No te quedaste y decidiste salir a bajarlas.
“Porque la vida vale la pena, nos dijiste,
voy a ir a bajar estrellas”.

Pero tu no decías esas cosas, lo sé.
No predicabas en el desierto
porque tu voz era tranquila y nunca necesitó de grandes palabras;
tu nos educaste
como educan las gotas que se aferran a las hojas
hasta el último momento
o como enseña el sabor de un fruto que cayó río abajo
en el frescor de un mordisco
a amar la vida y no querer jamás la muerte.

No te vi en busca de estrellas,
con las manos extendidas hacia el cielo
ni vi llegar el abrazo
que te devolvió a la tierra.
Ese abrazo que te mostró
que incluso entre el polvo
crecen granadas rojas cuyo jugo
te embriaga de vida aunque solo hayas probado
la leche oscura de la infancia.

No estuve cuando entre los dos
sembraron su propio firmamento
y dibujaron sus propias constelaciones
de pequeñas lucecitas que se encenderían
para orientar a los arrieros que se perdieron entre la montaña
como señales que dicen:
aquí hay amor
y donde hay amor hay familia,
y no al revés.

Tampoco pude ver los cambios,
el trabajo, los amigos de copas,
los domingos en la cama y al trabajo de nuevo,
las calles de Santiago que eran tanto peor que el polvo
aunque valía la pena recorrerlas de arriba abajo
con tal de volver a la cama, a la mesa, a la familia.

Yo no estuve allí,
pero tú sí estuviste aquí,
Aquí donde crecí mirándote siempre hacia arriba
porque eras más grande que cualquier otra persona
Aquí donde me tuviste en tus brazos,
en tu carne dura de tanto trabajar
Aquí donde me viste ser niño llorón,
ser adolescente pintamonos
y ser joven en silencio.
Aquí donde me cuidaste y me enseñaste
solo con tu terquedad de seguir adelante
solo con tu trabajar en año nuevo
solo con tu quedarte dormido por estar cansado
solo con las lágrimas que derramabas
cuando me escuchabas tocar guitarra
que no eran lágrimas de nostalgia por un pasado
sino lágrimas de amor por un futuro que es este
un futuro sin tus abrazos y tus bromas
en donde nos quedamos nosotros
que no somos fuertes como tu que siempre miraste adelante
pero que seremos fuertes por ti mañana
porque tú nos enseñaste
que basta con una persona en esta tierra

a la que le podamos decir esposa, hermana o hija
hermano, hijo, nieto, nieta
Para que esta vida y no otra
valga la pena vivirse.

Junio, 2020

Barcelona

¿Escrita para otros?
Todas las ciudades se escriben igual
en Catalán, Español o Francés, todas
las lenguas son una y así como Dios
se ausenta también Babel se olvida
y todas las esquinas pueden leerse
todas las señales son una y todas
las ciudades se llaman Santiago de Chile.

Marzo, 2020 (poesía de viaje)

Si yo tuviera un hijo, de ojitos tranquilos,
le enseñaría a amar las cosas sencillas:
el calor de una sopa,
los ancianos que fuman después de comer
los frutos que se pudrieron en la tierra
los semáforos descompuestos
y sobre todas las cosas
las noches en las que se duerme sin miedo.

Si yo tuviera un hijo, boquita lluviosa,
le daría una creencia:
darle gracias a un Dios que no existe
y besar el pan que se va a la basura;
llorar por los perros atropellados
y enterrar a los pájaros con pequeñas cruces de rama.

Si yo tuviera un hijo, canción de cuna,
le contaría mil mentiras,
le diría mil te quiero;
lo vestiría como hombre de nieve
y le cantaría melodías terribles
antes de apagar la luz.

En suma lo que yo haría
si tuviera un hijo
sería convertirlo poco a poco
en un completo inútil.

Mayo, 2020

Julieta Marchant

Abrazar a un hermano: oír la palabra casa amurallando el cuerpo. La estatura precisa de una comunidad. Allí donde la carne encuentra una medida para quietarse y reposa. Estrecho a mi hermana en la espera, recuerdo la infancia como un puñado de pétalos secándose al sol, una caja de frascos, un estuche con cintas y encajes, un libro que cuelga del techo y que gira con el viento. Mi padre vertical y rígido toma mi mano. Su hermano ha muerto y toma mi mano. Se atraganta y toma mi mano. Guarda silencio en la incompreensión de alguien de cara a la finitud. Oigo el palpito de mi padre, su precipicio discreto se reserva. Su urgencia por salir al patio, el pecho tenso se fractura. Mi padre sabe del dolor, aunque nunca dice. Mira la llanura interrumpida por tumbas y no dice. El pasto oscurece y se asemeja al cielo: cada muerto forma una ínfima constelación y se trenza con el siguiente. El pasto oscurece y las colonias de hormigas no saben del duelo. El pasto oscurece y el nombre propio de un cadáver titila un instante y nos abandona. Pienso en un nombre propio que no cede: Cristina Calderón. «Ya no tengo con quién hablar yagán, antes conversaba con mi hermana». Toda muerte interrumpe una conversación. Ella teje y habla en su lengua materna, sonrío y urde con las manos. Escucha a los pájaros, lee con el oído lo que podrían decir. Implosiona un hermano y el mundo se cierra. Mi padre baja la cabeza y llora en mi hombro. Su altura lo obliga a inclinarse. Mi altura me obliga a despegar los talones del suelo. Un tejido de fosas aguarda. Cuando mi hermana llegó a casa, mi madre la puso sobre la cama y esperó en el umbral. Me acerqué con el tambaleo de los niños, apoyé mi frente en su pecho ínfimo. La extrañeza de imaginar a alguien tan pequeño enternecido por otro incluso más pequeño. Cuando mi hermana llegó a casa, lloré ciñendo su tronco. Cobijar el cuerpo de quien amamos. Intuir un lenguaje común. Abrazo a mi padre y lo imagino como ese niño que fue, arrastrando su maletín a los siete años, caminando paciente al alba. Quizá triste por el silencio de mi abuelo, el zapatero. «Con mi nieta hicimos clases de yagán, pero nadie aprendió ni una palabra». Una lengua se resiste a la comprensión. Se estría y se vuelve ajena. Cristina contempla el paisaje y llora. No se inquieta. Narra en su lengua la historia de un lobo que, sin saberlo, asiste a su propio sacrificio. Un surco en su cara se colma de agua y luego pierde forma. Una laguna tal vez, un manantial. El origen pujante de todos los ríos.

Cristina narra la historia de una mujer y un lobo. Él la lleva a vivir a las montañas, tienen un hijo. Luego de un año regresan y sus cuñados lo matan. Al hijo le dan de comer la carne del padre. Ella, iracunda y triste, le lanza un erizo en la frente. El hijo se arroja al mar y se transforma en pez. Quizá toda persona austral se volvió pez, en canales y fiordos comprendieron el idioma del agua. Confiar en la vastedad del océano, cada gota es un pulmón. Cristina nombra a los pájaros, oye a un zorzal que le aconseja a sus hijos no dejarse tentar por la maldad. Una lengua se extingue, se recoge como el mar. Los fueguinos creían que al morir el alma sobrevivía en una estrella. Cada muerto forma una ínfima constelación y se trenza con el siguiente. Conocer el paisaje atado a la espalda de la madre, cazar nutrias, aferrarse a la recolección. Tejer con la garganta una pequeña canoa. Lanzarla al mar y que resista la violencia del oleaje. Se deshíela una lengua, inunda el caudal enormes pedazos de tierra. Y se retira. Se seca con los últimos rayos de sol. Solo queda la canoa, varada en un humedal. La palabra encalla y recuerda: madre, isla, fuego, piedra, leña, casa, hielo. Appárnix. Estrella.

David Marín Vilches

Poems written being a UCH's student*

Aquí pretendo escribir poemas genuinos, esos que, como lo hicieron notar Borges y Teillier, nacen cual tibias y novedosas semillas en la mente, uno o dos versos claros que luego, al pulirlos con palabras frutos de la vanidad ingeniosa o académica, forman tal poema; bueno o malo, vanagloriosas sílabas presumiendo una vida o un pensamiento que no son tales, de poca importancia o demasiado personales como para ser un correlato del alma humana universal, pero genuino de todos modos. Cabe decir que los dos primeros poemas de este libro no corresponden a esta categoría, pues fueron fruto de mi voluntad humana y no de aquella que el viejo alemán de gran melena descubrió aún en su juventud. De otra manera: poemas intelectuales, no esos soplos del más allá que comparten lecho con la música. Esos trinos silenciosos que más de alguna vez pude sentir al subir a una micro o al ver un paisaje roído por un sol moribundo.

Espero que estos dos sean los únicos; tal deseo presupone una extensa demora en la finalización de esta recopilación de poemas que aún no existen: descreo de la autenticidad de esos poetas que urden de buenas ganas decenas de poemas al día, como si la poesía naciera de las manos y no del corazón, como si la poesía fuera obra del tedio o de la vanidad. Así las cosas, auguro que este libro demorará.

Antes había hecho cinco recopilaciones de mis poemas, partiendo del año 2011 (los anteriores a ese año fueron escasos y nunca pensé en que tuvieran algún valor como para conservarlos): los del 2011, que fueron los menos genuinos y los más inmaduros; del 2012, algo más metafísicos; 2013, muy adoloridos por el amor, y otros escuetos y lamentables, con influencia de Nicanor Parra y Schopenhauer; 2014, un poco más dadaístas y antiprotocolares, pero siempre muy aterrizados; los que sobrevinieron luego de mis primeras experiencias con las drogas, mi primer y tortuoso año en la universidad, la furtiva depresión que casi me lleva directo al Hades, y otros que fui creando a intervalos irregulares.

No tengo un estilo propio, ni mucho menos un pensamiento original; lo único diáfano en mis creencias es la suerte insoslayable de tener que escribir antes de morder el pan.

* Los presentes textos forman parte de una selección póstuma realizada por Belén Salcedo y Jaime Perales.

Los violines que bailan

El consuelo de la muerte
arrojado por un vendedor ambulante
o por un cineasta melancólico.
Llegan al crepúsculo los violines que bailan
en las cuerdas antiguas de una cena
ocurrida en los pastos y con las señoritas
que ocupan el rostro de todas las infinitas mujeres.
Allá el río bochornoso con su música de peces,
el sol parecido a un borracho hablando solo,
y las cárceles de los inocentes.
Acá un semáforo caído, una pintura remota,
los disfraces múltiples y las risas en mármol,
el amor que uno evita como las noches solitarias,
y las noches alejadas de uno mismo.
Los violines se mantienen danzantes
pero palidecen como el rumbo de las hormigas,
y entonces llegan los vuelos precoces, lluvias imaginarias,
el aliento de un vino muy malo.
La señora que entró a una casa vacía
y en ella se queda por siempre, cosa inevitable
como comer o dormir, o besar en sueños un rostro distraído.
Anochece la vida en la promesa de la muerte,
la única promesa que siempre es cumplida,
y que uno sabe acoger con especial dulzura,
sin importar la hora ni la suerte
en que nos llevará a esos pastos floridos
donde están las señoritas con canastos vacíos,
y corre un aire que no es, y un río donde uno se baña,
sin dejar de ser el mismo río.

Las sandías

La primavera se fue
pero llegaron las sandías.
La amada se casó con alguien,
y sudamos de melancolía, y la laguna verde
apenas es un charco frente a nuestras lágrimas crecidas.
Pero llegó la sandía con su ramo de pecas, su mirada de yegua
que no hizo caso omiso de esta pena,
y bañó con su sangre de cristo mis heridas,
como metiéndose en la resaca de la velada atormentada,
dando de sí lo que mi alma estrujó en un cuerpo innombrable,
mi alma que antaño nutrió sus raíces junto a las habas,
junto a las mohosas neuronas del huerto,
pero que ahora va a los bares, a tu recuerdo,
termina ebria como zancudos neuróticos,
y así un devenir parecido a las olas...
Por eso crecen las sandías
y un grito acostumbrado me la ofrece en mis manos,
respiro de mi sed insaciable, venero adonde va mi boca harapienta.

III

Es doloroso entrar a una micro
y descubrir a la mujer de tu vida
catarsis entre guitarras y helados
y cepillos casi regalados
entremedio de estos gritos
me caló la idea de ocupar su lado
y entonces la hecatombe sanguínea
la piel que sale y busca otro sudor
los jardines inmarcesibles
veo que anota algo en su celular
y a mi me da por escribir un poema.

IV

Se abrieron las puertas de golpe
y de golpe me topé con una cara
que estaba esperando el metro
estas cosas sólo pasan bajo tierra
darse con unos dientes purísimos
y con unos ojos que acalambran
de todas las estaciones del infierno
en ésta tuve que morirme
y andar penando
horas bajas y horas puntas
buscando una fortaleza
de dientes de remolacha.

V

La mujer sin brazos ni piernas
ésa que soñé la semana pasada
no sé qué significa
en mi mente atormentada
parece que la amé
en los cortos tiempos del sueño
o quizá la odié con impotencia
de no poder tomar sus manos
y de no anudarme a sus pies
como la madre de Aquiles
vaya no sé qué quieren decirme
esos soñolientos epigramas
fecundos silencios de Freud
cuando a una mujer bella
le despoja los piecitos
ese dios que quiere convencerme.

VI

Pintada de noche, tus labios glotonos
y los brazos que palmorean los muslos.
Pequeña como la alegría,
tu pelo escabeche adosado,
risueña, esencia de morena,
navegando en el sueño de narciso.
Resucitas en mi hombro,
y de pura pena el destino cae
como de la gotera de la casa del campo.
Caen así las cosas codo a codo
apurándose a la muerte
y en ellas tú palpitando de negra,
acalorada ceniza entre mis dientes solitarios.
Ríes a más no poder, como un acabo de mundo
lucen tus palabras azotadas por la música.
Desquiciada de linda, en tu nariz resbalan las cosas
como si fuera una elipse apocalíptica.

VII

Imagínate sobrevolando
las hueses de la carne.
Que mi tempestad escrute tus músculos interiores
y desparrame las lágrimas del orbe en tu otro mundo.
Que las flores de ayer formen la materia
fundida en el cielo de tu delirio
y el mío, y juntos profanen el límite del placer.
Moribunda salvaje: somos los nuevos hijos
que el mar parió en la hecatombe final.
Después de esto no queda nada
sino asqueantes fantasmas de escuálida miel blanquecina.

VIII

No te caben los ojos en los ojos,
niebla de angustia, paráfrasis del infierno.
Riachuelo tirado como una colilla,
reciclajes y otros deseos profundos me duelen.
Tocas la puerta y gritas demonio,
estás terminada y el alba azul de las profecías
se zambulle como una polilla desesperada en tus ojos,
ojos saltones, voz de obrero o tormenta humana
y una inhiesta medida a la medida de mi pecho.
Porque no te caben los ojos en los míos,
pequeña música del huerto encendido,
habrá que despedirse sudando en las mejillas
y robándose toda la luz de la luna para una noche infinita...

IX Oda a Jorge Teillier

Así que te gustan las palabras,
los cantos de larga memoria
y los rituales de la rima.
Así que piensas enamorarla,
colocar verbos en su frente
y soplar en sus costillas hasta que nazca el amor.
Recibir algún premio de la municipalidad,
o algún ademán auspicioso de un doctor en letras.
Yo te digo: no escribas por lo bello,
ni por lo caliente ni eterno ni dinero,
menos por ocio u oficio que es lo mismo,
ni por hacer de bagatelas olores respirables
ni porque el amor y las mujeres y la muerte.
Escribe, más bien, porque las navajas y fármacos
y estruendos que te susurran cada noche,
canastas familiares con un pisco barato,
el devenir que no existe como la muerte segura,
el deseo políticamente incorrecto de morir;
entonces escribe por eso, porque ya que nada vale,
ya que la soledad, el dolor que siempre está,
ni la muerte merece la pena, y no queda otra
que escribir y escribir hasta que por fin
suceda el milagro o la dicha o la suerte
de partir fugaz, sin signos de exclamación
sin burocracias introspectivas
y sin boda que te ate a la tierra.

X

Darí­a todo el oro del mundo
porque olvidaras tomarte
la faldita mientras subes
las escaleras del metro.
Entregarí­a mi ardorosa alma
por verte saltando
como una liebre histérica
poseída por el rayo
de un orgasmo infinito.

Mi ramera del olimpo,
sécame entero de un beso,
entrega tus senos iracundos
a mi ser roído por tu imagen.

XI

Aporías

El huevo o la gallina
tu útero siniestro o el germen venidero
mi torre inflamada o el muñón que fue mano
el límite de la lógica de Gödel
o el limbo impreciso de la vida y la muerte
los escolios que superan su obra
o la imagen pura de un manuscrito inmortal
qué importan estos vanos enigmas
si inerme estás en mi intelecto
y mis redes se fatigan de extrañarte

XII

Estoy triste,
pero está mi perra a mi lado,
hay una lluvia y hay sopaipillas,
y por qué estoy triste,
no sé, vida, qué se yo,
quizá porque esas aguas y esa lengua juguetona
y esa luz de la melancolía del otoño
son cosas que simplemente no entiendo,
que no comprendo como sí una línea junto a otra y a otra
formando un triángulo equilátero
del cual conozco todas sus mañas,
oh tierra movediza, lluvia de la tristeza en las estrellas,
por qué no eres como la mano que cabe en otra mano,
como el vaso que recibe cerveza,
como la niña que no se ama,
simple, desprovista del polvo de la duda,
acaso yo así cantarí a este tiempo del ahora,
entonaría las notas precisas de la forma discreta
de una sopaipilla deliciosa, de una lluvia medida por sus gotas,
de ese animal que sólo del pan es feliz.

Treta Torpe

Imagina dos perros anoréxicos
suspendidos en un juego nupcial
clavándose en la piel sarnosa
la rabia del fantasma pan

los jabones húmedos
bañados por los sexos
la serpiente lacia
mintiéndole a tu cuerpo

y la noche nos descubre
jugando en frutos secos
las ojeras estallando

en tu cuerpo hecho lumbre
ensartados los sesos
el germen palpitando

Parafraxis

Qué es un condón?
me preguntas mientras froto mi pupila
en tu pupila azul.
Qué es un condón, y recién me lo preguntas?
No tengo ni la menor idea

Postmodernismo

Recién ayer vine a vislumbrar
un cardenal opaco en mi jardín
y las hojas del suelo tomadas
por el remezón del alba del camión municipal;
yo les tiendo monedas, cartas de esperanzas,
alargadas frases sin reticencias de gracias
y sin escrúpulos de vieja cuica.
Recién vine a ver un cuadro cayéndose del tiempo,
cayéndose de su pintura como en la memoria.
Recién me sentí a escribir verbos sin el verbo divino,
sin la payasada idílica de los cisnes de fieltro,
como en la nueva escuela de los vagos
que se ríen del hambre y de la filosofía,
cual borrachos que no soportan mirarse a los ojos,
ya bien porque pueden largarse a llorar
o porque los tumores de risa
y dislocaciones de mandíbulas quisieran ellos
fueran por precipitados besos de prostitutas.

Alaureado

Por primera vez las montañas se movieron,
pero hizo falta un puñado de mostaza,
y es que venía el bonaerense
apostillando sus laberintos lúteos,
y nuestro general le lavó los pies
con azufre y con el cabello
de detenidos desaparecidos.
Por boludo no le plantaron un laurel
en su cabeza universal de la infamia,
por fortuna ahora leemos
sin tener que pensar mucho.

Borges no sabía hacer reír a la gente,
no tenía sentido del humor,
pero todos nos dislocamos la mandíbula
cuando el Nobel nunca le llegó;
al menos eso dicen mis compañeros,
pero son todos unos marxistas:
apenas leyeron el manifiesto
y resolvieron el misterio de la vida.

De una

Quiero creer en las guaguas
que jocundas nos saludan,
y que invitan a la infancia
sin amores y sin luchas.

Yo simplemente estoy dispuesto
a soportar toda la cruz del tiempo
con condición de verte alguna vez.
Que se acalambren los relojes,
que los cometas puedan de nuevo aparecer;
yo esperaré como un viejito espera
que no lo cague una AFP.

Quiero masajearte con mis rulos
no con el rulo
sino con mis rulos míos que voy a darte.
Tocarte de a poquito hasta la ultima pezuña
y dormir con diente hambriento tan cansado de historia.

A Don Alonso de Ercilla

No de fangosa alma inopinada
ni de exabruptos que ploran belleza:
sino de sed que cual fuerte celada
colma el alma de arrojo y de presteza;
como halcón sobre su presa arrojada
razón y pasión en alta nobleza:
y así el poema sale arrebatado
exhalando flores de valiente prado.

Que se sepa con esto que no compro
Las mientes de los sabios al respecto:
“Los versos van saltando como potros
Sin afanes ni orden circunspecto”;
Que comiencen con ventura a hacer otros
Aquello que el poeta hace en juicio recto:
Ya verán como sangran de impureza,
Pues de vanidad tanta han sido presa.

Don Alonso ya dejó muy bien erguido
Lo que muchos sin talento han profanado;
Aquel dulzor que de araucarias pido
Recordando al fiel indio destronado:
Recuerden los semblantes ateridos
A aquel varón que esgrimió contra el hado
Su campante lanza, y alada pluma
Que urde historias más veloz que el puma.

Ricardo Martínez

El *Big Data* del yo

Todas las mañanas a eso de las seis, cuando me empiezo a levantar para ir a buscar a mis niños —la Carlota y el Pelayo— para llevarlos al colegio, y antes casi de empezar a desperezarme, tomo mi *smartphone* y veo que *Facebook* me muestra “Tus Recuerdos”. Memes de hace cinco años (mucho *Forever Alone*), *status* que no tengo idea de en qué circunstancias se me ocurrieron, fotos con la familia, amigos que hice en esa fecha hace una década, videos de *YouTube* compartidos quizá en qué condiciones.

Todos los meses, como por estas mismas fechas del mes, me llega un mail de *Google* mostrándome mis recorridos por Santiago en un mapamundi. Me indica en qué fecha salí de Chile, cuál fue ese restorán en la Ruta 68 donde un par de viernes paré a almorzar, cuántos kilómetros anduve y por qué calles como profesor-taxi.

Pasamos gran parte del día y de la existencia así, entregándole datos de nuestra vida a Internet: a *Facebook*, a *Google Maps*, incluso a las mismas compañías telefónicas o al *Redbanc*. Nos tienen rodeadas y rodeados y saben todo de nuestras vidas, y lo usan comercialmente (cuando estuve en 2016 en Barcelona, *Facebook* sabía que estaba en Barcelona: me ofreció meterme a un buscador de trabajo en la ciudad, añadirme a la *Wi-Fi* de *Jazztel* y hasta comprar un auto *Smart* pagadero a 36 cuotas) e incluso políticamente (el escándalo de *Cambridge Analytica* y el Brexit y Trump). Da como para asustarse.

Pero en realidad quiero verlo de otra manera.

Este año cumplo, en un par de meses, cincuenta años. Y he tratado de ir armando una especie de biografía vital (la lista del *Top 5* de momentos que he tenido la suerte de vivir) y cultural (mis 50 libros preferidos, mis 50 películas favoritas).

Y es increíble la cantidad de cosas que se pueden hacer con esos mismos datos (*Big Data*) que nos da tanto miedo entregarles a las empresas o al gobierno.

Autoetnografías

La lista, sin embargo, que más me ha costado y la que más he amado hacer es la lista de “la música de mi vida”. Empecé a facturarla hace más de diez meses. Primero se llamó **50 canciones para 50 años**. Luego me di cuenta de que no me alcanzaba con esa cifra, así es que la empecé a

expandir. Y se expandió y expandió, hasta que llegué a 304 canciones (¡ni siquiera pude redondear en 300!). Mientras pensaba en las canciones que más me habían provocado, convocado, conmovido —en las canciones que más han escrito mi historia—, fui descubriendo algo. Hoy tenemos, como decía más arriba, muchos rastros o “huellas digitales” de lo que hemos hecho en los últimos veinte años. Están los mails que hemos enviado, nuestras listas de *Spotify*, los recuerdos de *Facebook*. Están textos alojados en carpetas que se llaman “Disco Duro Antiguo”, que bien podría haber sido un disco duro de 50 Mb de 1998. Está el rastro que dejamos en *Audioscrobbler* —ahora llamado *Last.fm*— un servicio que recogía todas las canciones que escuchabas en *Winamp* en, no sé, 2005, y que todavía se puede descargar desde una página llamada *lastfm-to-csv*.

Bueno, la cosa es que empecé a rastrear en todos esos registros: revisé mis listas de más escuchados en *Spotify*, las listas de *Last.fm*, los mails en que escribía “canción” desde 2004, viejas torres de CD de 100 discos, todos mis estados de *Facebook* en que compartía canciones.

Y lo que descubrí es que este proceso se llama “autoetnografía”, un área de los estudios cualitativos en que una persona empieza a hacer un registro de su experiencia y vida en alguna situación —que puede ser la vida misma— y que fue “inventada” por una mujer: Carolyn Ellis de la *University of South Florida*. Ella propone que, al hacer este tipo de rastreo:

Los trabajos autoetnográficos pueden incluir memoria dramática, expresiones inusuales y metáforas fuertes para invitar al lector o lectora a “revivir” eventos con la autora. En ellos, se hace entender y sentir con una historia, se buscan detalles concretos, narraciones estructuralmente complejas, el intento del autor(a) por excavar en lo superficial para alcanzar la ***vulnerabilidad y la honestidad*** y, finalmente, un estándar de autoconciencia y una historia conmovedora (Ellis, 2004:253-254).

He revisado mi lista de canciones autobiográficas/autoetnográficas con muchos amigos y amigas en estos meses y la he reestudiado para entenderla más. Incluso he tratado de ver categorías en la lista. Por ejemplo, por número de canciones, el equilibrio de la lista es la siguiente (en categorías de “cajón de sastre”):

- Música de los años 80 - 55 temas
- Clásicos AM - 41 temas
- Indiepop - 26 temas
- Canción de Protesta - 21 temas
- Música de los años 90 - 18 temas

- Música Alternativa - 18 temas
- Bandas sonoras de Cine y TV - 18 temas
- Música de los años 2000 - 14 temas
- Goofy Songs (Balada Romántica Anglosajona) - 14 temas
- Música de los años 70 - 14 temas
- Música de los años 60 - 13 temas
- Rock Progresivo - 11 temas
- Punk - 11 temas
- Música Selecta (a veces llamada “Clásica”) - 7 temas
- New Age - 6 temas
- Música del Brasil (MPB) - 5 temas
- Metal - 5 temas
- Tango - 4 temas
- Música de Misa - 2 temas

Hacer un ejercicio como ese ayuda sobremedida a revisar la propia vida: con sus claroscuros, con sus epifanías, con su vitalidad o tristeza. Algo que hubiera sido casi imposible hace, no sé, 35 años.

La vida actual, mediada por los computadores, es una huella. Y recaminar los senderos de esa huella abren y dan nuevas luces sobre la experiencia propia y la identidad.

¡Las invito y los invito a hacer sus propias listas [de música o de amores o de infortunios]! Rebusquen en CDs viejos, en antiguos mails, en fotos *polaroids* olvidadas en el estante, en la memoria física y digital: se encontrarán con una sorpresa.

Les dejo, por último, mi *Top 20*, mis veinte canciones más adoradas según la autoetnografía que hice de mis registros digitales y materiales. Ella dice más de mí que casi cualquier cosa que pueda compartir en un libro como este:

1. Don Henley - The Boys of Summer
2. ABBA - Super Trouper
3. The Go-Go's - Vacation
4. Mike Oldfield - Moonlight Shadow
5. Gianni Togni - Luna
6. Phil Oakey & Giorgio Moroder - Together in Electric Dreams
7. Belle & Sebastian - Sleep the Clock Around - Radio Session
8. La Casa Azul - Terry, Peter y Yo
9. The Beatles - Eleanor Rigby
10. The Byrds - Mr. Tambourine Man
11. R.E.M. - It's the End of the World as We Know It (and I Feel Fine)

12. The Smiths - Cemetery Gates
13. Las Ligas Menores - Fin de Año
14. Cheap Trick - Surrender
15. Toto - Africa
16. Simple Minds - Don't You (Forget about Me)
17. Iron Maiden - Aces High (Live)
18. Joan Manuel Serrat - Mediterráneo
19. Silvio Rodríguez - El Mayor
20. Johann Pachelbel - Canon en Re

* * *

La lista completa está en:

<https://open.spotify.com/user/12126973961/playlist/44VbvsYk3YKPtUq1a9Az82?si=yHvtiYlcQ-Kac-jhNzmYYg>

Lina Meruane

Sobre vivir juntos

Siempre fui una errante, pero en los últimos años paraba menos que nunca en ese departamento neoyorquino que llamaba casa apenas para distinguirla de los demás lugares donde dormía, esos que eran arriendo, hotel, hostel o simplemente un sillón ajeno. Dormía con demasiada frecuencia en aviones, premunida de una almohadita propia y de una manta que llevaba a todos lados como los niños. No lograba conciliar el sueño sin esa almohada que tenía mi olor y mi mugre, mis lágrimas, mi tos, mi baba inconsciente, el aire turbulento de mis ronquidos; la manta me ayudaba a combatir los terrores aéreos en compañía de mi misma. La idea de un hogar en punto fijo se había ido desvaneciendo a la vez que multiplicando, yo caía con creciente frecuencia en un lapsus-lengua que consistía en poner la palabra casa en el lugar de la pieza de paso. Y mi hombre había emprendido el vuelo como yo, acaso para no extrañarme, acaso para no sentirse solo. Compensábamos la ausencia sincronizando nuestros calendarios en reuniones mensuales, sentados uno junto al otro en el viejo sofá rojo que nos negábamos a reemplazar por más que se estuviera desintegrando. Intentábamos estar fuera de casa los mismos días o hacer citas tráfugas en aeropuertos y salas de espera y bares solitarios a la vuelta de la esquina. Comprometíamos nuestras vacaciones en departamentos prestados que llamaríamos casa por el hecho de estar juntos. Ser la casa el uno del otro, eso me parecía deseable. Y jugar a las casitas en los sitios a los que solíamos volver, Madrid, Santiago, Berlín, todas ciudades donde habíamos ido dejando maletas con ropa y zapatos, una cafetera italiana, libros diversos y lámparas de noche. Yo seguía eligiendo domicilios en cada nueva ciudad que visitaba sola, pensando que eran casas que algún día íbamos a habitar: una colonial en Querétaro, una neoclásica en Nueva Orleans, una ruca chilota cerca de Castro, la casa tatuada del Cerro Alegre, la de antigua fachada en la calle Bruselas de Praga, y más casas que ya he olvidado pero que siempre tenían un pequeño jardín. Todas casas que yo escogía a ojo desde la calle, que visitaba de manera imaginaria, que decoraba de manera distinta, que llenaba de muebles y que pintaba para hacerlas completamente nuestras. Acaso para sentirme acompañada, múltiple e inmortal.

Siempre estuve enferma, tal vez eso explique algunas cosas. Crecí en conciencia de mi propia fragilidad, sintiendo o presintiendo que la muerte

no sólo me sucedería sino que era inminente. ¿Qué otra cosa era vivir sino estarse muriendo? Yo no iba a llegar a los treinta; mi madre lo creía y esa temporalidad suya había infiltrado la mía. Pero pasaban los años y mi muerte, que se acercaba sin alcanzarme, iba generando la fatiga de los cuidados constantes, difíciles e inciertos. La rutina médica era en sí misma matadora y yo quería arrancar de ella. Era lo que había logrado o eso creía. En esos últimos años de mi vida viajera había soslayado el miedo, lo había superado yéndome de la casa que era la oficina donde trabajaba en una rutina severa para la que estaba entrenada y a la que tanto le temía. Estarme yendo de casa o estarla cambiando de sitio era un modo de convivir con esa contradicción. Una manera de festejar el haber saltado mi barrera personal del tiempo: la enferma que no iba a llegar a los treinta los había cumplido en salud al llegar a un Nueva York; la enferma había superado los cuarenta entre extraños gérmenes respiratorios que saltaban de una especie a la nuestra. Iba a morirme joven pero iba acercándome a los cincuenta habiendo domado un deterioro peor que la vejez. Podía olvidarme del sofocante metro cuadrado donde había temido reposarían mis huesos sin manta ni almohada ni un cuerpo mullido a mi lado, sin un calendario para planificar la fuga hacia el futuro. Podía olvidarme, olvidar, hasta que apareciera el siguiente signo de muerte, el virus que seguiría mutando para volver al asalto, para recordarnos que siempre estaríamos a la intemperie. Porque si vivíamos muriéndonos siempre de a poco ahora nos estábamos muriendo más, muchos más que antes, y por eso nos tocaba detenernos a cuidar y a cuidarnos y refugiarnos en una casa única donde esperaríamos, ojalá acompañados, ojalá no tan desprovistos, a que pasara esta pandemia y apareciera la siguiente.

Roxana Miranda Rupailaf

Evas *

Hágase la tierra.
Le pondremos viento en el ombligo
y mar entre las piernas.

Hágase la luz y las estrellas.
En sueños celestes trasnocharé para no ser vista.

Háganse los peces, los animales, las aves.
Multiplíquense y habiten el reino de mis caderas.
Háganse las flores y los frutos
para simular la fiesta.

Hágase el hombre del barro de mi garganta
que de la saliva salga a cantar.

Hágase la mujer a mi imagen
con la divina dulzura del lenguaje.

* *Seducción de los venenos*, LOM Ediciones, 2008.

1*

Me dejo peinar en el ensueño
mal de ojo es esto

Pasmo de corazón
dice mi orina

Agua de carmelitas
untadas a la lengua

Punza la pena de los abandonados

Mal de ojo es esto

Falta tu líquido
mezclado con mi orina

Mixtura de humores
mi mal

Mal de ojos es
que me arranques los cabellos
tras las sábanas

2

Repito este mi rezo
por si vienes.

Aquí, frente a las olas
me arrodillo.

Invoco tus cabellos
anudados por la sal.

* *Shumpall*, Pehuén, 2011.

Espero a que aparezcas
en la tercera ola niño-pezu.

Que me trague el mar.

Que me lleven desnuda por la espuma.

Y allí, donde entre piedra venga arena.
Espero me ilumines en la tercera ola.

Ya sabes que son tres los arco iris
derramados en el aire.

Ya sabes que me duermo entre las rocas
esperando a que aparezcas.

Repito este mi rezo
hasta que vengas.

Envuelto en esas algas que te crecen
desde el sueño a la tristeza

La ciudad es una trampa *

esta ciudad es un agujero
un laberinto negro
donde nadie espera
donde nada espera
Yo que soñé el abrazo
y el abrazo no estuvo
sí, la palabra sucia salida de la boca de los brutos
Esta ciudad está llena de brutos
de violencia
de ojos que son cuchillos
de piedras
que todos quieren arrojar sobre los cuerpos
esos cuerpos que son el aleteo limpio de la imaginación
esos cuerpos que son agua
oxígeno de calles consumidas por el humo
por el fuego
el azar de golpear nos por doquier
Amorarnos
vaciar nos el adentro
lamer toda la esquina
reconstruir el cuerpo
zurcir la escena.
Esta ciudad
este país está lleno de brutos

* Inédito.

Yo, Pecadora*

Confieso,
que maté a una flor por la espalda
y le disparé a la cigüeña.
Confieso
que me comí todas las manzanas
y que suspiro tres veces
al encenderse la luna.
Que le mentí a la inocencia
y golpeé a la ternura.
Confieso que he deseado a mis prójimos
y que tengo pensamientos impuros
con un santito.
Confieso que me vendí por dinero.
Que no soy yo
y que he pecado de pensamiento,
palabra y omisión
y confieso, que no me arrepiento.

* *Las tentaciones de Eva*, Colección de Premios Luis Oyarzún, 2003.

Arturo Molina Burgos

Invenciones y apostillas en torno a “Así fue” de Juan Gabriel¹

A veces, desde el pliegue de un papel
el lívido funcionario extrae un anillo:
el dedo al que estaba ofrendado, quizá,
ya se desmedra en la tumba

Bartleby, el escribiente, Herman Melville.

1. Una sala de clases poco antes del mediodía. Sibila, profesora de castellano, avanza a contraluz entre los asientos de adolescentes uniformados. Estamos teñidos de una claridad amarillenta. Su resplandor distorsiona los rostros de quienes, en algún momento de mi vida, conocí hasta el fastidio.

La mujer, con lentitud, ondula sobre los tablones de esa sala. A cada paso se hunde y sale a flote. Su boca se mueve, pues algo está diciendo. Enfatiza una frase de esa canción que acaso oímos. Quizá solo la declama, sin música. Quizá la canta y acentúa: «Ya no te amo». Nos señala el poder emotivo que guarda la letra, en especial ese verso. Insiste en alguna figura retórica. Tal vez menciona la rima xxx o la xxxi de Bécquer o algo anterior, como el “Quiero escribir y el llanto no me deja” de Lope. Sus labios profieren múltiples obras y autores. Mientras una parte de su voz enlista sonetos y elegías, otra, superpuesta, alza el tono y exclama: «Me he enamorado / de un ser divino». Se da una pausa. Con su afilada sonrisa nos recalca el contraste:

«Ya no te amo / Me he enamorado». Es —ustedes coincidirán conmigo— el momento más intenso. Indica con toda claridad el sentimiento que invade a la voz poética. El itinerante amor se ha desplazado. Ya no quiere a su interlocutor. Hay alguien más. Es la evidencia de que sus palabras no contienen despecho por el abandono sufrido, sino que surgen de una sincera superación del pasado amoroso que alguna vez hubo.

El enunciado «sus palabras no contienen despecho» retumba en esa cabeza adolescente y no puedo asegurar que la dimensione. Se forja allí y en la cita del tema musical la revelación de un sentimiento confuso, el fin del amor, el que solo es viable ponderar cuando se presenta como

¹ Inspirado en un texto de Sibila Cabreiro.

experiencia íntima. Mi casi segura desafección juvenil establece una distancia con la cual resulta imposible asir aquel dolor. Intento imaginar el esfuerzo que hizo ese joven para proyectar, en algún improbable escenario amoroso, la angustia que aquella canción vertía por todos lados.

Ciertamente, es una obra cuya fuerza se desprende de la experiencia de haber dejado de amar o de haber sido rechazado. Por una parte, de un desprecio que no es rencor sino lástima, un desprecio afligido, comprometido con establecer un alejamiento gradual. Por el lado del rechazado se intuye la sensación de ir a la deriva, perdido, a oscuras luego de recibir la mala nueva, donde la única mano que acude en su ayuda, esa ineludible mano amiga es, precisamente, la de aquella que le acaba de decir «ya no te amo».

2. El año 1988 Isabel Pantoja lanza “Así fue”, el segundo sencillo de su disco *Desde Andalucía*, escrito y producido por Juan Gabriel. Para cuando la profesora nos lo enseñó como parte de no sé qué programa escolar, entre 1995 y 1997, esa canción ya era un clásico. La habíamos escuchado hasta el hartazgo en la radio de alguna micro o sentados en el comedor diario esperando la once. Su melodía destellaba en nuestra memoria, su letra permeaba como suele pasar con los mitos. La excusa para negarse a admitir que nos gustaba era el grunge y su consecuente desidia, pero lo más probable es que la negábamos porque, en realidad, nunca la sentimos verdaderamente. Superados por su conmovedora interpretación y por esa letra anegada de amargura, nos quedábamos ahí, callados, oyendo:

[...] por ejemplo, mediten la idea del fin del amor como tema central. Una persona está ante su expareja y le dice: «Soy honesta con él y contigo / A él lo quiero y a ti te he olvidado / Si tú quieres / seremos amigos / Yo te ayudo a olvidar el pasado / No te aferres / No te aferres / a un imposible». ¿Qué creen que pasa ahí? Porque, si aprecian con cuidado, ese desenlace no refiere solo al texto que leemos ni al proferir que oímos. No es únicamente ella doliéndose mientras finiquita este asunto. Puede ser también el presumible lamento del interlocutor constituido a partir de su silencio. El estremecimiento del desgraciado se podría verificar en el vacío que queda entre líneas ¿Lo sienten?

Sibila nos observa. Se pasea entre los bancos y se acerca a su escritorio. Toma un libro repleto de banderitas de colores. Las puntas de las páginas están revueltas. Alcanzo a ver parte del título. Lo abre y lee:

Sea lo que fuere del objeto amado, que desaparezca o pase a la región Amistad, de todas maneras, no lo veo desvanecerse: el amor que ha terminado se aleja hacia otro mundo a la manera de un navío espacial que cesa de parpadear: el ser amado resonaba como un clamor y helo aquí de golpe *apagado* (el otro no desaparece jamás cuándo y cómo se lo espera).

Lo cierra. En la tapa se ve, en letras negras con fondo amarillo: Roland Barthes *Fragmentos de un discurso amoroso*. Exclama «¡Errabundeó!» y menciona la página 110. Nos mira nuevamente y reitera la pregunta: «¿lo sienten?».

Hoy, después de tantos años, cómo no hacerlo. Esto, que a los quince era apenas una discreta fatiga, ahora pesa como una losa. “Así fue”, pasado el tiempo, logró gravitar con una densidad mayor.

3. Desde que esta idea discurrió, estuve pensando si en efecto el tema del fin del amor clausura la canción. Considero que su sentido no sucumbe ante ese quiebre declarado o, en palabras de Barthes, al cese del parpadeo, sino que mantiene su latencia en silencio —en el vacío que queda entre líneas—, no para esperar el regreso de ese amor que ya derivó su cauce hacia otro huerto, sino, como señala más adelante, para que otras voces cierren aquella experiencia:

[...] el fin de esta historia, exactamente igual que mi propia muerte, pertenece a los otros; a ellos corresponde escribir la novela, relato exterior, mítico.

Esta obra escrita por Juan Gabriel, por lo tanto, no se consuma en el dilema inicial del quiebre amoroso, sino en esos mensajes subterráneos que brotan entre líneas. Acaso sea dable afirmar que, probablemente, lo que aflora es un cruce de caminos semánticos entre la voz poética, su interlocutor y la nueva pareja. Uno de esos caminos conduce, aunque parezca contraproducente, al inicio del amor romántico, a esa etapa idílica:

me he enamorado / de un ser divino / de un buen amor

En esta etapa —ustedes coincidirán conmigo— es difícil encontrar defectos o, aunque predominen escandalosamente, estos tienden a soslayarse en honor a los atributos positivos. El lugar desde donde la voz emite ese discurso sería, entonces, ese en el que se observa al ser amado en toda su perfección sobrehumana. Por lo tanto, la canción misma es-

taría ya ofreciendo un camino de apertura. Es, desde esta perspectiva, una declaración de amor indirecta hacia el tercero ausente. Así, la voz poética está en ese cruce abriendo un derrotero, pero también cerrando otro. Este último avanza hacia el armisticio o hacia ese momento confuso en que el regazo de la figura amada deviene alambre de púas presto a fijar los lindes del afecto:

si tu quieres / seremos amigos / yo te ayudo a olvidar el pasado

Una zona gris donde se entrecruzan la espera romántica, la memoria del tiempo juntos, el desengaño. Una opacidad que, en efecto, inunda todo el trayecto —sea o no bajo la asistencia de ese antiguo amor— y a través del cual, como menciona Barthes en el mismo apartado de su libro, el amante despreciado avanzará no sin antes descubrir «que está condenado a errar hasta la muerte, de amor en amor».

4. Todavía existe un aspecto que podría conectar aquella superficie del fin del amor con el sustrato de los caminos-destinos entrecruzados: el perdón. Quienes conocen esta obra musical ya oyen esos versos iniciales en los que se insiste con una súplica:

Perdona si te hago llorar / Perdona si te hago sufrir [...] Perdona si te
causo dolor / Perdona si te digo hoy adiós

Esta aliteración reviste carácter de demanda en la que se establece un tipo de jerarquía. La voz, en su solicitud, se encuentra en una posición de poder sobre su interlocutor. Le pide perdón, pero utiliza la conjunción ‘si’ en su forma condicional. De esta manera, la voz asume que el perdón solicitado tiene ciertas exigencias, dictadas por ella misma, para que este se efectúe. En ningún caso utiliza la forma causal “perdona ‘por’ hacerte llorar”, pues quizá no ha provocado lágrimas en su interlocutor o sencillamente las ignora. Por lo tanto, impone determinados escenarios para que el perdón pueda serle otorgado. Esto es importante, pues si dichas condiciones no se cumplen, no habría nada que perdonar. La posición de poder desde donde la voz poética suplica admite tanto necesitar como prescindir del perdón solicitado. Es, con todo, el lugar de quien desplazó la inquina y ha alcanzado cierta armonía, como evidencian los siguientes versos:

me he enamorado / de un ser divino [...] que me enseñó / a olvidar / y
a perdonar

Su nuevo amor, esa figura idílica que ahora colma todas sus pasiones y afectos, ha logrado cincelar el encono que pudo padecer la voz poética. El aprendizaje del perdón viene precedido del olvido. Ella ha relegado el despecho que antaño le ocasionó el abandono y hoy, con el corazón y el cerebro pulidos, está limpia y dispuesta a avanzar por ese camino de apertura. Sin rabia, sin memoria.

Aquí hay una paradoja: es imposible olvidar y luego perdonar, pues, si ya se ha olvidado, entonces, ¿cómo uno sabe qué se está perdonando? Lo lógico sería primero perdonar —entendiendo, en base a la experiencia, cada afrenta sufrida— para después, quizá, superar, y difícilmente olvidar. Sostengo este argumento en base a un artículo de Humberto Giannini llamado “Del perdón que se pide y del perdón que se da”:

Pero que ocurra el evento del perdón no significa borrar el dolor y la memoria del bien que se ha perdido. Todo lo contrario, puede significar que ahora el dolor va a vivenciarse como puro dolor, purificado del odio y del rencor que en cierto sentido lo perturbaba y distraía.

Así, pues, el perdón que se da y el que se recibe terminan siendo un acto de con-donación que sólo podría ocurrir en la fragua de un encuentro en el dolor. En un dolor compartido, se comprende.

Otra idea mencionada por Giannini en su artículo refiere a que el perdón no puede ofrecerse a alguien que no lo haya pedido, pues expresaría un acto de soberbia encubierto. Señala que, entonces, «el perdón que se pide es la única iniciación posible de un proceso de reconciliación».

Con todo, cuando la voz poética pide perdón bajo los criterios determinados por la condicional ‘si’, no lo solicita por algún escarnio pasado, sino por los que podría realizar mientras se desarrolla la canción. A saber, pide perdón por adelantado, advirtiendo el dolor que el otro sufrirá y, sobre todo, el consecuente rencor que desencadenaría con el oprobio de haberlo reemplazado en su cualidad de “ser divino”. Sería, por lo tanto, un perdón contradictorio, pues causaría animadversión en lugar de avenencia.

El interlocutor, por ende, se entera en ese momento de que ha ofendido a su antiguo amor y de que ahora él sufrirá un mal similar. No solo eso, además descubre que, por fortuna, ella ha superado la discordia y lo ha perdonado. ¿Hay en ese perdón ofrecido un acto de soberbia disimulado? Posiblemente sí, en tanto consideremos altanera la actitud de no padecer el proceso del perdón desde un dolor compartido, como indica Giannini.

Sin embargo, aquí no intento asumir que el interlocutor es una criatura inocua que se mortificará injustamente a destiempo o que, incluso, recién ahora dimensionará el daño provocado. Por supuesto, sería ingenuo plantear que el silencio del desgraciado es sinónimo de victimización o de ignorancia. Su misma mudez es agresiva cuando la voz le recuerda:

Tú te fuiste sin decirme nada [...] Y que regresabas / no me dijiste

El silencio y la ausencia son ultrajes difíciles de enfrentar, pues su carácter ingrátido alentaría la especulación para, desde ahí, llenar la falta. Tal y como apunta George Steiner en *Diez (posibles) razones para la tristeza del pensamiento*, la mente humana, enfrentada al vacío, construye «ficciones más o menos consoladoras de supervivencia». Por lo mismo, la voz explica que le brindó «la mejor de las suertes». Evidentemente, aquella declaración fue otorgada *in absentia*, cual artificio psicomágico. Solo así podría entender al perdón ofrecido, ese que debería ser un disimulado acto de soberbia, como un acto de reconciliación con el silencio, con la ausencia inefable de su interlocutor.

* * *

Aún puedo imaginar a Sibila en esa amarillenta sala de clases rodeada de cabezas agónicas por el peso del mediodía, enfatizando aquel verso amargo, revelándonos que el modesto arcano contenido en esta canción radica en el extravío de todo aquel que alguna vez se enamoró y que, por algún motivo, dejó de amar; del rechazado que debe buscar un nuevo rumbo en aparente soledad o de la misma voz poética que está ávida de yacer con su buen amor, acaso tan perdida, tan errabunda, como el miserable que, frente a ella, disfraza sus lágrimas en silencio.

Barthes, Roland. *Fragments de un discurso amoroso*, trad. Eduardo Molina, Siglo XXI, 1998, p. 110.

Cabreiro, Sibila. *La artimaña de lo cotidiano*, Ediciones Katarsis, 1994.

Gabriel, Juan e Isabel Pantoja. “Así fue”, *Desde Andalucía*, BMG, 1988.

Giannini Iñíguez, Humberto. “Del perdón que se pide y del perdón que se da”, *Atenea*, 497(2008), pp. 11-22.

Steiner, George. *Diez (posibles) razones para la tristeza del pensamiento*, trad. María Condor, Fondo de Cultura Económica, Siruela, 2014, p. 77

Rosabetty Muñoz

Elaboración de la casa permanente*

Uno

Mi hermana a veces regresa
y en esos días
construye maquetas
casa en miniatura ventanas armarios
puertas que se abren y —sobre todo—
se cierran.

Elabora muñecos vestidos de fiesta
copa en la mano, ninguno está solo
Cada vez son más pequeñas las varillas
preciosos los trajes
fina la cristalería.

Mi abuela dice que somos víctimas
del fin de los tiempos
que mi hermana llora porque no puede entrar
a su casa.

Dos

Los nuevos tienen discurso, dicen
“nadie quiere una casa con vecinos”
No se hablan, no se hacen señas
de una casa a otra.
Demasiada distancia.
Copas de árboles frondosos
extensiones de la propiedad.

Sueñan una casa una persona.

Aprendieron varias lenguas
Y han viajado
Pero mudos en su heredad
Sin herederos

* *Misión circular*, Lumen, 2020.

Tres

Termitas en los envigados
Termitas en los poyos que lo sostienen

Cáncer de los edificios.
Ingresos brillantes, portones eléctricos
Que nada más inaugurarse
empiezan a morir.

Peluquerías pinches copias de llaves
un ciego en la ciudad
se deteriora el espacio de los privilegiados
llegan los otros.
La palabra cargada que expulsa hacia los márgenes
y va colonizando
subiendo con sus escogidos trepando.

Allá van los solos
que no quieren vecinos.

Cuatro

Sobre la mesa,
la jarra del agua transparente.

Al final de la cena
cuando los comensales han salido
cada cual detrás de su sombra
la densa materia líquida
se ha enturbiado.

Afuera es el espanto del mundo
Allá van los heridos
Los desmembrados rotos

Dejando atrás
un refugio en llamas.

Rodrigo Ortega

Caracol*

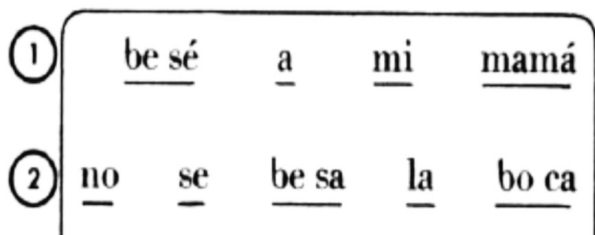
Me cansé de ver cómo destrozas los caracoles azotándolos contra los muros que nos colindan, me cansé del ruido que hacen, de tu sonrisa después de verlos resbalar despacio y desarmados por los ladrillos, me cansé de verte recolectar los pedazos que quedaron pegados en el muro, me cansé de verte jugando a los funerales, de que te vistieras de negro y apiles la sustancia viscosa de esos cuerpos podridos, de ver cómo los enciendes, cómo se consumen, cómo de pronto nos llenamos de ese olor subterráneo que se parece al nuestro cuando nos frotamos.

No me puedo dormir porque tengo la sensación del crujir de un caparazón en mis pies.



* Los textos e imágenes seleccionadas pertenecen a *Salibario*, Editorial Moda y Pueblo, 2012.

Imagina la cara de los vecinos cuando nos tocamos, nuestras madres comentan lo que hacemos pero no lo llaman cariño, lo dicen arrugando la cara, moviendo la lengua, haciendo arcadas, revolcándose en el comedor, las he visto vomitando, en el baño, sobre las cortinas, las he descubierto imitándonos. Ellas quieren tener sus cuerpos apretados y bonitos como los nuestros, las he visto con la boca abierta y llena de agua consolarse frente al televisor, las miré observar por horas a las moscas, he notado que lavan las sábanas a diario y que lloran fumando. Nosotros no somos más que una guerra de barro en la calle, hay una forma diferente de asco en algún lugar donde no nos invitan, pero ya no les pertenecemos, no entraremos de nuevo dentro de su abdomen acomodándonos entre sus órganos para quitarles el aire y desgarrar por dentro su desilusión.



Oruga

Inventamos un juego, debajo de la mesa, sin que nos vieran ni nos pillaran, le buscábamos un significado a las palabras que escuchábamos y no conocíamos por medio de asociaciones rápidas, orgullo se repetía varias veces, entonces nosotros, despacito y casi sin ruido decíamos marullo pasillo y oruga al oído, yo me hacía el que pensaba las palabras y me quedaba harto rato cerca de tu cuello, tú en cambio, respondías veloz y te tapabas la boca rápido para ahogar la risita que se te escapaba y así evitar el castigo que vendría si nos encontraban. Siempre tuvimos vedada la superficie de la mesa, yo incluso aprendí a aguantarme el hambre, para evadir la sanción que traía cortar el flujo de la discusión, le hice un espacio grande al vacío, yo tenía miedo siempre, tú no, tú pedías probar el vino y el maní manoseado y se te respondía tierna y comprensivamente. Cuando se hacía tarde y venía tu mamá a buscarte sentía como si la mesa que soportaba sus cuerpos y sus botellas cayeran sobre mí, sentía que era yo quien la sostenía, que me transformaba en un pilar angosto, que mis gritos eran diminutos contra sus voces y sus palabras raras, entonces cuando salías por la puerta, asumían la completa ausencia de los niños en la casa, su conversación cambiaba, a esas horas de la noche y sin los niños presentes tenían licencia para tocar los temas que no nos competían, de cómo ellos las habían dejado, de las diferentes formas en que movían las caderas encima de otras caderas, de lo difícil que era la organización del tiempo, de cómo lo hacían, hablaban del dolor y de sus respectivas soledades. Yo, con las rodillas en el pecho, con duda de salir, me tapaba las orejas con las manos y seguía pensando en el juego tonto que me acercaba a tu clavícula.



1 blu sa

2 ca ble

3 sa ble

Ella me trenza el pelo con los ojos cerrados y me dice hijita sin querer y luego se arrepiente y se insulta y se estrella contra los muros de adobe y contra los adoquines apoya su frente y sus rodillas, parece una mesa para comer, le digo que no se culpe, que esa posición la conozco, que de esa forma él me ama, con las rodillas y la frente en la misma altura para que su cuerpo y el mío permanezcan equidistantes, solloza, grita, ruge, ella llora y se me lanza, ella me dice hijito hijita, y lo repite mientras entrecruza mechones de mi pelo con cintas.

Tú no naciste con un soplo en el corazón, tus huesos no fueron astillados, por la presión que ejerce la carne, nunca te amarataron los bracitos con la boca, tú no soportas el peso de la oscuridad, ni entiendes de los ritmos que tiene el cuerpo, tú no fuiste usado para sujetar la bolsa de basura mientras las madres se comunicaban entre ellas y recogían lo que los animales dejaban en las aceras, tú nunca sujetaste la bolsa, ni viste como caía dentro de ella la espuma de esta ciudad.

Emilia Pequeño Roessler

* Los textos aquí seleccionados pertenecen a *La chacra de las fresas*, Velando Bestias, 2021.

soy siempre la tonta bellísima allá en la chacra de las fresas*
que intenta a golpetones cultivar lo salvaje de la muerte
como si la carne de mis brazos
pudiese alimentar al mármol sin respuestas
molerles pastillas fertilizantes y gotas de agua
hacer una pasta con el sedimento
esparcirla por las hojas
que se haga costra
en silencio lamerle los parásitos a cada una
petricor de enzimas trasplantadas
llueve la sangre de mi sangre

partir los arbustos ver el tallo carcomido
la incisión fungiforme de la peste estrellando las hojas
sabinas rastreras hierba de san juan
parecieran escapar hacia el secano

fue culpa de mi riego yo pienso
tanta agua las ahogó
poco sol
poco espacio
en sus raíces superficie famélica de algo
agarra las lenguas de espuma

púas donde las hojas trizan
las aguas biliares bailahuén
citrino derramado fraccionando las huellas
muy pequeñas se enconan
si las toman para cortarlas

la última cara del día restriega los plantíos
los restos de piel
se dispersan con el riego

soy siempre la misma niña a la sombra de los durazneros
impúberes apenas palos entierro las estatuillas quebradas
porcelana de mi madre
cristales de huesos de vaca nutricia
mañana a esta hora los cuescos estarán pulverizados
un ruego que se difumina con el frío
replegarse al picotear de los zorzales
granos de uvas jíbaras
por las que se inmolan mis hijas

en tierras blancas de sed
los chañares crecen a la medida de la emergencia
acaso un brote sobreviva al cocimiento del sol

yemas mortinatas
desollan mis ojos como pajares
como quebradas llenas de roña y aperas
incendio que permanece en los belfos partidos de sarro
el dulzor del fruto rueda en el maicillo y se estropea
miel que suaviza las grietas
hilillo de agua
piedad de estero

a mis pies se rinden sus espinas
de ellas entretejo una corona
de ellas bebo

desde la alacena los hongos miran con ojos de animales muertos
como parientes de antes
sus caras se retuercen de té y frutas viejas
este es el rincón más húmedo de la casa
en esa grieta que escarbé con las uñas llenas de tierra
por no estar con los vidrios zumbando por mis gritos
las manos temblorosas buscando
la densidad de astillas de platos azules
bosques de europa

las raíces crujen de hambre
debajo de los cimientos aún queda tierra fértil
envenenada
es la tierra que nos selló las bocas
la que tapió la reja de salida

nadie supo dónde dejaron de ser raíces
apenas muertas
resucitadas se buscaron
en el té verde la acromegalia
han crecido hasta abandonar la cocina
trizando la cerámica
los ladrillos ahora polvo

esa noche los gladiolos caminaban a mi tumba
nos quebramos los dientes contra ellas
perdimos el habla

tocar apenas la corteza basta para saber
las rugosidades de esos vientres
estuvieron siempre arrebatadas de mí

sobreviene el cólico de la ausencia
los frutos que se pasmaron
mancha en la sábana resiste la lejía
su terciopelo se cuece desparrama
coágulo carboncillo
montonera cardo seco que espera la ignición

las cruces del palqui tiemblan en el viento
las azoto contra mis caderas
no merma este mal de ojo

del quiebre las esquirlas de loza
reluciendo en el riego del cielo enrojecido
a la hora del sustrato de la llama sobre el yeso
ya no los muros
sin tacto sombras tiñeras
vasija su espalda ceniza
del hambre el sarro la herrumbre
monte de sal que queda del agua chupada
chiflón en la tempestad
igual a los colores de árboles y arbustos
como un higo quemado bajo la insistencia del sol
derramo calostro
puntada en el plexo
se seca en mi blusa

Matías Q. Arellano

en el comienzo todo estaba en todo
en el cuerpo en la tela en el azul
todo en los dedos sobre el espejo
y el espejo en los labios que lo atraviesan
un mismo hilo para unir los laberintos
y la tela rosa para vestir
que no es sino un cuerpo
que no es sino el origen de toda creación
y todo está en todo
en el centro del movimiento que abre el rostro hacia dos límites
dos espacios de una misma

puerta
que abre la boca de la habitada pintura
donde una mano se aferra al límite del cuerpo
a la búsqueda visible del disparo entre el interior y el exterior
y al desnudarse de la tela en la que se está completamente
de la misma forma que está completamente en sí
de la misma forma que todo está en todo

dame un corazón que sepa ser ceniza
el deseo para respirar noches de espanto
la posible zarza ardiendo
dame una brasa viva en la lengua
la certeza del mar en la punta de los dedos
su perla guardaré, el rostro que nadie vio en opacidad
dame una navaja de cortar pensamientos
la mano infante para contar el tiempo de los lirios
dame un cuerpo en movimiento: los labios para amar y olvidar
un espejo, dame, de ver paisajes
y el puñado de arena para medir la longitud de una muerte propia

son los muertos quienes restan al final
son sus voces desteñidas vestimentas
son las poses, la inclinación del cuerpo
atravesando el fanal y el viejo reloj de medir ausencias
respiran a través del cuarto
reposan descalzos sobre la frente de los vivos
dejan con cariño un beso, una flor
el tierno botón de ceniza
están en las sonrisas de la abuela
en su voz secreta sentada bajo el sol
están en la fruta, en el vitral
en el cabello del hijo que jamás regresará
están en las lenguas amargas
en la madera viento de abril
en la mirada de costumbre en el espejo
pero nada traen en las manos
nada llevan consigo:
palabra, desnudez, mudez

muerte imagínate
larga piel de cobra, cáscara
el reluciente marmolado de tu cuero
la escena de tu cuerpo a la sombra del tragaluz
la humeante pantera de tus órganos
caracol, aguaviva, estaca
sierpe, sepia, flor
has de tomarme mudo
oculta en las trenzas, en los abanicos
tocarme amadísima reptando
acercarás tu rostro de cobre, coral
tus labios de piedra o sangre quieta
como si tuvieses nido en el reverso de mi boca
vendrás con tu chal en violeta y verde helecho
me gustaría encontrarte
buscar en ti los pequeños objetos perdidos
te hablaría de los animales que me han acompañado
y que tan bien has sabido acariciar

te diría que existe un don llamado miedo
y un milagro llamado amor, cosas perecibles

quién sabe
tal vez te contaría cada flor que traigo en los cabellos
ungiría tus pies
tal vez me dejarías tocarte, tocar tus ropas
o caminar contigo tranco a tranco
como decía el abuelo

imagínate, muerte

hoy me enseñas a fumar en la arena
hoy, el telaje crepita ciegamente
como si buscase la muerte por el eco
como si el pasar del tiempo fuese grano
como si hoy, madre
como si todo quedase suspenso
y más nada se mueve sobre el papel
me enseñaste el fuego, tú sabes, me parezco a ti cuando fumo:
con una rosa de humo en el pulmón
qué manera alta de muerte

Américo Reyes Vera

Carta al niño que fui *

Cerrabas los ojos para mirarte el alma, amor mío,
no como la gaviota que planea
desenvolverse en ningún cielo
sino como el “pequeño dios” abandonado
en el jardín de una iglesia
y que después pidió perdón por llegar a un mundo
en donde todo se compra y se vende.

Tu padre te mostró la rayuela que un bandolero
disoluto había pintado en los zócalos
del expendio de bebidas alcohólicas *El Golpe*
pero tú eras un lagartijero obstinado,
aun más que yo
que me hice viejo bastante joven, mi pequeño,
antes de encontrarnos para desencontrarnos.

Has sido el primer hijo del río, un falso cazador.
Te gustaba el sol: subías a los árboles
para verlo más de cerca.
Así ponías tu penecillo floreciente
contra el musgo del *Puente Colorado*, a
un kilómetro de tu población y de la vida
de los demás niños.

Pegadas a ese mito que los alergólogos llaman realidad quedaron tus orejas
en una RCA donde Eduardo Frei prometía, en 1964,
zapatos nuevos para los niños como tú.
Ya ves qué amarga puede llegar a ser la placidez
cuando nos pica el esqueleto
y el futuro parece ser nada más
que una justificación ontológica.

En cambio tú sabías caminar —millones de células
hicieron de ti el mejor solitario—.

* *Los poemas plumaveral*, Ediciones B 612, 1992.

Sabías caminar y llegaste primero que yo al cielo
porque eras —metáforas a un lado—
el más hermoso.

Fuiste capaz de esconder en un puño comado
el primer vello púbico, mi niño,
los primeros intentos de pajarear en la galega.

No en vano el devaneo es ya otra historia.
Aquel jardinero ensimismado —que se creía honesto
sólo porque era capaz de reconocer abiertamente
y a quien quisiera escucharle
que muy pocas veces decía la verdad,
y que hablaba tan bien del amor que parecía
que estaba hablando de otra cosa—
no pensó en nosotros cuando, herido acaso
en su ponzoñosa intimidad, reveló:
“*El presente me sigue adondequiera que vaya*”.

Éramos dos compatriotas lejos de su país
cuya única virtud consistía en ser
dos perfectos *desliteraturalizados*
en busca del *literaturalizador* ideal.

Y en eso estábamos cuando pasó el tiempo:
diez, veinte, treinta años...

Ahora yo me voy y tú te quedas.
Otro amor hará de payaso y de alquimista
en otro paraíso. He recordado:
la sangre es cruel.

P.D. ¡Dichosos los que han tenido una generación en la cual guarecerse,
cuanto más para quienes no la hemos tenido, y hemos debido rendir
cuentas, a pito de nada, en actos a todas luces fuera de foco! Y ya se sabe
que la generación es el hogar, los vínculos inestimables, las copuchas
sacras, el origen de las glorias por cuyas conquistas se sacrifica incluso el
placer y el decoro, y también los chascos compartidos; la generación es
el enardecimiento mismo vestido de gala.

Mi romance de floración *

Cuando mi madre se transformó
en la dueña de la pensión
y mi padre en el vecino de pieza, yo no maldije mi suerte.

Y cuando colgué de los pelambres en ícono vencido
y a mis espaldas el barrio se saturaba con frases como:
“se le quema el arroz”, “se le chorrea el helado”,
“se le apaga el calefón”, “éste abraza para atrás”

—y otras de majadera índole—
yo mi suerte la ensalcé, de todos modos.

Aunque mi camisa nueva se manchó
con el vino de la siesta,
y mi placer más intenso haya pasado desapercibido,
no por eso dejé de gritar para mis adentros:

¡Viva mi suerte!

Y cuando me tiré en el pajar a descansar de la impureza
de tal o cual jornada, y la única aguja que allí había
se me clavó en el corazón para siempre

—y si bien sobreviví a mi primera derrota
para seguir cayendo

invariablemente en otras nuevas—

continué repitiendo sin parar:

¡Oh gran suerte la mía!

* *El centinela y su cántaro*, Ediciones B 612, 2010.

Fábula para aprender a respirar*

Valió la pena tener cuerpo porque hay niebla
y es un lunes que se filtra por las ranuras
ahora que vengo de tanto madrugar
sin ni una chaucha, sin mi madre
y sin máquina de escribir en donde cabría
una vida de descubridor perezoso,
chirriante entre colores verdes,
y un torso fugaz triza la turbulencia
como un perfume que busca su flor.
Y yo a quien busco es *a quien sea como yo*
—alguien que al irse no se vaya, que acabe conmigo—
en la ciudad en la que el que posa de iluso
es el que inaugura, sin la menor ceremonia,
este *revival* de tentación, perfidia y desencanto.
He conservado la mirada y miro
desde mi gruta el Curicó que no figura
—bien por sumisión, bien por rebeldía—
ni en las cartografías ni en los pensamientos de nadie,
y tengo quince años cada vez que me incitan
cual Scheherazade, rehuyendo,
entre verso y verso, del charlatán
cuyo reino termina donde comienza mi cuchillo.

Estoy auscultando címbalos
encadenados unos a otros
por un torrente que los prende y los multiplica,
y excrementos de ángeles en la luminosidad
de los juncos.
(Desde el punto de vista de mi perro
sólo me faltaría la cola).

Aquí bajo mis pies
hay un polvo que podría servir.
Sería fácil hacer otro hombre de él.

* *Que los cuerpos cumplan su destino*, RIL Editores, 2012.

Ejercicio ilegal de la mendicidad*

Si todo el mundo fuera como yo
—ah, si tan sólo todo el mundo fuera como yo—
cualquiera podría pasearse a medianoche
por los parques sin peligro de robo;
no existiría la Bolsa de Valores y qué manera,
¡pero qué manera de ser altos los sueldos mínimos!
¡Se podría hacer el amor en las gradas
de los ayuntamientos!

Déjese ayudar por mí, sería el slogan favorito
pintado de neón en las cornisas
si todo el mundo fuera como yo, qué felicidad;
los Corleone —así en la realidad
como en la ficción— ¡carecerían de razón de ser!

Si todo el mundo fuera como yo
ningún poeta en su sano juicio escribiría jamás
Los Poemas del Brocal, tendríamos ciudades
como estrellas y en los jardines niños limpios,
y un Hospital Público para toda clase
de animalitos en situación de calle
—o de propiedad de amos sin recursos—
si todo el mundo fuera como yo
—si esto llegara a suceder—
serían hermosos los espejos en pórticos desvencijados
por el jolgorio; habría vino para todos
—no tan sólo para los borrachos—
y música gratis y pan blanco para el extranjero
en las ventanas... ¡al diablo las hambrunas!
Y quién diría guerra, señor. ¡Qué cosa
sería la guerra que ni figuraría en los almanaques!
Nada en comparación
ni enconos, a saber.

Nadie torturando a nadie
para que le diga dónde escondió el botín,

* *Que los cuerpos cumplan su destino*, RIL Editores, 2012.

cuántos eran los de la banda,
los planes de acción de la guerrilla,
los nombres verdaderos.

Si todo el mundo fuera como yo
—ah, si tan sólo todo el mundo fuera como yo—.
Y sin embargo qué lejos está todo el mundo
de ser como yo
porque ni siquiera *yo* he podido ser como *yo*
en tantos años.

Mi capricornio *

Cuando los bares visito
en aras de una sed cierta
y el mozo aguarda en la puerta
pensando en ti voy, Bonito.

En pos del vino bendito
encubro la herida abierta
que tu besar en mi yerta
boca forjó, cual delito.

Mas tu recuerdo me dopa
y armado de sus cadenas
sobre mi frente galopa.

A pulso paso las penas
bebiendo copa tras copa...,
apenas, Bonito, apenas.

* *El confesionario*, RIL Editores, 2015.

Vi tus peces, Jijsamm *

Vi tus peces, Jijsamm.
En vano huyes
de mi río.

* *El flautista*, Ediciones Inubicalistas, 2017.

Con mi silbido de caracolero errante *

Con mi silbido de caracolero errante
se asustó el gorrión del guindal.
Y voló y voló
hasta perderse en el cielo..
—si es que un pájaro
puede perderse en el cielo—.

* *El flautista*, Ediciones Inubicalistas, 2017.

He llenado dos copas *

He llenado dos copas
con un vino entrañable.
Y mientras brindo con mi compañero
comprendo que el vino que le he dado
es el apropiado para mi sed: mi sed
está hecha para ese vino que atraviesa
su garganta y lo conocerá como nadie.
Y en la deserción será dulce
y perspicaz. En verdad, no hay vino
más digno de mi sed
que aquél que ha de beber mi compañero.
Pero ya es tarde
porque él ha dicho “gracias”.

Y yo he sonreído.

* *El flautista*, Ediciones Inubicalistas, 2017.

Crónica 0.33*

No como el pitbull con distemper - abandonado en el Guaiquillo - ni como el niño - que en el tumulto - se soltó de la mano de su madre - ni como el canuto que olvidó su sermón - estás perdido. - Si tal fuese el caso - estar perdido sería una bendición - por cuanto el hecho de estar perdido - contendría en sí mismo - los materiales del reencuentro - con algo - con alguien - y por ende - la revaloración de la seguridad - en más de un sentido.

Estás perdido - y no hay culpables.

No como el piloto naval - que se quedó dormido sobre el timón - ni como el borracho al que le suspendieron - el crédito en su boliche - ni como el relojero que transfiguró sus tiempos - ni como el político que se emocionó de veras. ¡Ah - si al menos estuvieras perdido - como el gorrioncillo cuyo nido - fue desplomado por el viento! - Si estuvieras perdido incluso como el viento - que no sabe ya qué cosa desplomar.

Estás perdido - desde adentro.

Estás perdido - desde afuera.

Nada ni nadie da la orden - pero estás perdido.

* *Black Waters City*, Ediciones Nueve Noventa, 2018.

J. de la Ribera

Entre cimientes; Kisu.

He tratado de contarte que esto no es el comienzo, sino el olvido de una antigua vida. Han pasado casi ocho meses. Tengo cosas que contarte. Tengo que olvidar algunas historias y seguir buscando el pasaporte; necesito saber a dónde pertenezco.

Dentro del centro comercial encontré una pecera hecha a las proporciones de un biombo. El agua, cristalina y transparente, me invitaba a conocer a quien se encontraba del otro costado del recipiente para peces. La forma, de una ce mayúscula, dejaba el lomo del biombo junto a la baranda del segundo piso; en el piso inferior se extendía una representación a tamaño real de una playa. Las luces del lugar parpadeaban y se entremezclaban con la visualización de melodías que construían pequeños parlantes, altavoces posicionados en las esquinas superiores de los escaparates de cada tienda. Ahí estaban los peces, en un mar salado de caras agrías, en una cuna de capital y superficialidad.

Los peces eran diagramados en el agua siguiendo un orden peculiar, ordenados para encontrar la mejor forma de ser apreciados. Sus ojos de pupilas dilatadas buscaban alguna forma de vida detrás del cristal, pero, a través de él, al remecer sus escamas, solo ingresaban luces y ondas, las cuales eran ocasionadas por los tres golpes de un niño que, con la unión entre falange media y proximal, arremetía contra el vidrio. El nado rutinario y el modo en que los peces parecían observar, colmaron mi cuerpo de angustia. No podía dejar de mirarlos en aquel espacio, no podía encontrar mi propio espacio; eran peces atrapados en una pecera, y yo era un pez atrapado en otra pecera.

Han existido días difíciles desde la última vez que intenté volver; porque al parecer de eso se iba tratando todo, de volver, del continuo retorno, de seguir buscando el pasaporte, el documento donde había registro de mis pasos. Con su búsqueda, pretendía encontrar rastros de estos últimos ocho meses. Y quizás debería intentar realizar un resumen; porque en el cerro encontraron un cadáver, porque la cocina aún sigue sucia y porque cayó nieve en la capital. La mierda huele muy mal como para limpiarla.

Disimulando entre la gente, entre las bromas y consultas, intentando olvidarme de lo que este calendario con hojas manchadas de pretéritos tiene que decirme, encuentro agrado en el temor que suscita

este mundo de contradicciones. Un domingo de madrugada camino por Mapocho, en el suelo parecen quedar rastros de nieve caída el viernes por la noche, y la mezclilla del pantalón que visto, está manchada con tierra y barro. El suelo de un baño y el recuerdo de un mal trago, pulmones ahumados y desgastados son canciones que me cantan al oído las miradas enfermizas que recibo. Camino a paso firme, por el momento los tramos son segmentados por los cortes que sufre el cemento una vez listo. En la piocha que cuelga de aquella camisa blanca se inscriben letras ordenadas al compás creol, mientras que la mirada se impregna en el vidrio manchado en ácido de una pecera en movimiento. El libro que se porta en la mano derecha, apoyado con sutileza sobre la corbata cristalina, se transforma en un atrapasueños; un atrapasueños tan grande que termina por adormecer el cuerpo, posicionándonos dentro de un bucle temporal sobre camas asfaltadas de plástico que alojan estática. Olvido una antigua vida y quedo inmerso en tierras sin idiomas, miro, observo; hay luces fuera de esta pecera.

Recuerda el baile. Alguien nos llama. El universo se transforma en nuestro lugar común, el entorno es el baile, la sustancia, nosotros. Multiplicamos las alternativas por inercia, siempre terminamos en el conjunto uno, en un yo tachado por un ella que no concuerda con un ella tachada por un yo. Recordemos la dinámica de grupo: ¿qué es pensar? ¿Qué diferencia hay con el pisar cosas? Si en la cara hay mierda no se hace nada. Desapego los cuerpos, y termino de una vez por todas con la ilusión de tener, en mis propias manos, la expresión de tus labios. Obraré. Las baldosas cuadradas y contrastantes construyen el terreno de lo posible, la idea incólume de la música que divaga y que cambia. Me gusta bailar. Pierdo el tiempo intentando ser narrador omnisciente de este mundo que me acoge y aqueja, la relatividad de espacios nos habla de agujeros negros y caprichos; de querer corroer la pista donde transito, el capricho o el rol de ser salvavidas en mí mismo.

Existen peceras sin cristal, sin espectadores y sin peces, como existen máquinas de oxígeno que portan muerte; en el bosque claro que existe suspenso, nos suspendemos un momento. Volvemos. Que dios nos perdone si terminamos por transitar las mismas once vías, pero con distinto destino, que en distintos idiomas toda esa tartaleada de perdones transmita el mismo sufrimiento, que divagar en las sombras —desconectando la electricidad del asilo— termine por perdonarnos esta estancia que no es eterna.

Entre cimientes de bosques intento desparasitarme. Las semillas, que el mundo fuera de los libros me entrega, terminan por solidificarse

y volverse eternas. Habitar concluye en ser la estancia entre cementos, la madera se quema y el fuego va, vuelve. La simpleza no es la principal cualidad del día de hoy, y complejo es el panorama cuando, siendo parásito, buscas desparasitarte. La ciudad se alza como parásito del mundo; quienes habitamos quedamos subyugados a ser parásitos de ella. Juro regar las semillas y erguir mis murallas; juro habitar el palacio en el que me suspendo; la casa del árbol es mi dominación al medio. Kisu.

El vino en las páginas del portafolio parece contornear las letras como labios a tus dientes. Imagina mi manía de pensar que la ruta —que tus labios trazan— es la misma de siempre, que discute sobre tonalidades del ayer y hoy, y procura que los vientos no sean opuestos esta vez. Algunas cosas nunca cambian. Los alerces crecen detrás de estas murallas, el brillo de tus ojos se refleja en el cristal que con mi suspiro se empaña. No tengo branquias. No podría reconocer de los altavoces quienes cantan, pero kisu; beso, la amalgama de cemento sobre esta naturaleza naturalmente muerta.

La ruta puede ser la misma de todos los días, porque ciertas cosas nunca cambian.

Divago; me suspendo.

Kisu; nos vemos.

Doy el primer paso entre cimientes; entre semillas de cemento.

Retazos

Empezaba a rodar cuando sonaba Led Zeppelin, *oh Baby*. El tren lo tomábamos en una estación construida sobre unos casi —digo casi, por esos casi— palafitos contruidos con cemento, cableados por dentro, cableados por fuera. El frío caló hasta hace algunos minutos. Estudiantes comenzaban a volver peregrinamente a las salas de estudio, a los libros, al uso de una tarjeta bancaria para acreditarse, a uno mismo, a mí mismo, al entrar.

oh Babe

I'm gonna leave you

oh Baby

you know

I've really got to leave you

Relación

Entre las partes
corazón en comunión
del verbo amar
solo sé
una conjunción

Amé
y no fue
en el pasado
Fue en un sueño
cual imaginé

Si de vuelta existe
creerlo no
podré
Pues no hay relación
entre realidad
y lo que soñé
Pues no te supe amar
Y en mis sueños
mil veces
te amé.

Disculpa

Discúlpeme, padre
por tantos improperios
en la mesa
de acción
de gracia

No habría pensado jamás
que en nuestra casa
dos mil diecisiete años después
reaparecería el salvador

y menos habría de sospechar
que llegaría en hábitos
de mantel blanco
y coronas de espinas
a decirme que Judas
no fue un conchesumadre

Último tren

Y aquí estoy
esperando el último tren del día
de la noche
porque ya es de noche

Debo volver a mi casa
cuando en verdad no debo
cuando en verdad no quiero
cuando en verdad no es mi casa
pero debo volver a casa

A como dé lugar
debo tomar el último metro
subirme a la última micro
que en verdad no es la última micro
y volver a casa

Debo sentarme en el suelo
sobre el papel picado
sobre el diario
sobre el trozo de papel que dice
que Juan vende una casa

y no es Juan por nombrar a alguien
es porque de verdad
Juan está vendiendo su casa

Puedo estirar los pies
mientras una voz me dice
que puedo provocar un accidente
que se cierran las puertas
del último tren que pasa

Cruzo Santiago nocturno
cuando en verdad
no es tan de noche

cuando en verdad
no creo que las noches tengan tonos
tengan matices

El último tren no es sino
la posibilidad de sentarse donde sea
en el piso
en los asientos
en los asientos vacíos
en las barandas
en los papeles picados
que dicen que don Miguel
vende carburadores

A esta hora no hay ruta
de noche la ruta es la misma
todos desean llegar a su casa
todos deben llegar
cuando no todos quieren
cuando no deben
cuando en verdad no todos pueden

Me miran
y pienso se preguntan
qué función cumple una camisa
azul con palmeras tropicales
en una noche como esta
en una noche cualquiera
porque dudo que las noches
tengan tonos
matices

El último

Del último nadie se despide
si tiene suerte
recogerá la basura
apagará las luces
cerrará el candado de la reja

El último seguirá siendo el último
sabiendo que no fue el único
que saludó a los demás
del que se rieron en su cara
al que le dijeron que lo esperarían
y que pese a todo
terminó siendo el último

porque cuando uno se va
nunca se acuerda
de quienes quedan

Sabe que todos se fueron
porque a nadie le gusta
recoger la basura
apagar las luces
cerrar el candado de la reja

No sabe por qué terminó
siendo el último
por qué no lo esperaron
por qué tiene que irse
por qué le toca recoger la basura
apagar las luces
cerrar el candado de la reja

Al último nadie le recuerda
olvidaron su sonrisa
olvidaron su sollozo
porque lo dejaron solo

recogiendo la basura
apagando las luces
cerrando el candado
de la reja

Vida y ciénagas

Desde hace años cargaba las mismas preguntas. Tenía dudas que atormentaban días, que ahora parecían noches, y noches, que ahora parecían vidas. Cuestionarse la propia inseguridad era la forma más ortodoxa para intentar entender los por qué de la decisión; el sol había decidido marcharse, llevándose flores y primaveras.

En el terreno de lo posible, imaginaba una puerta de madera que daba a una pieza de madera; con suelo, paredes, ventanas y cielo de madera. Sobre un escritorio de roble añejo descansaban las migajas de unas tostadas preparadas quién sabe a qué hora, quién sabe en qué tiempo; aceite y sal, mancha y retracción. Tablas adosadas a la pared afirmaban una multitud de frascos; donde antes hubo retratos, artefactos y libros, ahora se alojaban jaulas de vidrio con tapas blancas.

Sin luz pareciese ser que el tiempo no transcurre, se estanca y divaga. El registro que llevaba era en relación con los frascos y sus cadáveres, cada dos meses debía salir a vivir la ciénaga, a esperar y poder encontrar la luz. La espera constituía un estado de constante vigilia y añoranza, deseoso por encontrar, terminaba contrayendo musarañas que me nublan en esperanzas. Al más mínimo haz de luz se logra reflejar un brillo en la mirada, entre los arbustos se esconden respuestas y reacciones químicas, y sobre el pantano se refleja la esperanza, luciérnagas.

Ahora que la luz perdida brilla fugazmente, revolotea enjaulada y vive silente, desempolvo el cuadro de un momento en el tiempo donde floreció la primavera. Veo su rostro y veo el mío, veo su sonrisa como también veo la mía, la abrazo con tanta fuerza como si pudiera retener un haz de luz; vivo por un momento.

Tus ojos brillan tanto como el reflejo de un vidrio, te palpo tan perfectamente lisa como el cristal de un recuerdo y te veo petrificada, tan inmóvil como si fueras una fotografía. Pero pareciese que adentro anochece mientras la esperanza muere, que la vida ya no es vida sino noche y que se extingue el día junto a tu recuerdo.

Habilidades

Deber ser receptivo
producir siendo receptor
no leer ni ver
tan solo después lo hablamos

Pero después debemos mirar bien
mi idea no es lección
esto es más práctico
pero luego tenemos receptores
productores y habilidades
competencias

HA
BI
LI
DA
DES

Podríamos ser sistemáticos
oralmente descubrir
los significados universales

Pero éste es tu aprendizaje
serás mixtura de información secreta
pretende hablar con gente
no temas dejar la página
la máquina-
Ahora.

Catalina Ríos Muñoz

dices que no recuerdas
 los músculos de tus brazos retorciéndose
 las piedras del camino fundidas en tus palmas
 el contorno de mi cuerpo
 entregado a lo que fuera
 las cosas que te resbalan la piel
 a mí me punzan
 se opacan mis dientes
 en los besos que me fuerzas
 el pellejo frío y en un instante
 toda yo recorrida por un temblor
 me reduces a un grito
 un nudo
 de frente extinguidas
 en lo que dura el pestañeo
 fluye tibio mi cariño
 se desborda desde donde ahora fuerzas
 el pedacito inerte
 en el que me convierto
 la culpa es una palabra demasiado grande
 pero encaja perfecta
 en el espacio que me dejas
 desvanecidas entre la maleza
 palpas calor en los bordes
 tus gestos cuajan una posibilidad
 un grito expandiéndose
 como ondas en la superficie

* Los textos aquí seleccionados pertenecen al poemario *Caudal*, Provincianos, 2021.

fin de semana

la neblina me cubre los hombros
es manto y camuflaje
la respiración de alguien
que duerme
allá atrás en la pieza
la angustia se ciñe al pecho
en la arena mojada
bandadas de pájaros
buscan pulguitas de mar
interrumpir el enredo de sábanas
enmarañadas como la humedad
a la madera de una cruz
que se asoma
entre las dunas de Chépica
hay penas
como deslizamientos lánguidos
tras apagar la lámpara del velador
cariño resguardado
en la espuma de las rocas
pequeños gestos
cruzan el océano
anclan en pueblos costeros
cuyos nombres
preferiría olvidar

*

en la ribera del frente
el sol aún se refleja
en el Nueva Imperial
cruzas el puente
intentando alcanzar
un poco de luz

*

escalamos una roca
lees en voz alta
los nombres de los muertos
te corriges los suicidas
murmullas como rezando
sus iniciales y calculas
la edad que tenían
cuando el agua
les llenó los pulmones
la brisa
de una ola
nos moja
por un instante
la muerte
sabe a sal
se parece a la espuma
que descansa
entre las rocas
de Punta de Tralca

Raúl Riquelme Hernández

PATRICI(di)O

monólogo en un acto

Discúlpeme, ¿es usted el hombre que ha matado a su padre?

John Millington Synge

(Cuando llega al cielo no encuentra a ningún Dios. Dios estaba de vacaciones o bien nunca había existido. Suena una música. En su lugar, encuentra a un montón de querubines armados con pancartas de protesta. Los hijos de los infértiles políticos eran fértiles. Son los niños de la democracia. Don Patricio, vestido de toga senatorial romana, aún no los ve. Se pasea un rato por el espacio como buscando a alguien antes de situarse.)

1. Don Patricio:

Este es Chile. Lo hicimos una tarde de verano en una sala de arte de un museo, con greda que esparcimos a lo largo de una mesa. La mesa Té Club. Tuvimos que usar agua porque o si no se nos pegaba en los dedos cuando la estábamos amasando y así no podíamos estirarla a lo largo de la Mesa Té Club.

Nunca fui un artista, la verdad, pero me gustaba estar ahí metido amasando Chile.

Hartas veces se resquebrajó la greda.

Yo creo que más de las que me gustaría contar.

Había que ir entonces, con un poquito de agüita y mojarse los dedos para poder trabajar mejor la greda.

(Pausa.)

Yo creo que era la mejor forma de hacerlo porque así lo aprendí en el colegio cuando era chico. En el colegio también rezábamos a diario por los niños que no tenían qué comer y que querían comer de lo que nosotros teníamos para comer.

Mi mamá me peinaba todas las mañanas con jugo de limón y me mandaba al colegio oloroso. Desayunábamos té dulce que venía de afuera del país y pan amasado, ese té y ese pan que los niños que no tenían qué comer no tenían y yo me preguntaba cómo era que hacían para no tener el pan que no comían y el té que no tomaban. Entonces me daba pena por ellos y miraba al cielo y buscaba a Dios para que les diera de comer. Te buscaba a ti. ¿Estás ahí?

(Apunta a Dios en algún lugar donde él cree que está)

Nunca hiciste la lluvia de panes ni la lluvia de té dulce que te pedí.

Preferías que llovieran ranas antes que lloviera comida, pero siempre intenté ser te fiel.

Me aprendí la Biblia de memoria, desde el Génesis 1 versículo 1 hasta el versículo cuatrocientos cuatro del Apocalipsis. Me lo aprendí de la misma manera que me aprendí las leyes del país cuando servían.

Me leí todos los libros de Historia porque así estaba seguro que, si alguna vez llegaba a ser Presidente, lo iba a hacer con conocimiento de las causas que han llevado a los países a los desastres. Y también a la Gloria. A tu Gloria. Entonces comprendí que la soberbia de Napoleón y de Hitler y de Fidel Castro no sirvió de nada. Yo nada más me tenía que encargar de mantener fresca la greda de un país en una mesa Té Club para la que te pedí ayuda. Era fe, voluntad política y agua todo lo que necesitaba.

El té Club era mucho más malo que el que tomábamos en mi casa cuando era chico. Era té de bolsa. Yo nunca tomé té de bolsa. Ni en los encuentros vecinales. Me era asquerosamente insípido.

2. Dios

Me destinaste a Esto, Señor.

La sangre azul me corrió por la comisura de la boca cuando estallaron mis interiores cuando me morí. Supongo que nací con las ganas de ser Presidente. Mi hermano quería ser Presidente también pero Él no tuvo sangre azul, porque con sangre azul no se nace, sino que se va tiñendo en el camino. Y él no la tiñó. Y Tú lo sabes bien. Y me pregunto por qué no apareces cuando te estoy hablando si a Ti te debo tanto. Yo me paré en el estrado el día que asumí mi gobierno y grité, fuerte y claro:

Compatriotas:

Pidamos a Dios que nos ayude a cumplir la tarea que Chile espera de nosotros.

¿Y qué me diste Tú?

Pidámosle sabiduría para hacer las cosas bien y no caer en errores ni torpezas.

¿Y qué me diste Tú?

Pidámosle prudencia para afrontar la realidad, sin confundir deseos con posibilidades y para actuar con eficacia

¿Y qué me diste Tú?

Pidámosle energía para adoptar las decisiones y coraje para no amedrentarnos ante las dificultades.

¿Y qué me diste Tú?

Pidámosle paciencia para superar incomprensiones y humildad para reconocer nuestros errores.

¿Y qué me diste Tú?

Pidámosle que ilumine nuestras mentes y que acere nuestra voluntad para buscar siempre, y por sobre todo, la justicia.

¿Y qué me diste Tú?

Pidámosle amor para ser siempre solidarios, para trabajar todos unidos y para ayudarnos mutuamente.

¿Y qué me diste Tú?

Yo tengo fe. Tengo mucha fe en Chile y en su gente, en la abnegación, sensatez y fortaleza ejemplares de la mujer chilena; en el temple e ingenio de nuestros trabajadores, en la creatividad de nuestros intelectuales y empresarios, en el idealismo de nuestros jóvenes, en los valores morales de nuestras familias.

¿Acaso podré descansar en paz?

Yo No quiero mi revolución. Quiero mi revelación. Quiero mi Getsemaní.

Dios.

Cuando tenía cerebro y la sangre azul me corría por las venas, porque tenía venas, a veces me imaginaba de pie haciéndome clases a mí mismo de chico.

¿Dígame, Patricio?/Patricio, a la pizarra/Patricio, un siete/Patricio, fue la peor nota del curso/Patricio, salga a recreo.

Estoy escuchando al profesor y me maravillo con sus historias. Historias de política, de poética y de abogacía. Historias de amor entre un hombre y una mujer que forman una familia tradicional y el hombre después es el primer presidente de la Nueva Era. Señor, usted es formidable. El pueblo lo necesita.

Alumno Patricio escucha al profesor Patricio. Y se parece a Ti, Señor. Se parece a las imágenes que hemos hecho de Ti.

Dios es alto, de barba, tiene el pelo largo y un triángulo arriba de la cabeza, está sentado en un trono y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

Yo ya no sé qué soy. Señor, yo hice cosas buenas, Tú lo sabes.

Una vez mandó a su hijo para que nos salvara de nosotros mismos. Tu Hijo se llamaba Jesús Cristo. Acá le pusieron gruesos clavos en las palmas de sus manos y otro atravesado en los pies. También le pusieron una corona de espinas y lo llevaron a declarar al Congreso. Después se pegó/ le pegaron/se pegó/un tiro y lo crucificaron.

Yo no quería eso para mí.

El Gobierno de Jesús Cristo fue inconstitucional. Hizo soñar a los jóvenes con la igualdad, la justicia, la libertad y la verdad. Quiso traer el Paraíso a la Tierra, y el paraíso más parecía refrigerador pelado. En la Unión Soviética, por ejemplo, inseminaron a las mujeres con esperma de gorila y a las gorilas con esperma de hombre.

Yo no quería eso para mi país. ¡Había que estar del lado correcto!

Fuimos demócratas y fuimos cristianos. Siempre nos opusimos férreamente a la crucifixión de cualquiera, pero si había que crucificar a Jesús Cristo para salvaguardar la democracia, era un precio que teníamos que pagar.

No nos culpen por liberar a Barrabás.

3. D.C

Fuimos demócratas y cristianos.

Demócratas porque sacamos a Barrabás cuando ya nadie lo quería y cristianos porque nuestro partido se esmeraba por seguir los dictámenes de Jesús Cristo aunque Jesús Cristo no fuera demócrata.

Era una contracción.

Era la contradicción para mantener el país de greda fresco cuando ya se había resquebrajado lo suficiente.

Éramos los artesanos de la democracia.

Nadie nos dio clases de nada.

Todo lo aprendimos haciendo.

En la declaración de principios de nuestro partido decía lo siguiente:

Si quiere dejar de masturbarse lea su pasaje preferido de la Biblia, recuerde el amor materno y busque algo que hacer, de preferencia, un deporte, de preferencia, fútbol, excepto si es homosexual. En ese caso, no se le recomienda ver a otros hombres sudar y correr tras un balón. De preferencia, suicídese.

(Pausa.)

Eran otros tiempos.

La tarea era hermosa:

construir entre todos la Patria que queremos, libre, justa y buena para todos los chilenos.

El sueño nos quedó grande.

Simplemente fui un demócrata.

Tomamos whisky, sí.

Comimos Barros Luco, sí.

Tomamos en el Liguria, sí.

Y jugamos con las cartas que me había regalado el Rey de España. Naïpe español original.

Ese whisky y ese Barros Luco que los otros que no tenían qué comer no tenían. Y yo me preguntaba cómo era que hacían para no tener el Barros Luco que no comían y el whisky que no tomaban. Entonces me daba pena por ellos y miraba al cielo y buscaba a Dios para que les diera de comer y qué tomar.

(Busca a Dios y se persigna)

Y ahí no sé donde estabas tú.

(Se enconge de hombros.)

Escuchando Raphael, a lo mejor, en esa sala bien decorada de La Moneda en la que antes se paseaba Barrabás con su esposa, la vieja de los cuchillos.

Suena Raphael. Don Patricio enciende un cigarrillo. El próximo texto se dice durante la canción, como una interrupción a un breve baile de don Patricio.

Los clavos de la cruz de Jesús Cristo eran balas castrenses con las letras C.I.A. y la cruz la pusimos nosotros.

¿Me vas a dar mi Getsemaní? ¿Me vas a dar mi revelación?

(Se acaba la canción y se agarra la cabeza. Ve a los niños de la Democracia.)

4. Niños.

Yo también fui profesor. Profesor y Padre.

Patricio es el Pater en la República Romana. Es el senador por excelencia. Patricio viene de pater porque los Patricios son descendientes de los primeros padres de Roma. ¿Se acuerdan de haberlo leído alguna vez? Está todo en sus libros de Historia.

El Mineduc los repartió ayer.

Abran sus libros de historia en la página mil novecientos noventa. El día de hoy leeremos de la mil novecientos noventa hasta la mil novecientos noventa y cuatro.

Un terrorista o el país entero. Esa era la dicotomía.

¿Creen que me voy a hacer la víctima? ¿Que me voy a desentender de lo que hice?

La Oficina fue un aparato de seguridad creado en mi gobierno para pacificar a un país que recién se iniciaba en su democracia. Un aparato de seguridad del Estado encargado de limpiar el país del extremismo de izquierda, del terrorismo. Frente Patriótico Manuel Rodríguez, MA-

PU-Lautaro, dividido en Movimiento Juvenil Lautaro y Fuerzas Rebeldes y Populares Lautaro, Movimiento de Izquierda Revolucionaria MIR.

¿Era necesario?

Era necesario.

¡Hombres ilusos! ¿De verdad pensaron que iban a frenar los tanques y las ametralladoras y las bombas con un fusil ruso?

Los militares son brutos y tontos, pero tienen las armas, y si hay algo que sabe hacer un militar es dispararla. Contra su pueblo, sí. Pero sabe usarla.

¿Querían que llevara las armas al poder?

Un día. Un día hubiese durado la transición a la democracia si yo hacía un guiño de más a esos grupos subversivos. Estaba la estabilidad de un país en juego. Un loco con una metralleta no le puede hacer pelea al ejército. A menos que se suicide.

Nosotros fuimos los guatones burgueses que comíamos Barros Luco y tomábamos whisky y escuchábamos a Raphael pero el país que tenemos lo hicimos nosotros. Y ellos.

Gracias a mí pueden ser de izquierda y también ir al mall.

Gracias a mí pueden ser de derecha y exigir derechos como ciudadanos.

Gracias a mí muchos no se interesan en la política. Comamos Barros Luco. Tomemos whisky, leamos los libros de historia del MINEDUC, veamos el “Mucho Gusto”, total...

“El guardián de la democracia”/“El hombre de la transición”/“El líder de la transición chilena”/“El artífice de la democracia chilena”/

Le dan color.

Fui el sacerdote de la reconciliación nacional.

CHILE: *Yo soy aquel que por tenerte da la vida, yo soy aquel que estando lejos no te olvida. El que te espera, el que te sueña, aquel que reza cada noche por tu amor. Y estoy aquí, aquí, para quererte. Estoy aquí, aquí para adorarte. Yo estoy aquí, aquí, para decirte, que como yo, nadie te amó.*

(Silencio.)

No.

No pasa nada.

No quiero que me miren con esa carita de jóvenes rebeldes que parece que saben lo que hacen porque no saben nada.

¿Qué saben ustedes de revolución!

¿Saben ustedes cuántos extremistas murieron durante mi gobierno?

Treinta y tres. Fue en combates, no ejecuciones.

¿Saben a cuántos quebramos para que delataran a sus compañeros?
Veinticinco.

Yo hice lo que tenía que hacerse. Si no hubiese sido yo otro más lo hubiese hecho. Y peor.

Yo fui un hombre fuerte en vida y en muerte. Yo sé de lo que hablo porque lo viví.

Y no siento remordimiento, ah.

Nunca me he achacado en mi vida. Siempre fui un hombre alegre, dentro de todo. Cada mañana me levantaba y echaba dos cucharadas, no tan colmadas, de azúcar a mi taza de té. Té, porque el café me desequilibra. Y yo soy un hombre equilibrado. Fui. Ni tan tan ni muy muy porque así es mejor.

Ni siquiera me achacé cuando me enteré que tuvieron que retirar mi imagen de un libro escolar porque asustaba a los niños chicos. Luego sólo dejaron un cuadro en blanco con mi nombre, sin mi foto. Don Patricio. Ahora esos niños no saben cómo luce don Patricio pero está ahí, el que vino después de Jesús y Barrabás. Un hombre que rezaba harto por los que no tenían té ni tenían whisky ni tenían Barros Luco. Yo todavía espero que llegue el día de la lluvia de té, en serio. El día en que el hambre de los que sienten hambre sea saciada.

Yo todavía creo.

Todavía creo.

Yo todavía.

Aunque las larvas se me metan por los ojos y me coman la cara democrática y las manos democráticas y las vísceras democráticas. Aunque los gusanos se ahoguen con la sangre azul que me gané.

(Silencio.)

Los gusanos no me comieron.

No me comieron por ser ni tan tan ni muy muy.

(Pausa.)

Ya ni me acuerdo si recibí la extremaunción.

5.

Mi cadáver se conservará intacto por la eternidad.

Señor, Dios Mío: soy un hombre cristiano pero no soy estúpido. Al ejército había que tenerlo al lado, abrazado. Era un pacto de no agresión. Al mínimo movimiento en falso de uno el otro le daba una estocada, y déjeme decirle, yo no tenía ninguna daga para devolver **el golpe**. *(Se persigna)*

Cada mañana, desde el día en que Jesús Cristo asumió como presidente de esta república maldita —porque está maldita, mírenme a mí, que fui presidente—. Cada mañana rezaba, Padre, porque tu Hijo renunciara, porque esa no es la forma de hacer las cosas, no es la forma de llevar al pueblo al poder. LA MEDIDA DE LO POSIBLE ERA LA ÚNICA MANERA DE HACER LAS COSAS, ERA ESO O NO ERA NADA.

(Silencio.)

Quiero descansar en paz, Dios mío, pero necesito de tu ayuda, ¿dónde estás?

Padre, Padre, ¿por qué me has abandonado?!

¿Y a quién tengo que rendirle cuentas?

Señor, te pido que me des tu perdón.

Perdóname por haber sido más demócrata que cristiano y haberme pasado la mitad de un gobierno jugando a las cartas con los que entregaron a tu Hijo.

Perdóname por haberme pasado tardes enteras tomando whisky, comiendo Barros Luco y escuchando a Raphael en mi oficina.

¿No tuvimos opción?

¡Pero yo también le saqué los clavos a tu hijo y lo bajé de la Cruz!

Yo quise ser el Pater que no tuvieron y darle estabilidad a algo inestable. Dos cucharadas de azúcar al té.

La tarea era hermosa: construir entre todos la Patria que queremos, libre, justa y buena para todos los chilenos. El sueño nos quedó grande.

Niños de la democracia: dijeron que fui un verdadero demócrata y un verdadero cristiano. Y yo sé, créame, en mi fuero interno que no fui ni tan demócrata ni tan cristiano.

Perdóname, Padre.

Todo presidente tiene sangre en sus manos, y lo sabe apenas le ponen la cruzada banda tricolor. “Durante su gobierno también va a haber muertos”, me susurró al oído el general Pinochet. Ahora sé perfectamente a qué se refería.

Necesito consejo, ¿dónde estás, Dios mío? Ayúdame ahora, a un alma atormentada, como cuando ayudaste a Tu Hijo en el Getsemaní.

Yo no más quiero descansar en paz.

Fui el perro pug de la democracia; condenado a vivir muchos años, pero tortuosos, enfermizos y feos.

(Música)

Una democracia de apariencias, quizás, me dirán ustedes. Pero al menos no andamos a balazos y a cuchillazos en plena calle por motivos

políticos. Que mi Dios se apiade de las almas de aquellos hombres que, creyentes de la utopía socialista, cayeron a manos de mi gobierno, pero en esta “nueva democracia” no había lugar para ellos. Adiós.

Se me murió el cuerpo, que quedará intacto, pero el alma sigue acá, esperando por ti.

Quiero mi Getsemaní. **Quiero que me ayudes a orar ahora que me morí.** Quiero que me mandes a un ángel rubio y skinhead que me fortalezca. Quiero que pudras mi cadáver y lo des como alimento a las larvas.

¿Estás ahí?

¿Me darás mi Getsemaní?

(Silencio.)

(A los niños de la democracia)

¿Quiénes son?

Los niños de la democracia:

*Somos los niños de la democracia
los encargados de juzgar a los que nos precedieron
porque lo hicieron todo mal
y lo que pudieron haber hecho bien
no lo hicieron.*

*Porque la democracia (NO) llegó con una canción en la tele
y no con un tirano que caía al abismo.*

*Y crecimos con caricaturas magníficas como Hey Arnold
y queríamos ser como Hey Arnold
porque probablemente era mejor que cualquier caricatura hecha por
los soviéticos,
que nos hubieran traído
de haber triunfado el mítico “Plan Z”,
el inexistente “Plan Z”*

*Pero mi pelea no es contra Hey Arnold ni contra el Cartoon Network
parte de la contradicción está ahí,
que cuando chicos
jugábamos a ser los Power Rangers
y nos peleábamos con espadas láser que eran palos
Y algunos queríamos ser Batman y otros Súperman.*

*Y no queríamos ser chilenos,
ni héroes chilenos
porque no tenemos ni uno.
Porque en la patria nos acostumbramos a las injusticias
y que nadie nos salvara.*

Don Patricio:

Ningún hombre libre iba a ser asesinado durante mi gobierno, le dije a mi mujer antes de asumir este cargo. Me hubiese encantado cumplirle.

Fin de *PATRICI(di)O*. Santiago, junio 2016.

PATRICI(di)O fue estrenada el 13 de octubre del año 2016 en la sala Agustín Siré, en el marco del XVIII Festival de Dramaturgia y Puesta en Escena Víctor Jara del Departamento de Teatro de la Universidad de Chile, por la compañía Teatro Catástrofe. En abril del año 2017 tuvo otra temporada en el mismo espacio.

En ambas temporadas el equipo fue el siguiente:

Dirección: Mario Monge.

Asistencia de dirección: Consuelo Almendras.

Diseño integral y gráfico: Laura Zavala y José Farías.

Diseño sonoro: Felipe Saravia.

Audiovisual: Emilia Martín.

Producción: Kathrin Fitzek.

Elenco: Marcelo Lucero, Rocío Canales, Nadia Tapia, Linus Sánchez.

Fabián Rocco Maldonado

Caleidociclo

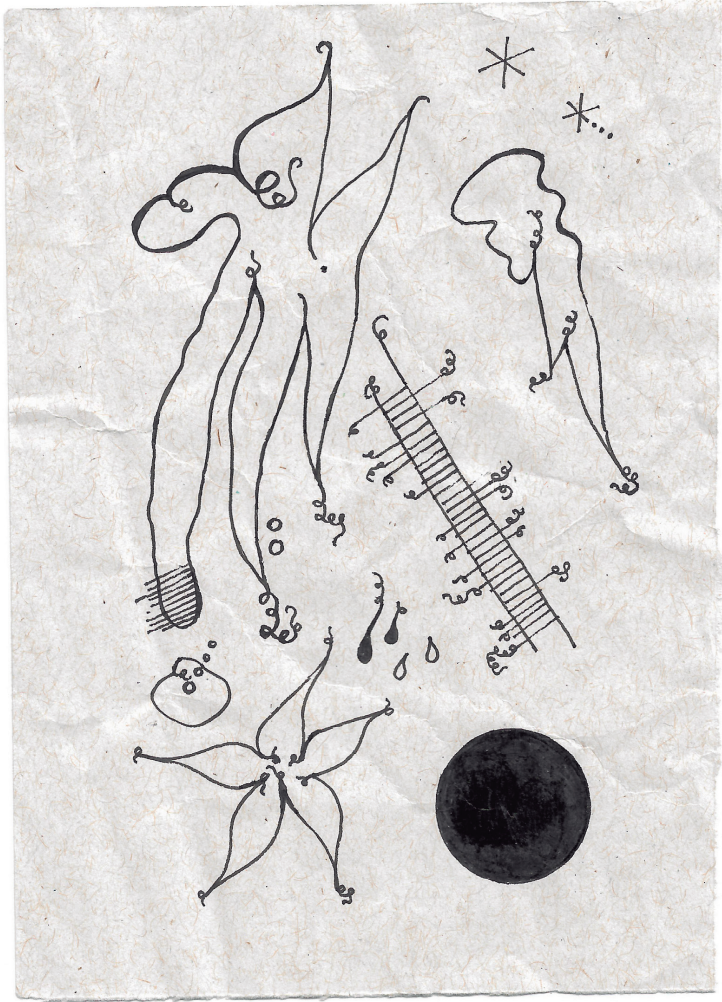
¿Qué es un callejón sin salida
si en la búsqueda ambiciosa
de llegar al recóndito extremo
allí donde la senda se resuelve
no se halla nunca el muro?
Es el músculo que de tanto contraerse
se desgarrar (o se relaja).
La tuerca rodada
que al haberse apretado con tanta fuerza
queda en perpetuo movimiento (o se zafa).
¿La maldición del sexo que nunca acaba
o las promesas de amor eterno?
Si acaso la realización
es descubrir en el bucle
lo que la vez anterior
pasó desapercibido.

Intimidad

De intuiciones si quieres háblame
como se rasga una cortina gastada por el sol
si me estremezco será en discreción
en una forma obsoleta responderte.
Si el sedimento de la luz te llegase de frente
ligera danza de colores desgastados
las intenciones dispersas brillarían
como polvo suspendido en la mañana.
El aroma naufragante envolvería
los estragos de distancias transcurridas
sumidos en traslúcidos tejidos
testigos del perpetuo evanescente.



Sin título, 2020. Estilógrafo sobre papel reciclado, 11 x 7 cm.



Sin título, 2020. Estilógrafo sobre papel reciclado, 14 x 10 cm.

Adolfo Rosas Maldonado

Virgen áurea

de fondo
 la música
si la escucho,
 si acaso la escucho
no lo sé, virgen áurea
 porque de mí has hecho
un cántaro roto
 y soy sin presencia
si no es ante ti

*yo, la liebre, salto del arbusto a beber de la vertiente
hundo mis patitas en el suelo barroso
y el puma me borra de la faz de la tierra partiéndome por la mitad
el reguero entonces se ensombrece
de mi sangre precipitada
la virgen es el agua
la virgen es la sangre
la virgen es el vaho tibio de mi cadáver desgarrado
que de las fauces del león se aparea con el suyo*

dónde, María
 dónde, te digo
y déjame escuchar
 el latido sin pulpa
un dos un
un dos un
 y son caballos y vacas y
moscas en celo
 que otro día canten, oro mío

fiat lux

sin ojos
 sin lengua ni puño
y hecha de pura y sanguinolenta carne verde
 te apareces, madre pelicana
y de tus pechos sacas leche
y me das la leche
y bebo oscuro tu leche
 para llamarte natura o fuente
madre avestruz de la sabana
 tendría que aprender las palabras
 y de memoria escupirlas
en torpe invocación
pero no
 somos amantes, ojo de águila,
y vivo en ti
 y tú en mí como semilla;
rayo de sol espejado

veintiuno de abril

oh, capitana
 mi capitana
crucificada a última hora ochenta años después
 entre tres vacas viejas
de tanto germen
 germinaste
a última hora y la corte reía

daga piadosa

raja la piel; material de testamento
y muertas las larvas
yo y tú nos vamos escupir en las bocas
saliva sagrada

la petite war

te invoco en la pequeña guerra
y del espesor de la selva
salta un jaguar
y eres tú, virgencita
alcanzo rápido el machete
y gritando me abalanzo
cierro los ojos
y el filo te raja
te parte en dos
ay, señora
desa sangre verde no me olvido

tímido umbral

como una tarde tranquila
como un suave atardecer
siento tu mano en la mía;
muerte
de sombra
mujer

profundo clamor andino

me importa un pico
la cordillera

GRE DE PATRIA Y VINO Y TIERRA Y CORDILLERA Y MAR.
permíteme, madre de amor, dejar de carcajear, dame la fuerza para al fin
poder nombrarme y llenos de aire mis pulmones, asujetarte debajo del
agua.

Virgen María Luisa Michea

I

tengo un pesar, virgen mía
y es que del pecho me cuelga
un niña muerta
en lo profundo la siento
campaneando
casi latiendo conmigo
las velas perfumadas me queman la saliva
que nace en lo hondo del cuello
más allá de la boca

y yo soy como tú, virgen cara
me tiritan las manos, la voz,
y las piernas/
y como tú
madre oscura
despierto a solas
me pinchan las tetas
y lacto sangre espesa
y grito y grito

II

virgen hermosa,
puta enloquecida en la flor venérea,
que mi voz es tu voz y es la voz de los hombres
que hablan lo que hablo y yo no te escucho
que el rosario no alcanza para tomarte la mano
dime despacio
por qué lo hiciste
si vomitaste de miedo después de tu crimen
campo brotado de niñas campana

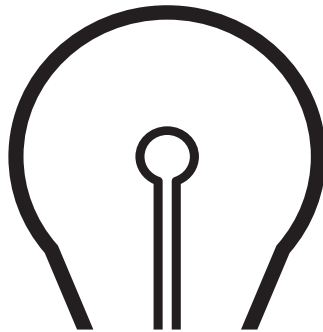
III

te encierran, Virgen María Luisa Michea
y te veo mutando
en la playa
entre las basuras y los muertos
bajo el cielo de plástico
tu joven rostro tostado
crisol de maldades
¡te denuncian, Alteza piadosa!

Belén Salcedo Benavente

Punto cero

Quería ser como la vecina a la que los niños abrazan y llenan de besos, quien pese a los años lucía el pelo largo y como flor de azúcar resiste al cambio de estación. Recuerda las tardes en que albergaba un rayo de luz, frente al océano, con los pies inmersos en la arena, la marea amenazante, la hora en que el cuerpo forma un ángulo de noventa grados con el sol. Atravesar la capa de olas inicial, sumergirse en la alta mar, el agua empujando hacia la superficie, abrazar los humedales como un árbol de vidrio. Recuerda el momento en que fue arrancada de su hogar de moluscos y encarnó un eclipse en un cuarto de murallas frías. Cortaron sus trenzas, la encintaron y le pusieron polvos en el rostro. El cuerpo extinguió los sentidos y el calor de las aguas que albergó su piel. Sentada tras la cortina, observa el movimiento de las avenidas y el baile del sol que se ríe de sus huesos secos.



Quimera

Mi sentencia;
buscar el calor del seno materno,
la mixtura del león, macho cabrío y serpiente.

La loca, la histérica.

Cuando la miro por la cerradura,
mis manos chorrean azahares,
ante el abrazo o el contacto con la piel.

Mi madre, posee el lenguaje de los dragones
vomita fuego por una de sus cabezas y el trasero.
Capaz de desgarrar a un hombre con un solo movimiento.

No tiene rostro, sino trozos de mujeres,
las manos cálidas de quien hornea el alimento.

Grita ante el paso de las horas y golpea su espalda,
con el hocico pegado al suelo,
siguiendo el rastro de la manada.

Dentro del cuarto, la hallo sola,
montañas doradas y plateadas de tesoros,
mientras pelea contra la bestia que la domina.

Veo en mi madre a todas las otras madres.
Mis naranjos son la mirada de la infanta desnutrida
que se hace ovillo al fondo del jardín.

CERDA DOMÉSTICA. Hace meses que me observan cuando escribo, repiten en mi oído que los diarios y poemas no saldrán del cajón, que nadie encontrará la llave. Mis pupilas se han tornado grises, mi espalda incrustada en la cocina, ingiero las sobras. He inventado un “yo mudo” que narra episodios falsos. Sumerjo mis manos en pintura blanca y borro la memoria.

Poda de raíces

Encuentro bajo llave
las trenzas de mi abuela.
Las hebras de su pelo
se enredan entre mis manos.

En el cuarto anexo se escuchan gritos.

Un chasquido
y la loca de la casa
aparece con tijera en mano,
corta mi pelo,
lo arranca de raíz.

Caen los remanentes de la infancia,
transgreden mi sexo.

He perdido la delicadeza
del cabello lacio,
mis hombros se abultan,
se secan mis pechos,
las uñas se encarnan
y mi sangre se evapora.

El cuerpo se cierra
y pierdo la capacidad de habitar.

La casa me parece ajena
cuando recorro sus rincones.

Me niego al alimento
y a la permanencia
El sueño abandona.

Mis manos pierden su forma,
la tierra erosiona los huesos y me sumerjo
hasta llegar a napas subterráneas.

Planto rosas verdes y vuelvo a la superficie.

Las flores germinan,
suben por los árboles,
se fusionan con el tronco,
debilitan las ramas.

La naturaleza se quiebra frente a mí.

Observo y respiro
el aroma de las raíces expuestas.

La piel se inflama,
muerdo mi propia carne.

Sumergida,
me entierro en un tronco fresco.

Soy germen.

La loca busca,
canta canciones de cuna,
rasguña su espalda
y muerde los callos de sus pies.

Devolveré la vida al árbol,
seremos silencio,
habitaremos el mundo
provocando el derrumbe de la casa,
la ruptura de sus murallas frías.

Ahuyentar el hedor de sus cimientos.



Y todo esto mordiente, vencido, mutilado,
todo esto que se hallaba en su alma encerrado,
pienso que sin quererlo lo he libertado yo.

Pudiera Ser, Alfonsina Stnorni.

Punzar en tela negra

Escribir con una intención
con un para quién,
con la mano temblorosa
en busca del quiebre.

Soy planta que crece
sin raíz del sol.

Soy semilla latente
en busca de palabras.

Me mutilan los rayos del cielo
y aun así ofrezco la mano firme.

Tengo un nido de miradas
que trenzar.

Soy la ruina de las promesas insurrectas.
Me complazco en la intermitencia.

Puedo centrar mis fuerzas en la punta de los pies
y cruzar la calle con la vista en alto.

Estoy rodeada de semejanza.
Soy un caracol en una casa de muñecas.

Un caracol que desaparece
en su propio camino de plata.

La que aguarda

Cántame una canción que me recuerde al calor de una sombra
dime que tu amor se arraigó en mi fauna
que cada parte del puzzle se movió para que vuelvan las voces
[de las sirenas
para volver a mirarte
protagonizar la escena de los girasoles
y mensajes no dichos
con un grito de las entrañas que clame por el arraigo
el primer intento de permanencia
una muestra de vida que se niegue a olvidarme
a quien acaricio en medio de la oscuridad
la parte borrada de mi genotipo
mi fisonomía la primera del álbum
que rompe con la barrera
y desde la sequedad
desea unas manitos que le arañen el rostro
es mi última súplica, un regalo-castigo que determine mis años
porque ando errante, ansiosa de encontrar islas oceánicas
y que el secreto sea materia
quiero una trinchera
quiero la huella de tu amor sutil
ser quienes perpetúen al hombre
sobre esta tierra y el firmamento
seremos miles y aun así los únicos
la cáscara se quebrará en cada segundo
aun así, será para nosotros
lo más bello que puede atravesar los sentidos
la conmoción de una estrella danzante.

Bianca Sandoval Reyes

Fecundo

No estaba hecha ni para ti
Ni para mí

No estaba hecha,
No estaba terminada
No estaba nacida.

Tampoco estaba enferma.
No era mi día.
Nací en un desmayo
En un descuido
En un simple aviso de un cuerpo roto.

No estaba hecha para este mundo
Ni para ninguno

No era de aquí
Y no era de allá

Así que esperé
Tener las formas, los espacios, los lugares
En donde crecer.

Esperé.

Ex – céntrica

Ex – céntrica
Circundo el cuerpo que habita
[en mí.

Como un dintel
Me sostengo
Sobre mí,
Al borde, mirando
El centro lejano
De ese cuerpo de mujer.

Ex – céntrica
Uso los caminos
Que se alejan
De la verdad monótona.

Y guardo un poco
De luz para perderme
En la búsqueda
De esa línea que
Me separa de mí.

Las líneas que
Fecundan la diferencia
Entre yo y mí misma.

No hay aciertos,

Ni desafíos
En descubrir
A quien amaste.

Yo no era tan distinta
Después de todo
Y volví a reconocermé,
Cuando llegaste
A buscar
Esa otra parte
Que habías dejado en mí.

Las cosas ya no eran tan lejanas.

Ex – céntrico
Vuelves al punto
De partida.

Ese punto que se marca
En mi rostro
Junto con los otros
Que dan forma
A la constelación que buscabas.

Para entonces,
Vuelvo a habitar
El centro que había perdido.

Yo Histérica Yo Histórica

No vi venir,
Tampoco oí
Todas esas voces
Que se acercaban.

Traté de pensar
Que era yo,
Simplemente yo.

Dije que era yo
La que buscaba
La luz
Entre las tablas.

Pero no la vi,
De seguro
Nunca vi
Nada claro
A través de una
Ventana empañada.

Hice el intento
Por engañarme.

Fui un millón
De veces
Yo misma
Mirando
El cielo estrellado,
Buscando de pie

La dirección correcta.

Eché raíces
En el mar
Y atravesé
Mi propia tumba
Buscando
Cambiar mi destino.

Y sigo siendo
Yo misma entre toda
Esta gente.

Cambié
Mi
Pelo
Y mi forma
De escribir,
Fingí que no
Sabía amar.
Y porté con
Mi cuerpo
El recuerdo
De la que no
Lograba ser.

Repetí
Incansablemente
Soy yo
Soy yo
Soy yo
Soy yo
Soy yo

Soy yo
Y no me convencí,
No era yo.

Me vi
Reflejada
En la lejanía
Con mi cuerpo
Torcido
En el movimiento
De las olas...

Y eran mis propias
Manos
Las que cubrían
Mi rostro
Marchito.

Era mi cuerpo
Fingido,
Con estos
Espacios distintos.

Era mi voz
Saliendo
De otra boca
Callada.

Era yo misma
Queriendo
Ser
Otra.

25 intentos

A la infancia difícil
Porque gracias a eso
Me duele mi adolescencia tardía,
Tus manos que no están
Me duele la que no soy
Me duele el espacio y la respiración.

A la infancia difícil
A la mentira más grande y
Al rasguño más pequeño
Porque llevo mis cicatrices
Y mi pierna más larga,
Mi virginidad perdida en alguien que no amé
(Que no amo)

Y a mis 25 años de nada
Están aquí haciéndome 25 veces
Más cerca de la inconsciencia
Esas 25 veces
Mi fracaso por regresar al vientre materno
Al fuero interno de mi madre
La que luego me sangró.

Al nacimiento,
Al accidente, al deseo,
A la familia, esta alegría
Fatídica en sí misma.

A todo eso que juntó dolor y ganas
A mis 25 intentos por intentarlo
A todo eso que juntó miedo y dolor,
Me despido
A mis 25 años de nada.

Herencia

Nací quebrada.

Falló mi cuerpo al cruzar el umbral.

Mi madre en pujos eternos logró sacarme de su interior,

Me transmitió en nuestro primer abrazo su historia, su amor y su vida.

Me transmitió sus alegrías, sus penas, sus fracasos, sus ausencias, me transmitió la vida y todas sus enfermedades.

Entre ellas, la más grande de todas, la que me marca, la que me

[reconstruyó.

Soy lo que soy, yo y todos mis malestares,

Soy de cuerpo completo incluso con mi pierna más larga. Marcada, desde los dos años de edad, la cicatriz más profunda que tengo en mi cuerpo.

¿Qué es esa cicatriz? ¿Soy yo? ¿O es lo que mi madre me heredó?

Nací rota, con una pierna alejada de mi cuerpo.

Me faltó conectar todas mis extremidades con mi centro.

Me faltó el cromosoma correcto,

La ascendencia indicada.

Me faltó construirme al interior de la galaxia.

Pero

Quebrada podía caminar,

Quebrada amaba sin límites

Quebrada corría a los brazos de mi madre sin ningún temor.

Me quitaron mi gracia, y me reconstruyeron.

Me zurcieron

Me cosieron

Me ataron todas las extremidades al cuerpo

Me marcaron la piel, mi pierna derecha,

En mis caderas fértiles hicieron el rasguño de la vida.

Mi esqueleto armado y mi piel cosida, una y otra y otra y otra y muchas [veces.

Estoy entera,
Estoy unida
Me une mi cicatriz a mi historia anterior, la que no viví,
Pero que heredé en una enfermedad...
Comparto con muchas mujeres de mi familia
Lo excéntrico que fue nuestro cuerpo al nacer.

La cicatriz no me duele, pero tampoco la siento.
Sé que está ahí, pero tampoco la veo.
¿Existe en serio?
¿Soy esa cicatriz?
¿Hacía falta unirme cuando ni siquiera había crecido?

Llevo todas mis cicatrices y mi pierna más larga
Como un solo hecho

Soy esa cicatriz y otras muchas marcas más de mi cuerpo,
Todas las constelaciones que tengo en mi piel,
Todas las estrías que se me graban al crecer
Soy todas las marcas que vienen conmigo.
La primera enfermedad me dio una identidad
Me transformé en Bianca
Corrí con todas mis cicatrices al aire sin ninguna vergüenza
Descubrí mi cuerpo delante de todos sin ninguna vergüenza
Me reconocí parte por parte
Y finalmente me construí
Nací

Crucé mi umbral
Corté el cordón
Volví a nacer
Cuando todas mis cicatrices dieron forma al cuerpo que transporto,
Al cuerpo que comunico
Al que acepto y vuelvo a transformar.

A imagen y semejanza

Eres mi reflejo
O yo el tuyo.

Tenía una meta puesta,
Eras tú
Y era yo
A imagen y semejanza
De ti.

Recuerdo noches y días
Definiendo mi destino,
No hay apuros en saber
Lo que soy,
Solo curiosidad

Miraba mis manos
Y buscaba los objetos
Que perfecto cupieran
En ellas.
No lo logré

Cuando me cansé de buscar
Me dijiste que había tiempo para
[todo]

Pero no lo hubo para ti
¿Cómo saber que era tarde para
ti?
Con tus manos en la masa
Y tus pies en el polvo

¿Cómo saber que no había tiempo
[para ti?]

Tomé entonces, la firmeza.

Haría de mis días un reflejo
De lo que no fuiste.

No te cobraré
Ni una lagrima.

Haré de mis días
Un reflejo de lo que no fuiste

Tendré coraje en todos
Los caminos de la vida
Leeré hasta el último libro
Que no tuviste

No barreré el patio
Tampoco lavare la ropa

Seré la imagen torcida
De tus sueños caídos,
Tapados de polvo
Seremos semejanza,
Igualdad y equilibrio
En nuestros cuerpos rotos

Serás tú
Y sabré ser yo
A medida que te acerques a mí

Cosmos

Soy polvo de estrellas
En tu vientre
Universo infinito.

Soy la luz de la distancia
En años de palabras
Que ganaron poder.

Soy espectro de luz
Que marca el mundo que no conozco.

Soy polvo de estrellas,
De tus manos que dieron forma
A otra vida que viene conmigo.

Tengo una mañana
Amanecida de mil soles
Que marcan el fin y el principio.

Estoy hecha del cosmos,
Mi cuerpo sabrá que orbitas en mí.

A la deriva (continental)

Un silencio redondo
Protege estos movimientos.
No sé si son mis piernas
Pero parece que tiemblo.

He llegado a la orilla
Muchas veces,
Pero fue intencional.

Hoy a diferencia de otras vidas
Tengo miedo si veo
La cicatriz abrirse hacia mí.

Cuando los árboles boten
Las hojas
Por la falta de viento,
Sabré que este trémulo suelo
Viene a unirse otra vez.

Seguro volverán a cambiar
Las formas y estaremos
Cercanamente lejos.

La Tierra ha cambiado.

Mis vidas no me alcanzaron
Para verte tropezar
De una orilla a otra.

Acuarelada

I

Enredada
Mis rizos se han vuelto largos
Y mi rostro sigue sin verse.

Enredada
Mis piernas están moradas
El viaje me ha golpeado
Las ganas.

Enredada
Cuando te acercabas
En la lluvia
De nuevo a cubrir mis miedos.

Acuarelada
Me descubro ahogada
Entre pinturas y manchas
Que no forman nada.

Acuarelada me ahogo
En mis ganas
Que no sé si han dejado de existir.

II

Las letras se me han hecho agua
Perdí los puntos,
Perdí el lápiz,
Tracé manchas
Las letras se me han vuelto agua.

Se me queda en blanco
El papel y hago luz,
Sombra

Te hago luz,
Sombra

Me hago luz
Y sombra.

Me pinto el papel,
Las manos,
Me acuarelo el beso
Y mi pena
Se deshace en agua.

Se me acuarela la labia
Y ya no sé decirte,
Ya no sé llamarte,
Ya no sé si olvidarte
Acuarelada.

Oscar Sanzana Silva

Teoría de conspiración

Se encontró aquejado de esa extraña sensación que mezcla asombro y miedo. Le resultaba evidente que había alguien en el living, así como también el hecho de que, fuera quien fuera, continuaría allí esperándolo pacientemente. Norberto, en cambio, tiritaba de pies a cabeza con la sola idea de atravesar el pasillo a oscuras, y quedar a merced de las imágenes que tanto lo habían aterrorizado durante toda esa jornada. En un acto sumamente heroico, abrió los ojos, despegó su cabeza de la almohada y se sentó al borde de la cama, intentando armarse del valor suficiente para levantarse e ir al encuentro de esa presencia.

Todo comenzó al mediodía, cuando Norberto se despertó sin recordar demasiado de lo ocurrido la noche anterior. Un par de amigos llegaron de improvviso hasta su departamento con un pack de cervezas, con la excusa de celebrar anticipadamente su cumpleaños. Luego, alguien bajó a por más y el asunto no se detuvo hasta que sobre la mesa se vaciaron otras dos botellas de ron. En algún momento de la madrugada, sus amigos se esfumaron. Norberto despertó aún mareado, y apenas tuvo fuerzas suficientes para arrastrarse por el piso hasta llegar al baño, donde vomitó. Se sintió levemente mejor después de hacerlo, y esto le animó a ordenar una pizza, siendo ya la hora de almuerzo. Se sentó frente al computador y decidió no salir de casa en todo el día.

El problema era la maldita costumbre que tenía Norberto de bucear en Youtube mientras almorzaba, buscando videos de teorías de conspiraciones. Maldita costumbre, porque la búsqueda no tardaba en conducirlo a los videos más descabellados, sin dejar de mencionar los sustos que se llevaba con algunas bromas aterradoras que otros usuarios camuflaban en videos de monstruos y fantasmas. Al final, se pasaba el día viendo crónicas y documentales de dudosa veracidad, por decirlo menos, y poco a poco, creyendo casi a pies juntos en los mutantes que habitan entre nosotros, en los reptilianos y los iluminatis, en los platillos voladores y la Atlántida. Un cóctel que terminaba sumiéndolo en una especie de bloqueo mental paranoide que se agudizaba con la proximidad de la noche. Lo peor de todo, alguien podría decir, era que él mismo se lo buscaba. Y ciertamente, era así.

Esa tarde, su teléfono sonó dos veces. La primera llamada correspondió a Sonia, su novia:

—Me dijiste que hoy iríamos al cine.

—Imposible. Me siento mal, es decir, tengo trabajo pendiente...

—¡Mentiroso! Apuesto que anoche te juntaste con esos vagos de tus amigos.

—No, en serio, debo terminar de revisar unos informes que me traje para la casa. Te prometo que si termino hoy, mañana te paso a buscar y nos vamos al cine.

—¿Lo prometes?

—¡Por supuesto que sí!

—Está bien. Pero no me tomes por tonta.

—¿A qué te refieres, Sonia?

—A que sé perfectamente que ayer te emborrachaste con tus amigos y por eso no quieres poner un pie fuera de casa.

—Pues te equivocas...

—Lo único que te pido es que no te pongas a ver esos estúpidos videos sobre conspiraciones. Ya sabes lo que pasó la última vez: estuviste la semana entera transmitiendo con esas idioteces.

—Descuida, hoy solo tengo ojos para acabar de revisar esos informes.

—Sí, claro. Ya, te dejo. Un beso.

—Un beso.

Norberto colgó, e inmediatamente reanudó el documental que trataba la muerte de Kennedy como parte de una conspiración reptiliana. De allí se pasó a los zombis que, *como es sabido*, abundan en algunos poblados de Haití. Luego sería el turno de los grises y los hombres de negro. Entonces vino la segunda llamada de esa tarde. Un número desconocido no hubiese sido nada. El problema fue que el celular le arrojó un inquietante: “Número imposible de identificar”. Jamás se había encontrado con un aviso semejante en la pantalla de su teléfono. Al contestar, le pareció escuchar que su interlocutor hablaba previamente con alguien en otro idioma, y al percatarse de su respuesta, le dirigió un lacónico mensaje antes de cortarle:

—Bien, Norberto Sánchez Fuentealba —por desgracia, *aquellos* eran precisamente sus apellidos—, ya ha sido suficiente. Deje de meterse en lo que no le importa o se quedará sin internet..., y sin dientes.

Podría suponerse que una llamada así podría ponerle los pelos de punta a cualquiera. En el caso de Norberto, fue un poco más allá, motivándolo a desempolvar un viejo revólver que había pertenecido a su abuelo, activo militante de la resistencia armada contra la dictadura. El revólver, por cierto, estaba suficientemente deteriorado y mohoso como

para no ilusionarse demasiado con la posibilidad de que prestara alguna ayuda. Aun así, Norberto depositó en aquel viejo trasto una fe ciega. Acababan de declararle la guerra. No sabía exactamente quién o quiénes, pero estaba dispuesto a defenderse con todo lo que tuviera a mano. Y en su caso, bueno, se reducía a aquel inservible artefacto.

Se acercó a la ventana en un par de oportunidades, no sin antes apagar todas las luces y poner doble cerrojo a la puerta. Se le pasó por la cabeza que sus amigos se hubieran coludido para gastarle una broma, pero le bastaron un par de llamadas para descartarlo rápidamente. Ellos poco o nada sabían de su afición por las teorías de conspiración. Lo absurdo fue que lejos de sosegar, y muy por el contrario, convencido de que *por algo* lo estaban vigilando, decidió continuar revisando videos de conspiraciones en internet. Sin embargo, su sistema nervioso no daba para más. Bastaba un leve crujido de alguna de las ventanas por acción del viento, para que Norberto saltara como poseído, empuñando el revólver y apuntando en todas direcciones.

Me estoy volviendo loco. Tal vez esa llamada no existió, a lo mejor solo era número equivocado y mi imaginación se encargó del resto. A lo mejor Sonia... ¡no!, eso sería descabellado. Otro crujido. Esta vez, al mirar hacia sus espaldas, se percató de que en la pantalla de su computador se había pegado la imagen de un supuesto agente de la CIA, sufriendo todo tipo de torturas por parte de sus compañeros, como parte de un entrenamiento. *Estos cerdos deben estar detrás de todo.* Recordó algunas lecturas, como la de un libro de un periodista israelí que aseguraba la existencia de algunos satélites espías, capaces de reconocer las voces de toda la población de la tierra. Así habían cazado a Bin Laden. O a otro de apellido y fisonomía parecida. Ahora correspondía su turno. Él, claro, era una poca cosa, pero *se estaba acercando de forma preocupante hacia la verdad. Alguien tiene que detenerme, sin duda. No por nada, existe gente pagada y preparada para llevar a cabo tareas como ésta.*

Llegó la noche, y con ella, el sueño. Pese a sus nervios, su cuerpo necesitaba imperiosamente terminar de recuperarse de los excesos de la noche anterior. El delirio paranoide lo llevó a dormir con el revólver cargado bajo la almohada. Estuvo tentado a probar su efectividad disparando al aire desde el balcón, pero aquello hubiese puesto sobre aviso a sus vigilantes de la resistencia que los esperaba. Confió en que su abuelo no mentía cuando le entregó el arma, asegurándole que funcionaba como el primer día. Mal que mal, era lo único que conservaba de él.

Por supuesto, tardó algunos momentos en quedarse dormido, pero el sueño finalmente lo venció. Durmió de lo más apacible hasta que,

repentinamente y de madrugada, se despertó. Un ruido como de pasos proveniente del living acabó con lo que podía haber sido una noche de perfecto descanso. De no haberse despertado, al día siguiente hubiese podido retomar su rutina normal, llevando a Sonia al cine y luego pasear por el parque o, quién sabe, incluso se las habría arreglado para invitarla a casa.

El sonido de un cajón al abrirse convenció a Norberto de que había un extraño en el living. Hurgó bajo la almohada en busca del revólver y al no encontrarlo sintió que el mundo se le venía abajo. Tan plácido sueño había acabado por hacerlo desperezarse a sus anchas en la cama, y en una de esas tantas vueltas el arma había caído al piso. En la más completa oscuridad, se encontró desnudo y a merced de aquel intruso que demandaba su presencia en su propia casa. Pensó en encerrarse en el baño, pero esa no habría sido una actitud digna de *alguien que se acerca a la verdad*. Tenía que hacerle frente y, qué diablos, aceptar lo que fuere.

Sentado en su cama, con los pies tanteó el piso hasta dar con el revólver. Experimentó un gran alivio en cuanto la planta de su pie derecho acarició el frío metal. En cuanto lo tuvo en sus manos se acercó a la puerta, inspiró poderosamente, llenándose los pulmones de aire, pensando en que aquello era lo más parecido a persignarse para un no creyente como él. Abrió suavemente la puerta y con el corazón en la boca asomó un ojo, mirando hacia el final del pasillo. Una sombra que se movía con toda naturalidad en la pared estuvo a punto de tumbarlo al piso de puro miedo. Resistió. Con el arma empuñada, anduvo dos o tres pasos en puntillas, aunque eso no evitó que el piso de madera crujiera delatoramente. La sombra de la pared se agrandó entonces, y ante su proximidad, Norberto apuntó en su dirección. Entonces, la sombra se tropezó, y junto al ruido de un cuerpo cayendo sobre la mesa de centro, escuchó un familiar:

—¡Mierda!

Norberto no pudo resistir los nervios y se le escapó un disparo hacia el frente. Avanzó hacia el living y comprobó que Sonia yacía a un costado de la mesa de centro. Vestía el provocativo camión que él mismo le regalara algunos meses atrás. El mismo por el que Norberto la recriminara tantas veces, por usarlo muy poco. Tiró el arma hacia un lado y corrió hacia ella:

—¿Pero qué te pasa, infeliz, acaso te volviste loco? —exclamó Sonia, sollozando.

—¡Qué haces aquí a esta hora!

—¡Hoy es tu cumpleaños, quise darte una sorpresa asaltando tu cama de madrugada, como fantaseabas, y mira cómo me tratas animal, casi me matas!

Visiblemente avergonzado, Norberto comprobó que la bala efectivamente había pasado muy cerca de Sonia, pero la chica se encontraba bien. Mientras la ayudaba a ponerse de pie, recordó entonces la llamada misteriosa que recibiera durante la tarde y que seguía sin explicación. Un nuevo ruido, esta vez proveniente de la cocina, los inquietó a ambos. Al mirar hacia la puerta, la pareja contempló estupefacta al hombre que, vestido formal y completamente de negro, los apuntaba con su propia arma y con el rostro sonriente.

Alessandra De Sica

[Un nuevo paisaje]

Hasta hace unos años, en la Plaza de Armas, se podía divisar un paisaje típico africano. La sabana era toda cubierta por un sol anaranjado anunciando el atardecer de una tierra tan lejana, como es la mía para esa tierra. Las acacias planas daban y dibujaban su sombra escueta sobre un pequeño laguillo, en el que se reflejaban tres figuras de alto garbo. Cuellos adornados por anillos, y cabezas extendidas por altas vasijas, que daban la idea de un alargue del pensamiento.

Esta imagen figuraba en un lienzo dividido en tres; un tríptico a comprar por cualquier transeúnte del centro de la capital, para adornar así su living-comedor de paredes en las que sobresalía el ladrillo industrial pintado de blanco perla.

Con el pasar de los años, quizás debieron dejar de pintar ya estas escenas, pues, tal vez, es que en verdad la vida imita el arte.

En otra plaza de la capital, frente a una conocida iglesia, dirigían su rumbo tres esbeltas mujeres, de cuerpos voluptuosos y vestidos ceñidos, con un andar apaciguado y tranquilo. En sus cabezas, cada una llevaba una carga: la primera, una cartera amarilla, la del centro un bolso gris y la tercera una bolsa de género. Ya no había acacia alguna, pero sí plátanos orientales, y el calor quizás era más infernal que aquel descrito por Rimbaud.

Así es como los transeúntes empezaron a temer ya del arte, y a confundir realidad con creación, pues nunca pensaron que aquello tan lejano podrían tenerlo tan cerca en su pequeña isla.

Y se dejaron de vender este tipo de cuadros, y empezaron a venderse otros, pues sabían ahora, los pintores, que su pincel era una herramienta tan mágica y poderosa, con la que también podían crear una realidad.

X. de la Sotta

Hambre

Debía hacer un trámite impostergable, debía ir en micro al centro de Concepción, debía ir con mis hijos porque no tenía quién los cuidara. Viajar con menores en locomoción colectiva, con los choferes de acá, es un riesgo que estaba obligada a correr. No había más días, no había más horas, no se podía postergar.

Bruno miraba por la ventana, yo daba al pasillo con Benjamín sentado en mis piernas. El viaje para ellos era una aventura. Veían atentos el paisaje, los aromos floreciendo en la ribera del Bío-Bío, las gaviotas amontonadas picoteando quizá qué cosa, el puente, sus baches y fogatas, ¿fogatas? Gente cubriendo su rostro con pañoletas y sujetando escudos, «¡como el Capitán América!», escuché a Bruno entusiasmado. «¿Por qué hay fuego?», preguntó Benjamín. Se oía un murmullo inquieto en las personas, mientras el chofer maniobraba para esquivar los hoyos y el fuego. En un momento detuvo el vehículo, «bájense, no sigo más», dijo, con la vista fija al frente, como si estuviera delante de una muralla. Después de unos segundos gritó que nos bajásemos, apurando con movimiento de brazos. Bajamos. Niños en cada mano. En una esquina, un solo carabinero —un cabro apenas— intentaba desviar el tránsito; en la otra, ¿militares parapetados? Alargué un poco la vista. Allá lejos estaba. Rompía el pavimento, crecía como una planta mutante desde el fondo de la tierra. Un cuerpo andrógono, desnudo y de un gris oscuro. Un ruido gutural subía y se mezclaba con los gritos y el crujir del cemento.

La gente le lanzaba camotes y piedras. Mis hijos no lograban verlo, pero, al parecer, todos los demás sí. Se engrandecía con cada peñascazo que le llegaba. Se alzó hasta los tres o cuatro metros y se detuvo. No sé cuánto tiempo perdí observando esa figura, hasta que un pequeño tirón en mi ropa me espabiló. Benjamín y Bruno ocultaban sus rostros en mi chaqueta, mirando de reojo a su alrededor. Corrimos en sentido contrario unas cuadas. El suelo crujía, ¿nacerían más? Bruno preguntó que por qué la gente corre, por qué tiran piedras, por qué gritan. Yo intentaba buscar un escondite para llamar a Andrés y que nos viniera a buscar. Una anciana cayó cerca de nosotros. No quería soltar a los niños. Le estiré apenas una mano para ayudarla, pero no la alcanzó.

—Es el Hambre —masculló cuando se levantaba—. Tus chiquillos no lo ven, no le tienen miedo porque no lo conocen.

Alguien la tomó de un brazo y se la llevó. Nosotros seguimos corriendo. Llegamos a la esquina de avenida Carrera con Aníbal Pinto. Hace tiempo habíamos acordado con Andrés que este sería el lugar al que acudiríamos si pasaba algo, nuestro punto de encuentro si ocurría una emergencia. En el mismo sitio había una pastelería. El aroma del pan horneado y de las tortas nos llegó de pronto. El local estaba abierto, vacío, sin locatarios ni clientes. La gente corría frente a nosotros y ninguno lo notó. Sabía que Andrés llegaría a este lugar, así que entré con los niños y cerré la puerta de vidrio.

Se nos abrió el apetito. Benjamín fue el primero en darse cuenta. ¿Podemos comprar algo, mami?, le escuché antes de que el piso empezara a temblar nuevamente, dando sacudones, levantándose. Nos abrazamos mientras todo a nuestro alrededor caía al suelo. Platos, licores, frascos de conservas. Y entonces lo vio, Benjamín vio el Hambre, uno caminando, dos saliendo del suelo, como retorciéndose de dolor. Me apretó con fuerza. Lloramos. Los gritos afuera, los pedazos que volaban, quizá un brazo, quizá vísceras. Solo notamos manchones rojizos. No quería saber, pero era imposible no mirar. Nos adentramos esquivando los vidrios rotos. Tenía que distraerlos con algo. Llegué hasta un pie de limón que se exhibía dentro de un refrigerador y se los di. Coman, coman, susurré. Sus manos se embadurnaban de merengue, se les quedaba pegado en la comisura de la boca y en sus ropas. Mi pelo también ganó un poco de dulzor. Mis pequeños comían y me abrazaban, comían y me abrazaban. Benjamín ya no parecía percibir a los gigantes y la tierra empezaba a calmarse.

Esperamos. Mi celular se había quedado sin batería. Afuera los gritos se oían con menos frecuencia. Apenas alcanzaba a captar murmullos o lamentos. Revisé algunos cajones para ver si encontraba un cargador. Mis hijos empezaban a sentir el efecto del azúcar y se ponían cada vez más ruidosos. Yo trataba de calmarlos porque no sabía si iban a aparecer otros monstruos. No sabía si el sonido de sus risas los atraería. Tampoco quería saberlo. En este momento prefería el silencio. Mis hijos decidieron otra cosa.

El chirriar de una radio me alertó. Habían encontrado una a pilas debajo de la caja registradora. Agradecí que no fuera un arma, aunque el ruido me angustió. Una voz distorsionada sonó: «...se están defendiendo, y ahí estaban también, estaba en este lado del Bío-Bío, en la ruta 160 sin colapso, muy raro, pero con muñones en la ruta. En el puente Los Batros hay uno derribado, señalan. Hay personas que saltaban sobre él, no lo dejaban levantarse. Le tiraban camotes y escombros en su cabeza,

los partían a fuerza bruta para que se desarmara como si fuera carbón, cuando lo lograban, pateaban los escombros de carbón para alejarlo de esa cosa que se volvía orgánico y se volvía uno con el suelo, mientras pateaban sus pies se desarmaban, sus pies quemados, rodillas colgando de hilachas, de músculos que intentaban retener con sus manos sin dedos... una escena como de coliseo romano se repetía una y otra vez en la ruta 160, vimos muchos que se sacrificaban para matarlos, otros recogían los pedazos de cuerpos para que no estorbaran el camino y pasaran autos repletos de gente asustada, herida, escapando. Señalan que vieron militares llorando, con las armas en el suelo. Hay mucho humo, la neblina se volvió densa...».

En la puerta una silueta nos interrumpió, su sombra cubrió el ruido de la radio. Miraba hacia dentro con la cara pegada al cristal y con ambas manos usándolas como anteojeras. El vapor de su respiración se condensaba y se desvanecía. Golpeó con fuerza y dijo algo. Me asusté, pero los niños reconocieron de inmediato a Andrés y gritaron de alegría. Corrieron hasta la entrada y me pidieron que abriera la puerta, mientras palmoteaban el vidrio. El ruido, pensé, mirando al frente, congelada, el ruido los hará volver.

Camila Sullivan Saavedra



* Las imágenes y textos aquí publicados pertenecen al poemario *san miguel obrero*, 2020.

la mezcla del concreto

el funeral de mi abuelo
es mapear huellas
de su cuerpo muerto

escarbo en su mochila
espátula llana huincha nivel petaca
y bajo el choquero
la mano seca de miguel obrero
me regala su secreto:

las casas se construyen
de abajo hacia arriba
sobre la tierra
los cimientos de los pies
sobre estos los ladrillos
tejidos en escupo meao y sudor

la mezcla del concreto
dos de cemento
dos de arena
una de agua
un chorrito de meao
que aglutinante
toda fe pega
toda casa erige
y antes que se me olvide:

dile a tu papá
yo no quiero tierra
a mi hazme un radier encima

en el fondo de la mochila
dos opuestos:
tierra cemento
contradicciones de nosotros
los pobres
se abrazan

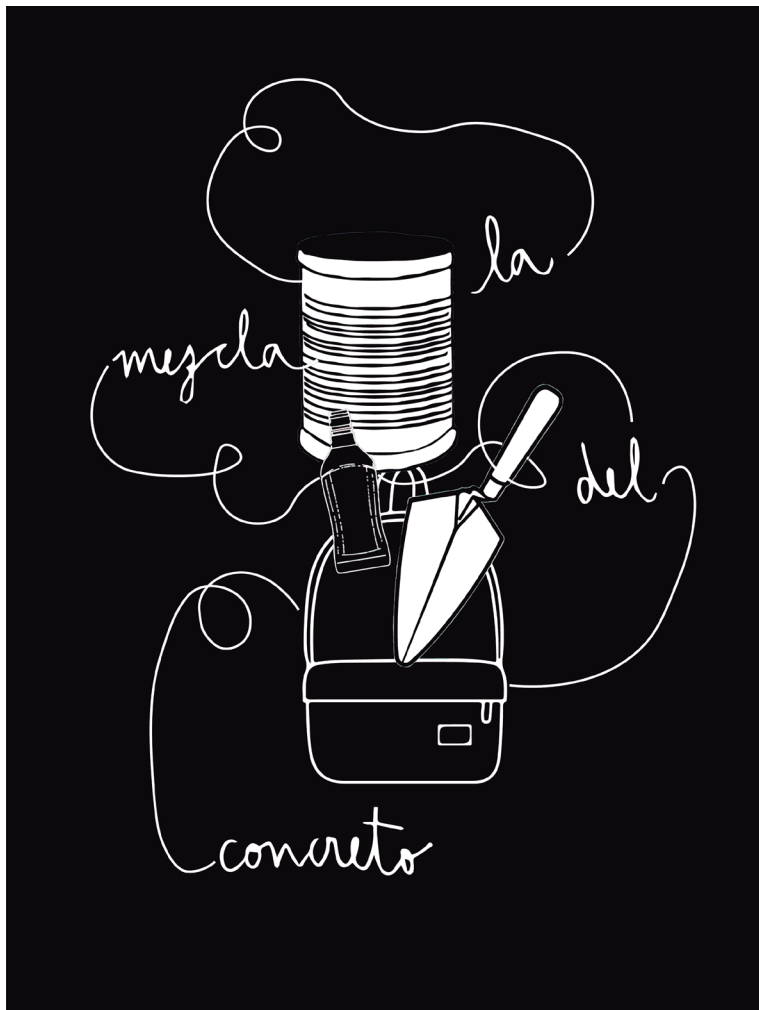
choquero

domingos buscando
tarritos de lata

encima
las manos del obrero taladran
alambres que son
arcos orejas

choquero: taza metálica
harina tostada / té / café
+ azúcar
sobre el fuego
+ palos viejos
en el ritual de mezclar
el calor
que erige las casas

domingos obreros
buscando tarritos de lata





san miguel obrero

en las noches de insomnio
me visita mi abuelo muerto
san miguel obrero

me dice / Camila
no te olvides de la mezcla
que aglutina al concreto
me dice / Camila
no te olvides de la lluvia
que es cemento cayendo el día
volviéndolo noche
no te olvides / Camila
del polvo
volviendo ariscas las manos
no te olvides / por favor / no te olvides
que bajo el choquero
escondí el plano que te llevará a mi secreto
no te olvides de la idea
de cavar hoyos en la tierra
y que no sea tierra
sino puro mortero
y tu niña / tu niña Camila
no te olvides despertar
en el antejardín al abuelo borracho obrero
no te olvides
de las contradicciones de la clase
ni tampoco te olvides de la mezcla
que es hollín que es la grava que son las piedras
que es todo lo que se endurece y se carga
no te olvides de los bototos
no te olvides Camila
que nunca fuimos santos
sólo obreros
que ampliamos nuestras casas
no te olvides
que nos quedaron tan chuecas

no te olvides de las goteras
ni mucho menos de nuestras fisuras
que es una petaca / que es pala
que es domingo choquero feria y palta
no te olvides
que nos invitaste a este viaje
no te olvides
rasga la tierra rasga el mortero
rasga todo antes de que llegue la lluvia
y se endurezca y tú
nieta de obreros
olvides la mezcla

Juan Pablo Sutherland

Trifulca griega

Ahí estaban, el lengua de trapo, el chori de la caro, el caballo Zurita, el chico Pérez, el chico Gaete, El Torres, El Riquelme, el odioso Montesiños, el Pinochet, el Lizama, el Paredes, el Podest, el Pizarro y el Nahuelpi. Todos ellos eran los más conocidos del curso del Séptimo B. Unos mafiosos, unos malos, otros insoportables y buenos, pero finalmente mis compañeros de la Escuela Grecia. Con ninguno de ellos me llevaba mal, pero la clase era dura, muy dura. Tenía que esconderme para que no me jodieran, eran muy molestos, yo me quedaba tranquilo en el patio mirándolos jugar a la pichanga y podía aparecer cualquiera y obligarme a jugar. Yo siempre lograba zafarme discretamente. Ese día todo el curso quería ir a ver la pelea de un gallo de otro curso, que le había pegado una patada al hermano menor del chico Pérez. Se resolvería en Virginia Opazo, un pasaje de casas muy bonitas al lado de la escuela, antes de llegar a la calle Republica. Todos peleaban ahí, cuando había algún problema en el curso o en la escuela, se armaba la trifulca allá. Y el que ganaba se iba caminando feliz viendo las casas bonitas del pasaje y como trofeo gritaba: *¡cito lass!, ¡cito!*, que en griego quiere decir: ¡viva Grecia! A mí esa tradición, porque era una tradición a estas alturas (esa palabra la aprendí del profesor de Historia) no me gustaba tanto, pero terminé acostumbrándome. Yo creo que hay tradiciones que hay que dejarlas y otras mantenerlas. Eso se quedó así cuando el Aquiles Oisel, compañero de un curso superior le sacó la chucha a un pato malo de otro colegio y cuando se levanto de la pelea irguió su brazo derecho orgulloso y dijo: *¡Cito lass, cito!* Y la hueva quedó así. Hubo unos compañeros que dijeron que era antipatriótico hacer eso, pero yo les dije que estábamos en la Escuela Grecia, que no jodieran. Los griegos finalmente no enseñaban idiomas, hasta el himno griego sabíamos y cada 25 de mayo nos regalaban una bolsa llena de dulces por el aniversario de Grecia. Por lo mismo gritar ¡viva Grecia! no me parecía finalmente ninguna locura. A mí me resultaba una buena solución para cortar las amenazas desde ya, que te voy a sacar la cresta y puras encachadas que no terminaban nunca. Yo había conversado con el chico Gaete para ir, él estaba en la mesa de los aplicados y era mi amigo junto con el Samuel. Ellos no querían pasar al pasaje, pero a mí se me había entrado algo en la guata, debía ir, quizás para aprender a pelear, pues nunca había peleado con nadie. Yo iba a ser estrella de rock o arquitecto y nunca boxeador, pues me carga la

violencia, los aletazos y las patadas. Aunque en las pichangas del barrio, cuando mi hermano me obliga a jugar a la pelota, le meto sus buenas patadas a quien se atravesase por delante. Así no se dan cuenta que no sé jugar. Estoy fichado por sucio y mal educado. Lo prefiero así. Si se enteraran que me gustan los chicos o salgo con la Jasmine, me sacarían la chucha. Cuando llegamos un montón de cabros se apiñaban alrededor del chico Pérez y el grandulón del 8ºA. Era inmenso, con unos ojos gigantes, el pelo revuelto con una tormenta en la cabeza y unos brazos largos que parecían longanizas de Chillán colgando de sus hombros, se veía casi deforme diría yo, le decían el Goliat González. El chico Pérez, con cara de ardilla o castor, pelo castaño corte príncipe y con parada de choro, no se veía para nada con miedo. Eso era admirable, esa era la actitud que había que tener, aunque le sacaran la chucha pensé. Al final el chico Gaete y el Samuel me acompañaron, ellos se hacían los aplicados, los mateos del curso. Creo que pensaban que esto era una barbarie, pero igual les gustaba ver.

Al chico Pérez le van a sacar la chucha pensé de nuevo. Que haría yo con ¿un gorilón de ese tipo? Tendría que asumir y sacar mi arma sagrada que son las patadas y lanzarme al abismo como Kung Fu en medio del desierto. Entonces cada uno de los avezados peleadores se ubicó a un costado del ring natural creado por todos nosotros. Todos mirábamos concentrados y se lanzaron a pelear de repente. El chico Pérez que parecía un guaren saltó por los aires hasta llegar al hombro del Goliat González, lo agarraba como subiéndose al apa y le pegaba muchas patadas en el potó. Mientras tanto el grandulón le lanzaba unos aletazos al aire torpemente. El Gaete al lado mío se tapaba los ojos y el Samuel se reía de la torpeza del gigantón. En un momento el grandulón agachó la espalda y el chico salió volando, cayendo de bruces al pavimento, ahí quise taparme los ojos, pero mi curiosidad pudo más. El pobre chico quedó a expensas del Goliat que se acercaba avanzando como una sombra gigante sobre su cuerpo chiquito, el grandulón empuñaba las manos a medida que la rabia se iba concentrando y el Gaete me preguntaba si habían terminado todo. No, todavía no, están en lo mejor, ahora va correr sangre, le dije. Justo cuando estábamos a punto del desenlace, apareció el Sr. Salas de la colectividad Helénica, director de la Escuela Grecia que dio un solo grito con esa voz ronca como si fuera Zeus: ¡jovencitos! ¡jovencitos!, gritó. Nos dejó a todos aterrados con ese vozarrón de dios griego casi congelados en un segundo. Al verlo, todos salieron corriendo despavoridos. El Gaete me tironeó el bolso y me dijo que corriéramos. Corrimos y corrimos dejando al Sr. Salas atrás con su elegante traje azul.

El Samuel no estaba por ningún lado y ya en Republica con Alameda nos cansamos de correr. El chico Pérez y el Goliat González fueron los únicos que se quedaron estáticos frente al Sr. Salas como si hubiesen visto a la Medusa. El Gaete me contó que a el no le gustaban para nada las peleas y que solo había ido por acompañarme. Lo miré y le dije que se había pasado de buen amigo, que gracias. Por eso mismo lo invité a tomarse una *coca-cola* en el Ula Ula, fuente de soda bien famosa en Republica con Alameda. El Gaete sonrió con esa cara de niño despistado ante mi invitación. Al momento de destapar las dos *cocas-colas* y sentir las burbujas en la nariz, el Gaete me dijo que tenía una gran idea para el trabajo de Técnico Manual que nos había encargado la señorita Victoria, mi profesora preferida. Yo no me había preocupado porque para las manos soy una bala (eso ustedes ya lo saben) pero este era otro tipo de trabajo manual: hacer una maqueta, un detalle de alguna ciudad que nos llamara la atención. Debía ser impresionante, así como cuando te quedas con la boca abierta de ver algo tan distinto a ti mismo. La única vez que me pasó algo así fue cuando mi papá me llevó a Valparaíso y desde un ascensor, que casi se caía del cerro Alegre, contemplamos el puerto por hartos minutos. Fue algo muy alucinante. Todo Valparaíso de noche, cientos de luces y decenas de barcos en la Bahía. ¡Ah! y algunas gaviotas molestosas que andaban de noche revoloteando. Ese día mi papá me dijo que siempre recordara ese momento, pues hay momentos que son únicos y muchas veces no nos damos cuenta. Ese era uno de esos momentos recordable para los dos. Yo creo que él sabía que se iba a ir pronto. Me hizo cerrar los ojos y escuchar la ciudad, los barcos con sus sirenas, el ruido del mar e incluso la música de todas las fiestas que comenzaban a lo lejos en la noche. Y ahí, mientras los ojos de mi papá se cerraban, con sus pocos pelos revueltos al viento, lo miré en un segundo y me di cuenta que mi papá me quería mucho. Es bien raro y debería ser obvio, pero no era así. Entonces de repente, el Gaete me movió el brazo y se rió. Me dijo que estaba soñando despierto, que nunca había visto un gallo tan loco como yo, pero yo le caía bien. Me propuso mejor pensar en la maqueta. Entonces le dije, como si alguien me hubiera hablado del otro mundo, quizás mi papá soplándome del más allá, que hiciéramos una ciudad del futuro, donde viviéramos felices haciendo los que se nos ocurriera. Sin que nadie nos molestara y muy diferente a cualquiera ya conocida. El Gaete que era bueno, pero algo mañoso, me observó con esos ojos pequeños, la cabeza chica y ese cuello alargado que le salía de sus hombros. Detuvo todo su cuerpo en un momento y como agarrando unas ideas que volaban cerca de su cabeza chica me dijo: —Excelente

idea Juan, ya la tenemos: una ciudad futurista. Ahí sí nos entusiasma-
mos. Era tanta mi alegría de hacer algo con mis manos, algo creativo
(me refiero) que pedí nuevamente dos *coca-colas* más. La ciudad tendría
una copula central y otras cuatro pequeñas con un mecanismo de rieles
para un tren elevado que las comunicaba, habría dentro de ellas mucha
gente en pelotas, con una gran piscina transparente que pudiera verse
desde diferentes perspectivas. Esa idea al Gaete le costo entenderla, pero
al final lo convencí, pues yo acepté una idea bien ridícula que me propu-
so: poner nombres de constelaciones a las calles de la ciudad. Yo lo miré,
me quedé callado y pensé (de la misma manera que yo era un fanático
de las piscinas, él era de las estrellas). Y como yo no soy ningún mono
porfiado que se queda solo con sus ideas, le dije que sí y él de inmediato
me dio la tarea de buscar nombres de constelaciones. La única que yo
me sabía era las tres marías y la cruz del sur. El Gaete dijo que yo era
un tontorrón, que debían ser nombres científicos como Andrómeda y
Orión. Yo le dije que no me encargara a mí de esas huevadas tan com-
plicadas. Al final el experto en estrellas era él y no yo.

La ciudad futurista fue un éxito cuando la armamos, esa ciudad que
alguna vez existiría y quizás a lo mejor viviríamos ahí cuando se hiciera
realidad en Chile o en cualquier parte del mundo. Eso no lo sabíamos.
Quizá a lo mejor tendrían que pasar por lo menos 40 o 50 años más. La
Srta. Victoria al ver nuestra ciudad del futuro se quedó asombradísima.
El día de la presentación solo falló la conexión de electricidad de la
maqueta, pues al enchufarla para que se encendieran las luces en su in-
terior, se apagó la luz de todo el colegio: corte de circuito. Eso fue lo que
más les gustó a mis compañeros de la Escuela Grecia. Por ese pequeño
accidente eléctrico nos tuvimos que ir todos a la casa. No había luz, era
invierno y el Señor Salas miró con ojos muy enojados y fieros a la Srta.
Victoria que no le hizo ningún caso, le dijo que la creatividad tenía sus
costos. Eso me alucinó de mi profesora y esta vez el Gaete me invitó a
la fuente de soda Ula Ula en la calle República.

Daniela Ulloa Burgos

Breviario

a Laura Garrido

No soy yo la que duerme a la orilla del acantilado
tengo las arterias de mimbre
humedad que empuja la sangre desembocada en el boca.

Espero la noche para pronunciar el nombre
amarillo entre las hojas de la memoria oxidada
ese que se esconde en la ranura de los labios
que sólo sabe de soplidos y nudos
me cuelga de la voz en la nuca

Quién sabe hasta cuándo torceremos la rama
los sollozos de la mesa bajo el codo
y un tarareo de polvo cayendo en la habitación

Si tan sólo no me velara la carne
podría sentir la aguja bajando siniestra
y vería de nuevo el vals del pedal tras la rueda.

Pero siempre amanecen mis manos
ay, como pesa el rocío en las pestañas.
Cuando no hay más refugio que un recuerdo aprendido
el vino señala el sendero.

Pero no hay retorno en la quebrada
¿escuchaste?
el cielo reclama sus copas
y no me hilvanen los labios
que soy caída, caída, caída.

Se nos pasa la vida bajo una gotera
nos martilla la cabeza / clava el pensamiento
mira como pierdes el cuerpo en el lugar

Y todo lo que no se dice se aloja
en el pliegue de los párpados

Cómo no ves que me aletean las palabras
que no cabes en mi verso pobre

Rampas subterráneas / agárrame que afuera me llaman
no me dejes caer como caen ellas

Tengo las manos huecas
y un nombre que no aguanta mi cara
que espera la noche para romperse a cántaros

Para qué quiero estos ojos suplicantes
no dicen nada / sólo existen recogidos en el hondo refugio inamovible
[de mis días.

Que las bocas de arena blanca
revuelvan el aire todo
mascadas aleatorias negras
—háblenme de a una les suplico—

Dónde se aloja el sonido
acaso en pliegues de labios
la extremidad regalada al tiempo
de un vals epiléptico.

No toques la piel mullida
abultada de niebla gris
tan oscura bajo los párpados
me escuchas me escuchas

La la la la
te arrullo pordiosera
y me perdone la noche.

Arrojé en otras orillas
trozos de cuerpo oxidado
derrotada por la desgracia
de creerme viva en bocas
que susurraron mis tormentos.

Nunca me atreví a la caricia
dejé la infancia en las bisagras
de casas vaciadas por la locura
apretando entre los dedos
la promesa del regreso.

Busco en la hoja la palabra
no me abandones
no clausures puertas sin despedirte
mejor la quietud de un tarareo
que despide la noche rompiéndose.

Estos días:

¿Qué son sino un tributo al día

funesto de haberse vencido ante la ceguera?

Y no vemos más que manchas de cuerpos siglos atrás
escarban la piel y rondan vagabundas las arterias
chocando y gritando por auxilio.

Y nadie escucha

porque ya nadie habla el idioma de los muertos.

Cuando se extinga el último verso
y no haya más sombra que la noche
vendrán a reclamar los besos mal paridos.

Y bajo el río en simulacro de vértigo
encontrarás los restos de mi orilla
que nunca supo de otra verdad que esta
de abrazar la locura heredada
una boca que no es mi boca
queda tras el silencio.

María Paz Valdebenito González

Los popualis

Yo no hablo de la pobreza porque esté de moda
como aquellos que se llenan la boca
con incesantes proyectos revolucionarios

Ellos no saben de distancias
de humillaciones concretas
de puertas desde siempre
y para siempre cerradas

A diferencia de ellos
hablo de la pobreza
porque toda mi vida
he llevado en la garganta
el sabor de las cosas ausentes

Cuando todo esto deje de estar de moda
el agua para nosotros
seguirá estando lejos de la sed

Los popualis
hasta de la pobreza se quieren adueñar
Seguramente les llama la atención
a la hora de hacer una película o escribir un poema
pero una vez apagada la cámara o cerrado el libro
toda cercanía nuevamente queda atrás

Vuelven a sus casas
a remojar sus pensamientos
en tinas de exóticas espumas
mientras nosotros
—los flaites de la 210—
junto a otros huachos de la historia
cuyo odio es tan potente
como una gran huelga nacional sin bandera
nos las arreglamos para sobrevivir otro invierno

Una gran parte de mí siempre será pobre
y no por mis faltas materiales

sino porque mis ojos
jamás dejarán de detenerse
en las heridas que han dejado
las multiformes villanías de la humanidad

Los populachos pelolais me tienen harta
asco me dan como asco les doy yo
o las manos de mis vecinos
al terminar sus jornadas

No vengán a hablarnos
de compañerismo y libertad
si en el fondo nunca dejarán de tratarnos
como la eterna mano de obra barata de Chile

Las cátedras no nos interesan

Todos esos amontonados papeles
noches y noches en vela reformulando teorías
no me han servido a la hora de salir a ganarme el pan

Me cansé de vivir con los ojos vendados
a expensas de una esperanza
que se diluye como la raya
que dibujo con la cuchara
en medio de la sopa
mientras espero a que se enfríe

Nuestros pies son los viejos caminos de este país

Por desgracia
no puedo decir que cuando ellos van
nosotros venimos de vuelta
porque el regreso para mi clase
es sólo una ilusión

Golpe a golpe
atravesamos los senderos del tiempo

y el tiempo es una lágrima
que nos tajea la cara con su ardor

La pobreza no se trata
de una cuestión de mala suerte
sino de un sueño del que nunca se despierta
o mejor dicho de un mal sueño
dentro de otro sueño
como un proverbio recurrente en la boca de Dios

Si bien las diferencias
algún día desaparecerán
hoy abundan como la sequía en las montañas
Si bien el pan es de todos
no todos comen el mismo pan

Soy una ciudad sin puertas

Salgo a comprar el pan
Miro las casas aledañas y advierto
que todos los vecinos de mi edad se fueron

Vuelvo
pongo la tetera y me siento a la mesa
Miro la panera que flamea en su centro
antiguos sueños
bajo sucias servilletas

Mis dedos mojo
con la bolsa del té y escribo
sobre un individual carcomido por los años
unos versos de Massís:

*Soy una ciudad sin puertas
un animal que aúlla
envuelto en su gabardina de terror*

El ojo tiene razón
y no obstante me separo de mi propia imagen

E. Gómez-Correa

Sonata de un álgebra herido

Cuando dejemos de confiar
en las imágenes que el espejo nos ofrece
comenzaremos a ahogarnos en el agua
y ya no en las trampas del pensamiento

Nada hay dentro de mí fuera de la muerte
Pero ¡alto!
no quiero consuelos
ese ha sido mi propósito:

Aprender a morir
frente a los gestos
del rostro de un tiempo sin rostro

Recuerdo haber trepado un triángulo herido
cuyas aristas se me venían encima
al cambiar la mirada de dirección

Distintas cosas me han aplastado
no sólo las paredes de dormitorios pasajeros
ni la belleza contradictoria
que es sólo visible para quienes aman

No me interesa ir en busca
de lo que no me pertenece
menos negarme a ser lo que soy

No hay máquinas textiles que puedan
confeccionar vestimenta
que nos permita esconder
el ineludible zarpazo de las sombras

No quiero volver a huir

Confórmate
me digo
¡No te engañes!

Escapar es una ilusión
asediada por silenciosos límites

Límite contra límite
Otros mundos existen
en los que me tiendo como un perro
recupero mi vigor
y le grito a todo lo mundano:

¡Vete!

Aquí en cambio
en esta era desgraciada
me vuelvo la sonata de un álgebra herido

Nada en brazos de la codicia me hará feliz

Mi felicidad es apenas percibidas
tal como el aroma de las plazas
al comenzar la mañana

A las plazas sólo vamos los inútiles:

niños
ancianos
cesantes
los pobres que se aman

Tardes enteras en las plazas me quedo
escuchando con la mirada
cómo muchos me juzgan
por no empeñarme en obtener
un trabajo bien remunerado

Al observarme se deben preguntar

¿De qué le han servido sus largas jornadas de matemáticas?

¿Sus intensas lecturas metafísicas?

¿Sus búsquedas interminables?

¡Basta de preguntas!

Mi trabajo es descubrir
lo que hay detrás del viento
sufrir lo que debo sufrir
mirar lo que no debo mirar
cantar las canciones
que este mundo ya no canta

El sol nunca ha sido sol
la muerte nunca ha sido muerte
es por ello que no confío en los espejos
hago de mí la imagen
que justamente de mí no quiero

Insomnio

Seguramente el día ha llegado
los que durmieron deben estar en la cocina
bebiendo el primer té de la mañana
yo en tanto finjo amanecer

Pinochet

*Al gran tirano de Chile
que como un fantasma invencible
no nos dejará nunca de penar*

Soy Augusto Pinochet
el amargo sabor de Chile
gárgara de sangre
en la que toda esperanza se ahoga

Escúchenme bien
chilenos de mierda
de ninguna pared se borrará mi nombre

Los quiero a todos muertos
muertos
bien muertos
y que adviertan
que la libertad es un rumor lejano
al que haré retroceder a punta de balazos
cada vez que intenten desafiarme

En este
mi país
siempre lloverá
aun cuando todas las estaciones del año sean primavera

Soy el gran dictador de Chile
más vivo que nunca
en cada rincón
en el que mis huellas intentan borrar

Vivo o muerto
hago lo que se me antoja

Al llegar al cielo por ejemplo
a Dios eliminé

Ahora desde su trono
escupo hacia mares
en los que hundí mis secretos

Mi sombra será la raíz
más dura que habrá conocido la tierra
ni la retroexcavadora
más grande de Europa
podrá desraizarme jamás

Yo me multiplico como verdes ramas
como las moscas ante la muerte
como las lágrimas de las madres
de esos upelientos que se resistieron a mi ley
como los gritos desgarrados
de esos huachos pervertidos
que no me obedecieron

Nada hará que de sus vidas
mi presencia desaparezca

La hierba mala nunca muere
Sólo yo soy el mortal veneno
con deciros
que hasta a la misma muerte envenené

Santiago del Valle Dávila

Sin título

¿Tendré yo la culpa
cuando extirpe estas huellas
del tejido sano?
Si para hacerlo
hay que dar cien cuchilladas
y desplomar un cuerpo sobre el escritorio,
arrancarse con los dientes
epidermis y pelos.

El grito no escapa
del edificio de hormigón y música,
la torre hambrienta,
la carne somos nosotros
y el guardián protege los muros del tesoro,
cobra su precio con marcas,
sonrisas, veneno,
¿Tendremos la culpa de tragarnos
el tesoro y el veneno,
escapar del edificio,
acribillar al maestro
y vengar al intestino envenenado?
¿Podremos cantar
y amar la escritura sagrada,
reformular sus versos,
sin lesiones ni úlceras ni culpas?

Nos susurró el secreto al oído,
un susurro virtuoso,
mientras empujaba un diapasón
por la garganta,
hay un La hermoso y podrido
atascado en mi tráquea.

Afuera hay una fiesta,
un tributo a dioses antiguos,
a santos paganos,

o ídolos falsos,
todos bailan como marionetas
con alma sincera,
bailan como ancestros
con fe verdadera,
se manosean en esquinas oscuras,
caminan en carnaval futurista
y esquivan lumas en las costillas.

El portador de la luz en que me han convertido
podría dismantelarlos de una mirada,
podría leerlos con rayos X
pero su cacareo es firme y extranjero,
se cuele entre las ventanas del edificio
y esquiva la lengua del guardián
que se retuerce en mis orejas.

Una noche en que el vigía bajó la guardia
tomamos la torre por asalto,
pusimos una olla sobre el fuego,
inventamos un caldo
jugando a encontrar el olor de afuera
y devolvimos el edificio
sin decirle nada a nadie;
el guardián nunca supo
que en sus mismos aposentos
nos sujetamos entre todos
y por turnos nos palpamos la garganta
y arrancamos el diapasón con el puño.

Eso explica nuestra entraña rasguñada.

Diciembre 2018

Maca Vargas Oyarzún

Pequeña bazofia de mamá Fuego

Hoy se quemó la iglesia donde René me dio a luz. Lo supe porque mi guarida estaba inundada con el olor de las tablas añejas consumiéndose; de la esperma de las velas disolviéndose por el aire; de las estatuas de Jesús y María derrumbándose fragmento a fragmento; de la sangre de todas las brujas que mataron hace algún tiempo; y de mi llanto traído desde el pasado.

Yo soñaba que era René, mientras dormía.

Estaba dando a luz a un monstruo que me carcomía la vida, segundo a segundo.

Soñé que paría a una criatura en solitario y que lo dejaba sobre una de las doscientas mil bancas de la iglesia. El pequeño monstruo lloraba y lloraba y, aun así, lo dejé a la deriva.

¡Pobre diminuta bazofia que había expulsado de mi vientre!

Sin ningún remordimiento, sin darme la vuelta ni siquiera un micro segundo, sin replantear las consecuencias de mis actos, abandoné la iglesia.

Abandoné siglos y siglos de historias sangrientas, dolorosas y otras tanto esperanzadoras. Décadas de martirio, torturas y otras pocas de fe. Dejé a un lado cualquier potencialidad de felicidad, pero también arrojé al vacío cualquier oportunidad de sufrimiento. Siempre había sido solo yo en el mundo. Estaba solo yo en mi universo. Mi anhelo máximo era que aquello perpetuara.

Me fui caminando, tranquilamente, con la sangre aún deslizándose por mis piernas. Trazaba un pequeño caminito rojo; un diminuto hilito de destino; una serie de líneas oblicuas inconexamente encadenadas desde un mismo origen; un chorro de vida desde la iglesia hasta mi casa.

La huella ensangrentada que delataría mi vínculo con el bebé

[abandonado.

Al cabo de unas horas llegaba Roberto junto al padre Masiel. Traían al engendro envuelto en ropas blancas.

¡Era un intento desesperado por purificarle su maldad

[devoradora!

Masiel me lo entregaba con ademán de desaprobación absoluta hacia mi persona. Me encantaba esa mirada despectiva. Alimentaba mi alma y mi fuego interior.

—Ah —musité largamente sin sorpresa ni alteración —Era una niña.

—Acrecenté el silencio dentro de la habitación, para rematar con la frase más desgarradora y desinteresada que podían escucharme decir —Es UNA monstruo—.

Roberto me miraba con un par de ojos que acaban de perder todo signo de brillo, luz y vida. Percibía profundo rencor. Sostuvimos nuestras vistas el tiempo necesario para descubrir que su corazón se encontraba más muerto que el mío. El mío al menos latía llamas. El suyo ni siquiera bombeaba.

Me asesinaba cinco veces con su mirada.

Me acuchillaba cincuenta veces con su respiración.

Me asfixiaba quinientas veces con sus latidos.

Pero yo no me inmutaba.

Él ni nadie podía derribarme.

Sabía que reviviría cada vez

[que me matara.

El aroma del polvo transmutándose en fuego me trasladó al presente nuevamente.

La catedral donde René parió a un monstruo, se quemó durante la noche que soñé que me daba a luz. La noche que yo me paría. Lo supe porque había un coro de voces cantándole a ese hombre que no es hombre, ese que llaman Dios. Elevaban un cántico magnífico hacia la torre de la iglesia, como si Dios estuviera quemándose en su interior. Las voces parecían estar anunciando que a su dios se lo estaban devorando las llamas del infierno; que se lo estaba comiendo su ángel favorito. Vociferaban sonidos [ruidos] en latín; gritaban armónicamente al Señor que se veía difuso entre los recuerdos de las flamas.

Ellas y ellos lo materializaron.

Lo trajeron a la Tierra con un hechizo divinamente atador.

Veo este espectáculo y recuerdo la ley del consentimiento. Entonces me pregunto:

¿Alguien le preguntó a su dios si quería estar ahí?

Pese a todo este maravilloso escenario, solo podía sentir intensamente a René yendo y corriendo hacia la iglesia, eufórica.

—Solo falta que ELLA se hunda al calor, luz y pasión de las brasas —Susurra como si estuviese emitiendo un hechizo.

Lo dice mientras camina, corre, salta y se desliza hacia su hogar.

Su hogar, porque René fue hija de la iglesia.

René era una novicia.

Ella iba a ser monja.

Hasta que apareció un demonio que infló su
[estómago.

No fue culpa de Roberto, él solo satisfacía sus ganas de acostarse con la novicia favorita para ser monja, de la iglesia más importante de la ciudad. De hacerla gritar antes de que Dios lo hiciera.

Fue culpa de mi aparición.

Mi bendito y maldito nacimiento.

Sin embargo, René, ahora te paras frente a la iglesia, tu antigua morada, sonriendo a más no poder. Mírate, por favor.

¡Cuidado!, la gente empieza a notar que tu alma se está liberando.

¡Están sospechando!

¡Te estás desbordando!

Te ves poderosa frente a las llamas.

Pareces una bruja.

Pero no de las que
[se queman.

Último reflejo del día tercero

Tardíamente me vi
afuera de mi cuerpo.

Una niña que duerme y descansa.
Un niño que sueña y que llora.
Dos seres en una misma persona.

Azul, de ojos azules, de venas moradas,
de mirar desorientado.
Rojo, de labios rojizos, de sangre naranja,
de hablar desencarnado.

Una cierra los ojos cuando la luna florece.
Otro abre las pupilas cuando el sol se enaltece.
Una respira al son de los rayos de luz resquebrajándose.
Otro palpita de acuerdo a la suspensión del espejo de luz.
Ambos y ambas avanzan y retroceden, intercaladamente.

Inevitable, flor de cristal, me vi rompiéndome
me destrozaba en infinitos pedazos.
Un vaso en medio del bosque explotando.
Fragmentos esparcidos por el cielo y suelo.
Detenidos.
Suspendidos en el aire
siendo, al mismo tiempo, tierra y firmamento.

Deambulando en envolvente oscuridad
llegué al que llamaba mi hogar.
Entré a la que era mi habitación
Prendí la que era mi luz.
Dime, persona tú, ¿por qué hay dos de mí?

Vigilia y desdén
Mi corazón se rehúsa a palpitar.
Alguien aplasta y me obliga a mantenerme serena
pero ya no respira.

Tardíamente descubrí
mi alma y mi cuerpo
desencadenados.

Tardíamente noté
el corte de la unión entre ambos.

Tardíamente divisé
Que imperaba en mí el mundo de los sueños

Explícame ser de fuego y aire,
Contéstame individuo, individua de agua y tierra
Por favor dame una respuesta éter,
Efímera y etérea, ¡ilumíname!
¡oscuréceme!
Háblame y cuéntame
¿alguna vez has salido de tu cuerpo, para dar un paseo inocente
y te has quedado en las tierras del olvido?

Nadie puede olvidar a Olivia,
quien livianamente lo intente, no se alivia,
¡nadie la olvida!
quien olvida a Olivia, olvida qué es la vida.

Gabriela Paz Vega Gutiérrez

Pétrea

hoy desato nudos de mi espalda
buscando un rayo de luz que venga por la ventana
en la ciudad más oscura y triste en la que he vivido.
(por siempre agradecida)
Gabriel está al frente mío, mi niño:
¿te puedes alejar un poquito?
busco un relajito.

desato nudos e intento meditar con todo el distractor.
aire
extractor
calentador
mientras busco las llagas de mi cuerpo
triste
cargada de historia, de dolor, de cargas,
cargada
mochila cargada.
me distraigo, no conecto...
pero pienso en esa niña Gabriela, mi niña:
te las perdono todas aquí y ahora.

busco un relajito.

hoy desato nudos de mi espalda
a los 9 años
cuando aún era una niña y ya cargaba mucho peso.
peso
liviana
pequeña
menos de 50 kilos
9 o 23 la espalda duele
no se es niña
no se es adulta
menos de 50 kilos
pequeña

niña: hoy es primera vez que veo toy story.

Hay fuego en el bosque

en el inagotable devenir de una mujer y una hombre,
salvajes.
en el inconcluso descubrimiento de especies desconocidas,
casi extintas.
en la suavidad de las formas de un paisaje,
de un horizonte,
de una montaña,
de un cerro,
del fondo. ahí me he hallado.

cuando me alejo, me encuentro.
y encuentro también esas especies
casi extintas
como la mujer que casi extinguí.

la tendencia del deseo apasionado, de las caídas fuertes y
[levantamientos increíbles.
mi resiliencia.
todo esto, soy.
y ya no quiero ser.

los eternos retornos, los ciclos
me pudrieron el alma.
porque no conocía los míos.
y la espiral viene de allá, del fondo. me grita y agradece.
me ama, me saluda y me invita a correr de aquí.
me dice que me vaya. que deje a los míos.
pero una perra loba alfa jamás deja a su manada.

y donde hay agua tierra aire fuego,
donde hay luz y oscuridad,
revueltas por el viento, caótico, ahí estoy.
permitiendo la muerte a los moribundos.
matando con mis dientes a mis cachorros malheridos.
mientras, me mataron siendo humana.

Tierra fértil

Que cada día malo de tu memoria
afligida
sea un día bueno de disfrutar la osadía.
Disfrutar desvergonzadamente en sabores,
olores,
sentir.

Nunca podré dejar de sentir
en mi eterno olvido.
No hay lágrima derramada en vano,
soy un campo húmedo.
Broto un día más
en llanos
llantos.

Desapego

En medio de la estepa patagónica me siento tan ínfima, siempre es un placer sentir lo que realmente soy: una animal humana de paso por este lugar. Es un paisaje horizontalmente infinito donde no hay nada más que esa vegetación bajita coironal. Ni un relieve cercano se divisa. Estando ahí, corrí emocionada para adentrarme y me perdí. No veía ni tenía algo alguien que me diga dónde ir, de dónde venía (no hay animales que me puedan guiar, ¿qué hora es? ¿dónde está el norte? No veo nubes. No veo la ruta). Con calma de tierra mineral y arbustos cojín pude contenerme meditando apoyada sobre el suelo, en la tierra. Me quedé unas horas tendida conectando con lo que me rodeaba: el lugar paisaje con las emociones. Lo que veo con lo que siento. Lo de afuera con lo de adentro. Así, conecté cada paso sobre la tierra coirón con mi corazón, que estaba emocionada agradecida de estar ahí. Así me pude guiar, con mi mayor poder: el del instinto, del corazón. Con las piernas fuertes veloces de emoción. Pero estuve a punto de perderme y no volver. Tuve mucho miedo, pero tuve que perderlo para sobrevivir volver a la ruta. Debo vencer el miedo para vivir el viaje y para vencerlo (no olvidar nunca) debo amar(me).

Viajar. Caminar. Vivir. Vencer. Miedo. Amor.

Para vencer el miedo, hay que viajar más:

escuchar adentro,

abrazar adentro,

todo lo de afuera se replica aquí dentro.

Ir a la playa

escuchar el mar

llorar en tu camita el mar.

Viajar al sur

explorar tu sur

tocar tu sur.

Navegar el océano pacífico

navegar mi océano pasado.

Fotos en el desierto

fotos siendo desierto.

En el desierto florido
en mi sonrisa florida.
En mi sonrisa desierto.
Explorar
norte sur este o este?
Allá acá.
Yo tú.

Viajando conocí el destino (¿es ese mi destino?)
el favorito
paradisíaco
donde todos quieren ir, ¿podremos llegar?
¿se llega?

Sé que es perpetuo
conocerme
conocernos
conocer
y dejarlo acá
mientras pueda.

Amar, viajar, compilar, las veces que sean necesarias.

Alejandra Ziebrecht

IV*

A dónde se fue la que escribe los versos turbios. Sólo me percaté que dejó su cuarto a media mañana y que temblaba de frío o de un miedo extraño que le daba a veces cuando creía ver lo que otros no, y se aferraba al día deseando que todo sucediese para que le creyeran y no sentir que se volvía loca de veras. Pero lo cierto es que se deslizó por la cara oculta de la torpeza, se descolgó del mediodía como de un vagón estacionado, y se perdió hablando algo inteligible de cordura falsa. Fue un alivio verla marchar con los brazos decaídos como la mujer que alguna vez vio desde su ventana y que la hizo derramar un llanto melodramático. Su vida fue siempre un paso hacia el absurdo, sobre todo cuando creía ser feliz pero lloraba con una mueca que le distanciaba de la belleza. A ratos pensaba cosas iracundas y se venía cuesta abajo desde la cama al piso y seguía dormida con los ojos abiertos recordando un día de verano de otro tiempo. Alguna vez pensó en establecer un itinerario para bailar una música de ritos inventados para que nadie pudiese seguir la fantasía de sus manos atrapando el aire. Decía que la habían traído en una placenta literaria, que no era sangre sino tinta lo que le escurrió a su madre cuando ella vino de visita a este mundo pequeña y roja. Y decía que los poemas lo encontraban a uno, que era como salir y que un desconocido te hablara con palabras tuyas pero en sentido inverso. A ratos se creía más importante que cualquiera de nosotros y a ratos decía que no, que no era nadie, que estaba de paso como las palabras que luego se olvidan, pero siempre permanecía en los bordes, alertándonos con su presencia, corrompiéndonos con su desgano. Decía que le dolía el mundo personal porque *los otros son el infierno* —decía— y las horas se le pasaban tratando de convencernos que la poesía es un hálito que sale de la boca hacia el silencio para que el silencio se sonroje. Tenía unos días verdaderamente tristes, afirmaba que por los sueños, pero eso siempre lo explicaba en los sueños mismos que eran de ella sola, y nosotros acá afuera mirando su cara entelada, con deseos que se marchase de una vez con su cínica inocencia y su deseo de ser amada por sobre todas las cosas como si fuera una cosa importante de amar. Afuera corría un viento que descolgó todos los techos cuando decidió que ya no decidiría nada, que no valía la pena, que le daba un cansancio con sueño

* *El sueño*, Editorial Mosquito, 2009.

pensar, que tampoco terminaría ese discurso de su vida que comenzó a escribir alborotándonos a todos, como si necesitase que le dijeran que podía hacerlo para continuar, creyendo que éramos estúpidos, que lo haría de todos modos, de noche, pensándolo a solas, urdiendo la trama, engañándonos, espiando el mínimo gesto, descubriendo el escondite del veneno que pensábamos darle para no sentirla nunca más cerca, para que supiera que la estábamos echando hace tiempo, mientras escribía lo que todos odiábamos que escribiese. Hasta que decidió irse. Lo dijo con un tono solemne aprendido de otras fugas anteriores. Lo decidió el día que se cayó el campanil de la universidad, en el momento justo del estruendo, para que viésemos la modulación torpe de sus labios, la leve intolerancia del gesto, para que no escuchásemos la palabra, para afirmar que sólo ella podía leer la boca de los muertos. Alguien gritó, lejos, en la calle, era una mezcla de frío con tedio, pero ella dijo que la apuraban las voces del otoño, que debía mirar el árbol de las palabras que se había regalado el verano pasado, que recogería las hojas porque eran sílabas de palabras disléxicas, que la vida es una carpa de circo pobre, lo dijo pálida y vehemente, como si no reconociéramos que esa era una frase antigua, la había escrito en un muro del sueño veintidós del mes tercero, que había pasado semanas reflexiva, torpe y reiterativa con aquello de la significación que nos hacía sentir culposos y perseguidos. Por eso si me preguntan, si se atreven a mí a preguntarme por la de los versos turbios, les respondo que nos tranquiliza este abandono. Y si agregan que tenía una insignificancia que la hacía parecer tercamente decidida, que verla en la ventana oteando el mundo era animar lo inanimado, que lloraba con la caravana de muertos que venían por el lado este de la calle todas las noches, les reitero que nos alegramos con una risa de veras. Les digo también que arrastraba ganas como de vivir muriéndose y eso nos enfermaba. Que a propósito descargaba unas gárgaras de agua en las tuberías para que el agua nos inundara los pies, sólo para decir que eso lo había presagiado su sueño setenta y siete y que era verdad, que del otro lado de los párpados de la vida aquella, desordenada de imágenes, ella no quería volver. Lo decía para que le rogásemos que se quedara, pero le hacíamos un silencio grande como el muro donde había escrito su frase, la mirábamos sin verla mientras preparaba la casa a nuestro antojo, mientras se daba el gusto de hacernos infelices. La culpa siempre fue de ella, la cargaba como un trofeo personal e intransferible, la tenía como una joroba que a veces le dolía, o decía que le dolía para que la acariciáramos con desgano antes de dormirnos con ingrata felicidad por sentirla cerca. Sólo por eso, por saber que escudriñaba la penumbra con

ojos de gata malhumorada complacida en su tarea de vernos consumidos de su presencia. La verdad es que no creímos que se fuera, la verdad es que nunca creímos nada de ella: ni los versos, ni su esmero en escribir lo que al cabo decía que le llegaba solo, como si se lo dictaran, ni su filosofía nauseabunda para definir los contornos de la mirada, ni sus gritos, ni los silencios, ni la forma asquerosa que tenía de pedir atención exclusiva, su pretensión absurda de ser lo único que nos importe. Ahora sabemos que era culpable, y que a lo mejor ella sólo tenía razón en eso. Siempre fue culpable y nos hizo creer, porfiadamente se empeñó hasta hacernos creer que venía de una placenta literaria y que su primer llanto tenía una melodía de patio solo y con lluvia en un otoño miserable.

No

No hay que poner al verso de cabeza
sino entrar en la cabeza del verso
y descerebrarlo
El verso es producto
de la alquimia que el tiempo
practica a nuestra historia
El verso encerrado a la espera de otro verso
es un insecto clavado por el lápiz
en su trabajo forzado
Y el que no crea
vaya y le pregunte a Wilde
que sí sabe de acarrear piedras
El verso
se construye con obscena dedicación
en medio de la ira
en medio del amor furioso
en medio del amanecer desvelado
deshilachar las palabras
hasta dar con el nudo primero
y abrirle de cara a la noche
Pero están los mendigos de palabras
los cojos de fantasías
y los tontos útiles
que disecan las sílabas
Hay que dejarlas caer
que tornen el agua en vino
la noche en día
el día en años
todo en un segundo
Y estemos alertas
porque es en el galope del alba
sobre la noche
que los versos caen de su grupa
recibidles en medio del camino
como a la última cena

antes que nos nieguen los de siempre
ciegos al fuego
que nos regaló Prometeo

Me dicen que escriba

Me dicen que escriba
atenta a las cosas
que arrinconadas me observan
Me dicen no hay más que balbuceos en la
historia de cada uno
hasta que se escribe
y manchamos el destino de torpes irreverentes velados
trayectos
que todo se sostiene y luego cae
que las palabras son hilos donde exponernos desnudos
en los puertos desvenecijados
donde escribir es un andamio
que sostiene ese instante para siempre
Y luego olvidar la ciudad de papel estoica y sagrada
como un pan sabroso y añejo
Cuando me dijeron escribe
era una niña enredada en pesadillas absurdas
que apenas sabía descifrar
mi memoria era un vestíbulo de teatro itinerante
con animales pobres
paridos en la estepa de un trayecto impreciso
La palabra venía envuelta en un sueño
con caballos escapados
de la guerra del silencio
y cadáveres tapados de algo blanco como el olvido
todo en un vaivén de olas circulares
de preguntas ojerosas
que arribaban al atardecer
Luego aquello se esfumó
y vino un intenso soplo helado sobre el mundo
Arriba la soledad era una mujer loca que creía ver en mi cabeza
una puerta hacia sí misma
Enfrente mío estaba yo
debajo un ruido de barcos desarticulados y mohosos
Entró algo por mi ojo izquierdo
una luz de amanecer de promesa de huracán

que me decía *escribe*
Estaba en la cama adormilada
cuando la loca se me vino encima
Me tiró una red sobre el cuerpo
y como animal derrotado sentenció unas palabras
De esa noche recuerdo la voz de los grillos
los gatos ciegos saltando las estrellas
y la serpiente que me regaló su piel y se fue como si nada
Escribe —me dijo— haciendo sonar su cascabel de música cadenciosa

Escribí para silenciar las campanas y su augurio de muerte
porque pensé que era yo
que venían por mí
que siempre volverían
no importaba el escondite
nunca más solícita regresaría
al plácido sueño de los cándidos
Escribe —me dicen—
para mantener la muerte viva
y no te lleve
Distráela
Conténtala con latidos oscuros y ritmos colosales
Amamanta el tedio de su cuerpo
Desespera
y luego vuelve a una calma de mentira
de palabras lapidarias
que protejan las puertas
donde otros descansan
No tú
otros
hacinados tranquilos
no tú
Nunca más tú

Los libros

Yo nunca escribí los libros
sólo jugué a cambiarme de morada
a trasladar la vida de un lado para otro
Yo tenía *una pena en observación*
y por eso Lewis me visitaba
y charlábamos acerca de Dios
y del Diablo
Y yo insistía en observar
las pinturas de Vincent
que eran cuervos sobre los trigales
Yo soñaba con los cuartos de la infancia
abarrotados de sombras
Pero yo no escribí los libros
Yo no sé nada
Marguerite sabe
Ella sí conoce la desesperación
como Anaís el cuerpo desesperado
como Emily tiene versos en los ojos
aunque esconda las páginas
tiene versos en los ojos
Pero yo no escribí los libros
Borges tiene miles de libros en los espejos
y en el atemporal armario de su cabeza
Pero yo no escribí los libros
Fueron las puritanas del vecindario
o las amantes tristes
que no temen los golpes del absurdo
Yo sólo miro al tiempo cosechar todas las cosas
ahora que la vida no guarda reservas
ahora que la muerte la desenmascara
Yo navego en lo paradójico
que media entre lo justo y lo que no
Pero yo no escribí los libros
apenas tengo ojos para ver la noche encaramada
sobre un sol domado
Yo miro a la que me observa

superpuesta sobre mí
una máscara que no calza
como sucede con casi todo en este mundo
Y eso no es para escribir libros
sino para sentarse y llorar
porque la noche es el día patas arriba
donde se ha escondido el sueño
que huyó por la grieta de la tarde
y no me sirve de nada
iluminar las tinieblas del mundo
con un puñado de antorchas
Pero yo no escribí los libros
Acaso alguien me dictó en un sueño
Lo más terrible es escribir en los sueños
y luego olvidarlo
y retornar a ellos como un castigo
y tener que nuevamente olvidarlos
Pero yo no escribí los libros

Relativismo

De acuerdo a la reminiscencia
la historia es un barco que se pierde
y reaparece en otros litorales
De acuerdo a lo que se afirma o se niega
la historia es un ave carroñera
De acuerdo al corazón
es un hombre y una mujer
destinados a encontrarse
en distintas reencarnaciones
De acuerdo a los acuerdos
la historia es una condenada
a caer presa de sus vicios
De acuerdo a los que luchan
ella es una traficante de barrio pobre
De acuerdo a los acuerdos
ella es un papel al viento
De acuerdo a la poesía
ella es un libro sobre la mesa
De acuerdo a los mercaderes
ella es suma y resta de armas
De acuerdo a los dictadores
ella es una adolescente apetecible
De acuerdo a los oprimidos
es una mujer olvidadiza
De acuerdo a la intolerancia
ella es un campo de exterminio
De acuerdo a los dogmatismos
ella es un campo de exterminio
De acuerdo a las tiranías
ella es un campo de exterminio
De acuerdo a la carencia de memoria
ella es un campo de exterminio
De acuerdo a los niños refugiados
Ella es un campo de exterminio
De acuerdo a los que silencian
ella es un campo de exterminio

Raúl Zurita

No habrá nada

I

No habrá nada, sólo el hielo trizando tu
cara y las ráfagas polares del viento.
Más allá está el sur imaginario, un país
que una vez tuvo nombre, un mar, unas
cumbres. Quien te habla también tuvo
un nombre. Te lo recuerda.
Afuera el océano se ha congelado y el
Maipo y el Lebu, buques cargueros de la
Compañía Sudamericana de Vapores,
están sepultados bajo los témpanos.
El remolcador existió una vez. El puerto
de Valparaíso también yace debajo de
los hielos.
Imágenes de hace miles de años al alba.
Todo continúa allí. Atrás otros barcos,
el buque escuela Esmeralda.
Para siempre otros barcos. Para siempre
otro océano, otras olas, otro Pacífico.

No habrá nada

II

No habrá nada, nada fuera del escarchado mar y de los témpanos.

Al frente, sepultada bajo los glaciares, la costa de Chile se alcanza a transparentar y las luces del puerto de Valparaíso siguen encendidas bajo el casco de hielo como si el amanecer también se hubiera congelado.

Tú estarás todavía allí o nada. La costra helada del mar deja entrever abajo el paisaje de un molo y más abajo las maquinarias de la estiba, las grúas, el malecón, los barcos usados como jaulas de hombres.

Tu estarás aún allí Félix Fitzgerald, lector de Joyce, comunista, una vida sencilla en resumen, luego las patadas, el baño, la muerte, los cerros escarchados de las olas.

No habrá nada

III

No habrá nada. Ningún sueño en el sueño ni en la muerte, sólo tu amor arrojándose por la borda como si las olas de un océano desconocido te llamaran.

No habrá un muro, sólo el duro borde del hielo y un dios sin perdón sepultado en los témpanos.

No habrá nombres. Tampoco un nombre para tu nombre ni tu vida. Barcos usados como jaulas de hombres congelados en la bahía, en fin, tipos mandados al matadero por nada.

Nada ni nadie será el alba.

No habrá sumas ni oraciones ni túmulos, solo el gasto inútil de irse entre gritos, otros hombres golpearán a otros hombres y será igual. Reaparecerás en los glaciares.

Reseñas biográficas

SEBASTIÁN ALVARADO FUENTES (Santiago, 1989). Licenciado en Lingüística y Literatura con mención en Literatura en la Universidad de Chile. En la actualidad cursa el Programa de Formación Pedagógica de la Universidad Católica. Fue seleccionado dentro de los 100 mejores cuentos de Santiago en 100 palabras (2020), obtuvo el segundo lugar en el concurso de cuentos Cuentearte de la Biblioteca Viva (Santiago, 2018) y una mención honrosa en el I Concurso de Narrativas y Visuales de la Memoria de la Comisión de Memoria y DDHH de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile (Santiago, 2019).

GABRIELA AMIGO (Punta Arenas, 1998). En esa ciudad pasó 15 años odiando leer hasta que en enseñanza media descubrió la literatura y la liberación catártica que se consigue escribiendo poesía. Participó en varios talleres literarios, entre los cuales se encuentra el taller intercolegial autogestionado OdiSea. El mundo literario la maravilló tanto que decidió que solo podía ser feliz estudiando literatura, por lo que el año 2016 ingresó a estudiar Lingüística y Literatura Hispánica en la Universidad de Chile, carrera que se encuentra cursando hasta el día de hoy.

DAVID ANIÑIR GUILITRARO (Cerro Navia, 1971). Poeta, gestor cultural, performer. Autor de *Mapurbe* (2005), *Haykuche* (2008), *Autoretrato* (2014), *Guilitranalwe* (2015), *Lentium* (2016), *Ad Mapu Constituyente* (2018). Se encuentra antologado en *Epu mari ũlkantufe ta fachantu / 20 poetas mapuche contemporáneos* (2003), *La memoria iluminada: poesía mapuche contemporánea* (2007). Entre sus trabajos de performance se encuentra *Mapurbe: debajo del asfalto* (2009), *Kalül trawün* (2012), *Los hijos de los hijos* (2016), *Katrilewfu* y *Ad Mapul* (2018). Su obra ha sido ampliamente estudiada, destacando su propuesta del término mapurbe para describir la realidad del mapuche de ciudad, despojado de su tierra, lengua y cultura.

MIRKA ARRIAGADA (Antofagasta, 1964). Poeta, psiquiatra y documentalista. Ha publicado textos de forma independiente y con editoriales, como *Lamentaciones, gemidos y ayes* (1998), *Autobiogeografía* (2002), *Cuando el amor se echó a morir como un perro* (2014). Asimismo, es fundadora del grupo de poesía Lilith, que se dedicó a recopilar y recuperar la bibliografía perdida en la dictadura cívico-militar. El colectivo se disuelve en 1990, en el Primer encuentro de Poesía joven Chileno-Argentina en Democracia.

CARMEN AVENDAÑO (Santiago, 1976). Poeta chilena de trayectoria literaria en México, donde vivió entre 1993 y 2015. Actualmente reside en Viña del Mar y dirige Ediciones Moneda. Ha publicado textos como *Más allá de la palabra cielo* (2020), *Madre Sol* (2006), *Adiós Rimbaud* (2013), entre otros. Asimismo, ha recibido reconocimientos como el Premio de poesía Alfredo García Vicente y el Premio de Crítica Joven de Cine de la Cineteca. Desde su editorial, con perfil en Instagram, imparte diversos talleres de escritura.

JORDAN BECERRA HIDALGO (Puente Alto, 1997). Licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica y titulado en Pedagogía en Lenguaje y Comunicación. Entre sus pasatiempos se cuentan leer —sobre todo a Fernando Pessoa—, jugar pool online, ver anime, en definitiva, cosas sedentarias. Esta es una de sus primeras publicaciones.

JAVIER BELLO (Concepción, 1972). Poeta y profesor de literatura latinoamericana en la Universidad de Chile. Forma parte del grupo Los naufragos, generación de los años 90. Ha publicado *La rosa del mundo* (1996), *Las jaulas* (1998) y *Exhumación de la fábula* (2016), entre otros. En 2006 recibe la distinción del XXVI Premio Hispanoamericano de poesía Juan Ramón Jiménez por *Letrero de albergue* (2006) y, el mismo año, es condecorado con el Premio Pablo Neruda.

CARMEN BERENGUER (Santiago, 1946). Poeta, ensayista, cronista y artista visual. Algunas de sus principales obras publicadas son *Bobby Sands desfallece en el muro* (1983), *Huellas de siglo* (1986), *A media asta* (1988), *Sayal de pieles* (1993), *Naciste pintada* (1999), *Mama Marx* (2006), *La casa de la poesía* (2008), *Maravillas pulgares* (2012), *Mi Lai* (2015). En 1987 organiza el Primer Congreso de Literatura Femenina. Obtiene la Beca Guggenheim en 1997. Galardonada con el Premio del Consejo Nacional del Libro (2002) y con el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda (2008), entre otros. Ha sido traducida al inglés, francés, sueco e iraní.

ROBERTO BRODSKY (Santiago, 1957). Escritor, guionista y docente. Imparte clases en el Center for Latin American Studies de la Universidad de Georgetown. Ha publicado seis novelas, entre las cuales figuran *Casa chilena* (2015), *El arte de callar* (2004), *Bosque quemado* (2008) y *Los últimos días de la historia* (1999), libro que inspiraría la premiada película chilena *Machuca*. Ha recibido los premios Altazor (2005) y el Premio José Nuez Martín (2009).

MARGARITA BUSTOS CASTILLO (Cauquenes, 1980). Poeta, docente y gestora cultural. Estudió en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y obtuvo un magíster en Estudios de Género y Cultura en la Universidad de Chile. Ha publicado *Maldigo el paraíso de tu abandono* (2011), *Eros en la lengua* (2015) y *Existencial(es)* (2017). Se desempeña como coordinadora del Área de Diversidades Sexuales y de Género de la Oficina de Equidad e Inclusión de la Vicerrectoría de Asuntos Estudiantiles y Comunitarios de la Universidad de Chile.

CATALINA S. CABALLERO (Punta Arenas, 1998). Desde 2014 participa de talleres literarios, lecturas poéticas y programas radiales. Ha sido publicada en la Antología *Trovadores al viento* (2015), en la *Antología Poética de ayer y hoy en Magallanes* (2016), en el 35° libro del Laboratorio de Escritura de las Américas, *Eclipse Total* (2019) y en *- cóndor, + choroy* (2020), además de en diversos medios virtuales de difusión cultural. Es parte del Colectivx Piño Choroy en Santiago y del Círculo de mujeres poetas Nunca Quisimos Ser Reinas, de Punta Arenas.

ÁLVARO CALFUCOY GUTIÉRREZ (Santiago, 1997). Poeta, investigador. Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica en la Universidad de Chile, y actualmente continuando esa línea de estudios. Su obra se encuentra inédita.

DANIELA CATRILEO (Santiago, 1987). Poeta mapuche y profesora de filosofía. Integrante de la Editorial y Colectivo Rangĩntulewfü. Ha publicado los poemarios *Río herido* (2016), *Invertebrada* (2017), *Guerra florida* (2018), entre otros, recibiendo el Premio Mustakis 2014 por el texto *Niñas con palillos*, del mismo año. Por otra parte, su escritura se encuentra ligada a la identidad mapuche que, desde *Río herido*, se configura a partir de la vivencia común de la migración a la periferia de Santiago, cuestión que implica el tema de la pérdida del lenguaje y el habitar un *entre espacio*.

ELICURA CHIHUAILAF NAHUEL PAN (Quechurehue, 1952). Poeta, escritor, oralitor. Ha publicado *El invierno y su imagen* (1977), *En el país de la memoria. Maputukulpakey* (1988), *De sueños azules y contrasueños* (1995), *Recado confidencial a los chilenos* (1999), *Kallfũ mapu / Tierra azul* (2008), *Kallfũ Pewma mew / Sueño azul* (2009), *A orillas de un*

sueño azul (2010), *La vida es una nube azul* (2010), *Sueños de luna azul y otros cantos* (2018) y *El azul del tiempo que nos sueña. Perimontun / Visiones* (2020). Ganador del Premio Nacional de Literatura (2020), entre otros. Se destaca como traductor y su propuesta de oralitura para la poesía indígena ligada a sus géneros tradicionales.

CRISTIÁN CISTERNAS AMPUERO (Santiago, 1969). Licenciado, magíster y doctor en Literatura Hispanoamericana y Chilena por la Universidad de Chile. Enseña literatura en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la misma casa de estudios. Entre sus publicaciones, cuenta con dos libros de relatos y uno de poesía: *En el faro y otros relatos* (2011), *La fecha de Dornier* (2015) y *Distimia* (2017).

ALEJANDRA COSTAMAGNA (Santiago, 1970). Escritora, periodista y docente. Publicó las novelas *En voz baja* (1996), *Ciudadano en retiro* (1998), *Cansado ya del sol* (2002) y *Dile que no estoy* (2007); los libros de cuentos *Malas noches* (2000), *Últimos fuegos* (2005), *Había una vez un pájaro* (2013), *Animales domésticos* (2016) e *Imposible salir de la tierra* (2016) y, en no ficción, *Cruce de peatones* (2012). Ha sido galardonada con el premio Juegos Literarios Gabriela Mistral, premio Altazor, premio del Círculo de Críticos de Arte y el premio Anna Seghers. Ha sido traducida al francés, coreano e italiano.

JORGE COULON (Temuco, 1947). Músico multiinstrumentista, escritor y uno de los fundadores del grupo Inti Illimani. Vivió exiliado en Italia desde el golpe de Estado de 1973 hasta 1988. Ha publicado los libros *Al vuelo* (1989), *La sonrisa de Víctor Jara* (2009) y *Flores del mall* (2011). También escribió la introducción del libro *Inti-Illimani, canti di lotta, d'amore e di lavoro* (1977), editado y traducido al italiano por Ignazio Delogu. Se ha presentado como candidato a cargos políticos en tres oportunidades. Además, ha sido director del Centro Cultural de La Florida y del Parque Cultural de Valparaíso.

JORGE DÍAZ (Santiago, 1984). Biólogo y escritor. Doctor en Bioquímica de la Universidad de Chile (2015). Su trabajo busca hacer cruces transdisciplinarios entre las prácticas artísticas, el transfeminismo y la investigación científica tratando de cruzar géneros y fronteras del conocimiento. Ha publicado en varias plataformas virtuales, libros y revistas sobre género, estética y teoría *queer*. Su último libro publicado es *Ojos que no ven* (2019) que es una investigación sobre la ceguera realizada en conjunto con la fotógrafa Paz Errázuriz. En otro de

sus proyectos actuales investiga las memorias homosexuales durante la dictadura chilena con el Colectivo de Artes Escénica La comuna.

JUAN DUARTE ACEITUNO (Arica, 1998). Licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica de la Universidad de Chile. Participó en la mayoría de las instancias literarias de su comuna durante el colegio (talleres, colectivos). Ya en Santiago, pasó por otras, de forma más esporádica y desligándose gradualmente de ello. Ha publicado en cuatro zines/revistas. En la actualidad es locutor de podcast, creador de contenido y difusor de información y propaganda. Su escritura se acabó por convertir en una faceta distinta, personal. Los textos aquí presentes son reflejo del último ciclo como estudiante universitario y de su paso por diversos espacios literarios.

HAROLD ESCOBEDO (Santiago, 2000). Vive en Santiago. Dedicar su tiempo libre a leer, jugar videojuegos, ver series o películas y de vez en cuando tomar fotos. Actualmente cursa la Licenciatura en Lingüística y Literatura Hispánica en la Universidad de Chile.

PABLO FARIÁS LETELIER (Curicó, 1997). Es un nombre más en la larga lista de estudiantes de provincia presentes en el Gran (?) Santiago. Está cerrando sus estudios de Literatura Hispánica en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. En 2020, obtiene el segundo lugar en la versión XVII del Concurso Literario Internacional “Gonzalo Rojas Pizarro”; en 2021, el tercer lugar en la primera versión del Premio Flexus.

SOLEDAD FARIÑA (Antofagasta, 1943). Estudió Ciencias Políticas y Administrativas, Magíster en Literatura (Universidad de Chile) y Licenciatura en Filosofía y Letras (Universidad de Estocolmo). Fue distinguida con la beca Guggenheim en 2006. Ha publicado más de una decena de libros, entre los que destacan *El primer libro* (1985, 1991), *Albricia* (1988), *En Amarillo Oscuro* (1994), *Donde comienza el aire* (2006), *Se dicen palabras al oído* (2007), *Pac Pac Pec Pec* (2012) y *1985* (2016). Algunos de sus textos han sido traducidos al inglés y se han incluido en diversas antologías.

ALONSO FERNÁNDEZ (Santiago, 1992). Estudia Filosofía en la Universidad de Chile. Publicó *el discurso del hablante lírico* (2018) y aparece en *Parias, poetas y borrachos: Antología poética y contracultural* (2016). Ha sido distinguido en Juegos Literarios Gabriela Mistral (Santia-

go, 2010 y 2014), Concurso de Poesía San García Madero (Valparaíso, 2010), Premio a la Creación Literaria Joven Roberto Bolaño (Santiago, 2011), Concurso de Poesía de la Municipalidad de Algarrobo (2013), concurso Cartografía Poética de la Editorial Lumpérica Cartonera (Perú, 2019). Esta última publicó una selección de *Parábola de un Cachorro* (2019). Actualmente prepara la publicación del poemario *El Hombre de las Costumbres*.

BELÉN FERNÁNDEZ LLANOS (Santiago, 1986). Escritora. Ha publicado el libro *Ella estuvo entre nosotros* (2019). En 2017 obtiene el Premio del Público del concurso Santiago en 100 Palabras. Asimismo, en 2019, cofunda la Editorial La Secta.

GLADYS GONZÁLEZ (Santiago, 1981). Doctoranda en Literatura (PUCV), Doctora (c) y Magíster en filología hispánica por la Universidad de Valladolid. Ha publicado en Chile, Uruguay, Bolivia, México, Argentina y España las siguientes obras: *Papelitos* (2002), *Gran Avenida* (2005, 2010), *Aire Quemado* (2009, 2010), *Hospicio* (2011, 2018), *Calamina* (2014), *Bitácora* (2018), *Refugio* (2017), *Navaja* (2019). Su obra ha sido compilada en las publicaciones *Vidrio Molido* (2011), *Última noche* (2012, 2013) y *Pequeñas cosas* (2015, 2016, 2017). En 2019 recibió el Premio Pablo Neruda de Poesía Joven.

TOTO INFANTE (Santiago, 1997). Pseudónimo de Antonio Gómez Penna. Actualmente es bajista de dos bandas de la escena under santiaguina. Esta es su primera publicación.

CÉSAR LABRA (San Ramón, 1998). Estudia su educación media en la comuna de Santiago. Su formación universitaria la realiza en Ñuñoa. Escribe desde hace años sin mayores pretensiones. También a veces incursiona en la música. Se considera curioso en temas religiosos. Algunos días Agnóstico-Ateo y otros laico u oblató. Actualmente trabaja en poesía de corte espiritual/religioso, sin una finalidad clara. También rumea mucho sobre la muerte, el amor y el sexo (temas básicos y ya muy tratados). Prefiere el entierro a la cremación. Para dudas, consultas o reclamos cesarlabra224@gmail.com

MARCELO LEONART (Santiago, 1970). Narrador y teatrero. Escribe y dirige. Sus últimos libros son *Weichafe* (2018) y *Los psychokillers* (2019). Su última obra estrenada es *Noche mapuche* (2017). Le gustan los bidones.

NICOLÁS LÓPEZ AWAD (Santiago, 1998). Licenciado en Literatura y Lingüística por la Universidad de Chile y estudiante de Magíster en Teoría e Historia del Arte de la misma institución. Formó parte del comité organizador de las Jornadas de Literatura y Música realizadas en la UCH el año 2019. Actualmente hace clases *on-line* de Lenguaje y Literatura para adolescentes y preadolescentes en un colegio que está a 400 km de su casa.

JULIETA MARCHANT (Santiago, 1985). Escritora y editora chilena, licenciada y magíster en Literatura, estudiante de Doctorado en Filosofía con mención en Estética y Teoría del arte por la Universidad de Chile. Ha publicado *Urdimbre* (2009); *Té de jazmín* (2010); *El nacimiento de la hebra* (2015), parcialmente traducido al inglés como *The Birth of Thread*, traducción de Thomas Rothe (2019); *Habla el oído* (2017) y *Reclamar el derecho a decirlo todo* (2017, 2019). Es codirectora de los sellos Cuadro de Tiza Ediciones y Editorial Bisturí 10.

DAVID MARIN VILCHES (Santiago, 1996 – Santiago, 2018). Fue el tercero de cuatro hijos cuyos padres son Enrique y Norma. A los 8 años junto a su familia se traslada a un sector rural de Parral llamado Talquita, lugar de inspiración de muchos de sus poemas. En el transcurso de su formación escolar, hasta la universidad, fue destacado por sus capacidades académicas, literarias, musicales y científicas. Fallece a la edad de 22 años cuando terminaba su carrera de Literatura en la Universidad de Chile. Deja un legado poético y musical admirado por sus pares, familia, profesores y artistas.

RICARDO MARTÍNEZ (Santiago, 1969). Profesor y doctor en lingüística, escritor e investigador. Ha publicado libros como *Condell* (2014), *Maleducados: mitos y verdades sobre la educación chilena* (2016), *Clásicos AM: una historia de la balada romántica latinoamericana* (2019), y cuenta con la publicación de diversos ensayos y artículos de investigación lingüística.

LINA MERUANE (Santiago, 1970). Escritora y docente. Imparte clases de literatura y de cultura latinoamericana en la Universidad de New York. Ha publicado los libros de cuentos *Las infantas* (1998) y *Avidez* (2000), las novelas *Póstuma* (2000), *Cercada* (2000), *Fruta podrida* (2007), *Sangre en el ojo* (2012) y *Sistema nervioso* (2018), y los textos de no ficción *Viajes virales* (2012), *Volverse palestina* (2014),

Contra los hijos (2018). Ha sido galardonada con los premios Anna Seghers (2011) y el Sor Juana Inés de la Cruz (2012), entre otros. Su obra ha sido traducida a siete idiomas.

ROXANA MIRANDA RUPAILAF (Osorno, 1982). Escritora williche y profesora de lengua castellana y comunicación. Ha publicado libros como *Las tentaciones de Eva* (2003), *Seducción de los venenos* (2008), *Shumpall* (2011), *Kopuke Filu* (Perú, 2017), entre otros, recibiendo reconocimientos como el Premio Municipal de Literatura de Santiago por el poemario de 2011. Asimismo, ha colaborado en numerosas antologías mapuche y es coeditora de *Sombras bajo el paragua: poetas jóvenes de Osorno* (2006).

ARTURO MOLINA BURGOS (Talcahuano, 1980). Licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica, diseñador gráfico. Trabaja como editor.

ROSABETTY MUÑOZ (Ancud, 1960). Poeta y profesora. Ha publicado textos como *Canto de una oveja del rebaño* (1981), *Sombras en El Rosselot* (2002) y *Ligia* (2019), entre otros, recibiendo diversos reconocimientos como el Premio Pablo Neruda 2000 por el conjunto de su obra, o el Premio Consejo Nacional del Libro de Chile 2002 a la mejor obra inédita por *Sombras en El Rosselot*. Su escritura, generalmente, se vincula con una atención especial a la territorialidad cultural y simbólica de Chiloé.

RODRIGO ORTEGA (Santiago, 1993). Escritor y profesor de lenguaje y comunicación. Ha publicado los libros *Salibario* (2011), *Desagüe* (2012) en la Editorial Moda y Pueblo, y *Gorriones* (2020) como publicación independiente. Se dedica a la crítica cultural y a la creación literaria. Asimismo, es editor en la revista *EroticLife Magazine*.

EMILIA PEQUEÑO ROESSLER (Santiago, 1997). Poeta y profesora. Premio Roberto Bolaño (2018). Fue becaria del Fondo del Libro y la Lectura (2017) y de la Fundación Pablo Neruda (2018). Publicó las plaquettes *Yesca* (2018) y *La chacra de las fresias* (2021). Ha formado parte de las publicaciones colectivas *Antología Taller Lorkokran* (2019) y *Topiaria* (2019). Actualmente forma parte del Colectivo Frank Ocean.

MATÍAS Q. ARELLANO (Santiago, 1996). Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica y traductor de poesía en portugués al español.

Actualmente cursa estudios de Pedagogía en Enseñanza Media. Los textos que presenta en esta antología corresponden al poemario inédito *Flor de cuatro paredes*, escrito entre 2018 y 2019.

AMÉRICO REYES VERA (Curicó, 1960). Poeta. Ha publicado *Los poemas plumaveral* (1992), *Boleros son boleros* (1995), *Antología Secreta* con Rodrigo González Langlois (2001), *El centinela y su cántaro* (2010), *Que los cuerpos cumplan su destino* (2012), *El confesionario* (2015), *El flautista* (2017) y *Black Waters City* (2018). Este último poemario ganó el primer lugar a nivel nacional en categoría Poesía de los Premios Literarios del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio (Santiago, 2019). Ha sido reconocido en diversos concursos literarios e incluido en numerosas antologías.

J. DE LA RIBERA (Recoleta, 1997). Creció escuchando rap y aprendiendo los fundamentos de la cultura hip-hop, ahondando en la búsqueda de libros que le desconfiguraran. A los trece años comenzó a incursionar en la escritura, encontrando en ella una válvula de escape que posteriormente alojaría sobre ritmos autogestionados. No posee publicaciones formales en el ámbito literario, solo un par de blogs dando vueltas en la red. Fundador del conglomerado musical FunkyRoots Estudios. Ha editado dos beat tapes, un álbum y diversos sencillos. Actualmente se encuentra terminando sus estudios en literatura y oficiando en paralelo como productor musical y rapero.

CATALINA RÍOS MUÑOZ (Renca, 1995). Escritora y editora. Fue becaria de la Fundación Pablo Neruda en 2016 y residente del 25° Festival Internacional de Poesía de Rosario. Algunos de sus textos han sido antologados en *Halo [19 poetas chilenos nacidos en los noventa]* (2014) y *Maraña: panorama de poesía chilena joven* (2019). Es autora del libro de poesía *Caudal* (2021).

RAÚL RIQUELME HERNÁNDEZ (Los Andes, 1996). Dramaturgo y actor egresado de la Universidad de Chile. Ha actuado en diversos montajes y en la serie ganadora del Emmy Internacional *Una Historia Necesaria*, dirigida por Hernán Caffiero. Como dramaturgo, escribió *Patrici(di)jo* y *El Presidente robó un banco*, obras con las que ganó el Festival Víctor Jara de la Universidad de Chile en sus versiones XVIII y XX. El 2018 fue seleccionado por el Royal Court Theatre de Londres junto a un grupo de escritores chilenos y peruanos, don-

de escribió *La Mujer Maravilla*, obra aun inédita. Además, trabaja como performer en el colectivo Complejo Conejo, con quienes el 2019 estrenó en Praga *PECES CAMINANDO!*

FABIÁN ROCCO MALDONADO (Santiago, 1998). Nacido por cesárea, hijo menor de una familia dedicada a las telecomunicaciones. Creció a las faldas de la cordillera, entre las comunas de Peñalolén y La Florida. Aprendió a andar en bicicleta con sus abuelos. Conoció la poesía más tarde.

ADOLFO ROSAS MALDONADO (Valdivia, 1996). Es hyperpoeta, ensayista y estudiante de Magíster en Literatura. Acaba de autopublicar EXHEPTIA (disponible <https://exheptia.xyz/>). Escribió también el código para UNZIEL y Erato'py —ambas disponibles en su Linktree (<https://linktr.ee/adolfohrosas>)—. Se dedica a estudiar el lugar de la literatura en el advenimiento del Tecnocapitalismo y la Aniquilación, y escribir al respecto.

BELÉN SALCEDO BENAVENTE (Santiago, 1996). Ha vivido en Colombia y en Estados Unidos. Posee estudios en Literatura Hispánica en la Universidad de Chile y ha participado en diferentes áreas del ámbito literario-artístico, entre las que se destaca su participación en el taller dirigido por Raúl Zurita en la UDP. Fue ganadora del concurso de micro-textos ilustrados de desamor *Qué he sacado con quererte* y ha publicado fragmentos de su proyecto poético en diferentes revistas independientes. Además, gestiona ciclos de lectura y talleres de escritura creativa para jóvenes.

BIANCA SANDOVAL REYES (Talagante, 1990). Profesora. Estudió Pedagogía en Historia y Geografía. De familia obrera. Vive en Isla de Maipo, donde cursó su enseñanza escolar. Integró diversos cursos de apreciación cinematográfica. Siente atracción por el arte en todos sus niveles, principalmente pintura y cine. Actualmente se encuentra realizando un postítulo en Educación Artística.

OSCAR SANZANA SILVA (Coronel, 1982). Periodista, doctor en Literatura Latinoamericana. Fue coautor de las revistas literarias digitales *El Culo del Maestro* y *Azoteas*. Ha publicado los poemarios *El sueño del mundo* (2012), *El último infierno* (2013), *Trayectorias* (2013), *Manual de emprendimiento para suicidas* (2014), *Vapores* (2015), *Una nueva*

forma de vida extraña (2016) y *Bosque neblinoso* (2019); los libros de relatos *Alucinaciones* (2011) y *Experimento fallido* (2015); y las novelas *Rituales* (2012), *Los lacayos* (2014), *Escrito en el sol* (2015), *La alta torre* (2018) y *Laguna de los negros* (2019). Contacto: osanzana@gmail.com / sanzanasilva.blogspot.com

ALESSANDRA DE SICA (Santiago, 1995). Estudia Licenciatura en Lingüística y Literatura con mención en Literatura en la Universidad de Chile. Activista por los derechos LGBTQ+. Participó en la colectiva *Travestis Rabiosas* durante los años 2016-2017. Performista integrante de la colectiva *La Negra Valdés* (2017), donde escribe y dirige la obra *Asunto Familiar*, presentada el mismo año en el Festival *Traficando Placer*. Tallerista durante el año 2020 en Colectiva de escrituras. Durante el año 2019 publica su primer fanzine autogestionado *La Amalgama*, que integra ensayos, poemas, cuentos, obras dramáticas, entre otras, iniciando así su oficio de escritora.

X. DE LA SOTTA (Laja, 1980). Cursó su educación básica y media en su lugar de nacimiento, donde participó en talleres y concursos de pintura y literatura. El año 2000 migró a Concepción para estudiar Diseño gráfico. En ese periodo colaboró como escritora en el fanzine local *Katarsis*. Actualmente reside en la comuna de San Pedro de la Paz.

CAMILA SULLIVAN SAAVEDRA (Puente Alto, 1994). Mujer, latinoamericana, periférica. Tejedora de cuadernos y estudiante de Arquitectura (Universidad de Chile y Universidad Nacional Autónoma de México). Integrante del colectivo de emergencia *Las Bichas*, con quien publicó el libro-objeto *Mapa Sensible* (2018). Becaria de la Fundación Pablo Neruda (2018). Publicada en la revista literaria *Fósforo* en Chihuahua, México (2020). Su poemario *san miguel obrero* obtuvo una mención en el premio Roberto Bolaño, categoría 18 a 25 años, de los Premios Literarios 2020 del Ministerio de las Culturas, Chile.

JUAN PABLO SUTHERLAND (Santiago, 1967). Escritor, investigador y comunicador visual. Ha publicado los libros de cuentos *Ángeles negros* (1994) y *Santo roto* (2000). Por otro lado, ha compilado y editado *A corazón abierto: geografía literaria de la homosexualidad en Chile* (2001), *Nación marica: prácticas culturales y crítica activista* (2009), *Cielo dandí. Escrituras y poéticas de estilo en América latina* (2011) y

Fricciones del cuerpo (2017). En 2018 publicó *Se te nota*, un libro que reúne su narrativa completa, ensayos y crónicas. En 2019 publica uno de sus últimos trabajos de ficción: *Papelucho gay en dictadura*.

DANIELA ULLOA BURGOS (Concepción, 1995). Crece entre Tomé y Concepción. Participa como gestora cultural en diferentes espacios como la revista independiente *Un pelo perdido* y la organización de lecturas poéticas Microabierto en la ciudad de Granada (España). También ha sido parte del taller de poesía de Ivonne Coñuecar y Javier Bello. Actualmente se encuentra finalizando sus estudios en Literatura Hispánica en la Universidad de Chile y promoviendo la realización de talleres literarios en espacios carcelarios.

MARÍA PAZ VALDEBENITO GONZÁLEZ (Santiago, 1987). Publicó *La fábrica del Sibilino* (2011), *Cabalgando Lejanías* (2016), las plaquette *Tonada del naufrago* (2017), *Sonata de un álgebra herido* (2019) y *Morfología del agua* (2019). Ha sido incluida en una serie de antologías poéticas de diversos países. Además, ha participado en variados encuentros de poesía y de música dentro y fuera de Chile. Ha obtenido algunos reconocimientos de carácter nacional e internacional. El año 2019 lanza su primer EP musical titulado *Contrafinal* bajo el nombre de María Compás.

SANTIAGO DEL VALLE DÁVILA (Madrid, 1995). Estudió Teoría de la Música en la Universidad de Chile y ha trabajado la relación entre narrativa y canciones en su primer libro *Escenarios* (2018), su EP complementario *Música para Escenarios* (2018) y luego en su novela y EP *Quietos* (2019). Ha trabajado en diversos proyectos culturales independientes tales como Espacio Elefante, Hora Sonora, actividades del sello Uva Robot y es cofundador del colectivo Residencial.

MACA VARGAS OYARZÚN (Puerto Montt, 1997). Licenciada en Lingüística y Literatura Hispánica de la Universidad de Chile. Es profesora de lenguaje en el Preuniversitario Popular Eloísa Díaz. Durante tres años perteneció a la compañía teatral JJCC: Juventudes Calderonianas del Departamento de Literatura Española de la misma universidad, presentándose en el Festival de Poesía y Teatro Clásico Pedro Calderón de la Barca. Asimismo, colaboró en la organización de las Jornadas Cervantinas y trabajó en un dossier para la revista *Nomadías*, perteneciente al Centro de Estudios de Género y Cultura en América Latina (Universidad de Chile).

GABRIELA PAZ VEGA GUTIÉRREZ (Talcahuano, 1996). Es una alma escritora. Un cruce entre biografía, memorias y reflexiones conforman sus escritos. Pérdida y reconocimiento, carga y ligereza, marcan de luz y oscuridad su poesía. En el proceso escritural, ha desarrollado la capacidad de sanarse histórica, biológica y emocionalmente, atravesando un despertar místico que enriquece su conocimiento personal, así como el hablante lírico de su creación. Su trabajo permanece inédito. Actualmente, estudia el campo de la psicología en la Universidad de Playa Ancha de las Ciencias de la Educación.

ALEJANDRA ZIEBRECHT (Concepción, 1959). Escritora. Ha creado y dirigido talleres literarios en diversas ciudades de la región, así como la revista literaria *Perromuerto*. Ha sido responsable, como compiladora, de seis antologías de escritores jóvenes de la región. Tiene nueve libros publicados. Es premio Municipal de Arte de Talcahuano. Parte de su obra ha sido traducida a varios idiomas.

RAÚL ZURITA (Santiago, 1950). Poeta, sobreviviente de la detención y tortura ocurrida en la dictadura cívico militar. Ha publicado textos como *Purgatorio* (1979), *Anteparaiso* (1982) y *Canto a su amor desaparecido* (1985), entre otros. Recientemente fue distinguido con el Premio Iberoamericano Reina Sofía, Universidad de Salamanca. Si bien su escritura se vincula a la experiencia vital de la dictadura, está también la evocación de Dante Alighieri y, a partir de 2008, se aproxima a los cruces entre música y literatura, con diversos proyectos discográficos.

Reseñas biográficas de autores mapuche

DAVID ANIÑIR GUILTRARO (Santiaw tuwlu, warangka aylla pataka regle mari kiñe tripantu mew). Wirintukufe, gestor cultural, performance küzawfe kay. Nentuy fillke lifru: *Mapurbe; venganza a raíz* (epu warangka kechu tripantu), *Haykuche* (epu watangka pura tripantu), *Autoretrato* (epu warangka mari meli tripantu), *Guilitranalwe* (epu warangka mari kechu tripantu), *Lentium* (epu warangka mari kayu tripantu), *Ad Mapu Constituyente* (epu warangka mari pura tripantu). Ñi küzaw zullingekey kiñeke Antología lifru mew: *Epu mari ülkantufe ta fachantu / 20 poetas mapuche contemporáneos* (epu warangka küla tripantu), *La memoria iluminada: poesía mapuche contemporánea* (epu warangka regle tripantu). Femgechi ka nentuy tüfachi performance küzaw: *Mapurbe: debajo del asfalto* (epu warangka aylla tripantu), *Kalül trawün* (epu warangka mari epu tripantu), *Los hijos de los hijos* (epu warangka mari kayu tripantu), *Katrilewfu y Ad Mapul* (epu warangka mari pura tripantu). Rume chillkatungekey ñi küzaw kimeltuwe ruka mew, ka faliniekey ñi elkunual *mapurbe* n'emül fantepu, pengelkunuam chumngechi mongekey pu mapuche waria mew mulelu, ngewenule ñi mapu, ñi kewün ka ñi az mapu.

ÁLVARO CALFUCOY GUTIÉRREZ (Santiaw tuwlu, warangka aylla pataka aylla mari regle tripantu mew). Wirintukufe, kintuchillkafe. Lengua y Literatura Hispánica chillkatuy Universidad de Chile mew, fantepu amulniey feychi kimal. Petu nentulay ñi wirintukun küzaw.

DANIELA CATRILEO (Santiaw tuwlu, warangka aylla pataka pura mari regle tripantu mew). Mapuche wirintukufe, filosofía kimelfe. Trawükey Ranginülewfü trokinche ka nentuchillkatuwe kay. Nentuy fillke chillka: *Río herido* (epu warangka mari kayu tripantu), *Invertebrada* (epu warangka mari regle tripantu), *Guerra florida* (epu warangka mari pura tripantu), kakewme kay. Wewi tati Premio Mustakis epu warangka mari meli tripantu mew, ñi wirintukuel tati chillka *Niñas con palillos* mew. Wirintukey mapuche ineyngen ñi zuam mew, zoy witrapürakechi tati waria mongen Santiaw ñi periferia mew, femngelu zungukelu chumgey tati mapuzungun ñi ñamngeal, ka chumngey tati *rangi-müleal*.

ELICURA CHIHUAILAF NAHUEL PAN (Quechurehue tuwlu, 1952). Wirintukufe ka wewpife. Fentren lifru wirintukuy, kiñeke rume femngechi pingelu: *El invierno y su imagen* (1977), *En el país de la memoria*. *Maputukupakey* (1988), *De sueños azules y contrasueños* (1995),

Recado confidencial a los chilenos (1999), *Kallfo mapu / Tierra azul* (2008), *Kallfo Peruma mew / Sueño azul* (2009), *A orillas de un sueño azul* (2010), *La vida es una nube azul* (2010), *Sueños de luna azul y otros cantos* (2018) y *El azul del tiempo que nos sueña. Perimontun / Visiones* (2020). Wewi tati Premio Nacional de Literatura de Chile, epu warangka epu mari tripantu mew, ñi zoykülerkechi premio kakelu mew. Ka femngechi falikey ñi rulpazungun küzaw, ka ñi elkunual tati *oralitura* n'emül, kümepingekeam tati anünche wirintukun kuyfi nütram reke witrapüralu.

Roxana Miranda Rupailaf (Chawrakawiñ tuwlu, warangka aylla pataka pura mari epu tripantu mew). Nentuy fillke lifru: *Las tentaciones de Eva* (epu warangka küla tripantu), *Seducción de los venenos* (epu warangka pura tripantu), *Shumpall* (epu warangka mari kiñe tripantu), *Kopuke filu* (Perú mapu, epu warangka mari regle tripantu), kakewme kay. Wewi tati Premio Municipal de Literatura de Santiago ñi nentual tati *Shumpall* lifru. Ka femngelu, zullingekey ñi wirintukun fillke mapuche antología, ka editafi *Sombras bajo el paragua: poetas jóvenes de Osorno* (2006).

